

teatro/10

Cossa, Mariano

Teatro 10 : 10º Concurso Nacional de obras de teatro / Mariano Cossa ; Gustavo Monteros ; Erika Halvorsen ; ilustrado por Oscar Ortíz. - 1a ed. - Buenos Aires : Inst. Nacional del Teatro, 2008.

288 p. ; 22x15 cm. - (Premios)

ISBN 978-987-9433-68-3

1. Teatro Argentino. I. Monteros, Gustavo II. Halvorsen, Erika III. Ortíz, Oscar, ilus.

IV. Título

CDD A862

Fecha de catalogación: 20/10/2008

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N° 180/08.

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Beatriz Lábatte
- > Gladis Contreras
- > Carmen Saba
- > Marcelo Jaureguiberry
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Silvia García Minervino (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D'Alessandro (*Diagramación interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

©Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-9433-68-3

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, Diciembre de 2008.
Primera edición: 2.300 ejemplares

Spaghetti

Gabriel Pasquini y Mariano Cossa

MARIANO COSSA

Desde 1982 se dedica a componer música para teatro, oficio al que accedió de la mano del maestro Jorge Valcarcel; desde entonces ha realizado la música original de más de ochenta puestas en escena.

Hasta 1991 trabajó en Buenos Aires, tanto en el ámbito oficial -Teatro Nacional Cervantes, Teatro San Martín, Comedia de la Provincia de Buenos Aires- como en el marco del teatro independiente con grupos de reconocida trayectoria y directores como Luis Rivera López, Eduardo Gondell, Daniel Marcove, Sergio Rower, Alfredo Zemma, Villanueva Cosse, Ricardo Monti, Rubens Correa y Robert Sturúa entre otros.

A partir de 1992 se radicó en México, donde siguió profundizando en la actividad teatral con numerosos grupos e instituciones del lugar; regresó a Buenos Aires en 2004.

Su incursión en la dramaturgia comienza con adaptaciones de algunos textos clásicos: *Otelo*, *El enfermo imaginario*, *Sueño de una noche de verano*, *Ubú Rey*, *La comedia de las equivocaciones*, y posteriormente -de propia mano- *Opus Sí* (espectáculo musical), *Manifonías* y *Spaghetti*. En varios de esos montajes también ofició como director musical y de escena.

GABRIEL PASQUINI

Nacido en Buenos Aires en 1966, trabajó como reportero, redactor y editor en diversos medios de comunicación de la Argentina y el mundo durante los últimos veinticinco años, entre ellos las agencias de noticias IPS, DyN y ANSA, las revistas El Porteño, El Periodista, Brecha y Veja, y los diarios Nuevo Sur, El Mundo de España, Página/12 y La Nación.

Actualmente, es profesor de periodismo en el Master de Periodismo de La Nación y la Universidad Torcuato Di Tella, es profesor visitante en la Universidad Torcuato Di Tella y es profesor de Investigación Periodística en la Maestría en Periodismo de la Universidad de Buenos Aires.

Ha escrito en colaboración tres libros de investigación periodística. Es autor, con Eduardo de Miguel, de *Cocaína, dólares y política. El narcotráfico en la Argentina* (Editorial Letrabuena, Buenos Aires, 1991) y *Blanca y radiante. Mafia, poder y narcotráfico en la Argentina* (Editorial Planeta, Buenos Aires, 1995); y con Graciela Mochkofsky, de *Los farsantes. Caso Cóppola, una crónica de fin del menemismo* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1997).

Su primera novela, *La fe de los traidores*, fue publicada en julio de 2008 por Editorial Emecé (Buenos Aires).

> spaghetti

PERSONAJES

LEONARDO DA VINCI: A esta altura, se parece a su autorretrato de Turín, un anciano de largas barbas blancas y larga cabellera, con frente amplia y expresión cansada. Desde siempre utilizaba una túnica rosada hasta la rodilla. Tiene 66 años.

REY FRANCISCO I DE FRANCIA: En la época en que transcurre la obra contaba con 25 años de edad y había accedido al trono cuatro años antes. Seguramente aparenta 30 o 35 años.

FRANCESCO MELZI: Aprendiz y discípulo de Leonardo desde que tenía quince años; ahora tiene 28, aunque puede aparentar un poco menos. Proviene de una noble familia milanesa.

LA COCINERA: Puede ser hombre o mujer. Edad indefinible, aspecto andrógino. Voz de timbre forzosamente femenino.

LA ACCIÓN TRANSCURRE A LO LARGO DEL AÑO 1519 EN UN CASTILLO DE FRANCIA.

EL ÁMBITO ES UNA MEZCLA DE TALLER, LABORATORIO Y COCINA MEDIEVAL. ESTÁ DESORDENADA, SATURADA DE OBJETOS, ALGUNOS EXTRAÑOS Y OTROS RECONOCIBLES. EN MUEBLES Y RINCONES HAY LIENZOS, PINTURAS, CABALLETES, PINCELES, UN LAÚD, INFINIDAD DE PAPELES MANUSCRITOS, MIENTRAS QUE EN EL FUEGO VARIAS OLLAS DESPIDEN VAPOR. CERCA DEL CENTRO, HAY UN MUEBLE-MESADA, DONDE LEONARDO COCINA, TRABAJA, ETC. ES IMPORTANTE QUE EN ALGÚN LUGAR SE VEAN, PUESTAS SIN NINGÚN CUIDADO, LA "SANTA ANA" Y "LA GIOCONDA" DE LEONARDO. A UN COSTADO SE DEBE VER AL "SAN JUAN BAUTISTA", ACOSTADO DE MANERA QUE SU DEDO APUNTE, EN LUGAR DE AL CIELO, AL MUEBLE-MESADA.

A UN COSTADO, LA COCINERA TRABAJA SOBRE UNA SEGUNDA MESADA. MANIPULA OBJETOS Y ANIMALES DE DIMENSIONES RIDÍCULAS.

ACTO I

COCINERA: Si bien podría pensarse que el desayuno debe ser la comida más importante del día, es aconsejable no saturar al organismo a horas tan tempranas con alimentos muy pesados; incluso es deseable no

ingerir sólidos hasta más entrada la mañana. La jornada traerá otros platos, dulces o amargos, salados, picantes, nutritivos, jugosos... (*Pone cara de hambre. Luego, con resignación*) Mientras tanto, se puede distraer el hambre con la lectura de algún poema, un paseo corto por los jardines, presenciando los divertimentos de algún músico o volatinero –si es que hubiera alguno despierto a hora tan impropia de ellos. O –lo más saludable para el alma– con la debida oración (*Se persigna*), asistida –si es posible– por un cardenal o, en su defecto, obispo. (*Agita la olla humeante en que cocina, como si fuera un pebetero de incienso*). Una vez que el cuerpo reclama la ingestión, con sus habituales sonoridades, se recomienda no ceder brutalmente a tal demanda, evitando las patas de cerdo rellenas, terneras y capones, las ostras o las trufas. Mente y cuerpo, a estas horas, pueden funcionar correctamente con una dieta consistente en: las ancas de seis ranas, no muy grandes, la pezuña hervida de una oveja, una fuente de aceitunas y no más de un plato de polenta fría con huevos y sardinas. Si esta dieta resultara estricta en demasía, puede agregarse, como complemento, el muslo de un colimbo hervido. Para la correcta preparación del colimbo debe tenerse en cuenta que –aunque es esta un ave pequeña– su carne puede resultar un poco dura, por lo que el ejemplar debe permanecer colgado durante seis semanas antes de ser cocinado; se hierve entonces en agua de ajo, con una pequeña cantidad de pimienta durante una hora y media, se retira del agua y se lo deja reposar otro tanto en agua de rosas. Una vez que empieza a tornarse verde, el pájaro puede servirse (*Saca unas alas que se cuelga de los hombros*).

escena 1

SE ILUMINA EN SU TOTALIDAD LA COCINA. LEONARDO DICTA REVOLVIENDO OCASIONALMENTE EL CONTENIDO DE UNA OLLA. MELZI ANOTA EN UN FOLIO.

LEONARDO: El pájaro es un organismo que obra según leyes matemáticas; el hombre, por lo tanto, puede construir un mecanismo igual, dotado de los mismos movimientos, aunque de menor potencia y capacidad de equilibrio. Diremos, pues, que a tal instrumento fabricado por el hombre solo le faltaría el alma del pájaro, la cual debería ser remedada por el alma del hombre. El movimiento del pájaro artificial debiera verificarse siempre arriba de las nubes, para evitar que las alas se humedezcan y para prevenir el peligro de las corrientes de aire giratorias. El hombre, en su aparato volador, tendrá libertad de movimiento de la cintura para arriba, para poder balancearse como en un bote, de manera que el centro de gravedad de su cuerpo y del aparato puedan oscilar y cambiar de lugar cuando lo exija la alteración de su centro de resistencia. (*Como en una ensoñación*) El gran pájaro emprenderá su primer vuelo desde el lomo de un gigantesco cisne, llenando de asombro al mundo, divulgándose en mil escritos su fama y dando gloria eterna al nido en que nació (*Queda ensimismado*).

MELZI: (*Después de un rato*) Maestro... ¡Maestro Leonardo...!

LEONARDO: (*Iracundo*) ¿¡Por qué suponer que si he dejado de hablar también ha cesado el discurrir de mi pensamiento, Melzi!?

MELZI: ¡Perdón, maestro! Creí que habíamos terminado...

LEONARDO: A ninguna persona educada se le ocurriría interrumpir a alguien que habla, pero ninguno muestra el menor pudor para dirigirse a alguien que está a todas luces meditando, cuando es evidente que resulta más fácil recuperar el hilo de un discurso que la intrincada corriente del pensamiento creador.

MELZI: Le ruego me disculpe, es que... todo esto me es muy confuso y difícil de seguir.

LEONARDO: ¡Confuso! ¡Al joven Melzi, al hermoso e infiel aprendiz, le resultan “confusas” las ideas de un viejo decrepito!

MELZI: No es así, maestro. Es más bien que... no le veo la utilidad. Esa ave suya ni siquiera se puede cocinar.

LEONARDO: ¿Y por qué se supone que ha de tener alguna utilidad?

MELZI: Maestro, desde que llegamos a Cloux he estado tratando de que

organice su trabajo; de que todos esos cuadernos y papeles que hemos arrastrado de Florencia a Milán y de Milán a Francia, a lomo de mula, no se deterioren más. Pero cuando logro hacer un mínimo orden, después de días de trabajo, leyendo manuscritos con un espejo... usted revuelve todo de nuevo y hace nuevas anotaciones en los márgenes de los viejos... No voy a terminar nunca.

LEONARDO: Ya habrá tiempo, Melzi. No te olvides de que por ahora estamos bien acomodados y tenemos resuelta la subsistencia.

MELZI: Con una renta de mil trescientos ducados, está algo más que resuelta. Pero si no terminamos pronto el retrato que el rey Francisco ha pedido, temo que nuestra subsistencia se vea en peligro; no olvide que nos avisó de su visita esta mañana.

LEONARDO: Hoy y mañana y pasado y ayer... Ese hombre no me deja trabajar en paz. Todo por una..., por esa insulsa de *mademoiselle*... ¿qué?

MELZI: Babou... Por eso creo que deberíamos aprovechar el poco tiempo que nos queda libre para concluir el tratado de pintura. Asegurarnos de preservar sus conocimientos, poner en blanco sobre negro la esencia de su genio.

LEONARDO: El tratado de pintura ya está hecho, nada más hay que transcribirlo de mis apuntes.

MELZI: Como si fuera cosa fácil..., a veces no lo entiendo: usted dice que el conocimiento... la nueva ciencia, debe estar basada en la experimentación y el registro de los datos para facilitar su divulgación..., pero sus escritos son la cosa más críptica y difícil de desentrañar, como si quisiera ocultarlas al resto del mundo. ¡Esa costumbre de escribir al revés...!

LEONARDO: ¡Escribo al revés porque soy zurdo! ¿Tan difícil de entender es? Si escribo con la mano izquierda hacia la derecha, voy ocultando lo que escribo con el puño, y no puedo seguir el hilo. ¡No hace falta ilustración para darse cuenta! Es pensamiento común y práctico, Melzi, algo que a veces parece faltarte.

MELZI: ¿Y qué tiene que ver con el pensamiento práctico este escrito sobre hombres-pájaro y máquinas que vuelan? Ya hemos hecho

infinidad de estudios sobre el vuelo de los pájaros. Usted mismo ha demostrado que, desde un punto de vista físico, es imposible el vuelo para el hombre.

LEONARDO: Para el hombre, sí... No para el hombre con un artilugio mecánico que se lo permita.

MELZI: Lo cual es más absurdo aún, porque al peso del hombre hay que sumar el peso del artilugio, que, de por sí, no vuela. ¿Cómo dos cosas que no vuelan...?

LEONARDO: En eso estamos trabajando, Melzi.

MELZI: ¡Exacto! ¡En eso estamos trabajando! ¡En eso estamos perdiendo el tiempo! ¡Mientras esperamos... media Europa espera que le diga cómo tomar el pincel! Si Dios hubiera querido que voláramos habríamos nacido con alas.

LEONARDO: Claro, y si hubiera querido que pintáramos transpiraríamos solvente, pero no es así. Tu idea de Dios es algo anticuada.

MELZI: No blasfeme, maestro. Dios no puede ser anticuado: es uno solo, eterno y omnipotente; lo es todo.

LEONARDO: Si es todo, también debe ser anticuado... Yo creo que Dios solo hizo el comienzo y después –como todo creador genuino– se aburrió de nosotros y nos dejó inconclusos. Debe haber pensado: “estos seres, tan miserables, tan chiquitos, tan previsibles... me quitan demasiado tiempo; les daré una mente y que se arreglen solos”. (*Disfrutando el escándalo que causa a Melzi*) “Les mandaré una o dos catástrofes cada tanto para que se acuerden de mí; con el tiempo aprenderán a crearlas por sí mismos” (*Se ríe*).

MELZI: ¿No le teme al fuego eterno?

LEONARDO: Claro que le temo al fuego... y mucho; sobre todo porque si ese zapallo se cuece más tiempo del indicado, cuando nuestros nobles comensales lo partan, se producirá una erupción de zapallo incandescente que desfigurará a toda la dinastía... lo que no estaría nada mal, por otro lado.

MELZI: (*Riendo*) Y no sería la primera vez...

LEONARDO: (*Bromeando, jovial*) ¡No le permito, jovencito, que haga burla de mi cocina! ¿Que un par de cortesanos murieron de indigestión en

la mesa de mi señor Ludovico Sforza? ¡Bien merecido se lo tenían! Hubieran probado la comida de los Borgia, a ver qué decían. ¿Que mi maravillosa cosechadora mecánica decapitó a seis pastores en su primera prueba? ¡Su culpa! Hubiera muerto uno solo, pero toda la familia se agachó a levantarlo... y claro...

MELZI: Gracias a eso, resultó muy útil en la batalla por el sitio de Milán...

LEONARDO: *(Menos alegre)* Y sí..., una función accesoria no prevista.

MELZI: ¿Y cuando le presentó la famosa “insalatta” al arzobispo de Roma, que, en vez de servirse y pasarla, se la comió toda y después se limpió la boca con las hojas de lechuga? *(Ríe mas)*.

LEONARDO: *(Menos aún)* Bueno..., la costumbre de la iglesia de no compartir...

MELZI: Sin mencionar que Beatriz d'Este murió a la mañana siguiente del banquete preparado en honor de la esposa de su primo...

LEONARDO: ¡Bueno, basta! Además, no fue mi culpa; si los banquetes de los Sforza se hubieran hecho en base a mis recomendaciones, no se hubiera muerto nadie. ¿Cómo esperaba sobrevivir después de engullir un costillar completo y, además, una pierna gruesa de cerdo.... y embarazada? *(Para sí)* ¡Bárbaros! Comedores de cadáveres *(Mira y revuelve dentro de una olla)*.

MELZI: No quise decir que fuera su culpa, maestro. Yo nunca...

LEONARDO: ¡Ah, ah, ah! ¡Toma nota, Melzi! *(Consulta un reloj)* ¡Once horas y veinticinco minutos, a fuego máximo de leña de sicómoro, *(Melzi anota)* en agua con sal en proporción de doce a uno... son suficientes para desintegrar por completo a un pollo mediano sin plumas! Mañana repetiremos el experimento en las mismas condiciones, pero... con plumas. O con un ternero completo, si conseguimos una olla del tamaño adecuado.

MELZI: *(Abatido)* Pero, maestro..., eso no le interesa a nadie.

LEONARDO: Todo conocimiento es interesante, muchachote. Nunca se sabe en qué rincón del saber se encontrará la respuesta a algo que todavía nadie se ha preguntado.

MELZI: *(Con intención)* ¿Y por qué no responder a algo que sí se ha preguntado? ¿No resultaría más útil?

LEONARDO: ¿Más útil? Hasta lo más ínfimo puede ser útil. Veamos: ¿qué es lo esencial para hacer un caldo de pollo?

MELZI: *(Sin interés)* Verduras..., apio, cebolla... no sé...

LEONARDO: Sí..., no..., más esencial.

MELZI: *(Fingiéndose esforzarse)* ...agua, sal, especias..., ¡una olla!

LEONARDO: ¡Pero no, idiota! ¡Si vas a hacer caldo de pollo...!

MELZI: *(Cansado)* Está bien..., ya sé... Pollo: muerto y sin plumas.

LEONARDO: ¡Exacto! Ahora bien, si quisieras llevar alimento para un regimiento al campo de batalla, sería muy deseable poder cocinar un buen caldo de pollo que levantaría la moral de las tropas, en vez de la habitual carne seca y dura. ¿No te parece?

MELZI: Es algo que no me deja dormir.

LEONARDO: Ahora bien, como tan sagazmente intuiste, para elaborar el caldo hacen falta pollos; es necesario, entonces, acarrearlos al campo de batalla. Pero si los lleváramos muertos se pudrirían enseguida y, si los lleváramos vivos, habría que acarrear, además, alimento y agua para mantenerlos gordos y lozanos. ¡Demasiado peso extra para un ejército!

MELZI: *(Sin interés)* Buen argumento para acabar con las guerras...

LEONARDO: Dos errores: las guerras nunca se van a acabar y no has advertido que esta pasta espesa y oleaginosa que ha quedado en el fondo de la olla, no es otra cosa que la esencia misma del pollo. Los líquidos y jugos vitales se han consumido –*consumé*, dirían nuestros anfitriones franceses–, pero su sabor y sus elementos nutritivos permanecen en ella. Se puede empacar esta pasta en un odre de cuero y transportarla por semanas o meses a grandes distancias sin que se descomponga, gracias a la sal. Una vez allí, con solo agregar agua... *voilà*... ¡caldo de pollo!

MELZI: *(Admirativo)* ¿Y ese plato sirvió a los invitados del rey?

LEONARDO: No: aún quiero conservar el mecenazgo de Francisco. Ya he sufrido las consecuencias de tratar de incorporar algo de arte en la mesa de los nobles: ¡dos años y medio en la campiña retratando a las amantes de Ludovico...! ¡Horror! Nunca podré borrar de mi mente el rostro estúpido de Cecilia Gallerani, repitiéndome una

y otra vez (*La imita*) ¡El maestro Botticelli hubiera terminado mi retrato, pero mi belleza lo enloqueció! ¡Por favor! Botticelli enloqueció el día en que se enteró de que la cúpula de la Capilla la iba a pintar Miguel Ángel...

MELZI: ¿Es la dama con el armiño?

LEONARDO: ¡Armiño! Esa rata espantosa no era un armiño ni por casualidad. Era un hurón pintado de blanco que Beatriz, la mujer de Ludovico, le había regalado para ponerla en ridículo delante de toda la corte.

MELZI: No cabe duda de que Beatriz D'Este era una dama de gran imaginación.

LEONARDO: ¡Bah! No tenía otra cosa que hacer. (*Cavila, sin prestar atención a Melzi*) Cuando Francisco se presente, le diré que no pienso pintar el cuadro de su querida; yo no soy un vil retratista. Todas esas distracciones me quitan tiempo para lo realmente importante.

MELZI: Maestro, si me permite... (*Con mucho cuidado*) Yo podría ejecutar por propia mano el retrato de *mademoiselle* Babou.

LEONARDO: (*Mitad sorprendido, mitad escandalizado*) ¿Qué?

MELZI: No veo por qué no, maestro; ya otras veces ha sucedido. (*Sumiso*) Lo he ayudado en muchas de sus obras... (*Leonardo frunce el ceño*) Incluso en esta misma; cuando la artritis le paralizó el brazo izquierdo. (*Leonardo, a sus espaldas, le hace un corte de manga con el brazo izquierdo y luego hace el gesto de tocarle el culo pero no alcanza a hacerlo, porque el otro se mueve de lugar, sin percatarse de nada*) He sido yo, bajo su mirada directriz, claro está, quien ha deslizado el pincel por el lienzo... Se podría decir que todo el boceto lo tracé yo mismo.

LEONARDO: (*Con sarcasmo*) ¿Ah sí? Tal vez no necesites más de tu viejo maestro. Tal vez debería dejarte ir, no importunarte más... Serías libre de retratar a todas las amantes de Europa.

MELZI: (*Disminuido, pero con resentimiento*) No, maestro, por favor, que haría yo sin usted.

LEONARDO: Qué harías sin los trescientos ducados que te tocan, querrás decir.

MELZI: El dinero no me importa..., sino la posibilidad de crear una obra... maestra, quizás... inmortal.

LEONARDO: ¡Bah! Es solo otro encargo... (*Cavilando*). Pensándolo bien, no es mala idea. La tal Babou tiene una nariz que parece el monte Etna visto desde el lado norte. Y siempre parece estar pensando “¿qué es eso que me impide ver el piso?” (*Pone bizcos los ojos*). Para que no se desmayen de espanto al verla, habrá que arreglar la nariz y los ojos... Pero, entonces, todas las cortes de Europa dirán que el autor es una excelente persona... y un pésimo pintor.

MELZI: (*Resentido*) Claro, claro. Solo quiero salvar su reputación, maestro. Que no se comprometa su posición en esta corte.

LEONARDO: Mmm... Está bien. Para lo que importa... (*Medita*) Hay que vestirla de oscuro; sobresalen menos los horrendos detalles.

escena 2

EN ESE MOMENTO, POR UNA PUERTA LATERAL, HACE SU ENTRADA FRANCISCO I, EL REY DE FRANCIA. LA COCINERA SE DESHACE RÁPIDAMENTE DE SUS ALAS Y HACE MUTIS.

FRANCISCO: ¡Ah, maese Lyenard, no podría estar más contento de hallarlo aquí! (*Saludando*) Joven Melzi (*Ambos hacen una reverencia*).

LEONARDO: ¡Excelencia! Es un gran honor tenerlo en mi taller... nuevamente. Estábamos estudiando con Melzi las proporciones que ha de tener el retrato de *mademoiselle*...

FRANCISCO: Ah, sí, sí... Estoy ansioso por verlo terminado, pero estoy más interesado en este momento por un plato del menú...

LEONARDO: ¿No fue del agrado de la corte la primera comida?

FRANCISCO: Por el contrario, todos han quedado satisfechos... Con excepción, tal vez, de los invitados lombardos, a quienes tanta profusión de vegetales puso de mal humor.

LEONARDO: Justamente, he imaginado para esta noche un plato con carnes que combina los sabores de sus ingredientes de manera sublime y, además, expresa con elocuencia y síntesis, las ideas más avanzadas de nuestro tiempo.

FRANCISCO: (*Entusiasta*) Solo un genio como el de Leonardo podría haber logrado algo semejante. ¿De qué se trata?

LEONARDO: Aquí está. (*Destapa una fuente. M. Y F. Se quedan mirando, extrañados*) ¡Dos lonjas de carne con una rebanada de pan en medio!

FRANCISCO: (*Incómodo*) No estoy seguro de entender... (*Melzi, aparte, meneando la cabeza*)

LEONARDO: Es simple, Excelencia. La carne representa lo animal, la parte salvaje de la humanidad, el motor de los impulsos más primarios. El pan, por su parte, es fruto del trabajo, la investigación, la experimentación del hombre en su afán por crear una sociedad más civilizada, mejorar su existencia, sus condiciones de vida. “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. ¿No es esta hogaza resultado y síntesis de la agotadora jornada de nuestra especie desde que el mundo es mundo? (*Lo miran, confundidos*) La carne es el instinto; el pan, el pensamiento. La carne nos incita, despierta nuestro apetito: nos invita a hincar el diente, a poseer..., pero en ese momento nos llega, como una revelación, el recuerdo laborioso del pan, moderando, dando verdadero valor a la naturalidad de la carne. El espíritu creador del hombre, es decir el hombre absoluto, en la intimidad misma de sus carnes: una muestra estupenda de una cultura en la que el ser humano vuelve a ser el modelador del universo...

FRANCISCO: No sé, no sé..., no me termina de convencer...

MELZI: ¿Y si fueran dos rebanadas de pan con una lonja de carne en el medio...?

LEONARDO: ¡Pero no, Melzi! Cambia todo el sentido.

MELZI: Pero así no nos mancharíamos los dedos...

LEONARDO: ¡Y a mí qué me importan los dedos! Yo estoy tratando de expresar una idea. Carne y pan en el medio significan algo... Pan y carne en el medio... la mente oprimiendo el instinto...No me gusta, no tiene proporción... ¿No lo cree, Excelencia?

FRANCISCO: (*Asiente*) Además, mucho pan provoca gases.

LEONARDO: (*Vencido*) ¿Ves, Melzi? Su Majestad lo ha expresado de manera más concisa y clara: ... “Mucho pan provoca gases”. Se puede oler la verdad de esa frase.

MELZI: (*Culpable*) ¿Abro una ventana, maestro?

LEONARDO: (*Fastidiado*) ¡Todas, Melzi, todas! Apenas si se puede respirar aquí. Me siento sofocado... (*Tropieza con un objeto en el piso*) ¡Cómo es posible que piense, que componga creaciones inmortales en estas condiciones! Acorralado por objetos inútiles, cuando podría servirme de mis artilugios, que resolverían por sí mismos el trabajo de un batallón de sirvientes... Si solo tuviera tiempo y medios para construir el taller adecuado...

FRANCISCO: (*Sibilino*) ¿No está cómodo aquí, maestro Leonardo? ¿No le alcanza un castillo entero, como el que le he brindado, para que dispusiera de él como se le antojara?

LEONARDO: (*Atajándose*) No, no es eso...

FRANCISCO: ¿Quizás Ludovico lo trataba mejor? ¿Extraña la vida lujosa y disipada de Milán?

LEONARDO: No, no, es solo que... no me siento yo mismo, tal vez...

FRANCISCO: (*Ligero*) ¡Maestro! Yo lo veo en la plenitud de sus facultades. Lo he traído a mi corte para que nos asombre con su ingenio, sus invenciones, su cocina, sus ocurrencias. ¿No insinuará, acaso, que me he equivocado? El Rey no puede equivocarse; el Rey no se equivoca jamás. Sin duda, se subestima usted. Acérquese, por favor; voy a probárselo. (*El rey lo inspecciona como a un animal y acerca el oído a su pecho*) A ver, diga algo inteligente.

LEONARDO: (*Sorprendido*) ¿Algo...?

FRANCISCO: ... inteligente. Vamos:

LEONARDO: ...

FRANCISCO: Esperamos, maestro.

LEONARDO: (*Recita, dubitativo*) Dice la Ética: el hombre es digno de alabanza y vituperio solo en aquellas cosas que en su poder está hacer y no hacer.

FRANCISCO: Ah, sí: Aristóteles. Otra.

LEONARDO: ¿Otra? ¿Otra qué?

FRANCISCO: Otra. Otra de esas cosas que usted dice.

LEONARDO: (*Mirando a Melzi con complicidad*) El ordenar es señorial, el obrar es servil.

FRANCISCO: ¡Bien dicho y bien pensado, por Dios! Otra más.
 LEONARDO: (*Algo disminuido*) Beata es aquella posesión que es vista por el ojo de su dueño.
 FRANCISCO: Así es. Ahora, probemos con un acertijo.
 LEONARDO: (*Descolocado*) ¿Un...?
 FRANCISCO: Un acertijo, Lyenard, por favor; un acertijo para entretenerme. ¿Es mucho pedir?
 LEONARDO: (*Mecánicamente, cada vez más rápido*) El agua que tocas es la última de aquella que fue y la primera de aquella que viene.
 FRANCISCO: ¡El presente! Pruebe con otro.
 LEONARDO: Cuanto más se necesita, más se rechaza.
 FRANCISCO: El consejo... que nunca me dan a tiempo. Más, vamos.
 LEONARDO: Cuanto más se teme y se rehuye, más se acerca.
 FRANCISCO: La miseria, claro... ¡Más, más...!
 LEONARDO: El mar se elevará hacia el cielo y caerá sobre las cabezas de los hombres.
 FRANCISCO: La lluvia.
Leonardo se encorva de a poco y el brazo izquierdo se le inmoviliza.
 LEONARDO: La sabiduría es hija de la experiencia.
 FRANCISCO: Muy sabio.
 LEONARDO: Al que madruga, Dios lo ayuda.
 FRANCISCO: Admirable.
 LEONARDO: A caballo regalado no se le miran los dientes.
 FRANCISCO: Bien...
 LEONARDO: Luna llena, buen tiempo se espera.
 FRANCISCO: Hmmm...
 LEONARDO: (*Cansado y resentido*) Nueve, el culo te llueve. Ocho, el culo te abrocho. Siete,...
 FRANCISCO: ¡Bravo, bravo! Brillante, como siempre (*Al pasar, lo golpea en el hombro. Leonardo se tambalea*) ¿Ha visto que el genio no precisa de ornamento o comodidad alguna para deslumbrar? No vuelva a dudar de mi criterio... (*Leonardo lo mira resentido*) Pero había venido a consultarlo sobre otro asunto. Lo que realmente nos ha

sorprendido en la comida de hoy han sido esos... esas..., ¿cómo llamarlos?

LEONARDO: (*Levemente reanimado*) ¿Los testículos de cordero?
 FRANCISCO: No, no... Estaban deliciosos, sí, pero me refiero a esos... esas cuerdas flexibles, gelatinosas...
 LEONARDO: ¡Las colas de cerdo hervidas!
 FRANCISCO: Magníficas, magníficas, pero tampoco.... Hablo de esa cabellera blanco-amarillenta... Confieso que en un principio pensamos que se trataba de algún tipo de gusano, por lo que la primera impresión fue de rechazo...
 LEONARDO: (*Misterioso*) Ah, los spaghetti...
 FRANCISCO: ¿Los qué?
 LEONARDO: Una invención... mía. No tienen nombre aún; los llamo simplemente *spago mangiabile*, pero no sabría como traducirlo al francés... ¿Melzi?
 MELZI: ¡“Espigas”! Quizás “espigas que se comen...” (*Con desesperación*) ¡“Cordeles”! Cordeles comestibles.
 FRANCISCO: Mmm... no; no suena nada bien. Tal vez sea mejor conservar el nombre en italiano. El caso es que, luego de examinarlos detenidamente –y más aún al percibir su exquisito aroma– nos percatamos de que se trataba de un exótico manjar. Nos dispusimos a comerlos y... ahí nos encontramos con el segundo problema: ¿cómo llevarlos a la boca? Alguien sugirió preguntar al maestro de festejos, pero yo supuse que debía tratarse de una especie de acertijo, como a los que tan acostumbrados nos tiene nuestro genio florentino. Así que probamos distintos métodos hasta que dimos con el adecuado.
 LEONARDO: (*Con expresión satisfecha*) El trinchador de tres dientes.
 FRANCISCO: ¡Ah...! (*Incómodo*) ¿Para eso era?
 LEONARDO: Claro... (*Demudado*) ¿Para qué si no?
 FRANCISCO: (*Frívolo*) Pensamos que servía para rascarse la cabellera, aunque Maximilien lo usó para separarse las garrapatas de la piel, tarea para la cual funcionó asombrosamente bien. Incluso le pareció un adminículo muy adecuado para las largas campañas.

MELZI: (*Bajito*)... una función accesoria no prevista...

LEONARDO: ¡Gracias, Melzi! ¿Por qué no vas a ver cómo se ablandan los garbanzos? (*Melzi se aleja, ofuscado*) Verá, majestad, el trinchador de tres dientes es otro de mis inventos, creado exclusivamente para comer los *spaghi*. Se ensartan unos cuantos de ellos entre los dedos del trinche, luego se gira y se tira de él hacia uno; así varias veces a medida que los *spaghi* van enrollándose en la cantidad que se desee.

FRANCISCO: ¡Sorprendente! Lamento no haberme dado cuenta, le hubiéramos ahorrado mucho trabajo a la servidumbre. Aquello terminó en una pequeña orgía, en fin... (*Deleitado en el recuerdo*) En cualquier caso, los invitados quedaron deslumbrados y no dejaron de felicitarme. ¡Ese plato sí que representa lo más avanzado de nuestro tiempo! Maestro, ¡quiero hacer del *spago mangiabile* el plato oficial de mi corte; luego de toda Francia; por último, de Europa! En cada comida de cada castillo, palacio, residencia, mansión y torre se cantarán mis alabanzas, se me rezarán gracias, se rendirá tributo a mi nombre. Comerán todos de mi mano; los hombres se harán en el futuro de la materia que yo les proveeré. ¡Qué importa Italia, qué importa la derrota! ¡Qué se quede Carlos Quinto con Nápoles! Sus queridas se llevarán a la boca un trozo de Francisco Primero. La Iglesia tiene su hostia; yo tendré mis cordeles. ¡Amén! (*A Leonardo*) Necesito ya mismo la lista de ingredientes y el modo de preparación para poner a todas las cocinas de la corte a trabajar. (*Al verlo dudar*) Enseguida, Lyenard.

LEONARDO: (*Sorprendido*) ¿Su Majestad quiere... una receta?

FRANCISCO: Por supuesto: el secreto de su invención más genial.

LEONARDO: ¿No los planos para confeccionar una bomba centrífuga? Podría resolver el problema de las sequías... (*Negativa del rey*) ¿Y el diseño de un cañón que se cargará por la culata? Duplicaría el poder de sus ejércitos. (*Negativa del rey*) ¿No le provoca curiosidad, quizás, la invención de un tornillo sinfín para elevar el agua?

FRANCISCO: Brillantes, sin duda, pero lo que necesito ahora...

LEONARDO: (*Sin escucharlo*) ¿Y la transmisión con correas? (*Negativa del rey*) ¿Ni siquiera la draga para construir canales? (*Negativa del rey*) Pero sin duda, tiene que conmoverlo mi idea de construir un vehículo para navegar bajo el agua, como los peces profundos...

FRANCISCO: Hasta las lágrimas. Pero ahora quiero los cordeles, Leonardo. Es un deseo real.

LEONARDO: (*Conmovido*) ¿Ni siquiera le interesa una máquina para... volar?

FRANCISCO: Maestro..., yo le hablo del futuro y la gloria de mi nombre, de mi casa. ¡Del balance de poder en Europa! Y usted me habla de juguetes...

LEONARDO: ¡El balance de poder en Europa..., qué gran peso para que lo soporten mis tiernos *spaghi*,...! Pesado, en verdad... (*Cambiando de tono*) Nada tengo en más que complacer a Su Alteza, pero me temo que, en este caso, será imposible.

FRANCISCO: (*Sorprendido*) ¿Imposible?

LEONARDO: Imposible, sí.

FRANCISCO: Imposible... (*Desconcertado*) No comprendo... ¿No he sido claro?

LEONARDO: Como relámpago en la noche. Como resplandor de un incendio.

MELZI: (*Para sí*) Que nos va a quemar en cualquier momento.

FRANCISCO: ¿Cómo es posible, entonces, que mi voluntad no se cumpla?

LEONARDO: Porque no está en la mía cumplirla, Alteza.

FRANCISCO: (*Torvo*) Comienzo a pensar que yo estaba equivocado y tenía usted razón... El aire de este sitio lo está desquiciando.

LEONARDO: Por el contrario. Su Majestad me ha devuelto el sentido.

FRANCISCO: Yo diría que no lo ha reencontrado aún. ¿Qué sentido hay en esta rebelión? Ilumíneme, maestro, porque estamos a oscuras aquí (*Melzi, torpemente, acerca un farol. Leonardo lo empuja a un costado*).

LEONARDO: Su Majestad, no soy yo quien se rebela, sino mi creación, que no me obedece. Y esa rebelión causa, inevitablemente, la mía... más allá de mi voluntad.

FRANCISCO: Comprendo las palabras, una a una, pero el sentido aún se me escapa. ¿Cómo ha ocurrido esta subversión del orden natural y divino? ¿Cómo es posible que la creación se alce contra el creador,

el súbdito contra su soberano? ¿Qué sortilegio o sacrilegio ha sublevado a los *spaghi*? ¿Acaso el diablo anda suelto en su cocina?

LEONARDO: Es uno de los misterios de las artes gastronómicas, mi señor: no sé si es bendición o embrujo. Este plato especialísimo, que el paladar real ha detectado como único con tanto acierto, no entrega sus secretos fácilmente a cualquiera. Solo a Leonardo, su servidor, le ha sido dado el don de su cocción, pero bajo una estrecha regla: que no pretenda legarlo o pasarlo a otros, so pena de perderlo para siempre.

FRANCISCO: Mmmm.... ¿No hablan los celos del creador? Parece que no tolera usted que otro mortal ponga las manos en su masa... ¿No habrá caído en la arrogancia de los de su oficio? He oído unas historias sobre el tal Buonarotti...

Melzi hace gestos de prevenir un desastre.

LEONARDO: No ensucie su boca con ese nombre de perro, Excelencia. Miguel Ángel no sería capaz de hervir una papa...

FRANCISCO: *(Con malicia)* Pero sin duda me diría cómo hacerlo sin tantos remilgos.

LEONARDO: Créame, Majestad: he intentado antes pasar este secreto, pero en manos de otro solo ha engendrado contrahechos, monstruos de una fealdad que envilecía a sus poseedores.

FRANCISCO: *(Muy serio)* ¿Me estás diciendo, Leonardo, que te negarás a cumplir un pedido directo de tu rey?

Silencio. Melzi trata de tirar de las ropas de Leonardo desde atrás pero este se mueve y no alcanza a hacerlo.

LEONARDO: Hay cosas en este mundo, Su Alteza, que no se doblegan ante los poderosos, por más fuerza que se les haga. Seres, objetos, cuya alma es necesario ganar y que no se abren sino ante el hombre inspirado. Como ciertas mujeres, que, aunque entreguen su cuerpo al rey por obligación, reservan su corazón para el paje, el aprendiz... o el bufón.

Francisco lo contempla muy serio. Luego, se echa a reír.

FRANCISCO: Ah, ya comprendo, ya comprendo. Otro acertijo del maestro *(Se da vuelta como para irse, fastidiado)*. Lo resolveremos... de un

modo u otro. Buenas tardes tengan, señores *(Hace mutis)*.

Leonardo suspira. Comienza a retirarse, con alguna dificultad, cansado.

MELZI: *(Inquieto)* ¿Me deja, maestro?

LEONARDO: Nunca, Melzi. Nunca *(Hace mutis)*.

escena 3

MELZI HA QUEDADO SOLO. LA COCINERA ENTRA.

MELZI: *(Mofándose de sí mismo)* “¿Me deja, maestro?” “¿Abro una ventana, maestro?” “¿Me arrojo por ella, maestro?”

La cocinera lo imita. Sospechando, Melzi se da vuelta de golpe, pero la cocinera luce impasible.

MELZI: *(A la cocinera, con rencor)* Él, él me ha hecho así, él me convirtió en una broma. Todos estos años, todas las ciudades, todos los palacios, talleres y recámaras, en que he sido su público, su sirviente, su puta, su juguete... Me ha usado cómo y cuánto quiso. He sido paño de sus humores, sus lágrimas, su esperma... Todo descargó en mí, todo me echó encima, menos lo único que había prometido. *(Imita la voz de Leonardo)* “Melzi, la puntita nada más”. *(Camina)* ¡Ah, si yo fuera Giotto, Masaccio, Brunelleschi...! ¡Si fuera Botticelli, incluso Miguel Ángel! ¡Sí!, aunque me odiara. ¡Y ojalá me odiara...! *(Introspectivo)* Ojalá yo pudiera odiarlo. Pero ni siquiera me ha dejado emociones enteras. Soy otra de sus obras sin terminar, un borrador, un artillugio en ciernes. Melzi, la máquina inútil *(Se sienta, deprimido. Toma una copa de vino y arroja un poco en el piso)* “Me gusta hacerlo despacio, Melzi”. Y ahora ya no hay tiempo. Pronto morirá: se irá y me dejará incompleto, como a todo lo demás. *(La cocinera lo mira)* ¿Qué? ¿Es mi culpa, acaso? ¿Qué debía hacer? ¿Dejarlo? ¿Vivir el día sin pensar en mañana? Saborear esta copa de vino hasta acabarla... *(Va a beber y se detiene)* ¿Pero no es mejor

añejarlo para admiración de generaciones futuras; de la posteridad? ¿Es pecado el deseo de perdurar más allá de la muerte? Pero no he pintado una obra que merezca sobrevivir, no he hecho nada que valga la pena. Claro... Él morirá y, por el resto de mis días, seré todavía su sirviente, el guardián de su legado... Cargaré con su memoria. Así me recordará el futuro: como el caballo de una estatua, el bastón, el perro fiel... ¡Para qué me torturo! ¿Qué sé yo de las generaciones por venir? No son más que sombras: se agitarán cuando yo sea polvo del polvo. Fantasmas, meras hipótesis de mi mente (*Hace una pausa. Luego, lúgubre*) No... Son hipótesis de su mente. Es él, el viejo, quien los ve, los imagina..., construye su futuro. Y también el mío.

ACTO II

SE ILUMINA EL RINCÓN DE LA COCINERA.

COCINERA: Ha pasado la hora tercia. El mediodía está sobre nosotros. Los humores del cuerpo bullen, se agitan las pasiones... En una palabra, se nos hace agua la boca. Es el momento de poner al fuego una presa mayor (*Saca un animal de abajo de la mesa y lo mete en una olla. Revuelve*). Pronto, el calor transformará esta masa de músculos nerviosos, tejidos grasos, pelos, fluidos, uñas y huesos, en una delicia irresistible. Cuando las vituallas sean servidas con la suntuosidad de un banquete, será imposible aguardar educadamente a que todos ocupen el lugar que les ha sido destinado. Pero, antes de arrojarse sobre este manjar, ¡atención! No hay que entregarse a una voracidad traidora: puede resultar indigesto si no se espera hasta el momento apropiado. ¡Algo más se cocina siempre en la mesa! (*Susurra al público*) Vigilen su plato. Recuerden el refrán: “A veces, no es lo que parece; a veces, no está bien cocido. (*Sonríe maliciosamente*) A veces, sigue vivo”.

Se apaga la luz.

escena 4

LA LUZ SE ENCIENDE SOBRE EL TALLER DONDE SE HALLAN MELZI Y LEONARDO. MELZI PINTA EL RETRATO DE LA AMANTE DEL REY. LEONARDO, MALHUMORADO, ESTÁ BATIENDO ALGO.

LEONARDO: ¡Maldita sea! ¡Se corta! ¡Una y otra vez lo mismo! (*Melzi lo mira sin comprender*) ¡El huevo! Una vez agregado el vinagre y el aceite, basta que deje de batir unos segundos para que se corte. Y, sin embargo, lo he visto hacer cientos de veces a las cocineras de Mantua...

MELZI: (*Indiferente*) Tal vez los ingredientes sean de mala calidad.

LEONARDO: No, no es eso; necesito un medio más veloz para batir la mezcla. Creo que podría adaptar de alguna manera mi tornillo sin fin para agitar unas paletas que aceleraran el proceso, pero no sé cómo, ni cuándo... (*Se desespera*) No tengo más tiempo... no tengo paz... (*Estalla*) ¡Ese...! ¡Cómo me trata de esa manera! ¡A mí! ¡Un imberbe, más joven que...! (*Mira a Melzi y se detiene*).

MELZI: Pero él es el Rey de Francia. Nos paga para que trabajemos para él... (*Con insolencia*), cosa que yo sí estoy haciendo.

LEONARDO: ¡No me paga para que sea su bufón! ¡Ribaldo! ¡Gaglioffo! ¡Manigoldo! ¡Figlio malnato de una druda! ¡E vaffanculo!

MELZI: A un rey no se le niega nada.

LEONARDO: Pedirle a un artista los secretos de sus creaciones es el insulto más grande que se puede proferir. Él es rey por casualidad... Yo he trabajado durante sesenta y seis años para no tener que mendigar mi libertad. ¡Mi libertad! Mi libertad está aquí (*Se toca la cabeza*)... y él... ¡pretende una receta! ¡Un listado de ingredientes! MELZI: ¿Por qué no se los entrega y ya? Es harina y agua, al fin y al cabo. LEONARDO: ¿Qué estás diciendo, Melzi?! ¿Cuánto tiempo hemos estudiado, discurredo acerca de los misterios que encierra la naturaleza? Hay sumas cuyo resultado no se puede deducir ni interpretar, aún conociendo los factores; es como...

MELZI: (*Aburrido*) Como el pan de las panaderas de Vinci; sí, lo ha mencionado muchas veces. (*Con intención*) Pero quienes no tienen el don de confeccionar ese pan... ¿deben morir de hambre? ¿O no lo merecen?

LEONARDO: (*Captando la irritación de Melzi*) La humanidad nunca va a saciar su hambre, Melzi. Y mejor que así sea.

MELZI: ¿Cómo puede decir eso? ¿Acaso no debemos saciar las ansias de los desposeídos?

LEONARDO: No se trata de saciarse..., de lo que se trata es de soñar, de desafiar, de cambiar; no de llenarse o conformarse. Hay que quedar con hambre. El arte no apacigua, sino que sacude los sentidos; no importa si está hecho de mármol, de aceite o de harina.... Lo único que se necesita es tener hambre.

MELZI: ¿Y por qué no calmar ese hambre, teniendo las herramientas para hacerlo? Si encontrara a alguien suplicando por una hogaza de pan y pudiera complacerlo, no sería tan cruel de negarme.

LEONARDO: Y harías muy mal, porque el hambre es el estado natural del ser humano. Nacemos aullando, reclamando aire, comida, protección. A lo largo de nuestra vida aprendemos a postergar, a esperar, a tratar de que esa necesidad nos impulse... Dale a un hombre todo tu pan y tendrás a un inútil, un glotón con el estómago lleno, incapaz de pensar en otra cosa que no sea comer más pan. Dale un bocado selecto, sutil, pero escaso, y tendrás a un hombre pensando en qué le ha ocurrido, qué ha sido eso que ha incitado sus sentidos, alerta, expectante, lanzado a la búsqueda y la conquista... Un hombre en movimiento tratando de conseguir más.

MELZI: Pero la humanidad avanza a medida que satisface sus necesidades.

LEONARDO: Y se convierte en salvaje nuevamente. Francisco lo tiene todo: grandes banquetes, mujeres, poder... Francia... ¿Y qué quiere? ¡Más mujeres, más poder... Italia... el mundo! A ver: ¿cuál es, a tu entender, la razón por la que Francisco desea con tanto fervor el cuadro de su amante?

MELZI: (*Cansado*) Usted mismo lo ha dicho: el impulso de los poderosos es poseerlo todo.

LEONARDO: Pero ¿qué pretende poseer Francisco? ¿El cuadro?

MELZI: Sí, claro... La obra de arte.

LEONARDO: Entonces, ¿por qué no pintar el cuadro de un caballo y regalárselo? El modelo sería apenas más peludo y un brioso corcel

tiene un diseño más equilibrado y armonioso que la desdentada amante de nuestro monarca. El pintor sería el mismo, al igual que los materiales, la técnica...

MELZI: Pero su alma...

LEONARDO: A él no le importa en lo más mínimo el alma de *mademoiselle*. En lo único que fija su atención es en su cuerpo; concretamente, en la parte baja de su cuerpo...

MELZI: ¿Por qué no? ¡Esos glúteos...!

LEONARDO: ¡Entonces pintemos el culo de la señora, pongámosle un hermoso marco y llamémoslo *Il buco dove si diletta Francesco Primo!* Firmado por el maestro florentino Leonardo Da Vinci. Tendremos una pieza maestra, promovida e inspirada por el buen gusto de la nobleza francesa. ¿No te parece e so una gran obra de arte?

MELZI: Tal vez no, pero es un excelente título para una pintura.

LEONARDO: ¿Y qué importa la pintura? ¿Te parece que esto (*Saca de un rincón el cuadro de La Gioconda*) tiene el poder para conmovir el espíritu de alguien?

MELZI: Se lo han querido comprar decenas de personas.

LEONARDO: ¿Sí? ¿Y cuántos lo han visto en realidad? ¿Cuántos lo quieren porque les han dicho que es una obra de arte? ¿Te parece que a alguien le interesa en lo más mínimo quién cuernos era la señora del Giocondo y por qué sonreía? No, Melzi. Si soy recordado por las generaciones futuras, no será por este cuadro.

MELZI: Tampoco por su generosidad... No está dispuesto a entregar su comida... ni sus secretos.

LEONARDO: No es cierto. Jamás te he negado nada. Te conozco desde que tenías quince años, prácticamente la mitad de tu vida. Todavía recuerdo el día en que tu padre te entregó... para que te convirtiera en un gran artista. ¿He faltado, acaso, a mi promesa?

MELZI: Depende de cómo se vea...

LEONARDO: ¿Y qué hay de las lecciones? ¿Y la posibilidad de participar en mi obra? Nobles y monarcas pagarían cualquier cifra por el privilegio de asistir al espectáculo de mi mente en acción... En cambio, yo te pago por ello y tengo que escuchar tus lamentos.

MELZI: Yo también soy noble por cuna. Yo también he pagado por estar a su lado, con mi obediencia, mi trabajo... mi devoción.

LEONARDO: Y has sido recompensado en abundancia. Te he pasado conocimientos que llevaría varias vidas reunir; conocimientos que me han costado la mía.

MELZI: ¿Y qué puedo hacer con ellos? Yo quiero ser un gran pintor.

LEONARDO: *(Como si no lo oyera)* Te tocará nada menos que el honor, la gloria de transmitirlos a las generaciones que vendrán... Mis obras perdurarán y la inmortalidad de mi nombre garantiza la del tuyo.

MELZI: ¿Y mis obras? ¿Quién custodiará mi memoria si no tengo ninguna que dejar? ¿Acaso soy solo un espectador, un copista? ¿Un albacea de bienes ajenos? Usted mismo ha dicho que el discípulo que no supera al maestro no merece tal nombre.

LEONARDO: No es algo que corresponda al maestro conceder...

MELZI: Si uno posee el secreto para hacer obras de arte perfectas, una técnica o un artilugio capaz de producirlas por sí mismo, independientemente del talento, ¿no debe entregarlo?

LEONARDO: ¡No! ¡Jamás! Se me ocurre un buen nombre para el momento en que se descubra tal secreto: el Apocalipsis. ¿Qué devuelven los hombres al mundo cuando obtienen conocimientos, misterio, belleza?

MELZI: ¿Bellas obras?

LEONARDO: Un pobre campesino ingiere durante su vida montañas enteras de polenta... de maravilloso trigo dorado al sol, trabajado por las manos incansables de las molineras... la come, se la traga, toda la vida; y a lo largo de todo ese tiempo ¿qué va dejando a cambio? ¡Mierda! Dale a los inservibles nobles de Francia, Nápoles, Milán los más exquisitos bocados, preparados gracias a años de experimentación, de selección de los ingredientes, de pruebas y errores, de fracasos y éxitos... lo devorarán con la misma inconsciencia que el campesino y dejarán a cambio exactamente lo mismo: ¡Mierda y más mierda! ¡La mierda del noble no vale más que la mierda del pobre! ¡Dales una máquina que les permita volar, y en vez de disfrutar del vuelo, encontrarán la manera de

digerirla y convertirla en algo desde donde poder dejar caer más mierda sobre el mundo!

escena 5

ENTRA EL REY, QUE ALCANZA A ESCUCHAR LAS ÚLTIMAS FRASES. A LEONARDO SE LE PARALIZA EL BRAZO IZQUIERDO, EVIDENTEMENTE A PROPÓSITO. MELZI TAPA EL CUADRO CON UN LIENZO.

FRANCISCO: Interrumpo, tal vez, un docto debate...

LEONARDO: Su Majestad, bienvenido... *(Él y Melzi hacen una reverencia)* Su Majestad no interrumpe nada... *(Sibilino)* Su encargo está listo *(Melzi lo mira con odio)*.

FRANCISCO: ¿Mi encargo? ¿Me lo dará usted?

LEONARDO: Por supuesto. *(Destapa el lienzo)* Juzgue con sus propios ojos *(Melzi trata de evitarlo)*.

FRANCISCO: *(Desilusionado)* Ah, qué bien, qué bien. *(Examina el cuadro)* Mmm... Hay algo en este retrato de Babou que me llama la atención, pero no estoy seguro de qué *(Melzi lo mira, inquieto)*. ¿No está un poco oscuro?

LEONARDO: ¿Oscuro?... Mmm...La luz aquí no es muy buena... Habría que verlo con otra perspectiva...

FRANCISCO: ...hay algo sobresaliente en los rasgos...

MELZI: *(Provocador)* ¿La nariz?

LEONARDO: La nariz... y el resto de los rasgos faciales han sido tratados con la técnica del *sfumato*. Esta técnica permite, este..., suavizar los rasgos, para dar al retrato un aire misterioso e impreciso.

FRANCISCO: ¿En verdad? Puede ser; nunca había visto en *mademoiselle* Babou semejante expresión. *(Medita)*. Decididamente, no es lo que esperaba, para adornar mi Sala de Audiencias *(Leonardo y Melzi se miran)*. Pero confío en su criterio, maestro.

MELZI: *(Apresurado)* Tal vez podamos repetir el retrato; requeriría, claro, que la modelo volviera a posar...

LEONARDO: *(Agrio)* Tal vez, Melzi, puedas confiar, como Su Majestad, en mi criterio...

MELZI: Con el tiempo y los elementos necesarios... *(Con resentimiento)* y la ayuda de mi maestro...

FRANCISCO: Justamente. Yo esperaba una obra del maestro y me encuentro con una del discípulo. *(Vuelve a examinar el cuadro con poco interés)* Pero si el genial Leonardo está dispuesto a firmarlo como si fuera propio...
Leonardo se pone a cocinar.

LEONARDO: Cuando yo era joven, tendría unos veinte años, uno de los colonos del campo de mi padre le llevó una rodela de madera que había cortado del tronco de una gran higuera. Quería, vaya a saber por qué, hacerse un gran escudo y que se lo decorara algún pintor florentino. Cuando supe del asunto, le pedí a mi padre que me dejara encargarme de la pintura.

FRANCISCO: Campesino con escudo de armas... ¡Vaya pretensión!

LEONARDO: No tenía la menor idea de lo que quería; así que empecé a pensar en cómo pintarlo. Ahora bien, ¿cuál es el objeto de un escudo de armas?

MELZI: *(Con desinterés)* ¿Honrar a los ancestros?

FRANCISCO: *(Con seguridad)* Impresionar a los diplomáticos extranjeros.

LEONARDO: Aterrorizar al enemigo. Empecé a trabajar en él; la rodela estaba mal cortada, toda torcida, por lo que primero la enderecé al fuego, luego la mandé a tornear y por último la cubrí con un barniz fabricado especialmente, le dediqué mucho tiempo. Luego empecé a pensar en el dibujo. ¿Qué imagen podría dejar paralizado de terror a quien lo viera? Escogí figuras de lagartos, de insectos, de langostas y murciélagos, los despedacé y junté luego las partes de unos y otros, buscando el monstruo perfecto. Al fin, logré componer a una bestia horripilante y feroz que parecía asomar a través de una grieta tenebrosa, escupiendo fuego de las fauces abiertas y resoplando un vapor envenenado. Entorné los ventanales del estudio y lo dejé agazapado en las sombras.

FRANCISCO: Una verdadera *mise en scène*...

MELZI: *(Rencoroso)* Un golpe de efecto...

LEONARDO: Entonces, llamé a mi padre. Cuando abrió la puerta y vio la

imagen, sufrió una terrible conmoción; creyó estar en presencia de una criatura infernal. Cayó de espaldas, bañado en sudor. Lo tomé entre mis brazos y le dije: *(Sentencioso)* “Precisamente para eso sirve este objeto; tómelo y lléveselo. Eso es lo que se espera de una obra de arte” *(Todos meditan un momento)*.

FRANCISCO: ¡Una lección de arte...! ¡Del hijo... al padre!

MELZI Y LEONARDO:

(Melzi encogiéndose de hombros mientras pinta, Leonardo revolviendo la olla) Pse...

FRANCISCO: ¡No puedo imaginar la cara del campesino al darse cuenta de que era poseedor de semejante obra! ¡Quisiera haber visto el impacto que causó en él!

LEONARDO: Sí... Yo también.

FRANCISCO: ¿Su padre nunca le contó cómo fue recibido el escudo?

LEONARDO: No. Se fue al mercado y compró un escudo ordinario, adornado con un corazón atravesado por una flecha, y se lo dio al campesino, que quedó extasiado y eternamente agradecido.

FRANCISCO: ¡Guardó el escudo, como prueba del talento de su hijo!

LEONARDO: No; lo vendió por unas monedas a unos feriantes de paso... y se compró una mula nueva. Perdón, pero debo asegurarme de que dejé cierta cosa a buen recaudo. Con su permiso, Majestad *(Hace mutis)*.

escena 6

MELZI Y FRANCISCO QUEDAN SOLOS.

MELZI MIRA SU PINCEL Y LO DEJA CON FASTIDIO.

FRANCISCO: Creo entrever una lección en esa anécdota..... Últimamente, el maestro es muy afecto a mostrar y ocultar, a las adivinanzas y a las escondidas... *(Pausa)* ¿Se halla usted bien? Lo noto decaído.

MELZI: ¿Caído?

FRANCISCO: Desdichado, quizás.

MELZI: Desdichado...

FRANCISCO: ¿Es desdichado, Melzi?
 MELZI: Yo...
 FRANCISCO: ¿No se siente satisfecho con su obra?
 MELZI: *(Con resentimiento)* El maestro Leonardo dice que la insatisfacción es la condición propia del artista.
 FRANCISCO: Desdichado oficio, entonces. ¿No ha imaginado alguna vez hacer otra cosa? ¿Ser... otra persona, con... otro destino?
 MELZI: El maestro Leonardo dice que los verdaderos artistas no eligen, sino que son elegidos.
 FRANCISCO: Suena como una condena, ¿No ha pensado en... liberarse?
 MELZI: *(Débil)* El maestro Leonardo dice que la libertad...
 FRANCISCO: ¡Vamos, Melzi! “El maestro Leonardo dice...”, “El maestro Leonardo dice...” Parece que no tuviera voluntad propia, que fuera un mero reflejo, un eco. Los ecos no sienten, no desean, no imaginan. Y usted me da otra impresión.
 MELZI: ¿Su Majestad...?
 FRANCISCO: Yo lo veo lleno de vida, de imaginación, deseos... ¿Me equivoco?
 MELZI: Su Majestad, yo... no podría decir...
 FRANCISCO: El Rey no se equivoca, Melzi; jamás. *(Toma el retrato de Babou y avanza con él hacia Melzi)* ¿Qué ve aquí?
 MELZI: *(Titubeante)* ¿U-na ... pin-tura?
 FRANCISCO: En la pintura. ¿Qué ve en ella?
 MELZI: ¿A *mademoiselle* Babou?
 FRANCISCO: Para retratarla así, debió contemplarla durante horas... días *(Melzi asiente)* Recorrió cada línea de su rostro, cada curva de su cuerpo; sopesó sus volúmenes, entreabrió sus formas... Penetró en ellas... ¿Verdad? *(Francisco comienza a rondarlo)*
 MELZI: *(Algo excitado)* Sí... sí.
 FRANCISCO: *(Avanza y ofrece el cuadro a Melzi)* Al ver esas proporciones carnales, esos colores que brotan de una sangre caliente... ¿Quería hacerlos suyos? ¿Quería poseer, Melzi? ¿Inventar su propia Babou?
 MELZI: *(Tomando la pintura, que Francisco no suelta)* Sí, sí.
 FRANCISCO: *(Giran, aferrados a la pintura)* Crear la amante perfecta; la amante

inmortal. Tenerla entre sus brazos, tomarla de la cintura, hacerla bailar...

Bailan. Francisco tararea la música y conduce a Melzi. De pronto, se detiene.

FRANCISCO: Pero no es posible. *(Arranca el cuadro de las manos de Melzi)* Usted “ha sido elegido”; no puede elegir lo que desea. Lo que sería tan fácil de obtener para otro resulta tan lejano para Melzi... el artista. *(Acaricia el cuadro)* Una lástima *(Lo deja)*.
 MELZI: *(Para sí)* ¿Un artista...? Ni siquiera Leonardo lo concede. ¿Basta con echar pintura sobre una tela? ¿Y si se da vida a un oscuro adefesio? Si no puedo ser un genio, preferiría ser feliz. ¿Para qué he seguido esta vida de servidumbre? ¿Para celebrar al genio, sin alcanzarlo jamás? *(Se vuelve hacia el rey)* ¿Para qué el sacerdocio de un Dios esquivo? ¿Para qué una fe no correspondida?
 FRANCISCO: Yo, en cambio, soy la gratitud en persona: no dejo plegaria sin responder... para bien o para mal. Yo reparto las riquezas y las miserias; yo reino sobre las tierras y sobre los cuerpos. ¿Para qué sufrir la incertidumbre de una recompensa póstuma si yo puedo concederle en este mismo instante otra, contante y sonante, caliente, viva, que puede palpar, oler, saborear hasta hartarse? *(Se acerca a Melzi, hasta casi tocarlo)* Si se entrega a mí, por Dios que será correspondido.
 MELZI: *(Entregado)* ¿Qué desea de mí?
 FRANCISCO: Déjese usar. Sea mi instrumento; y a cambio podrá tener... ¿Qué quiere? *(Melzi mira el retrato de Babou)* ¿Quiere que su retrato se convierta en el cuadro más cotizado de Europa? Puedo hacerlo. Invadiré Florencia y ordenaré que se olvide a Leonardo y se proclame a Francesco Melzi como el genio más grande... Solo cumpla mi voluntad.
 MELZI: ¿Y cuál es su voluntad?
 FRANCISCO: Consígame el secreto de los *spaghi*; encuentre lo que su maestro me oculta. Consígame el secreto y lo colmaré de gloria y fortuna de tal modo que se preguntará, no ya si es desdichado, sino si es capaz de soportar tanta dicha.

MELZI: *(Apartándose, impactado)* ¿Traicionar a Leonardo?
 FRANCISCO: Servir a su Rey... y a usted mismo... ¡Salte fuera de su destino, Melzi! ¡Sea libre!
 MELZI: Pero yo...No era por mí que.... usted pensó que yo sería capaz... Yo mismo... ¡Perdón, perdón...! *(Sale corriendo)*

Se apaga la luz del taller.

ACTO III

SE ENCIENDE LA LUZ SOBRE LA COCINERA, QUE LLEVA PUESTO EL GORRO DE "RETRATO DE UN MÚSICO" Y UN INSTRUMENTO DE ÉPOCA.

COCINERA: En las lánguidas horas de la tarde, surge, más que el hambre, la ansiedad. Queremos algo, lo que sea, y lo queremos ya, aunque no sepamos claramente qué o por qué. Algo con que engañarse... hasta la cena. Esa humana necesidad de ilusión ha generado una farsa de comida que conocemos como merienda. La componen pequeños bocados que pueden extenderse desde el exacto momento en que hemos concluido el almuerzo hasta el crepúsculo, o concentrarse en una ocasión única, ideal, por sus características, para visitar o recibir sin grandes gastos o dispendio de esfuerzos. *(Toca un acorde)* ¿De dónde proviene esta ansiedad? *(Toca otra vez)* ¿Qué nos falta, realmente?

escena 7

LEONARDO COCINA. MELZI BARRE Y ORDENA; AMBOS, SE EVITAN OSTENSIBLEMENTE. EL RETRATO DE BABOU PERMANECE EN SU CABALLETE, CUBIERTO POR UNA TELA.

LEONARDO: *(Cantando mientras cocina)*
 Ojos claros, serenos,
 si de un dulce mirar sois alabados,
 ¿por qué si me miráis, miráis airados?
 Si cuanto más piadosos,

más bellos parecéis, a aquel que os mira,
 no me miréis con ira,
 porque no parezcáis menos hermosos.
 ¡Ay tormentos rabiosos!
 Ojos claros, serenos,
 Ya que así me miráis, ¡miradme al menos!

Melzi, que se ha detenido a escuchar, vuelve a barrer, con aparente indiferencia. Leonardo sonríe con malicia y vuelve a cantar.

LEONARDO: Al joven viajero que llega a Florencia,
 Se dice que pase y visite sus huertos;
 Su fama y belleza, sus surcos abiertos
 Que entregan su fruto con gran complacencia.

Hay huertos añosos y otros muy nuevos
 Que han sido sembrados docenas de veces
 ¡Zanahorias, pepinos y nabos penetren
 En tierra tan fértil cual poniente huevol!

El de Miguel Ángel, estrecho y siniestro
 Tan lleno de espinas, malezas y cardos
 El de Boticelli, redondo y muy fresco

Y uno de Giotto que luce muy pardo
 Mas toda Florencia dirá, por supuesto...

MELZI: *(Le "gana" el remate, cantando)*
 "...que el huerto más viejo lo tiene Leonardo."

LEONARDO: *(Contra-remata)*
 ...y el más visitado lo tiene Francesco.
Melzi se echa a reír. Luego, ríen ambos.

LEONARDO: *(Fingiéndose contrito)* ¿Aún te queda algún afecto por tu viejo maestro?

MELZI: ¿Algún afecto?
 LEONARDO: Bueno... aprecio.

MELZI: ¿Aprecio? (*También fingiendo*) Insúlteme; me lo merezco. Cárgueme con las peores servidumbres; obedeceré. Renunciaré al arte, me convertiré en su cocinera (*La cocinera hace un gesto de protesta*)... en el siervo de su cocinera. (*La cocinera hace un gesto de "ah, está bien" y hace mutis*) Aún humillado, lo seguiré venerando.

LEONARDO: (*Con "humildad"*) Entonces, ¿tengo tu perdón?

MELZI: (*Hincándose dramáticamente*) Soy yo quien mendiga el suyo; soy yo quien está de rodillas, pidiendo misericordia. Dígame que lo he traicionado; dígame que soy indigno de permanecer a su lado. Me iré para siempre. Ya no lo molestará ni la sombra de mi sombra. (*Levantándose, fatalista*) Partiré, regresaré a Milán. Me expondré a todas las tormentas para que un buen rayo me parta. No le impondré más la pesadumbre insoportable de mi presencia. (*Da un paso para irse*) Adiós.

LEONARDO: (*Hace un gesto para contenerlo*) Vamos, Melzi... No es para tanto... ¿Qué sería de mí si te vas? Dejemos la mascarada, que estoy cansado. Es bien sabido que los artistas somos gente susceptible, pero también podemos entendernos uno al otro como nadie nos entiende.

MELZI: Evidentemente, no es mi caso, maestro. La brillantez de su genio escapa a mi pobre comprensión.

LEONARDO: (*Afectuoso*) Mi buen Francesco, la culpa es mía. ¿Cómo iba nadie a comprenderme? Soy zurdo, vegetariano y sodomita. Si no fuera un genio, estaría en la cárcel o hubiera ardido en la hoguera...

MELZI: ¿No hubiera sido más fácil cambiar de... dieta?

LEONARDO: ¡Jamás! En todos estos años, no he degustado otra carne que la de varón: el animal joven, al que se debe succionar hasta el último jugo de vida. Carne firme y tierna; carne caliente, peluda.

MELZI: (*Irónico*) Y nunca se ha privado de ella, según recuerdo.

LEONARDO: ¿Por qué hacerlo? ¿Cómo privarme de tus encantos?

MELZI: No hablaba de mí.

LEONARDO: (*Fingiendo inocencia*) ¿De quién, entonces?

MELZI: De otros...

LEONARDO: ¿Otros? ¿Quiénes, por ejemplo?

MELZI: Salai, por ejemplo.

LEONARDO: (*Nostálgico*) ¡Ah..., Giácomo!

MELZI: (*Fastidiado*) ¿Por qué insiste en llamarlo con ese nombre cristiano? Usted mismo lo apodó Salai por su carácter diabólico...

LEONARDO: Cuando me lo trajeron, no había cumplido once años. Los bucles, perfectos, le llegaban hasta los hombros. Tenía la piel suave, los dedos finos, los pies delicados, de ninfa; se movía con la gracia de un cisne. Era como si un ángel se hubiera encarnado...

MELZI: ¿Un ángel, le dice ahora? Pero entonces le decía ladrón, mentiroso, glotón, testarudo...

LEONARDO: Era travieso como un duendecito.

MELZI: Duendecito, ¿eh? Apenas pisó el taller, el duendecito robó las cuatro liras que usted había separado para comprarle ropa y corrió a gastarlas en golosinas.

LEONARDO: Y sí... era goloso.

MELZI: Rompía copas, desvalijaba a los escuderos, revendía las pertenencias de sus compañeros...

LEONARDO: ...posaba desnudo...

MELZI: ...falsificaba sus obras y las ofrecía como originales. Se hizo espía, intrigante, prostituto...

LEONARDO: Bueno, nadie es perfecto...

MELZI: Desearía que tuviera la misma indulgencia conmigo.

LEONARDO: ¡Por favor, Melzi! En nada podría compararlos. Es completamente diferente.

MELZI: ¿Será acaso porque usted lo amó más que... a nadie? ¿Antes que a nadie? ¿Es por eso que puede infligirle sus robos, sus deslealtades, sus infidencias, y usted lo sigue recibiendo con lágrimas en los ojos, como al hijo pródigo?

LEONARDO: Giácomo fue como un hijo para mí, es verdad, pero nunca, nunca un auténtico discípulo. Jamás soñaría con confiarle mi arte; ese privilegio te pertenece exclusivamente.

MELZI: Ah, es eso. Para él, el padre comprensivo; para mí, el maestro severo; para él, amor y tolerancia; para mí, críticas y reprimendas.

LEONARDO: (*Herido*) ¿Así lo ves? ¿Nada más que molestias te di?

MELZI: No es lo que recibí, sino lo que no recibí.

LEONARDO: (*Cansado*) Bueno, Melzi, algún día...

MELZI: ¿Cuándo? ¿Qué día? Cada noche, antes de dormir, me pregunto si no es Salai el afortunado. Intrigar, batallar en el mundo, hundirse hasta los codos en peligros y placeres... Mis padres deseaban que me manchara las manos con la sangre de mis enemigos, en campos de guerra, pero yo solo me he salpicado de pintura. Me rebelé, forcé a mi padre a resignar su autoridad en beneficio del gran Leonardo. Desde entonces, sin embargo, no he hecho otra cosa que obedecer, escuchar, esperar... inútilmente.

LEONARDO: ¿Cómo, cómo decís eso, después de todo lo que te he enseñado? ¿Acaso vas a comparar las dudosas glorias del guerrero, cuyo oficio no consiste más que en segar y trozar como un campesino, con la trascendencia de la creación? Las obras custodian la memoria del artista; la del guerrero yace en la tumba de sus víctimas. No: por ese camino no hubieras logrado nada.

MELZI: Usted me ha dado mucho, pero todavía se resiste a entregarme lo más importante. Pese a todo lo que hemos compartido, aún se reserva el secreto de su genio.

LEONARDO: No hay nada más que enseñar. Ninguna técnica que no te haya explicado, ningún conocimiento que te haya negado.

MELZI: ¡Hay algo más! ¡Lo veo, lo siento... no lo niegue!

LEONARDO: Mi dulce muchacho... (*Intenta tocarlo. Melzi se revuelve, molesto*) No es algo que pueda enseñarte (*Melzi chista, escéptico*).

LEONARDO: (*Iluminado*) Aunque, tal vez..., pueda mostrártelo.

MELZI: Por favor, maestro. (*Se arrodilla a sus pies*) Muéstrémelo. No me lo niegue.

LEONARDO: (*Acariciándole los cabellos*) Querido mío... ¿Cómo podría negarte cosa alguna, si me has dado tanto? (*Suspira satisfecho*) Un amor que no creí que tendría... Hace años, en una celda, convencido de que me quemarían vivo por unos instantes de pasión que otros habían pagado y obtenido como yo, me pregunté si todo esto valía la pena; si no debía convertirme en monje o asceta, renunciar a los placeres... Dante decía que los sodomitas

acabaríamos encadenados, marchando en un círculo infinito de un desierto ardiente. Pero me dije: ¿no es así la vida de la mayor parte de los hombres, aún de los felizmente casados? ¿Una marcha ciega, sin sentido ni frutos? Me absolvieron, pero ya estaba convencido de que no renunciaría a nada. Giacomo, Paolo, Fioravanti, tantos... Poseí sus cuerpos exquisitos en los lienzos de los cuadros y de las camas, me empalagué con su dulzor, me saqué en ellos. Pero jamás encontré verdadero amor, la entrega, el mutuo, ritual, sacrificio del amor. Nunca lo tuve... hasta conocerte. (*Le recorre la cara con un pincel*) Me diste el amor, Francesco. ¿Qué importa todo el conocimiento del mundo? ¿Qué importa el arte? (*Lo besa. Luego, jugueteo*) Aunque siempre he sabido que hubieras preferido, como tantos, el abrazo insípido de una mujer.

MELZI: Yo jamás lo traicioné. Ni lo traicionaría.

LEONARDO: Los dos sabemos que cuando muera, y sabemos que no falta mucho, te casarás y tendrás hijos, como todos los demás.

MELZI: Pero, maestro, yo lo amo...

LEONARDO: No lo niegues: no me importa. Solo deseo tu felicidad. (*Lo acaricia*) Te dejaré una herencia invaluable como dote. Para el único joven que me amó desinteresadamente, que nunca pretendió más que lo que compartimos.

MELZI: ¿Una dote?

LEONARDO: Te legaré mis creaciones y escritos, mis herramientas y utensilios de pintura. La esencia de cuanto he sido y logrado como artista quedará en tu poder.

MELZI: (*Confuso*) Pero yo no quiero... Lo que yo quiero es...

LEONARDO: Y te mostraré el secreto de mi arte. De todo arte.

MELZI: (*Impaciente*) ¿Cuándo?

LEONARDO: Cuando muera, te dejaré una caja negra que llevo conmigo desde siempre, una caja que nadie ha visto. En ella, está contenido el secreto que tanto te perturba.

MELZI: ¿Cuando... muera?

LEONARDO: Cuando veas su interior, comprenderás.

MELZI: *(Apartándose)* ¿En el testamento? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no me la entrega usted mismo?

LEONARDO: Pero, Melzi...yo...

MELZI: Yo le he entregado todo y usted es incapaz de entregarme lo único que le he pedido. ¿Eso es el amor? ¿El sacrificio ritual del discípulo?

LEONARDO: Pero si acabo de decirte cuánto te valoro...

MELZI: Como amante; no como artista. ¡Jamás ha tomado en serio mi obra! Jamás ha elogiado una de mis pinturas. Jamás las ha respaldado ante los mecenas.

LEONARDO: *(Incómodo)* ¿Cómo juzgar? Todos los artistas somos diferentes. Unos pintamos quimeras, otros corazones atravesados por flechas...

MELZI: Solo me ha querido a su lado para complacerse, para que aplaudiera cada uno de sus logros, que los reyes y nobles que lo mantienen jamás hubieran podido comprender. Me ha querido como a un espejo encantado, para verse en mis ojos como usted mismo se imagina.

LEONARDO: No es cierto, no pienso solo en mí. Siempre te he tenido en cuenta...

MELZI: *(Ácido)* ¿Y por eso tuve que permanecer desnudo, con los brazos y las piernas abiertas durante una tarde, mientras usted medía mis proporciones?

LEONARDO: Bueno, era una investigación científica...

MELZI: Pero no las medía con las manos. ¿Y aquella vez que me mantuvo en cuatro patas durante tres horas con la excusa de registrar la capacidad de resistencia de las articulaciones humanas?

LEONARDO: ¡Y qué resistencia!

MELZI: Luego me montó pretendiendo que era necesario añadir más peso...

LEONARDO: Prestaste un gran servicio...

MELZI: *(Furioso)* ¿Un servicio? Eso es lo que quiere de mí, ¿no? ¿Mis servicios? Entonces págume.

LEONARDO: *(Sin comprender)* ¿No es suficiente con la renta real?

MELZI: Págueme usted mismo: por sus caprichos. Como le pagaría a

Salai. Deje de jugar al amor. ¿Qué quiere que haga? ¿Quiere que me desnude para usted? Págueme lo que pido y haré lo que quiera. Puede mirarme a los ojos y decirme “Giácomo”, si lo desea.

LEONARDO: No, yo no...

MELZI: ¡Pague!

LEONARDO: *(Golpeado)* No, Francesco. No como todos...

MELZI: Como cualquiera que sirve las fantasías de un fauno decadente. Como cualquiera que tenga que soportar su carne rancia y su olor a viejo.

LEONARDO: *(Pausa)* Está bien. Que te trate como a todos, ¿eh? De acuerdo. Vas a obedecer o la vas a pagar muy caro. Yo soy el maestro Leonardo da Vinci; yo te he traído hasta aquí y puedo hacerte lo que quiera. Vas a hacer lo que diga o pediré al Rey que te encarcele, que ordene a los guardias que te apaleen y te echen a patadas en el foso del castillo. Vas a suplicar que te permita lamer mis botas, Vas a pedir por favor que te permita ser mi perro.

MELZI: *(Con falsa docilidad)* Sí, señor. Como usted diga, señor; por supuesto. Haré lo que me ordene..., señor.

Leonardo va a decir algo más, pero Melzi se pone a barrer dándole la espalda. Leonardo siente un súbito dolor en el pecho y se le inmoviliza el brazo izquierdo. Se retira con dificultad sin que Melzi se percate.

escena 8

CUANDO AL FIN COMPRENDE QUE HA QUEDADO SOLO, MELZI TOMA LA ESCOBA POR EL MANGO Y LA EMPUÑA PARA DESTROZAR EL CUADRO DE BABOU, CUANDO YA LA BALANCEA HACIA ATRÁS, ENTRA EL REY. CON UNA CONTORSIÓN RIDÍCULA, MELZI FINJE USAR LA ESCOBA DE PLUMERO.

FRANCISCO: *(Sarcástico)* Ah, los artistas limpian su propia mugre...

MELZI: *(Reverencia)* Su Majestad. *(Sigue limpiando)* Los artistas deben estar dispuestos a todo.

FRANCISCO: Creí que usted no lo estaba.

MELZI: Yo solo soy un humilde aprendiz. *(Resentido)* Algo que para algunos vale menos que un criado.

FRANCISCO: ¿Y para usted, Melzi? ¿Cuánto vale?

MELZI: Yo deseo una sola cosa... que, según se mire, vale muy poco o demasiado.

FRANCISCO: ¿Será, acaso, algo que esté al alcance de un rey conceder?

MELZI: (*Para sí*) Siempre que uno tenga un rey al alcance. (*Astuto*) Yo creería que sí, su Majestad.

FRANCISCO: ¿Y qué es?

MELZI: Bien mirado, mi deseo no es más que cumplir sus deseos, Alteza.

FRANCISCO: (*Impaciente*) ¡Por Dios, Melzi! ¡Basta de acertijos!

MELZI: Hoy he tenido una conversación muy reveladora con mi maestro. De pronto he visto claro allí donde antes solo había ilusiones, falsas esperanzas, confusión... Mi maestro me develó aquello que ocultaba con palabras y promesas.

FRANCISCO: Sí, sí..., ¿y entonces?

MELZI: Pues bien, he venido a saber que el secreto de su creación está contenido en cierta caja.

FRANCISCO: (*Para sí*) ¡Una caja!

MELZI: Negra.

FRANCISCO: Por supuesto, para ocultarla mejor. Y adentro sin duda, el artificio, la máquina, como él las llama, para fabricar los *spaghi*.

MELZI: La clave para acceder al genio.

FRANCISCO: ¡Lo sabía! ¡Quiero esa caja, Melzi! Dígame dónde está; le daré lo que quiera.

MELZI: No es tan simple, su Alteza.

FRANCISCO: ¿Vamos a empezar con las adivinanzas otra vez?

MELZI: No, rey mío, pero hay tres obstáculos por vencer.

FRANCISCO: ¡Cómo odio a los artistas...!

MELZI: Primero: es necesario encontrar la caja, que Leonardo mantiene oculta, aún de mí.

FRANCISCO: ¡Ah, entonces tampoco usted sabe...!

MELZI: No, Excelencia, pero ¿no removerían sus soldados los cimientos de Europa por usted? Estoy seguro de que podrán remover el polvo de este castillo hasta encontrar el secreto de Leonardo, ahora que sabemos de qué se trata.

FRANCISCO: Claro, claro; ¿y cuáles son los otros dos obstáculos?

MELZI: El segundo es muy específico y al mismo tiempo muy sencillo de resolver. Según ha dicho Leonardo, una vez abierta la caja, hay una sola persona, aparte de él mismo, en condiciones de comprender su contenido.

FRANCISCO: Y esa persona, por supuesto, es...

MELZI: No otro que su servidor. Por eso, como dije, este será el obstáculo más sencillo de superar. Basta con que sea yo la persona que abra la caja: nadie más debe hacerlo antes o después; nadie debe hacerlo en mi lugar.

FRANCISCO: Se podría convenir, llegado el caso. ¿Y cuál es la tercera dificultad?

MELZI: (*Con sigilo cómplice*) Debemos mantener la búsqueda tan silenciosa e invisible como si no la hubiera. Sus hombres deberán moverse como sombras en la noche, flotar como fantasmas, no reflejarse en los espejos, deslizarse bajo las puertas, atravesar las paredes...

FRANCISCO: (*Impaciente*) Sí, sí, ya comprendí la idea.

MELZI: Si Leonardo llegara a suponer, imaginar, intuir, adivinar lo que hacemos, podría destruir la caja y su contenido, y lo perderíamos todo... para siempre.

FRANCISCO: ¿Para siempre?

Melzi asiente en silencio, mientras se lleva un dedo a los labios, abandona el cuarto.

escena 9

LA COCINERA ENTRA. FRANCISCO CAMINA POR EL TALLER.

FRANCISCO: (*A la cocinera*) Seguro tendrás tus propias adivinanzas, tus ingredientes secretos. (*La cocinera sonríe, enigmática. Francisco, se vuelve, fastidiado*). No caben en el conjunto de mis tierras todo lo que me ocultan, me escamotean. Se puede quitar a un hombre cuanto posee y todavía se reservará constelaciones completas, intocadas, inalcanzables, en su mente. Saberlo, sentirlo, resulta insoportable. Saber, sentir todo aquello que no se sabe, siente;

aquello que escapa a toda autoridad. La cuestión es tener o no tener, sí; pero ¿cómo se tiene aquello que se desconoce? ¿Cómo se conquista un reino que solo existe en la imaginación? (*Camina por el taller, contando sus pasos*). Sé cuántos días, cuántos pasos son necesarios para llegar de París a Milán, de Milán a Nápoles. Sé cuántos hombres son necesarios para tomar una muralla; sé cuántas almas hay en Europa, cuántas riquezas; sé cuántas de ellas poseo y cuántas quiero poseer. Pero, ¿cuánto media entre un pensamiento y otro, entre una y otra idea, de las que cambian al mundo y a la humanidad toda, de las que hacen temblar el trono de Dios? (*Ronda a la cocinera*) Sé cuánto se requiere para doblegar a un hombre. O a una mujer. Sé cuánta es la distancia que separa a dos cuerpos que se buscan. (*La toma por atrás y se pega a ella*). Pero, ¿cuánto separa a un deseo de otro deseo, a esta afirmación de ser, que soy, que represento por derecho propio y divino, de otra vida posible, alternativa, de la existencia precaria, incierta de cualquier criatura? (*Se separa con un empujón y camina de nuevo por el taller*) Setenta días navegó Colón hasta encontrar las Indias; tres años le costó a Carlos V erigir un imperio donde ya no hay noche o día porque en él jamás se oculta el sol. Pero, ¿cuánto tiempo es necesario para crear un nuevo mundo? ¿Cuál es el tiempo de los continentes imaginarios, los imperios que se alzan y precipitan en la mente, inmortales o consumidos en un parpadear? (*Se detiene*) Allí se detienen los poderes, mis poderes; allí se contiene hasta el mismo Dios, que ha desatado el albedrío. Esa libertad, ese torbellino, en Leonardo es genio y en otros quién sabe... ¿Cómo medir, pesar, tocar esa incertidumbre? ¿Cómo anticiparse a la locura humana, quizás reflejo de otra, superior? (*Se sienta, como en un trono*) Debo administrar por voluntad de Dios, su obra, su rebaño, su desquicio. Debo hallar sensatez en la sinrazón, imponer sentido y método en esta vorágine demente, sin ayuda verdadera, sin consejo verdadero... ¡Ah, Leonardo! ¿Por

qué multiplicar los acertijos? ¿Por qué ahondar la incertidumbre? ¿Sueños de Dios, envidia de Dios! ¿No tenemos suficiente? ¿No está lleno el saco sobre el hombro, no rebosa la balanza que mide nuestra carga? Solo pido un punto de apoyo, un punto solo, y con una palanca moveré al mundo. Pero en lugar de dármele, me ofreces, como tormento, como castigo, como burla, todos tus otros mundos.

ACTO IV

LA LUZ SE ENCIENDE SOBRE EL LUGAR DE TRABAJO DE LA COCINERA.

COCINERA: Llega, finalmente, la cena, tan esperada... acaso la última comida. Es el final. El menú, debe, por ello, despojarse de ornamentos y pretensiones, y atenerse a lo esencial. Esta noche, se servirá pan y vino. (*Los saca y deposita sobre su mesada*) Con ellos se masticarán alegrías y tristezas, logros y frustraciones del día, y se rogará paz para la noche. (*Reza*) En situación tan desnuda, no se puede tentar al azar o el destino. Nada de pasar la sal en mano; nada de derramar el vino en la mesa. Si, por temor a la soledad, se come en compañía, los comensales no pueden, bajo ninguna circunstancia, alcanzar el número trece. Si fuera así, solo hay dos opciones: o se agrega uno... (*Saca un gran cuchillo y lo enarbola, amenazante*) o uno tiene que morir.

Se apaga la luz.

escena 10

SE ENCIENDE LA LUZ SOBRE EL TALLER. MELZI REVUELVE LOS RINCONES. ENTRA FRANCISCO POR UN LUGAR INSÓLITO.

FRANCISCO: ¡Melzi!

MELZI: *(Sorprendido)* ¡Majestad! Por un momento pensé que era...

FRANCISCO: Ya, tranquilo. *(Sacudiéndose la ropa)* Quienes construyeron estos túneles no pensaron en el digno caminar de un rey. Son demasiado estrechos y mal iluminados. Por otra parte, parece que nadie piensa en mi dignidad, últimamente.

MELZI: Excelencia..., no diga eso. Si he sido yo quien...

FRANCISCO: Mis hombres llevan días enteros revisando este castillo de arriba abajo en busca de esa maldita caja negra y no han encontrado nada. ¡Nada! Hemos removido paredes, ladrillos y mampostería... ¡Hemos violado las sagradas tumbas de nuestros ancestros! Y... ¡nada!

MELZI: Majestad, si Leonardo escondió algo, al mismísimo Dios le sería difícil hallarlo. Maquina las cosas al revés que los demás. Para todo, hasta para los actos más sencillos, inventa procedimientos y artilugios de lo más intrincados. Si le mostrara las cosas que ha hecho en el baño.... Tenemos un retrete cuyo asiento gira como el torno de un convento... Uno termina mareado, como después de una ronda. Y eso no es todo. Ya era extraño que instalara un surtidor que brotaba de lo alto de la pared y lo regaba a uno como una planta. Pero ahora también ha puesto otro, que brota con fuerza desde el piso y sobre el cual.... se sienta al salir del retrete.

FRANCISCO: *(Enarcando las cejas)* Había oído de las inclinaciones de Leonardo, pero esto...

MELZI: ¿Comprende, entonces? Es necesario descifrar primero su lógica peculiarísima, descubrir la intención oculta que le dio origen. Y hay que adivinarlo, porque no deja más rastros que unas pocas frases, algunas abreviaturas. Sus escritos son fragmentos... Como si todo el tiempo escondiera algo.

FRANCISCO: ¿Un código secreto?

MELZI: Así lo pensé, y en eso he estado trabajando. *(Saca pergaminos enrollados)* Primero, hice un diagrama de la habitación y proyecté en él las proporciones perfectas del rectángulo dorado, la forma de la Belleza esencial *(Melzi exhibe los papeles. El rey mira, sin*

entender una palabra). Pero, al utilizarlo como mapa, terminé balanceándome peligrosamente fuera de una ventana. Luego, tomé en cuenta los estudios de mi maestro sobre Arquímedes y deduje que el medio más adecuado para esconder su secreto debía ser líquido. Recuerde que inventó un artefacto que permite navegar bajo las aguas. *(Melzi muestra al rey más dibujos y escritos)* Me sumergí en todas las cisternas y barricas del taller, pero solo pesqué un resfrío y una borrachera que me tuvieron cuatro días en cama. En los delirios de la fiebre, recordé que en Italia, años atrás, después de que concluyera su retrato de *La Última Cena*, se corrió la voz de que Leonardo pertenecía a una secta que se remontaría a los últimos días de Nuestro Señor Jesucristo. Según esas habladurías, Dios me perdone, Leonardo habría excluido de la pintura el cáliz sagrado, porque este no sería otro que... María Magdalena, a la que Jesús habría preñado de un hijo. La secta protegería la descendencia y veneraría las imágenes de las mujeres, como las que tan a gusto pinta mi maestro. Entonces, pensé: si la mujer representa a María Magdalena, y esta a la copa de la que bebió Nuestro Señor, y este es el gran secreto de la Cristiandad, el de Leonardo bien puede estar en la copa que no figura en su pintura.

FRANCISCO: ¿Y la halló?

MELZI: No: descarté completamente el asunto por absurdo y blasfemo; solo un afiebrado imaginaría algo así. Pero caí en la cuenta de que la clave debía hallarse en sus pinturas y, por pura lógica, en una de las más recientes; en la última, para ser más precisos, de la cual Leonardo nunca se ha separado. No una mujer, sino un hombre; no una prostituta sino un santo. *(Melzi indica el cuadro del San Juan Bautista, que señala la mesada)* Pero todavía no he conseguido descifrar qué me está queriendo decir.

FRANCISCO: ¿Todavía no?

MELZI: Es que no he tenido el tiempo suficiente. Leonardo prácticamente no sale de aquí. Pasa día y noche trabajando, ni sé siquiera en qué; incluso, no duerme. Por lo general, aprovecho los

momentos en que evacua sus necesidades que, en virtud de sus artilugios, le requieren más tiempo que al resto de los mortales. Esta mañana es la primera vez que ha abandonado el taller y por eso me ha encontrado usted en plena búsqueda.

FRANCISCO: ¿Adónde fue?

MELZI: Está con los médicos. Se ha sentido mal en los últimos días.

FRANCISCO: *(Preocupado)* ¿Con los médicos?

MELZI: Sí; él mandó llamarlos. También dejó dicho que fueran citados lo antes posible un notario y un sacerdote. Temo que esté muy enfermo.

FRANCISCO: ¿Y cómo no va a estar enfermo alguien que solo se alimenta de verduras? Deberíamos forzarlo a que mantenga una dieta de carnes para que recupere la vitalidad.

MELZI: Creo que ya no está en condiciones... de hincar el diente...

FRANCISCO: Hay que apurarse, Melzi. Leonardo puede dejarnos en cualquier momento. Lo importante ahora es que su obra no quede en la oscuridad...

MELZI: *(Para sí)* Que no se pierda su genio...

FRANCISCO: ¡La máquina, Melzi! Si él llega a morir antes de que la encontremos, estará perdida para siempre. Tiene que resolver la clave ya mismo.

MELZI: Pero, ¿cómo...? Todavía no se me ocurre...

FRANCISCO: Usted piensa demasiado, Melzi. Y ahora es necesario actuar.

MELZI: ¿Actuar? ¿De qué modo?

FRANCISCO: No consigue resolverlo porque no ha adoptado la perspectiva adecuada. No está en papel. Ha tratado de resolverlo como un hombre de estudio, pero las cosas que poseen algún valor real solo las obtienen los hombres de acción: los hombres que son capaces de conquistar y poseer, no un código, no una lógica evanescente, sino a los hombres que los idearon. Para apropiarse del bien máspreciado de Leonardo es necesario apropiarse del mismo Leonardo.

MELZI: ¿Secuestrarlo? ¿Encarcelarlo? ¿Torturarlo?

FRANCISCO: Imagine que es Leonardo. Imagine que posee su genio... aunque

sea por un instante. ¡Sea Leonardo, Melzi!

MELZI: ¿Qué?

FRANCISCO: Nadie lo conoce como usted. No trate solo de reconstruir lo que pensó: sea él.

MELZI: Yo..., no sé cómo... *(Desconsolado)* Ese es el problema: nunca podré ser como él.

FRANCISCO: *(Hipnótico)* Hágalo, Melzi. Mire a través de sus ojos, actúe como si estuviera dentro de su cuerpo... Conviértase en él...

Melzi duda un momento y luego adopta la postura vencida de Leonardo.

escena 11

ENTRA LEONARDO, ALGO DÉBIL. POR UN MOMENTO, ÉL Y MELZI SE MIRAN, COMO ANTE UN ESPEJO: AMBOS TIENEN LA MISMA POSE. MELZI REACCIONA Y RECUPERA SU POSTURA HABITUAL.

MELZI: ¡Maestro...! ¿Se encuentra bien?

FRANCISCO: ¿Qué dicen los médicos, Leonardo?

LEONARDO: ¡Ah, *i medici!* Los Médici me llevaron a la gloria y los médicos me llevarán a la tumba... ¡destructores de vidas!

MELZI: Pero, ¿qué han dicho? ¿Qué aconsejaron?

LEONARDO: *(Irónico)* Han dicho que, como Marte está retrogradando, aumenta la viscosidad de mi sangre; habiéndome calificado como un individuo de humor típicamente sanguíneo, el resultado no puede ser bueno. Han aconsejado una dieta líquida, compuesta de azúcar de Sicilia disuelta en vinagre.

FRANCISCO: Haremos todo lo necesario para conseguir los medicamentos y restablecer su salud, maestro. Lo cuidaremos para que se libre de todo mal.

LEONARDO: ¡Ay! Temo que es demasiado tarde. Todo mal deja una tristeza en la memoria, excepto el mal supremo, la muerte, que destruye la memoria al mismo tiempo que la vida.

MELZI: ¡Maestro, no hable de la muerte! ¡No la convoque!

LEONARDO: No la convoco si observo la lógica inatacable de los hechos naturales.

FRANCISCO: Pero sí ha convocado a un sacerdote y un notario, como si aguardase... un final.

LEONARDO: Es cierto. He dictado mi testamento y he dispuesto que se digan en mi nombre tres misas mayores y treinta menores, y que se distribuyan dieciocho kilos de cera para alumbrar las iglesias donde tendrán lugar. Ninguna precaución está de más.

MELZI: ¿El testamento? ¿Ya está redactado?

LEONARDO: Por supuesto. No privaré de amparo a ninguno de los que me han querido y servido. No soy egoísta... (*Le sonríe*), ni rencoroso (*Melzi queda azorado*).

FRANCISCO: Maestro Leonardo, creemos que lo egoísta sería que fuera a dejarnos... a dejar al mundo privado de sus secretos más importantes.

LEONARDO: ¿Creemos? ¿Quiénes creen eso?

FRANCISCO: Nosotros..., el Rey..., el Estado... ¡Melzi y yo, principalmente!

LEONARDO: ¡Ah, Melzi...! (*Gesto de afecto hacia Melzi*) No se preocupen, todo está anotado y bien detallado en mis apuntes.

MELZI: A su Majestad le preocupa que sus anotaciones sean demasiado difíciles de comprender.

LEONARDO: (*Desconfiado*) ¿Ah, sí? ¿Y cómo podría su Majestad saber eso?

FRANCISCO: Sabiendo de qué mano provienen y conociendo su afición por las adivinanzas, no puedo menos que suponer que...

LEONARDO: No sufra más, Alteza; Melzi está al tanto de todo. Es una persona brillante y tenaz, a la que resulta difícil ocultarle algo.
Mirada alarmada de Melzi a Francisco.

FRANCISCO: ¡Basta, Leonardo! Ya sé lo que me está ocultando; solo dígame dónde buscar y ya.

LEONARDO: ¿Yo oculto algo?

MELZI: Majestad, como dijo el maestro, yo puedo ocuparme...

FRANCISCO: (*A Leonardo*) No se haga el inocente...

LEONARDO: ¿Y de qué soy culpable?

MELZI: (*Nervioso*) Creo que el maestro necesita reposo. Los médicos...

FRANCISCO: ¡Quiero la caja negra!

LEONARDO: (*Demudado*) ¿La caja negra? ¿Qué sabe de la caja negra?

MELZI: (*Lo toma de un brazo*) No se altere. Acuértese de Marte.

FRANCISCO: ¡Todo! ¡Sé que es ahí donde guarda su secreto máspreciado!

LEONARDO: ¿Y cómo pudo averiguarlo? El único que... ¡Melzi...! No habrás sido capaz...

MELZI: (*Atormentado*) Maestro, yo... ¿De qué caja estamos hablando?

FRANCISCO: En esa caja se oculta el secreto que puede cambiar el destino de la civilización... y el mío.

LEONARDO: ¡Melzi! ¿Cómo pudiste traicionarme? ¿Qué te ofreció? ¿Oro? ¿Tierras? ¿Mujeres? ¡Ah!... ¡Ya entiendo! ¡La inmortalidad! ¡Perdurar! ¡El genio!... Una muy volátil transacción: vendiste algo que no poseías a cambio de algo que nadie te podrá dar.

MELZI: Pues si nadie puede dármele, a nadie debo lealtad. Si tengo que renunciar a mis sueños, entonces puedo renunciar a cualquier cosa. También a usted.

Leonardo sufre un ataque al corazón.

escena 12

Leonardo es sentado en el piso.

FRANCISCO: ¡Guardias! ¡Traigan a los médicos! (*Sale*)

LEONARDO: (*Débil*) Es inútil. Se fueron indignados del castillo cuando les dije que, por mí, podían retrogradar hasta el planeta de su preferencia.

MELZI: Me pondré de rodillas y les suplicaré (*Hace gesto de irse*).

LEONARDO: ¡No, Melzi! No te vayas... no me dejes; tengo miedo. Ahora, el razonamiento es inútil... ¡Qué lástima! Siempre pensé que, cuando llegara este momento, iba a tomar nota de todas las sensaciones, las percepciones... Un analítico y exacto registro de la experiencia de morir. Pero la verdad es que lo único que deseo es no sentir esto... No hay paz... ni alivio... solo miedo (*Un estertor*).

MELZI: ¡No me deje! Aférrese al miedo, aléjese de la muerte.

LEONARDO: ¡No..., el miedo destruye..., paraliza! Cuando era menos que un niño ... Una luz muy fuerte me hacía llorar.... entre las lágrimas brotó un pájaro con las alas desplegadas... se posó en mi boca. No tenía miedo: era el destino, mi destino de pájaro. Quería alas.... y... ¡lo logré!

MELZI: *(Consolándolo)* Sí, sí.
Francisco entra.

LEONARDO: Estaba en lo alto de una loma solitaria y corría hacia abajo. Corría, corría, corría... Las alas pesaban mucho... Pero después eran más ligeras, más ligeras... Sentí que los pies apenas rozaban el suelo... Di el salto más grande de mi vida... Estaba en el aire... ¡Volando!

FRANCISCO: Está delirando, Melzi; hay que sacarle el secreto antes de que sea demasiado tarde.

LEONARDO: Más alto, más alto... Más alto.

MELZI: *(Como para contentarlo)* Sí, sí...

LEONARDO: El sol me hizo llorar... como cuando era niño... pero yo era el ave y era el mundo, recién nacido, el que esperaba su destino.

MELZI: Su descubrimiento...

LEONARDO: Descubrí el miedo... El hombre más solitario del mundo... Las alas soportaron mi peso, pero yo no pude soportar el suyo *(Se desmaya)*.

FRANCISCO: ¡Le ordeno que no se muera!
Melzi sacude a Leonardo

LEONARDO: *(Despertando, con un estertor)* En el aire, solo somos motas de polvo, caprichos del viento.... Más me elevo y más me hundo en la impotencia... No se puede contra el sol y el cielo y las estrellas... La noche no puede ser ahuyentada.
Cierra los ojos. La cocinera se coloca, solemne, al otro lado de la cocina.

MELZI: No, no, ¡todavía no! *(Melzi toma una libreta y una pluma)*
Vamos, dígame: ¿Cuál es la proporción justa de un cuadro?

LEONARDO: *(Recita)* Describir cómo se forman las nubes y cómo se

disuelven, qué provoca que el vapor se eleve de las aguas en el aire.

MELZI: ¿Cómo evitar que el óleo se desprenda de la pintura al fresco?

LEONARDO: qué causa la neblina y por qué se adensa el aire y por qué parece más o menos azul en momentos diferentes...

MELZI: No, no. ¿Cómo se calcula la perspectiva en un paisaje con niebla?

FRANCISCO: ¡Pregúntele por la caja!

LEONARDO: ...describir qué es estornudar, bostezar; qué es la epilepsia, el espasmo, la parálisis,

MELZI: ¿Cuál es la distancia que separa a la raíz del pelo de las cejas? ¿Cómo se contorsiona un cuerpo?

LEONARDO:tiritar de frío, el sudor, la fatiga, el hambre, el sueño, la sed, la lujuria...

MELZI: ¿Cuál es la chispa que arde en los ojos de una *madonna* angélica, de un santo? ¿Cómo se representa el placer, el dolor? ¿Cómo se dibuja la sonrisa perfecta?

LEONARDO: *(Con voz quebrada)*...y etcétera, porque la sopa se enfría.
Se derrumba. Melzi, desesperado, toma algunos escritos.

FRANCISCO: ¡No! *(Lo sacude)* ¡Leonardo! ¡La máquina!

MELZI: *(Lee como si rezara)* El principio de la ciencia de la pintura es el punto, el segundo es la línea, el tercero es la superficie, el cuarto es el cuerpo que se viste de tal superficie. Y esto es cuanto se finge, porque en verdad la pintura no se extiende más allá de la superficie. El segundo principio de la pintura es la sombra del cuerpo que de ella se finge. Daremos los principios de esta sombra y con ellos procederemos a esculpir la antedicha superficie.

FRANCISCO: Por favor, Leonardo: la máquina. Leonardo, por favor.

MELZI: El pintor es señor de todas las cosas que puedan caer en el pensamiento del hombre, puesto que si tiene deseo de ver bellezas que lo enamoren es señor de generarlas, y si quiere ver cosas monstruosas que espanten, o que sean bufonescas y risibles, o motivo de compasión, el es señor y creador. Y si

quiere generar sitios desiertos, lugares umbríos o frescos en tiempos calientes, él se los figura, y del mismo modo lugares calientes en tiempos fríos...

FRANCISCO: (*Enérgico*) La máquina, Leonardo. (*Enojado*) ¡La máquina, Leonardo! (*Gritando*) ¡La máquina! ¡La máquina!

MELZI: ... Y si quiere valles; y si quiere altas cumbres, y si quiere el horizonte del mar; él es señor. Y si quiere ver las altas cumbres desde hundidos valles, o hundidos valles desde altas cumbres. Y aquello que existe en el universo por esencia, presencia o imaginación, lo posee primero en la mente, luego en las manos, y estas son de tanta excelencia, que en tiempo igual crean una proporción armoniosa con una mirada sola, como hacen con las cosas.

FRANCISCO: (*Murmura, con diferentes expresiones y tonos*) La máquina, Leonardo. Leonardo, la máquina. La máquina. La máquina. La máquina. La máquina. La máquina....

MIENTRAS AMBOS RECITAN, LA COCINERA HA MOVIDO UN BRAZO HACIA ARRIBA, EMPUÑANDO EL GRAN CUCHILLO DE COCINA. CUANDO LO TIENE COMPLETAMENTE ALZADO, LEONARDO SE INCORPORA SÚBITAMENTE Y ABRE LA BOCA COMO PARA DECIR ALGO. LA COCINERA DESCARGA LA CUCHILLA SOBRE LA MESA Y, COMO SI LE HUBIERAN CORTADO LOS HILOS, LEONARDO MUERE. SE APAGAN LAS LUCES, EXCEPTO LA QUE ILUMINA A LA COCINERA.

ACTO V

LA COCINERA SACA UN MANTO Y POSA COMO LA GIOCONDA.

COCINERA: La luz se extinguió; el día ha concluido. Ya se han ido a dormir un largo sueño. Sin embargo, puede ocurrir que no estemos del todo satisfechos... una sensación de vacío en el estómago, como si algo faltara, no nos deja descansar. Es el momento de hacerse una rápida escapada a la cocina para aplacar la ansiedad. A estas horas, todo está cerrado y bien guardado y no sería pertinente despertar a la servidumbre

para que prepare algún plato elaborado. No hay que desdeñar entonces el valor ,y el sabor, de los restos.... Los jugos y esencias que dieron sabor a la comida en un principio, ahora, al enfriarse, se han condensado, potenciando su efecto, dándole un condimento adicional. Las sobras dejadas por unos pueden convertirse, para otros, en un insospechado tesoro.

Se apaga la luz.

escena 14

SE ENCIENDE LA LUZ SOBRE EL TALLER, QUE LUCE REVUELTO. MELZI ESTÁ SOLO, EMPACANDO. A LA VISTA ESTÁ EL RETRATO DE BABOU, LA GIOCONDA Y EL SAN JUAN BAUTISTA EN SU LUGAR DE SIEMPRE. SOBRE LA MESA, EL TESTAMENTO DE LEONARDO. ENTRA FRANCISCO.

MELZI: ¡Majestad...! No lo esperaba.... Ha pasado tiempo. Pase, por favor. (*Buscando, inútilmente, algo en que pueda sentarse Francisco*) Disculpe usted, creo que el lugar no está en muy buenas condiciones...

FRANCISCO: No se preocupe, Melzi, no me quedaré mucho; solo quería preguntarle algo antes de la partida.

MELZI: (*Temeroso*) ¿La... partida?

FRANCISCO: (*Ambiguo adrede*) Así es... Los acontecimientos se han precipitado; creo que la situación ya no da para más... Debo actuar.

MELZI: Excelencia... Solo necesito algo más de tiempo para ordenar todo esto..., no quisiera que nada se pierda...

FRANCISCO: Está bien, está bien... No es usted quien debe irse. Soy yo quien está a punto de partir.

MELZI: (*Extrañado*) Su Majestad... ¿se va?

FRANCISCO: Así es. ¿No se ha enterado? He dado la orden de preparar al ejército para invadir Italia.

MELZI: ¿Otra vez? (*Advierte su insolencia*) Quiero decir...

FRANCISCO: Haber sido derrotado antes me ha permitido planear mejor mi estrategia. Algunos diseños de su difunto maestro han sido muy útiles... Pero, como es usted milanés, no sería correcto detallarle más.

MELZI: Claro, claro... Igualmente, a mí, la guerra... *(Se encoge de hombros)*

FRANCISCO: Sí, sí, claro... *(Mirando alrededor)* Veo que ha estado... trabajando.

MELZI: Solo trato de hacer un inventario... De los escritos de mi maestro, quiero decir. Leo y releo el testamento *(Lo señala)* y aún no termino de entenderlo. Es una tarea agotadora y, hasta ahora, bastante infructuosa.

FRANCISCO: No facilitó nada, ¿eh? *(Toma y mira brevemente el testamento)* Igual que en vida. Y puedo suponer que en todos estos meses no ha encontrado... algo que me interese...

MELZI: Solo me he concentrado en los escritos de pintura; tal vez en algunos diseños y una que otra... invención, cuyo funcionamiento no está claramente detallado. Pero he desistido de buscar... No sé donde está la caja, créame, Excelencia...

FRANCISCO: No tengo que creerle, Melzi: lo sé con certeza. Antes que Italia, mis tropas invadieron este taller. Cien hombres meticulosos han revisado cada centímetro del único lugar que nos faltaba. Usted se sorprende, pero le recuerdo que tampoco Leonardo se enteró hasta que yo... *(Incómodo)* Un ejército leal y disciplinado puede ser más ordenado y sigiloso que un espía... o un delator. *(Desdeñoso)* Personalmente, prefiero tener cien hombres que sepan comportarse como uno solo, que uno solo al que atormenten cien impulsos distintos. Un batallón completo arrasó este sitio, pero cada papel fue puesto nuevamente en su lugar, como estaba; cada cosa movida, pesada o examinada volvió exactamente al mismo sitio. Habrían encontrado hasta el cáliz sagrado si lo hubieran buscado con el mismo empeño.

MELZI: Nunca confió en mí...

FRANCISCO: Por el contrario; usted era mi última esperanza. Confiaba en que, cuando la búsqueda fracasara, usted detectaría algo que cualquier otro pasaría por alto. Mis hombres se esforzaron por mantener este sitio tal como lo dejó Leonardo, a fin de que usted, y solo usted, descubriera un día la clave. Pero resultó inútil... ¿No es verdad? *(Melzi asiente)* Creo que nuestro venerable Leonardo nunca hizo otra cosa que burlarse de nosotros. Pretendió hasta el final tener a todo el mundo pendiente de sus supuestas invenciones.

MELZI: ¿Supuestas? Con todo respeto, Su Majestad, mi maestro cambió nuestra forma de comprender al hombre y al mundo, la ciencia y el arte. Sus artilugios...

FRANCISCO: Ilusiones. Trucos de falsa magia. Meros productos del ingenio, divertidos para contar en la mesa pero inútiles en la vida real. Su único logro palpable en Francia eran los *spaghi*, y ya ve, ni siquiera podía explicar cómo hacerlos.

MELZI: Pero, Su Excelencia, obras como ese plato solo son realizaciones imperfectas de más grandes y ambiciosas ideas, como las contenidas en estos escritos: las concepciones geniales de Leonardo.

FRANCISCO: Usted admira las abstracciones, Melzi, y yo solo creo en lo que saboreo, oigo, huelo, veo *(Fija la mirada en La Gioconda, que tiene frente a sí, y la toma entre sus manos)*. Para probárselo, estoy dispuesto a ofrecerle un buen trato: quédese usted con sus concepciones geniales y véndame las obras. No tiene la máquina de los *spaghi*... *(Mira, inquisitivo, a Melzi, que vuelve a negar)* De acuerdo. ¿Cuánto quiere por esta?

MELZI: ¿Venderla...? Leonardo nunca quiso desprenderse de ella.

FRANCISCO: *(Saca una gran bolsa llena de monedas de oro)* ¿Le parece bien? Puedo darle otra igual, si prefiere.

MELZI: *(Señalando el cuadro de Babou)* Y esta... ¿no le interesa?

FRANCISCO: Vamos... Otra vez pago por un Leonardo y usted me quiere dar un Melzi.

Se oye la carcajada masculina de la cocinera, alejándose en la oscuridad.

TELÓN

MELZI: Yo puedo darle mi obra, la única que poseo, pero decidir así sobre el legado del maestro... Ni siquiera he desentrañado su última voluntad...

FRANCISCO: ¿Aprenderá usted alguna vez? Sigue dejándose engañar por los falsos enigmas, por los trucos de magia, por las concepciones geniales. Es incapaz de ver lo que tiene ante sus ojos. La única obra que usted necesita poseer, Melzi, es este testamento. Con él, usted es Leonardo.

Melzi duda, pero finalmente toma la bolsa sin mirar al Rey.

FRANCISCO: Adiós, Melzi.

Emprende el mutis con la Gioconda bajo el brazo. Antes de salir, se detiene ante el retrato de Babou. Duda un momento. Saca del bolsillo tres monedas, las arroja al piso y se lleva también este cuadro.

escena 15

AL QUEDAR SOLO, MELZI SOPESA LA BOLSA Y EL TESTAMENTO, CADA UNO EN UNA MANO. LOS DEJA.

DEL PUNTO DEL MUEBLE-MESADA HACIA EL QUE APUNTA EL DEDO DEL SAN JUAN BAUTISTA, SACA UNA SUERTE DE MÓDULO QUE FORMA PARTE DE ÉL Y QUE SE REVELA COMO UNA CAJA DE COLOR NEGRO.

MELZI ABRE A LA VEZ EL FONDO Y LA TAPA Y COMPRUEBA QUE ESTA VACÍA.

LA APOYA SOBRE LA MESA, COLOCA DENTRO EL TESTAMENTO Y LA CIERRA.

SE SIENTA ANTE ELLA.

MELZI: *(Amargo)* Trucos de magia...

Desalentado, apoya la cabeza en sus brazos, sobre la mesa. La luz se concentra solo en él y la caja.

Entra en el haz de luz, desde un costado, la mano de la cocinera, que abre la tapa de la caja.

Como por arte de magia, extrae de ella un plato de spaghetti. Lo sirve a Melzi y se retira.

Como despertando, melzi alza la cabeza y, al encontrar el plato frente a sí, con resignación toma un tenedor y enrolla unos fideos.

Amalfi

Enrique Papatino

ENRIQUE PAPTINO

Actor, autor y director teatral formado en el Teatro Escuela Argentino con Pedro Aleandro y Dante Liguori.

Cursa estudios de dramaturgia con Ricardo Monti y Mauricio Kartún y seminarios de actuación con Augusto Fernandes y Francisco Javier; de Pedagogía con Raúl Serrano; de Puesta en escena con Patrice Pavis (Francia), estudios musicales en el Conservatorio Municipal Manuel de Falla y de canto con el barítono Luis Gaeta.

Participó en más de cuarenta piezas teatrales como actor y/o director, en Argentina, Brasil e Italia.

Nominado como actor al premio Florencio Sánchez por *Procedimientos*.

Escribió para teatro: *Sabihondos y Suicidas*, *Todos amábamos a Augusto*, *Luna y misterio*, *Canta para mí*, *El anticuerpo*, *Somnium*, *Argumento para una novela corta*, *Hébenon*, *Amalfi* y *La revolución es un delirio insostenible*. Para teatro infantil: *Cien años de Modorra*, *Mosqueterrequeteros* y *Los argonautas*.

Algunas de sus obras han sido representadas en el Deutsches Ledermuseum, Offenbach, Alemania.

Segundo Premio Concurso Anual del Honorable Senado de la Nación, Legislador José Hernández, 2007 (Obras dramáticas).

Actualmente dirige el Centro Cultural Macedonio Fernández y es docente de dramaturgia en el Centro Cultural San Martín.

Es guionista del documental Voces, sobre textos de Eduardo Galeano, Osvaldo Bayer y Norberto Galasso que puede verse por el Canal Encuentro y el Canal 7.

> amalfi

PERSONAJES

ASCASUBI

CARMELA

BRAUN

UNO

ES DE NOCHE. LIVING DONDE HAY UNA VENTANA SIN HOJAS, COMO UN CUADRO. POR ELLA ESPÍA UNA LUNA PERFECTA.

UN HOMBRE DE PIE FRENTE A UNA MUJER TAMBIÉN DE PIE, SE MIRAN CON ESPANTO.

ÉL ES ASCASUBI, TIENE PILOTO, UNA VALIJA EN LA MANO Y UNOS GUANTES APRETADOS EN EL PUÑO DE LA OTRA. TIENE EL ROSTRO DESENCAJADO. SU EXPRESIÓN TIENE LA DESESPERACIÓN Y EL AGOBIO DE QUIEN A LA VEZ HUBIESE SALIDO DE UNA GRIPE, HUBIESE COMETIDO UN CRIMEN, HUBIESE CAMINADO DURANTE DÍAS Y TUVIERA ADEMÁS HAMBRE Y SUEÑO. TIENE SOMBRERO Y BARBA CRECIDA.

ELLA ES CARMELA, TIENE EL PELO RECOGIDO, UN VESTIDO DE ENTRECASA, ZUECOS RAÍDOS, UN DELANTAL DE COCINA Y UN REPASADOR EN LA MANO. ESTÁ QUIETA PERO NO HA TERMINADO DE SECARSE LAS MANOS. MIRA CON OJOS MUY ABIERTOS, SORPRENDIDA, ATEMORIZADA, DESPAVORIDA.

DURANTE UN LARGO RATO PERMANECEN EN SILENCIO.

CARMELA TIENE UN ATAQUE DE HIPO.

ASCASUBI LE OFRECE UN PAÑUELO, LEVEMENTE ENSANGRENTADO. ELLA LO RECHAZA. SE TAPA LA NARIZ Y LEVANTA UNA MANO.

ÉL QUIERE DEJAR LA VALIJA EN EL PISO. ELLA LO DETIENE Y LE INDICA LA ALFOMBRA.

ÉL APOYA LA VALIJA Y PARECE RESPIRAR POR PRIMERA VEZ. MIRA CON HASTÍO HACIA LA VENTANA. TIENE PERMANENTEMENTE EL CEÑO FRUNCIDO. CADA TANTO OBSERVA VIOLENTAMENTE HACIA ATRÁS, COMO SI ALGUIEN HUBIESE ENTRADO. LOS RUIDOS LO SOBRESALTAN.

ELLA, A SU VEZ, TAMBIÉN SE SOBRECIEGA CON CADA RUMOR. TEME QUE ALGUIEN APAREZCA.

ÉL ENCIENDE UNA PIPA PERO ELLA LO CENSURA, TOSE Y ABANICA EL AIRE CON LA MANO. ÉL TAMBIÉN ABANICA.

ÉL HACE UN INTENTO DE SENTARSE, TIENE LA ESPALDA ENTUMECIDA. SE INCLINA PERO ESTÁ LEJOS DE LA SILLA. ELLA SE LA ARRIMA NERVIOSAMENTE. SE MUEVE AGITADA, ORDENANDO Y PASANDO EL REPASADOR POR LUGARES INSÓLITOS.

ÉL RESPIRA AGITADAMENTE.

ASCASUBI: ¿Te volviste a casar?

Pausa.

CARMELA: No.

ASCASUBI: *(Exhausto)* Necesito dormir.

Él se pone de pie y se arrima al sillón. Se sienta y nada le va a impedir que se recueste. En poquísimos segundos se duerme. Y en otros pocos roncará.

Ella echa llave a la puerta y se sienta a su lado, menos por velar su sueño que por la tensión que sufre ante el temor de que el timbre suene. Se oye el ruido de un motor en la calle. Se pone de pie, espía por la ventana.

Vuelve a sentarse aterrada.

DOS

HAN PASADO UNAS HORAS.

ÉL DESPIERTA. ELLA ESTÁ DORMIDA EN LA SILLA RONCANDO. ÉL APROVECHA ESTA CIRCUNSTANCIA PARA LEVANTARSE, REVOLVER LAS COSAS DE LA CASA, INVESTIGARLA, BUSCAR DINERO.

SE LE CAEN COSAS. ELLA DESPIERTA. AL VER QUE ÉL NO ESTÁ EN EL SILLÓN SE SOBRESALTA Y SE CAE DE LA SILLA. ÉL SE DIRIGE SILENCIOSAMENTE HACIA ELLA PARA AYUDARLA. CUANDO LA TOCA ELLA VUELVE A SOBRESALTARSE.

CARMELA: ¿Qué hora es?

ASCASUBI: No tengo reloj

CARMELA: ¿Es tarde? ¿No vino nadie? ¿Qué hacés acá?

ASCASUBI: Esta es mi casa.

Ella se levanta fingiendo, acaso para sí misma, que nunca se durmió. Las evidencias en la hinchazón de su semblante vuelven patética su actuación.

ASCASUBI: ¿Hay otro?

CARMELA: ¿Querés café?

ASCASUBI: Me voy a quedar acá.

CARMELA: ¿De dónde venís?

ASCASUBI: ¿Tenés algo de plata?

CARMELA: Estás muy sucio.

ASCASUBI: Estás más gordita.

CARMELA: Te queda linda la barba.

ASCASUBI: Te hace más tetona.

CARMELA: No pienso dejarte volver acá.

ASCASUBI: Si estás con otro te mato.

CARMELA: Ya no sé si te quiero.

De pronto, él se muerde el labio inferior en expresión de angustia. Luego, ágil como nunca y con una preocupación más vivaz, busca por todos lados.

ASCASUBI: ¿Dónde está el Pangloss?

CARMELA: Le agarró parálisis en el cuarto trasero. Hubo que sacrificarlo.

ASCASUBI: ¿Me mataste al Pangloss?

CARMELA: Fue el veterinario.

ASCASUBI: ¡Putá!

Observando vivamente el retrato de un tipo junto al sillón.

ASCASUBI: Decime que no hay otro.

Ella hace silencio, se frota los ojos. Él se pasea nerviosamente y golpea con fiereza la pared.

CARMELA: Ay, Ascasubi, los vecinos.

De pronto Ascasubi recuerda algo y desaparece violentamente por un lateral. Carmela se sienta hastiada y aterrada.

Luego de dos segundos Ascasubi reaparece.

ASCASUBI: ¿Qué pasó con mis tumbadoras peruanas?

CARMELA: Se las llevó la policía. Dicen que les debías.

ASCASUBI: Quiero la verdad.

Pausa.

CARMELA: Las vendí.

Él se toma el pulgar para mordérselo.

CARMELA: Estabas muerto. Y yo no sé tocar las tumbadoras.

ASCASUBI: ¡Putá! ¡Putá! ¡Putá!

Él golpea la mesa.

ASCASUBI: Tengo muchísima hambre. Quiero un pollo al horno con papitas doradas.

CARMELA: Hay café.

ASCASUBI: Tomé demasiado café en la guerra. Quiero mis papitas doradas.

CARMELA: Café con crema.

ASCASUBI: Y un vino blanco bien fresquito en mis copas de cristal de Toledo.

Ella baja la cabeza.

ASCASUBI: No me digás que también las vendiste.

CARMELA: El cristal se rompe, ¿no lo sabés?

ASCASUBI: ¿Hay algo que se haya salvado de la guerra?

CARMELA: No lo sé (*Pausa, buscándolo*). El recuerdo de Amalfi, supongo.

Él la mira en silencio, luego gira su mirada hacia la ventana. Algo le llama la atención. Se acerca.

ASCASUBI: ¿Quién va bajo la nieve?

Carmela corre a la ventana, aterrada. Al ver se tranquiliza. El viento sopla.

CARMELA: No lo conozco. ¿Trajiste fotos?

ASCASUBI: Sí

Él toma la valija, quita un seguro de cuero, extrae un álbum de fotos de un bolsillo interno y se lo da. Ella mira el álbum y a cada fotografía crece su espanto. Se toma el pecho cierra el álbum y lo devuelve consternada. Él lo toma y lo guarda en la valija. Sonriente, él saca un pañuelo ensangrentado y lo exhibe como un recuerdo. Ella contiene un vómito. Él lo guarda presurosamente. A su vez saca una sola foto. Ella no la acepta, agradeciendo. Él insiste. Ella toma la foto y al verla se lleva la mano a la boca.

CARMELA: ¿Fernández?

ASCASUBI: Sí.

CARMELA: ¿Murió?

ASCASUBI: (*Mirando la foto*) Y, sí, claro.

CARMELA: Pero a Ramona no le llegó ningún telegrama. A mí me llegó uno. Decía que te habían dado siete tiros en la cabeza.

ASCASUBI: Contá. (*Ella le mira la frente*) En la foto, estúpida (*Ella ve la foto y cuenta*).

CARMELA: Son seis.

ASCASUBI: Dos en el mismo orificio.

Ella vuelve a contar.

CARMELA: Entonces... vos...

ASCASUBI: Sí. Le puse mis documentos y me llevé los suyos.

Ella mira la foto con intensidad.

CARMELA: Es cierto, se parecen un poco. Podrías ir a ver a Ramona. Le darías un alegrón. Aunque, pensándolo bien, creo que se arregló con el afilador.

ASCASUBI: Por eso estoy aquí.

CARMELA: ¿Qué querés decir?

ASCASUBI: Además Ramona no me gusta. Tiene pelitos en los pezones.

CARMELA: ¿Y vos cómo sabes eso?

ASCASUBI: Me lo contó Fernández.

CARMELA: Ah... Pero, ustedes se cuentan esas cosas.

ASCASUBI: A veces.

CARMELA: Le contaste que yo...

ASCASUBI: No.

CARMELA: Menos mal.

ASCASUBI: Aunque le hubiera contado, ya no se lo puede decir a nadie.

CARMELA: Pobre Fernández. El tarot decía claramente que el héroe de guerra eras vos y que no volverías nunca más.

ASCASUBI: Soy un héroe de guerra. Un héroe que luchó por la libertad y que no tiene la libertad de comer sus papitas doradas en su propia casa.

CARMELA: Creí que habías muerto. La vieja me engañó.

ASCASUBI: Gastaste la plata que te dejé en el tarot.

CARMELA: No quedaba nada. Tuve que coser para afuera para pagarle el tarot (*Pausa*). De todos modos no me casé.

ASCASUBI: Pero bien que habrás descosido los elásticos de las sábanas, de tanta friega.

Deliberadamente, él le pone la mano en un pecho y gira lentamente como si fuera una canilla.

Confesá.

Con la otra mano le acaricia la cara y le pasa fuertemente el pulgar por la boca. Ella parece excitarse.

¿Hay otro o no?

Retira las manos. Luego de un silencio, golpea la mesa.

- ASCASUBI: Vamos a la pieza.
 CARMELA: Así, de golpe. No lo sé.
 ASCASUBI: Vamos.
 CARMELA: Pero... *(Se arregla el pelo)* ¿Tenés protección?
 ASCASUBI: Vengo de la guerra. Estoy medio muerto. ¿Cómo esperás que tenga?
 CARMELA: Ahí está. Sin protección, no. Ya lo sabés. No sé por qué insistís.
 ASCASUBI: Quiero entrarte y recorrerte salvajemente.
 CARMELA: ¿Con cuántas estuviste en estos cinco años? *(Pausa. Ascasubi calla. Ella mira por la ventana)* Sin protección, no.
 ASCASUBI: ¿Hay otro?
 CARMELA: Ascasubi, por favor.
 ASCASUBI: ¿Hay otro?
 CARMELA: Dame tiempo, por favor. Necesito...
 ASCASUBI: ¡Contestá, mierda!
Pausa tensa. Carmela se muerde una uña.
 CARMELA: Sí.
Ascasubi, con expresión inescrutable, queda mirando fijo un punto en el espacio. Luego descubrimos que es una manzana. La toma y le da un mordisco feroz.
 ASCASUBI: ¿Cuánto hace?
 CARMELA: Dos años.
 ASCASUBI: *(Masticando)* ¿Dos años? Tiene que morir inmediatamente.
 CARMELA: ¿Cómo decís una cosa así? ¿Qué te pasó?
 ASCASUBI: *(Siempre masticando)* ¿De dónde son estas manzanas?
 CARMELA: ¿Por qué no me avisaste que estabas vivo?

ASCASUBI: *(Mordiéndolo grotescamente)* Están buenísimas.

CARMELA: ¿Por qué no me escribiste, no me llamaste? ¿En qué te convertiste?

De pronto Ascasubi repara en otra falta. Detiene su masticación.

ASCASUBI: ¿Dónde está mi foto de graduación?

Ella se dirige al aparador abre un cajón y la extrae. La limpia con el repasador. Se la tira sobre la mesa.

CARMELA: No creas que podés barajarme como se te cante. El tiempo no pasa porque sí. Si querés hablar conmigo tenés que contestar algo de lo que te pregunto. Y tenés que irte antes de las ocho. Braun llega a esa hora, los martes.

ASCASUBI: Braun...

CARMELA: En esta valija tenés ropa limpia.

ASCASUBI: Hijo de una gran puta.

CARMELA: Te puedo dar algo de plata.

ASCASUBI: No me voy a ir

CARMELA: No tenés opción.

Él baja un calendario de la pared, extrae de la valija una foto de soldado condecorado. Es una foto primaria y vulgar. Sacada con una instantánea, movida y fuera de cuadro pero de gran tamaño.

ASCASUBI: ¿Y qué hace el Braun este?

CARMELA: Es vendedor.

ASCASUBI: ¿Y qué vende?

CARMELA: Carteritas de *strass*.

Pausa. Él se aleja y ve como queda la foto en la pared.

ASCASUBI: Lo voy a matar.

CARMELA: Ya mataste suficiente en la guerra.

ASCASUBI: Le voy a desenredar el intestino.

CARMELA: Calmate. Definitivamente te voy a hacer un café.

ASCASUBI: ¡Te digo que estoy harto del café!

CARMELA: Pero siempre te gustó, desde chico.

ASCASUBI: De chico me gustaba imitar a John Wayne tomando café mientras apagaba la fogata con el pie. Pero ahora estoy harto. ¡Lo

voy a matar! Tengo el pie todo chamuscado.

CARMELA: No lo podés matar

ASCASUBI: No me contradigas.

CARMELA: Braun es un buen hombre.

ASCASUBI: ¿A quién le haces caso vos?

Se oye el ruido de un auto. Carmela corre hacia la ventana. Cree ver un auto que conoce.

CARMELA: ¿Cómo? *(Fuera de sí, viendo la hora)* Pero es temprano. *(Volviendo ágilmente de la ventana)* Andate por favor.

ASCASUBI: Quiero mis papitas doradas.

CARMELA: Andá a la pieza aunque sea. Metete en el placard.

El ruido del auto desaparece. Carmela vuelve a mirar por la ventana. El auto ha desaparecido y ella cree que se ha equivocado. Gira sobre sí, exhausta.

ASCASUBI: Y mi vino blanco fresquito.

CARMELA: Dame tiempo. *(Pausa)* No puedo creer que estés aquí.

ASCASUBI: ¿Lo querés?

CARMELA: ¿Qué?

ASCASUBI: *(Señalando la ventana)* Si lo querés.

CARMELA: Me gusta cocinar y que alguien se coma lo que cocino.

ASCASUBI: ¿Pero lo querés o no? *(Carmela duda. Luego atina a responder)* Cuidado con lo que decís.

CARMELA: Un poco, no sé. Tiene la panza calentita y las manos frías.

ASCASUBI: *(Tapándose los ojos con las manos)* Debe morir. Todo se ha desfigurado. Todavía me parece escuchar el ladrido feroz del Pangloss. ¿Cuánto hace que lo mataron?

CARMELA: Diecisiete días.

ASCASUBI: Pude haber llegado.

CARMELA: Hoy no te podés quedar.

ASCASUBI: ¿No?

CARMELA: No me presiones. No entiendo lo que está pasando. Me voy a duchar. Cuando salga espero que te hayas ido. Vení mañana a las 11 y vemos.

Ella se encamina. A último momento gira sobre sus pasos.

CARMELA: No me la hagas difícil. Por favor, Ascasubi, por favor. Sale.

Él se queda en el sillón mirando una lámpara, le quita una pelusa. Inspecciona la habitación sin interés, haciendo tiempo para decidir su próximo paso. Se abre la puerta de calle. La atraviesa Braun, un sujeto de anticuada elegancia. Se quita el sombrero y el impermeable y los cuelga. Deja un paraguas cerrado junto a la puerta. Se acomoda el saco y se alisa su pringue bigotito fino. Gira sobre sí dispuesto a llamar. Al encontrarse con nuestro hombre queda petrificado. Se miran durante un instante con intenso pavor.

ASCASUBI: Me gustan las papitas doradas. Con vino blanco, bien frío. Me vigoriza. Y los muslos de pollo, con piel, pimienta negra y limón. También me gustan los muslos de Carmela. Me gusta fumarme mi pipa y hacer nubes de humo olor chocolate. Y una buena película en la televisión. Me gusta el *western*. Ahora tienen esa puta costumbre de ponerle subtítulos. Quiero ver la acción y nada de andar leyendo. Me calientan los doblajes españoles. Vengo a descubrir, por ejemplo, que Maureen O'Hara, tiene una voccecita de mierda. En cambio la gallega que la dobla, dan ganas de confundirse con el televisor. ¿Le gusta el *western*?

BRAUN: A veces.

ASCASUBI: ¿Y las papitas doradas?

BRAUN: Sí, creo.

ASCASUBI: Y el vinito blanco frío.

BRAUN: Ese sí que me gusta.

ASCASUBI: Ah, picarán... ¿Y Carmela? ¿Le gusta Carmela?

Pausa.

BRAUN: Es una hermosa mujer.

Pausa enorme. El espanto crece.

BRAUN: ¿Nos conocemos?

ASCASUBI: No.

Pausa. Braun, luego, dándole la mano.

BRAUN: Braun.

ASCASUBI: *(Sin darle la mano)* ¿Y qué pretende?

BRAUN: No me ha dicho su nombre.
 ASCASUBI: ¿Quién lo mandó?
 BRAUN: Carteras Mainumbí. Visito esta casa con frecuencia ¿Cómo es que no nos hemos visto?
 ASCASUBI: ¿Con qué frecuencia?
 BRAUN: Sabrá disculpar. Pero no creo deberle ninguna explicación.
 ASCASUBI: ¿No cree?
 BRAUN: No creo.
 ASCASUBI: No cree. Usted está mal acostumbrado. No cree deberme explicación, pero sí cree que puede entrar así nomás en una casa decente, con la mesa puesta, el pan horneado, la cama tendida. Y aprovecharse de un destino venenoso que alejó a esa casa decente de su dueño,...

BRAUN: No lo comprendo. ¿Quién es usted?
 ASCASUBI: ...aprovecharse de la debilidad de una mujer sola, indefensa, desprotegida. Usted es como esos rapaces que se alimentan de la desgracia ajena. Un buitres, un cerdo de colmillos negros, un vampiro, una rata con alas.

Entra Carmela secándose el pelo. Al ver a Braun sus brazos caen a los lados del cuerpo. Todos se miran despavoridos. Ella gira y se va por donde vino.

BRAUN: Haga el favor de decirme quién es usted.
 ASCASUBI: Yo soy el que le va a poner los huevos de corbata.
 BRAUN: No nos pongamos nerviosos.
 ASCASUBI: ¿Cómo carajo llegó a esta casa?
Vuelve Carmela.

CARMELA: ¡Dejalo en paz!
 ASCASUBI: A mí no me des órdenes.
 BRAUN: Carmela, por favor (*Se seca el sudor*). Necesito un vaso de agua.
Ascasubi toma una petaca de su bolsillo y se la encaja frente a los ojos.

ASCASUBI: Tome.
Braun, ligeramente tembloroso toma de la petaca y se la devuelve.

BRAUN: Gracias.

ASCASUBI: Siéntese. Así que Braun.
 BRAUN: Servidor. Y... ¿su gracia?
Luego de una pausa.

ASCASUBI: ¿Alguna vez fue a la guerra?
 BRAUN: No me ha contestado.
 ASCASUBI: ¿Fue o no fue?
 BRAUN: No.
 ASCASUBI: Ahí su nombre no tiene ninguna importancia. Usted puede morir el próximo segundo, como en la ruleta. Mientras usted pisa los perdigones sueltos, el plomo le vuela al costado de la cara, como espuma de carnaval. ¿Sabe qué lindo ruidito? Es un soplido cariñoso. ¡Fiuu! ¡Fiuu! Yo creía que los tiros de los *western* eran una exageración. Pero vea que no. Y si hay viento es mejor todavía. Se forma un eco. Y el plomo le danza en frente mismo del aliento, mire, y a veces algún cuerpo inoportuno lo detiene. Vea qué lindo (*Ascasubi se corre la camisa en la parte superior a un costado. Tiene una cicatriz redonda pequeñísima*).

BRAUN: Sí, parece un lunar.
 ASCASUBI: Parece un lunar, mire qué bien. A veces creo que la guerra es lo mejor que me pasó en la vida. Porque vuelvo a mi casa y me encuentro con que mi mujer se encama con un papamoscas.

BRAUN: Su... ¿su mujer?
 ASCASUBI: No sé por qué no detuve alguna bala con la frente.
 BRAUN: ¿Su mujer, dice?
 ASCASUBI: Mi mujer, sí.
 BRAUN: (*A Carmela*) Vos sos su...
 ASCASUBI: Mi mujer, estúpido. ¿Cuántas veces se lo tengo que decir?
 BRAUN: Pero usted está muerto.
Pequeñísima pausa.

ASCASUBI: Tal vez.
 CARMELA: Te presento a mi marido, Ascasubi.
Pausa.

BRAUN: (*Poniéndose de pie, visiblemente espantado*) ¿Qué es esto?

CARMELA: El que murió es otro. Bueno, es así. Aquí lo tenemos.
Se oyen ruidos.

ASCASUBI: ¡Son ellos! *(Se dirige, felino, hacia la ventana, espía. Con dos movimientos veloces llega hasta el bolso y saca un arma. La carga y vuelve al filo de la ventana. Braun empalidece. Carmela bufá y empieza a hastiarse)* Shhh... Son ellos...

CARMELA: ¿Ellos quiénes, Ascasubi?

ASCASUBI: Shhh. Bajá la voz. Y no me llamés así.

BRAUN: ¿Qué está pasando?

CARMELA: Nada.

ASCASUBI: Shhh.
Tenso silencio.

BRAUN: Este hombre necesita atención.

ASCASUBI: *(Olvidando de repente su locura persecutoria)* ¿Cómo dice?

BRAUN: Que usted necesita ayuda, mi amigo.

ASCASUBI: ¿Ayuda? Ahá. ¿Y para qué, puedo saber?

BRAUN: La guerra, vea, tiene resultados traumáticos para los que la viven de cerca.

ASCASUBI: ¿Con qué derecho me habla usted a mí de la guerra? ¿Qué sabe? ¿Sabe empuñar un arma? ¿Sabe disparar, Braun?

BRAUN: Yo...

ASCASUBI: A ver tenga *(Le da el revólver)* Apunte aquí... *(Se señala el medio de la frente)*... y al apretar el gatillo sostenga firme. No se deje amilanar por el hecho de que va a matar a un hombre.

BRAUN: Usted está loco de remate. *(A Carmela)* Llamá a la policía.

CARMELA: *(A Braun)* Te van a hacer preguntas. Vas a tener que decir qué hacés acá. Tu mujer se va a enterar.

BRAUN: *(Pensando)* Es cierto.

ASCASUBI: ¿Tu mujer? *(Pausa. Luego rompe a reír, le quita el arma, la descarga y juguetea con las municiones, absolutamente divertido)* Así que tenemos un respetable hombre de familia. ¿Hijos acaso?

CARMELA: Hijas.

ASCASUBI: Mejor todavía. ¿Y cuántas, mi amigo?

Pausa.

CARMELA: Cinco.

ASCASUBI: Cinco hijitas. *(Viendo que contesta siempre Carmela)* Veo al menos que ha sido honesto con mi mujer. Cinco hijitas, cinco grititos, cinco desvelos nocturnos., cinco pares de ojos que te reflejan. Qué bien... Yo no tengo hijos ¿sabe, don Braun? Soy un hombre a medias. No quise tener hijos antes de la guerra, y ahora es demasiado tarde.

BRAUN: Nunca es tarde.

ASCASUBI: *(Pausa. Sonrisa lejana)* ¿Usted qué sabe? Usted no fue a la guerra y sus hijas lo esperan todas las noches. ¿Qué sabe del atropello del tiempo? ¿Qué sabe de estaciones, de soledad, de frío?

BRAUN: Pero usted tenía una mujer.

ASCASUBI: La tengo. Todavía la tengo, no me haga renegar.

CARMELA: Por favor. Es de noche. Hay que preparar algo para comer.
Pausa.

ASCASUBI: ¿Se queda con nosotros, don?

BRAUN: No exactamente.

ASCASUBI: No sabe cuánto lo lamento. Carmela es muy buena cocinera.

BRAUN: Lo sé muy bien, y además pienso comer aquí.

ASCASUBI: ¿Pero no me dijo que no se quedaba?

BRAUN: Yo estoy aquí, este es mi territorio, o uno de ellos. Es usted quien se queda o se va en todo caso.

ASCASUBI: Me gustan los tipos temerarios. ¿No ve que estoy armado y le puedo dañar la salud?

BRAUN: Si me echa a punta de cañón, tendré que irme. Pero no va a quedar así, me asiste el derecho.

ASCASUBI: *(A Carmela)* ¿Vos no pensás intervenir?

CARMELA: No, gracias.

BRAUN: ¿Cómo que no?

CARMELA: Ah, no. Esto sí que no. Arréglense y no me vengán con esto a mí. No me paso el día fregando los pisos sin chistar para que ahora me hagan intervenir en cosa de varones. Así que a ponerse los

pantalones, porque si por un segundo se produce un vacío aquí dentro (*Señalándose la cabeza*) puedo volar, como si nada, desaparecer de tu vida y de la tuya y aparecer en otro lado y continuar con la mía. No me pongas en esta situación ni vos tampoco. (*Gira y dice sin destinatario preciso*) ¿Me conocés o no?

BRAUN Y ASCASUBI:

(*Al unísono*) Sí.

Los hombres se miran.

BRAUN: Usted no es. Usted está muerto. De otro modo Carmela no cobraría pensión. Déjeme explicarle que en ese sentido quien tiene derechos sobre esta mujer soy yo, porque aunque vivo amante y no marido, al menos vivo.

ASCASUBI: ¿Duda usted de lo vivo que me encuentro?

BRAUN: Lo dudará la policía cuando le muestre su identificación.

Pausa.

ASCASUBI: Usted va a terminar por ponerme decididamente nervioso, y no va a ser ya ni amante, ni marido, ni mucho menos vivo.

BRAUN: No estoy hablando con usted. Usted ha muerto.

ASCASUBI: Decididamente me gustan los tipos temerarios. Es una pena que tenga que deshacerme de uno.

Vuelven a oírse ruidos, esta vez muy claramente. Detrás aparece una sirena. Ascasubi se sobresalta.

ASCASUBI: ¡Apaguen la luz!

CARMELA: Basta Ascasubi.

Se oyen disparos en la calle.

Carmela, aterrada, apaga la luz. La sirena se hace más viva. Gritos abajo.

Ascasubi junto a la ventana y arma en mano da indicación a Carmela y Braun de echarse al piso. Rayos de luz ingresan por la ventana en dirección al techo en movimiento pendular

El sonido y la luz cesan de pronto.

TRES

LUEGO DE UNOS SEGUNDOS DE OSCURIDAD Y SILENCIO. LA ESCENA SE ILUMINA Y SORPRENDE A LOS TRES DE SOBREMESA COMO UNA FAMILIA

CONSTITUIDA. CARMELA LES SIRVE VINO. NINGUNO PARECE DEMASIADO EXTRAVIADO.

LA LUNA ESTÁ CORRIDA. COMO EN UNA FOTO MAL SACADA.

CARMELA: ¿Y qué le vas a hacer?

ASCASUBI: No sé, todavía.

CARMELA: No irás a...

ASCASUBI: No.

CARMELA: La pobre quedó sola. Me lo perdonaste a mí. ¿Por qué a ella no?

ASCASUBI: Nunca dije que te perdoné.

BRAUN: Además parece que la muy coqueta se daba charol con el afilador antes que el pobre de Fernández partiera al frente.

CARMELA: ¿Y a vos quién te preguntó?

BRAUN: Perdón.

Pausa. Beben.

CARMELA: ¿Y a él?

ASCASUBI: ¿A quién?

CARMELA: Al afilador, ¿le vas a hacer algo?

ASCASUBI: No sé, todavía.

CARMELA: Ay carajo, Ascasubi. Tengo que saber lo que le va a pasar a Ramona. No se puede vivir así. Además si se queda sola de nuevo la vamos a tener acá todo el tiempo.

ASCASUBI: (*A Braun*) Páseme el cenicero.

BRAUN: Aquí tiene.

CARMELA: ¿Para qué seguir matando? ¿No te alcanza con que esta carnicería espantosa haya llegado hasta la misma vereda de nuestra casa, se haya colado en nuestra vida pudriéndolo todo? ¿No te alcanza con que la paz de nuestra ventana se haya llenado de cañonazos, que hay que seguir matando por el honor de Fernández?

ASCASUBI: Déj a Fernández en paz.

CARMELA: ¿Qué hizo Fernández por Ramona a la final?

ASCASUBI: (*Feroz, golpeando la mesa*) ¡Teminala!

Carmela y Braun se sobresaltan. Ascasubi deja de comer. Se frota la sien y toma su pipa.

CARMELA: Está bien.
Pausa.

BRAUN: Ya decía yo.
Braun come. Carmela juguetea con el tenedor. Ascasubi enciende la pipa y larga una bocanada de humo.

CARMELA: *(A Braun)* Te preparé la valija. Tenés limpios los calzoncillos verdes. Si querés te los agrego. *(Braun no responde)* ¿Cuándo volvés?

BRAUN: No sé, todavía.

ASCASUBI: Claro, si usted no sabe nada. Usted cree saber, pero no. Usted cree tener una vida, pero en realidad la vida lo tiene a usted. Se lo digo por experiencia. Yo, por ejemplo, quisiera ser el percutor de mi metralleta. Porque mi metralleta creería tenerme, pero sin mí no podría disparar. Sería yo, un modesto percutor automático, quien tendría poder sobre la metralleta. Yo empujaría las municiones por el cañón liviano y las transformaría en disparos definitivos, y produciría desde el sonido fatal hasta la caída fatal del traidor. Yo, un miserable percutor automático, decido el destino de la batalla, decido la vida y la muerte del enemigo. Y mientras tanto Fernández me mira fijo, incrédulo, provocador con su frente agujereada y con el más impotente silencio pide venganza. Y todavía entreveo la calavera perforada recordándomelo. *(Mira fijo a Braun)* ¡Putá! ¡Putá de mierda! ¡Te perdono la vida porque es la vida quien te tiene a vos y no vos a ella! En cuanto a usted, ya ve. Todavía no le di un tiro en la frente, pero no sé por cuánto tiempo.

BRAUN: *(Levantándose y retrocediendo temeroso)* No le permito...

ASCASUBI: Deberá agradecerme el día que lo libere de esa vida que lo aprisiona.

BRAUN: *(Temblando)* Retire lo dicho.

CARMELA: ¡La pueden terminar!
Pausa.

BRAUN: Permiso...

Braun, pálido y fruncido, se retira con dirección al baño.

CARMELA: Debería llamarte a un médico.

ASCASUBI: ¿Por qué tengo que soportar a ese sujeto en mi mesa?

CARMELA: Porque la compré él.

ASCASUBI: ¿Para qué el médico?

CARMELA: ¿Te acordás de Amalfi?
Carmela, no ha dejado de jugar con el tenedor. Hastiada de lidiar con el delirio, mira un instante a Ascasubi y entresonríe tristemente. Este parece tocado.

CARMELA: ¿Te acordás de Amalfi? *(Ascasubi la mira, pero no responde)* ¿Te acordás de la paleta del barco chapoteando en el agua azul? ¿Del mar tibio, de los nenes bañándose despreocupados, gritando, riendo, dándose porrazos? ¿Te acordás del pelo lleno de arena caliente? ¿Y del sol desapareciendo mientras tus besos aparecían en mi cuello? ¿Te acordás, Ascasubi? ¿Te acordás que con el oleaje se te salía la malla y salías desnudo del mar casi sin darte cuenta? ¿Te acordás de tu risa contagiosa, de tus manos grandes en mi panza? ¿Te acordás de los ojos rojos de sal, de tu boca entreabierta, de mi olor avivándote el fuego? ¿Te acordás de la paz? *(Ascasubi se toma la cabeza)* Yo no supe todo lo que te quería hasta que te fuiste. Hoy lo sé, y hoy que lo sé no puedo hablarte porque no te encuentro, no te encuentro aunque trato, no te encuentro... Pero por lo menos yo me acuerdo de Amalfi. ¿Vos te acordás? ¿Te acordás?
Pequeño silencio. Luego Ascasubi mueve la cabeza muy lentamente en sentido afirmativo.

¿En serio?
Carmela se emociona enormemente. Le brotan las lágrimas. Lo abraza. Ascasubi, inmóvil, tocado por las palabras de Carmela, se deja abrazar. Entra Braun. Al ver el abrazo se detiene. Confundido, vuelve a desaparecer sin ser visto. Carmela mira hacia la luz. Se seca las lágrimas. Su sonrisa es tan ancha como acongojada.

¿Dónde estás? Volvé conmigo, por favor. Volvé conmigo.

ASCASUBI: ¿Y Fernández?

CARMELA: Está muerto. La guerra lo mató. No podés hacer nada.

ASCASUBI: Le di mi palabra.

CARMELA: No podés seguir matando, ¿no entendés? *(Fuerte)* ¡Si es cierto que te acordás de Amalfi, no podés seguir matando!

ASCASUBI: Quisiera ser el percutor, pero soy la metralleta. No puedo decidirlo.

Se oyen disparos en la calle. Ellos miran hacia la ventana con la cierta indiferencia que da la costumbre. Carmela se debate entre la ira y la consternación.

CARMELA: Hubiera sido mejor que volviese Fernández en tu lugar.

ASCASUBI: Siempre lo digo.

CARMELA: No tendría que andar tirándote la tanza a ver si de una buena vez te pesco de entre la mugre y te dejás de coquetear con la muerte.

Entra Braun. Se lo ve ligeramente desenchajado. Vuelve a su lugar en la mesa. Carmela se pone de pie y levanta los platos activamente.

BRAUN: *(Tose ligeramente)* Podés deshacer la valija.

CARMELA: *(Deteniendo su actividad)* ¿Cómo decís?

BRAUN: Mañana no me voy.

Ascasubi fuma inexpressivo. Braun, incómodo, pretende que su comentario es cotidiano.

CARMELA: ¿No tenías entregas... lejos?

BRAUN: Las tengo. Pero vuelvo a dormir.

CARMELA: ¿Y hasta cuándo?

BRAUN: ¿Molesto?

ASCASUBI: Desde luego.

Pausa. Carmela y Braun lo miran. Ascasubi pita.

CARMELA: *(A Braun)* Pregunto para organizar la comida.

BRAUN: Mañana bacalao, en la cocina tenés dinero. Pasado se verá. No sé hasta cuándo me quedaré.

ASCASUBI: ¿Se da cuenta de que no sabe nada? Ya le dije, usted cree saber, pero no. Es su vida quien lo tiene a usted.

Pausa. Braun, incómodo.

BRAUN: Hace calor.

ASCASUBI: Las estaciones son suicidios del tiempo. Y resurrecciones. Ya volverá la friolera y usted se va a arrepentir de tanta alharaca.

Ascasubi gira y se retira violentamente. Estos exabruptos sumen a Carmela en un estado de mayor dolor aún. Se pasa la mano por la frente y observa a Braun ligeramente felina.

CARMELA: ¿Cómo es eso de que volvés a dormir?

BRAUN: ¿Ahora tengo que pedir permiso?

CARMELA: ¡No te pongás en pelotudo!

Pausa.

BRAUN: Antes no hablabas así.

Carmela trata de recomponerse. Y cambiar de tono.

CARMELA: Está bien... Está bien. Quiero decir que no entiendo. ¿Son casi cuatrocientos kilómetros, o me equivocó?

BRAUN: Tres ochenta.

CARMELA: Es ridículo que vuelvas a dormir.

BRAUN: Es que el deseo es ridículo.

CARMELA: ¿Qué te pasa?

BRAUN: *(Señalando la habitación)* Ese es el lugar donde quiero dormir. En tu cama, en tus brazos.

Carmela se rasca la cabeza y frunce el ceño.

CARMELA: Pero ahí donde vas... ¿no te esperan?

BRAUN: La única que me espera es mi esposa. Y no sé por cuánto tiempo la haré esperar.

Pausa inquieta.

CARMELA: ¿Por qué, los vas a dejar?

BRAUN: ¿Si "los" voy a dejar? No. Ni lo sueñes.

CARMELA: No estaba soñando precisamente eso.

BRAUN: A veces parece.

Carmela entiende menos cada segundo. Braun, refiriendo a Ascasubi

¿Y él? ¿No estará esperando que me vaya de una vez?

CARMELA: Bueno, sería lógico, después de todo...

BRAUN: Tengo algo que decirte. Si no te lo dije antes es porque tengo cinco hijas. Pero ya no puedo contenerlo. Tengo que decírtelo. No sé si me perdonarán. Pero no puedo más. Es una fiebre que me nace en el intestino y se disputa mi aparato digestivo. No la aguanto más. Tengo que hablar. Tengo que decírtelo.

CARMELA: ¿Qué es lo que pasa, por Dios?

BRAUN: Carmela... Carmela mía... Mi lucecita... Quiero que te cases conmigo.

Silencio. Carmela inmóvil mira hacia arriba. Luego de un momento.

CARMELA: No estoy en vena. Juguemos otro día.

BRAUN: Esta vez no estoy jugando.

CARMELA: Otro día te digo.

BRAUN: Te digo que no estoy jugando.

CARMELA: Sí estás jugando.

Braun la toma fuertemente por la cintura.

BRAUN: No, Carmelita santa, heroína...

Pausa.

CARMELA: No podés casarte. Ya estás casado.

BRAUN: Vanos papeles.

CARMELA: ¿Y tus hijas?

BRAUN: Precios que se deben pagar por la felicidad.

CARMELA: Estás mal de la cabeza.

BRAUN: A causa tuya.

CARMELA: *(Fuerte)* No quiero lidiar con esto. Nuestro pacto es claro. Te ruego que lo respetes.

BRAUN: Ya no puedo.

CARMELA: *(Filosa)* Nunca en la vida me habrías dicho algo así si Ascasubi no hubiese vuelto.

Pausa. Braun tocado.

BRAUN: No es verdad.

CARMELA: No voy a enchastrarme en tu barrizal. Sos un hombre casado

y con hijas. No voy a cambiar eso porque no quiero cambiarlo. Y no creo que quieras vos tampoco. Además, ¿cuánto hace que no me tocás?

BRAUN: Con ese merodeándonos y con tanto estruendo en la calle no es posible concentrarse. Pero sos la mujer más hermosa que vi en mi vida. Quiero que seas mía, solamente mía.

CARMELA: Callate por favor...

BRAUN: Carmela...

CARMELA: No quiero que vuelvas a dormir mañana.

BRAUN: Nada me puede impedir volver a tu cama.

CARMELA: No quiero que vuelvas.

BRAUN: ¿Nunca más? Decime que no me querés y no vuelvo más.

Carmela iracunda e impotente.

CARMELA: Volvé cuando te toque.

BRAUN: Me toca mañana.

CARMELA: Te toca el otro martes. *(La cabeza está por estallarle)* No voy a casarme de nuevo.

Silencio.

BRAUN: Mientras pague el bacalao me tendrás a la mesa y a la cama.

Una terrible explosión en la calle logra sobresaltarlos. Por la ventana entra polvillo de escombros. Se miran intensamente. Se abrazan. La luz cesa de pronto.

CUATRO

HACE FRÍO. POR EL CUADRO DE LA VENTANA SIN HOJAS, INGRESA UNA MÚSICA LEJANA Y MELANCÓLICA. LA LUNA ESTÁ TURBIA Y TIENE VARIOS ORIFICIOS DE BALA. ASCASUBI LIMPIA UN FUSIL. CARMELA CAMINA DE UN LADO A OTRO. INQUIETA Y DESESPERADA. CADA TANTO TOMA UN PAÑUELO, SE SECA LAS MEJILLAS Y SE SUENA LA NARIZ.

ASCASUBI: La ventana.

CARMELA: Es que quiero ver.

ASCASUBI: El resfrío.
 CARMELA: Ya van dos días.
 ASCASUBI: Tiene familia. Se habrá dado cuenta que no está bien picotear aquí y allá.
 CARMELA: ¿Y qué sabés vos para decir eso?
 ASCASUBI: A ver si me bajás el tonito (*Mira por la mirilla del fusil, apunta en dos direcciones, lo baja y sigue limpiándolo*).
 CARMELA: ¿Y si lo agarró un bombardeo?
 ASCASUBI: Excelente. Su familia tendría pensión de guerra.
 CARMELA: ¿Y nosotros?
 ASCASUBI: Ya tenemos. ¿O acaso Fernández murió en vano?
 CARMELA: Y a mí, ¿quién me...?
Carmela se detiene. Ascasubi sopla en el cañón del fusil, indiferente. Carmela vuelve a caminar inquieta.
 ASCASUBI: Calmate.
Pausa. Carmela se frota la frente.
 CARMELA: ¿Qué hiciste todo ese tiempo? ¿Dónde estuviste? ¿Por qué tardaste tanto en venir? ¿Por qué no diste señales de vida? ¿Por qué no escribiste? (*Pausa, vehemente*) ¿Cuánto hace que volviste y ni siquiera me mirás?
 ASCASUBI: (*Sin mirarla, atento al fusil*) Estás muy linda hoy. (*Inclina el fusil, que queda apuntando hacia donde está Carmela*) Correte, por favor. (*Carmela se corre, iracunda. Ascasubi abre el fusil y le coloca un alambre en el cañón*) No sé por qué este percutor se dispara solo.
 CARMELA: Estaba de Dios que ibas a volver hecho un botarate.
 ASCASUBI: No me di cuenta. Si me hubiera avivado a tiempo. Dos palabritas. Correte Fernández. Mirá qué sencillo. (*Cierra el fusil*) Y ahora no se dispara el muy cabrón. Dos palabritas. Correte Fernández. O cuatro, Correte, por favor, Fernández. Si me hubiera avivado. Estuve hecho un botarate, tenés razón. Se quedó muy quieto. Fui por ayuda, cuando volví habían arrasado la trinchera y lo habían rematado con otros

seis tiros. Correte, Fernández. Mirá qué fácil era, la reputísima madre que me parió. “Te perdono, fue sin querer. Andá a buscar al tordo. Si muero no se la hagás fácil a la Ramona”. Y se me quedó ahí el muy cabrón. Fui sin aliento a buscar al tordo, sabiendo que ya estaba frío... Fernández... correte. Correte, Fernández. Correte, por favor. Dos, tres palabritas. Cuatro a lo sumo.

Ambos quedan en silencio. Carmela sorprendida y consternada por el relato, se acerca a Ascasubi y lo abraza. Al hacerlo corre levemente el fusil hacia otro lado.

CARMELA: Soltá Ascasubi. Fue un accidente.
 ASCASUBI: (*En un minúsculo hilo de llanto*) Se disparó solo, percutor conchudo.
 CARMELA: No te tortures. Se acabó.
 ASCASUBI: Fernández con un agujero en el pecho y la sangre que le brota como un manantial. Un minuto antes Fernández riendo o llorando, vivo al lado mío, cubriéndose de las balas enemigas. Sin cubrirse de mis balas.
 CARMELA: Se acabó.
 ASCASUBI: Tengo que ir a ver a la Ramona de una vez.
 CARMELA: Se acabó te digo.
 ASCASUBI: Y al afilador.
 CARMELA: Es muy grandote, te puede salir el tiro por la culata.
 ASCASUBI: No te burles.
 CARMELA: Es un decir.
 ASCASUBI: Inevitable un derramamiento de sangre.
 CARMELA: No tenés que matar a nadie más. (*Muy suave*) Fue sin querer, el mismo Fernández te lo dijo.

Ambos, abrazados, se bambolean muy levemente como si bailaran al compás de la música lejana. Ella le toma la cabeza y lo besa. El fusil cae al piso.

Hablan suavemente, como si se susurraran piropos.

CARMELA: Mirame. Soy tu mujer.

ASCASUBI: Pero te encamás con el otro.
 CARMELA: No, desde que volviste.
 ASCASUBI: Porque el maricón me tiene miedo, si por vos fuera.
Carmela le toma la cabeza y lo mira a los ojos.

CARMELA: Acá me tenés. Toda esta mujer para vos y ni siquiera mirás.
 No soy tu hermana, ni soy tu madre. ¿Para qué volviste?
 ASCASUBI: Esta es mi casa.
 CARMELA: Si es tu casa, hacé lo que hacen los hombres en su casa.
 ASCASUBI: Tengo que vengar a Fernández.
Carmela lo suelta. Se abre la puerta de calle.

CARMELA: Pegate un tiro entonces, y dejame de joder.
Se asoma Braun por la puerta.

BRAUN: ¿Llego en mal momento?
 ASCASUBI: ¿Y usted qué hace acá?
 BRAUN: ¿Tengo que explicárselo de nuevo?
 CARMELA: ¿Se puede saber dónde mierda te habías metido vos?
 BRAUN: Creo que efectivamente he llegado en mal momento. Volveré en unas horas.
 CARMELA: Pasá para adentro y cerrá la puerta. No me hagás renegar.
 BRAUN: Sí querida.
 ASCASUBI: Creímos por un momento que finalmente se había hecho responsable de su familia.
 CARMELA: *(A Ascasubi)* Vos te callás. *(A Braun)* Empezá a hablar porque tengo la paciencia en fuga.
 BRAUN: ¿Podría pedirte un vaso de agua?
 CARMELA: No.
 ASCASUBI: Lo escuchamos.
Carmela mira a Ascasubi criminalmente.

BRAUN: Es largo de contar. *(Pausa larga)* Mi señora va a ser mamá.
 CARMELA: ¿Otro más?
 ASCASUBI: Acabáramos.
 CARMELA: ¡Pero me cago en amar! ¿A ella sí la tocás?

BRAUN: No precisamente.
 CARMELA: ¿Entonces?
Gran pausa. Braun solloza brevemente.
 ¿Tenemos un amante en casa... quizás?
Braun asiente levemente con la cabeza.

ASCASUBI: Acabáramos.
 BRAUN: Usted no se burle.
 ASCASUBI: ¿Y por qué lloriquea?, afeminado. ¿Lloro yo porque encontré a mi mujer con otro? No. En todo caso estoy midiendo las horas que me faltan para deshacerme de él.
Ascasubi carga el fusil.

CARMELA: Soltá eso vos. A ver si lo matás sin querer.
 ASCASUBI: Lo único que te faltaba es burlarte de Fernández.
 CARMELA: No lo digo por él, pobre Fernández. Lo digo por vos que tenés los dedos de manteca.
Ascasubi le da un cachetazo.

BRAUN: No le permito.
Braun se le tira encima. Ascasubi lo apunta con el fusil.
Pausa. Carmela se sienta con la mano en la mejilla, dolorida y abatida.

ASCASUBI: *(Apuntándolo)* Está descargado, fanfarrón. O se cree que necesito un fusil para sacarle las tripas.
Ascasubi tira el fusil al piso. Y se coloca en posición de boxeo. Braun acepta el desafío y a su vez levanta los puños.
Suena estruendosamente una bomba en la calle. Los hombres se abrazan atemorizados. Luego de un segundo se sueltan con asco.

CARMELA: *(Retirándose ofuscada)* Hoy no hay cena.
Los hombres quedan mirándose estúpidamente.

ASCASUBI: Esto es fácil. Váyase de una vez. No sé cuanto tiempo lo voy a dejar atado a su vida melancólica y doliente.

BRAUN: Yo no me dejo intimidar, vea, por sus bravuconadas. Si le molesto váyase usted. Soy hombre íntegro. Si miento a mi familia es por amor.

ASCASUBI: ¿Quiere una mandolina?

BRAUN: En cambio Ud. flaco favor le hace a Carmela torturándola con sus delirios taciturnos. Sea Hombre. Déjela en paz.

ASCASUBI: Muy bien. *(En posición de boxeo)* ¿Gusta reanudar el match?

BRAUN: ¿Se da cuenta? Ud. solo sabe de violencia. Su actitud nos enturbia el carácter. Déjese de macanas y esfúmesese.

ASCASUBI: Defiéndase, cagón.
Braun le pega una violenta trompada. Ascasubi cae noqueado al piso.

BRAUN: Uy, ¿lo lastimé? *(Llamando)* ¡Carmela! *(A Ascasubi)* Incorpórese, lo ayudo. *(Ascasubi se sienta conteniendo la sangre que le mana de la nariz)* Levante un brazo. *(Llamando)* ¡A ver, Carmela!

CARMELA: *(Entrando)* ¿Qué pasó?

BRAUN: Traé merthiolate y algodón.

CARMELA: ¡Pero será de Dios! *(Sale)*

ASCASUBI: Esto no va a quedar así.

BRAUN: ¡No sea violento! ¡Terminelá!

CARMELA: *(Entrando)* A ver...
Carmela se inclina para asistir a Ascasubi. Braun se incorpora y toma el fusil del piso.

BRAUN: Lindo fusil...

ASCASUBI Y CARMELA:
(Al unísono) ¡Cuidado!
Braun suelta el fusil aterrado. La luz cesa.

CINCO

ASCASUBI Y BRAUN, UNO FRENTE AL OTRO, SE MIDEN FIERAMENTE CON LA MIRADA. EN EL FONDO DE SU FIEREZA SE LES ADIVINA EL ESPANTO.

NO HABLAN DURANTE UN LARGO RATO. ASCASUBI SE SACA UN MOCO DE LA NARIZ, COMO NO PERCIBIENDO LA TENSIÓN DE LA SITUACIÓN EN QUE SE ENCUENTRA. HACE UNA BOLITA DE MOCO Y LA DISPARA EN DIRECCIÓN A LA VENTANA.

EL DISPARO NO LLEGA Y EL PROYECTIL CAE SOBRE EL SILLÓN. VERIFICADO EL YERRO, BRAUN LE ECHA UNA MIRADA DE LAS QUE CORTAN LA MAYONESA, ABANDONA EL DESAFÍO DURANTE UNOS SEGUNDOS PARA RETIRAR LA BOLITA DE MOCO Y EXPULSARLA CON ASCO VENTANA AFUERA. LUEGO VUELVE A SU PUNTO DE PARTIDA Y RETOMA SU MIRADA FIERA Y ESPANTADA.

ASCASUBI: *(Solemne)* Detrás de la catedral a las seis.

BRAUN: Será un placer. *(Ascasubi se extravía, como si algo faltara)*
¿Qué le pasa?

ASCASUBI: Los guantes. Faltan los guantes.

BRAUN: ¿Es necesario?

ASCASUBI: Imprescindible.
Ambos se dan a la búsqueda. Finalmente Braun encuentra los guantes de invierno de Ascasubi.

BRAUN: ¿Estos?

ASCASUBI: Bastarán.
Braun entrega los guantes a Ascasubi y ambos asumen nuevamente la fiera actitud. Luego de unos segundos Ascasubi le arroja los guantes a la cara con violencia.

ASCASUBI: Ahora sí. Detrás de la Catedral a las seis.

BRAUN: Será un placer.
Se distienden.

ASCASUBI: Recuerde que ante los padrinos mi apellido es Fernández.

BRAUN: Descuide.

ASCASUBI: *(Alzando la vista falsamente al horizonte)* Por lo demás, todo se olvida.

BRAUN: ¿No prefiere finiquitar el asunto de Ramona y el afilador antes de que acabe con usted?

ASCASUBI: Admiro su confianza en sí mismo. Pero podré dedicarme luego.

BRAUN: Usted sabrá.

Entra Carmela con ruleros y una plancha en la mano. Los hombres disimulan y se tratan con un respeto inverosímil.

ASCASUBI: ¿Un trago, amigo?
 BRAUN: Sí, muy amable.
Carmela sufre una leve desorientación. Deja la plancha y continúa con sus tareas.

ASCASUBI: ¿Cómo va esa venta?
 BRAUN: La temporada amenaza cerrar con los precios en alza. Esto complica la distribución en el sur de la región. Por otro lado ninguna guerra ayuda a comerciar productos tan prescindibles.
 ASCASUBI: Tendrá usted que idear nuevas estrategias de combate.
 BRAUN: Muy elocuente.
 ASCASUBI: Gracias.
Braun toma una caja de puros. Ascasubi abre el diario. Carmela, definitivamente desorientada, abandona sus tareas.

CARMELA: ¿Todo bien?
 BRAUN Y ASCASUBI:
(Al unísono) Ahá.
 BRAUN: *(A Ascasubi)* ¿Gusta un Avanti?
 ASCASUBI: No gracias, prefiero el tabaco de pipa.
 BRAUN: Fumar en pipa no habrá sido cómodo en la guerra, imagino.
 ASCASUBI: Nada lo es en la guerra, mi amigo.
 BRAUN: Muy elocuente.
 ASCASUBI: Sin duda exagera mis virtudes.
 BRAUN: Nada de eso.
Carmela golpea sobre una mesa. Silencio.

CARMELA: Suficiente. ¿Quién me va a decir lo que está pasando?
Gran silencio.

BRAUN: ¿A qué te referís, se puede saber?
Carmela no contesta y camina por el espacio. De pronto se topa con los guantes tirados. Los recoge y piensa un instante.
Ascasubi lee, Carmela sonríe de pronto.

amalfi

CARMELA: *(A Ascasubi)* ¿No habrás...? *(Se detiene, Ascasubi ni se mosquea)* Muy bien. ¿Y cuál será el arma?
Los hombres se incomodan. Braun se acerca a Ascasubi.

BRAUN: No convinimos el arma.
 ASCASUBI: Puños, idiota, ¿qué otra?
Carmela echa a reír. Los hombres se incomodan más aún. Ascasubi cierra el diario y lo tira al piso.

BRAUN: Pero con puños no lo puedo matar.
 ASCASUBI: ¿Quiere cuchillo, sevillana, cadena, pistola, metralleta...?
 BRAUN: Quiero sacarlo de esta casa para siempre. Quiero borrarlo de la faz de la tierra.
 ASCASUBI: Ya que insiste en desaparecer, será con balas. Pero reflexione, necio, piense en su familia.
Carmela no puede evitar reír con cada réplica.

BRAUN: Mi pensión está destinada. Cincuenta y cincuenta.
 ASCASUBI: Y no le molesta que yo usufructúe la mitad.
 BRAUN: No es para usted, es para Carmela.
 ASCASUBI: Carmela vivirá conmigo.
 BRAUN: Eso lo veremos.
Carmela, doblada en el suelo de la risa.

ASCASUBI: ¿Se puede saber qué mierda te pasa a vos?
Los hombres la observan con los brazos en jarra, incrédulos. Mientras Carmela está sollozando en el suelo de la risa, la luz se esfuma despacio.

SEIS

HAN PASADO VARIAS HORAS.
LA LUNA SE MUESTRA MUY DIFUSA. COMO SI CASI SE HUBIERA BORRADO. SUS CICATRICES SE ADIVINAN EN EL FONDO.
CARMELA ESTÁ VENDÁNDOLE UN DEDO A BRAUN.

BRAUN: No lo aguanto más.
 CARMELA: Sosegate.

BRAUN: No lo aguanto más.
Entra Ascasubi. Tiene una venda en la cabeza. Su conducta es huraña.

ASCASUBI: La sacó barata.
Braun prefiere callar. Carmela termina.

CARMELA: *(Por la venda de Ascasubi)* ¿A ver vos?

ASCASUBI: No me toques. He perdido eficacia desde que me mataron al Pangloss.

BRAUN: No se lo matamos. Hubo que sacrificarlo.

ASCASUBI: No siga. *(Señalándose la venda de la cabeza)* No me obligue a devolverle el servicio.

CARMELA: ¿Qué tiene que ver el Pangloss?

ASCASUBI: La muerte de aquellos en quienes confiamos trae siempre desdicha.

CARMELA: No exageres. Era un perro.

ASCASUBI: No me acostumbro a los duelos. Primero perdí al Perico, hubo que cortarle una pierna, después al Juancito que murió de viejo.

BRAUN: Le gustan los perros, parece.

ASCASUBI: Eran canarios, imbécil. La Zulema se fue a vivir con mi tía.

BRAUN: *(Bajo, a Carmela)* ¿Zulema?

CARMELA: *(Bajo, a Braun)* Una tortuga.

BRAUN: Ya.

ASCASUBI: Y un día mi abuela llegó con cuatro pollitos. Uno de ellos, el Cándido, tenía las plumas casi naranja. Los alimenté, los vi crecer. Volaban exóticamente por el jardín de la vieja casa donde nació. No podía dejar de saber por dónde andaban en cada momento. Los malcriaba, robaba comida para dársela en la noche. Si no los tenía a la vista me ponía muy nervioso. Durante el almuerzo un día pregunté, ¿dónde se me fue el Cándido que no lo veo? Y mi abuela contestó salvajemente. *(Asumiendo un formal gallego)* “Lo tienes en el plato, hijo. Que no ando engordando pollos para que tu te diviertas”.
Ascasubi se emociona hasta las lágrimas.

Me había comido al Cándido con papitas doradas. Gran silencio.

BRAUN: ¿Estaba rico, por lo menos?
Ascasubi se levanta de la silla con ferocidad. Carmela lo detiene.

CARMELA: *(Suave)* No te matamos al Pangloss para comérmolo. *(Más suave)* No seas animal.

BRAUN: Estaba muy mal, pobre Pangloss.

CARMELA: Cuando te fuiste se quedó una semana en el umbral de la puerta. Te quería mucho. No hubiera permitido que le pasara nada.
Ascasubi les retira la mirada, se muerde el nudillo. No puede contener su angustia.

BRAUN: ¿Cómo puede pensar que voy a matar a un pobre animalito así porque sí, porque no tengo nada que hacer? Si hubiera sabido que usted iba a sufrir, todavía.
Ascasubi se vuelve, rabioso.

CARMELA: *(Deteniéndolo de nuevo)* Pero no te conocía. Tranquilo. *(Acariciándole el hocico)* Tranquilo.

BRAUN: Lo sacrificamos para que no sufriera más. Sufría por usted, ¿no se da cuenta? Yo llegué a esta casa para mantenerla y mantener todo lo que había en ella, todo lo que usted había abandonado. También a su perro. No me venga ahora con jerigonzas estudiantiles. Yo no maté a su perro. Usted lo mató.
Pausa.

ASCASUBI: *(Congelado en su rabia)* Llegará el día en que tenga que tragarse toda esa pedantería espuria. ¿O acaso usted no ha abandonado a los suyos?
Pausa.

BRAUN: *(Tocado)* Es distinto.

ASCASUBI: ¿Cuánto hace que no los visita?

BRAUN: No es asunto suyo.

ASCASUBI: Es asunto mío soportarlo entre estas paredes.
 BRAUN: De Carmela en todo caso.
 CARMELA: Yo creo...
 BRAUN Y ASCASUBI:
(Al unísono) ¡Vos te callás!
Silencio.

CARMELA: Okey.
Carmela sale en dirección a las habitaciones. Los hombres quedan mirando el lugar por donde salió.

BRAUN: ¿Adónde va?
 ASCASUBI: ¿Cómo quiere que lo sepa?
Carmela cruza la escena con un bolso y un abrigo.

BRAUN: ¿Adónde vas?
 CARMELA: ¿Cómo querés que lo sepa?
 ASCASUBI: No seas chiquilina.
Carmela no puede evitar sonreírse.

CARMELA: Afuera deben necesitar ayuda.
Carmela sale decidida. Braun y Ascasubi la siguen persuadiéndola de quedarse.
Con la escena vacía, el ruido de una metralleta tapa sus voces en off.

BRAUN: *(En off)* Te van a matar.
 ASCASUBI: *(En off)* Vení, te digo.
Nuevos sonidos de metralleta. Ascasubi y Braun entran corriendo despavoridos. Se dirigen a la ventana. Ascasubi se coloca al costado de la abertura, de espaldas a la pared. Braun se asoma apenas para mirar hacia la calle.

ASCASUBI: ¿La ve?
 BRAUN: Está corriendo al refugio.
 ASCASUBI: Loca de mierda.
Apagón.

SIETE

UNA SIRENA ESTRUENDOSA Y UN PASO ACOMPASADO DE BOTAS MILITARES DAN LUGAR A LA LUZ. A LA LUNA AHORA LE FALTA UN EXTREMO, VOLADO CLARAMENTE POR UNA EXPLOSIÓN. ASCASUBI ESTÁ RECOSTADO EN EL SILLÓN, ENTREDORMIDO, TEMBLOROSO Y AFIEBRADO. TIENE UN PAÑO HÚMEDO EN LA FRENTE. CARMELA, ACTIVA COMO NUNCA, SELECCIONA ROPAS PARA LOS REFUGIADOS. LLEVA UNA IMPECABLE ROPA DE FAJINA BLANCA Y UN BRAZALETE CON UNA ENORME CRUZ ROJA. ASCASUBI SE DESPIERTA Y DA UN GRITO. CARMELA, SIN EL MENOR SOBRESALTO SE DIRIGE HACIA ÉL Y LE PONE LA MANO EN LA FRENTE.

CARMELA: ¿Otra pesadilla?
 ASCASUBI: No.
 CARMELA: ¿Y por qué gritabas?
 ASCASUBI: Euforia.
 CARMELA: *(Volviendo a sus tareas)* ¿En serio?
 ASCASUBI: Estaban por ahorcarme en la plaza de Trombstone, cuando Henry Fonda y Victor Mature llegaban cabalgando a salvarme. Fonda daba un disparo certero en la soga y yo saltaba a un tercer caballo que Mature tenía sujetado, y huíamos por el ancho valle donde un sol gris se suspendía en el horizonte Panavision.

CARMELA: ¿Un sol gris? Qué imaginación.
 ASCASUBI: La escena era en blanco y negro.
 CARMELA: *(Como a un chico)* Mirá vos.
Ascasubi la mira, temiendo ser objeto de burla. Tembloroso, extrae su pipa e intenta encenderla sin éxito.

Nada de fumar. Hay que suspender el vicio por unos días para atacar el mal de raíz.

ASCASUBI: Raíces tienen los tomates *(Enciende la pipa)*.
Carmela sonríe y, sacudiendo el dedo negativamente, se le acerca como una enfermera a un geronte.

CARMELA: Tch, tch, tch. Esto no está nada bien. *(Le retira la pipa)* Pórtese como un enfermo decente, aquí tiene agua, va.

Se oyen disparos lejanos.

De la calle, llega Braun, exhausto y desvencijado. Trae un pequeño buzón domiciliario bajo el brazo. Ascasubi se incorpora levemente. Carmela va a su encuentro y lo abraza.

CARMELA: ¿Y?

Braun mueve la cabeza negativamente. Carmela lo abraza contra sí.

BRAUN: No están en ningún lado. La casa está totalmente destruida. Pude saber que escaparon antes del bombardeo. Pero nadie me pudo decir dónde fueron. Nadie me pudo decir. No sé dónde están... *(Se quiebra)* no sé dónde...

Braun se inclina sobre su propio estómago y cae de rodillas sollozando. Carmela, sin dejar de abrazarlo, cae de rodillas con él. El buzón cae al piso.

Ascasubi comienza a toser. Ellos siguen abrazados en el piso. Ascasubi vuelve a toser, esta vez ahogado, desesperado. Carmela finalmente suelta a Braun y vuelve a Ascasubi.

CARMELA: *(Tomándole la barbilla)* A ver. Abra grande.

ASCASUBI: *(Abriendo la boca lastimosamente, como despidiéndose de la vida)* Me llegó la hora.

CARMELA: *(Consultando la hora)* Falta todavía para la pastilla.

Carmela le coloca un termómetro en la boca. Braun se acerca a la ventana y solloza.

BRAUN: *(Quebrado)* Soy un desgraciado. Los abandoné a su suerte. Quien sabe si vivirán.

CARMELA: *(Mientras atiende a Ascasubi)* Pero... ¿no te dijeron que emigraron?

BRAUN: ¿Y si los agarró un bombardeo?

CARMELA: No te adelantes. ¿El tipo se fue con ellos?

BRAUN: *(Agrio e incómodo)* ¿Cómo querés que sepa eso?

CARMELA: No es para alarmarse. A lo mejor emigraron para empezar una nueva vida, juntos. ¿Qué dice el buzón?

BRAUN: ¿Cómo?

CARMELA: ¿Que qué dice el buzón? ¿Dice Braun?

Braun levanta el buzón. En flanco hay un cartelito que reza claramente Quintana.

BRAUN: ¿Quintana?

CARMELA: Te dije. Se fueron juntos. Quedate tranquilo. No les va a pasar nada.

BRAUN: Se fue con el otro.

ASCASUBI: *(Con el termómetro en la boca)* Y lo bien que hizo.

BRAUN: Ud. métase en sus cosas.

CARMELA: No esta mal, después de todo. Hace poco querías casarte conmigo...

ASCASUBI: *(Moviendo el termómetro con la lengua)* ¿Cómo es eso?

CARMELA: Que Braun me propuso matrimonio. *(Sonriente, mientras trabaja)* ¿No te conté?

ASCASUBI: *(A Braun, con su dicción siempre afectada)* Espere que me levante, afeminado, y le voy a romper el alma.

BRAUN: *(A Ascasubi, con desprecio)* Promesas.

CARMELA: *(A Braun)* ¿Qué habría sido de tu familia si yo aceptaba?

BRAUN: *(A Carmela)* No me tortures.

CARMELA: Vos no sabés lo que debe ser vivir torturado. El marido de la panadera perdió a toda su familia. Cayó una bomba en la panadería mientras él había salido a buscar harina. Está sereno, sin embargo. Como si hubiera entendido que la vida le pidió más que ser padre o ser esposo. Se la pasa todo el día ayudando en el refugio. Parece un médico el hombre. A pesar de su desgracia, nunca deja de asistir a los heridos ni de confortar a los que perdieron todo. Todas las chicas le revolotean. Se lo quieren agarrar para ellas. Él les sonríe, pero se le adivina la desdicha entre las comisuras de la sonrisa. Yo la veo.

BRAUN: ¿Y a vos te sonríe?

Pausa. Carmela observa a Braun sonriente y serena.

CARMELA: Qué estúpido. El otro delirante y vos estúpido. Pensar que me gustaba tu bigotito.

BRAUN: ¿Y ya no te gusta?

ASCASUBI: *(Aún con el termómetro en la boca)* Los errores se corrigen, zopenco.

CARMELA: *(A Ascasubi)* Y me gustaban tus manos...

Ascasubi mira para otro lado. Braun se le acerca y le acaricia el cabello. Ella separa muy lentamente la cabeza de la mano de Braun. Carmela no deja de acomodar ropa mientras habla, cosa que hace con una serenidad exasperante. Se dirige a Braun.

Me gustaban las cosas simples, quería una vida simple. Una casa limpia, hijos, nietos, raviolos domingueros, pan casero, sábanas al sol. Todo era cuestión de calor. Un calor conocido para secar la ropa, para cocinar y para dormir. Para mí amar era eso, la satisfacción de ver a todos sanos y colmados. Pero con el tiempo algo se abrió, una ventana a un mundo hermoso y desconocido. *(Señalando con el pulgar hacia Ascasubi, sin mirar)* Y fueron esas manos las que la abrieron. Amar había empezado a ser más que buscar un calor, acostumbrarme a él y tener miedo de perderlo. Amar había empezado a significar para mí que podía yo misma desprender ese calor, despedir olores que nunca había imaginado que aceptaría. Así había empezado a entender el amor, cuando llegó la guerra.

ASCASUBI: *(A Braun, didáctico)* Y el sol gris se suspendió en el horizonte.

CARMELA: Al principio la soledad fue angustiante, bueno... todo al principio es angustiante. Después encontré algunos beneficios en estar sola. Yo misma me proporcionaba el calor que necesitaba. Cuando llegó el telegrama ya no fue demasiado doloroso. Me había acostumbrado a ser una viuda mucho tiempo antes.

BRAUN: *(Refiriendo a Ascasubi, venenoso)* Eso porque el señor ni te escribía.

CARMELA: Entonces sonó el timbre y te me apareciste para venderme una carterita de *strass*. Ni siquiera tenía plata para escuchar la oferta, pero ese bigotito... y tu obsesión por traerme regalos, comprar muebles... No pensaba ser viuda joven. Tenía miedo de no poder mantenerme. Eso te abrió las puertas de mi casa. No creas que fue otra cosa. Bueno, eso y el bigotito.

BRAUN: ¿Y ahora?

ASCASUBI: *(Molesto, con el termómetro en la boca)* No sea ganso. Ya le dijo que no le gusta más.

CARMELA: Ahora ya no tenés plata y tu bigotito es un espinel enredado. Si estás acá será por otra cosa. Nunca te pediría que te fueras, y nunca te va a faltar qué comer mientras te quedes. Mirá qué absurdo. No sólo podía mantenerme a mí misma. Pero otra vez no sé qué es el amor... tengo que volver a pensarlo.

ASCASUBI: *(Incómodo y babeante, señalándose la boca)* ¿Falta mucho?

Carmela se le acerca y le retira el termómetro.

CARMELA: Treinta y ocho y medio.

ASCASUBI: *(Frunciendo exageradamente el ceño)* Zambomba.

CARMELA: Vos reposo y silencio. Y vos pelá las papas, así adelante. Tengo mucho que hacer. Voy hasta el refugio a llevar esta ropita.

BRAUN: No crearás que me voy a quedar cuidándolo.

ASCASUBI: Ni lo necesitamos. *(Castañeteando los dedos)* Aire.

CARMELA: *(Siempre sonriente)* Y mientras los veo aquí, disputándose lo que no se preocuparon por mantener, hay gente a la que le arrebataron todo y ahí está, preocupándose por los demás.

Se produce un silencio.

BRAUN: ¿Te vas a ir con el médico?

Carmela apenas si lo mira.

ASCASUBI: *(A Braun)* No es médico, ¿qué le pasa? ¿Es sordo? *(A Carmela)* Decime, ¿pasa algo con el tipo?

Carmela lo escruta en silencio. Gira y dice a Braun.

CARMELA: Pelame las papas, por favor. Cuando vuelva hago la cena. No tardo.

ASCASUBI: Te acompaño.

BRAUN: Ud. no está en condiciones, ¿no se da cuenta? *(A Carmela)* Te acompaño yo.

CARMELA: *(Intensa)* Lo tuyo es cama y lo tuyo papas. No tardo.

ASCASUBI: *(Levantándose)* Aquí vamos.

BRAUN: No insista. Voy yo.

CARMELA: Nada de eso.

BRAUN Y ASCASUBI:
(Al unísono) La calle está peligrosa.
Los hombres se miran con recelo. Carmela vuelve a sonreír.

CARMELA: No tardo, les digo.
*Carmela inicia su salida.
Al abrir la puerta se le cae el piloto de Braun. Lo cuelga suavemente al lado de la foto de Ascasubi.
Se toma un instante. Se tapa la boca, como si una emoción la embargara a pesar suyo.
Los mira, les sonríe y se va.*

ASCASUBI: *(Receloso)* Vaya para la cocina. Su presencia me sube la fiebre.
Haga lo suyo y déjeme en paz.

BRAUN: Ni se le ocurra aparecerse.

ASCASUBI: *(Poniéndose de pie)* Pierda cuidado.

BRAUN: ¿Adónde va?

ASCASUBI: No creará que dejaré indefensa a esa mujer por las calles.

BRAUN: Usted se queda.

ASCASUBI: No me haga renegar, que mi abuela me enseñó a cazar gallinas y me lo puedo encontrar en el camino.

BRAUN: No se las dé de valiente. Que todavía lo puedo noquear, mequetrefe.
*Un estallido colosal hace que los hombres caigan al piso.
Entran polvo y piedras por la ventana. La puerta se abre con la explosión.
Se oyen gritos y llantos desde la calle.
Unos segundos después Carmela atraviesa la puerta caminando lentamente. Está llena de polvo y le cae sangre de la nariz y del oído. La bolsa se le cae de la mano. Mira la bolsa caída. Abre la boca para hablarles y de ella emana un chorro de sangre. Se seca con la muñeca. Los mira. Finalmente sus ojos se dan vuelta y cae al suelo exánime.
Un segundo de vacío.*

ASCASUBI: *(En un grito atronador)* ¡Carmela!

amalfi

*Se arroja sobre ella, la levanta del tórax, la besa empapándose la boca de sangre y bañándola con su llanto.
Braun cae de rodillas y se toma de los pelos como si quisiera arrancarse la cabeza.
La luz muere lentamente.*

OCHO

LUEGO DE UNOS SEGUNDOS DE OSCURIDAD Y SILENCIO. LA ESCENA SE ILUMINA Y SORPRENDE A LOS DOS DE SOBREMESA. LAS AUSENCIAS DE LA LUNA Y DE CARMELA SE HACEN NOTAR. DE NO SER POR ESO, EL CUADRO EVOCARÍA AL DE LA ESCENA TRES. AMBOS MIRAN LA BOTELLA DE VINO APOYADA EN EL LUGAR DONDE FALTA CARMELA Y NADIE SE ATREVE A SERVIRLO. LUEGO DE UNOS SEGUNDOS.

ASCASUBI: Permítame *(Le sirve vino y se sirve)*.
Beben muy despacio. En proscenio hay una valija y un piloto cruzado sobre ella

BRAUN: ¿Por qué Amalfi?

ASCASUBI: Por el resplandor. Por el agua quieta. O porque no sé nada. Porque no la encuentro. Porque no puedo vivir sin ella. Porque no puedo morir sin ella.

BRAUN: Seréne. No hay nada que podamos hacer.

ASCASUBI: Usted no hará nada, porque no la quiere de verdad.

BRAUN: La quise, sí. De un modo menos infantil que el suyo.

ASCASUBI: Pero ya no la quiere. ¿O sí?

BRAUN: *(Poniéndole una mano en el hombro)* Carmela murió. ¿Es demasiada verdad para usted? Vuelva, por favor.
Ascasubi queda en silencio. Cierra los ojos. Luego de un momento.

ASCASUBI: Amalfi al atardecer. El resplandor del agua quieta. El viento que no llega. El sudor de los poros que respiran conmigo. Carne que pide ser mordida. Imperfecciones de la piel. Suavidad de olores que se combinan. ¿La ve? Está dormida. Y

sonríe. Siempre sonrío. Me cruza una perversidad por la cabeza. La abandono mientras duerme y me escondo detrás de los médanos. Y la veo despertarse y buscarme y desesperarse. Pero no hago nada de eso, me quedo al lado hasta que... *(Se interrumpe. Le ordena de pronto)* Cierre los ojos.

BRAUN: Cállese.

ASCASUBI: ¡Cierre los ojos!

Braun concede con profunda pena.

ASCASUBI: Véala. Está a mi lado tiene un pelo enredado en el dedo. Los labios hacia fuera, entregados al sueño. Respira profundamente. Hay un intenso ir y venir de su torso. Una mosca se para en su párpado. Lentamente ella se lleva la mano a la cara y la espanta con mucha suavidad, y... véala... ¿la ve? Muy lentamente... abre los ojos y me mira.

Braun asustado abre los ojos.

ASCASUBI: ¿La vio?

BRAUN: Sí... creo.

ASCASUBI: No hay nada tan poderoso como esa mirada serena. Esa seguridad de que el mundo es este y no hace falta cambiarlo.

Gran silencio.

Luego de un instante, Ascasubi se levanta de su silla y se dirige a la valija. La toma y se cuelga el piloto al hombro.

Se dirige a la puerta y se detiene. Los hombres se observan un instante.

BRAUN: Que tenga buen viaje. No se olvide que camino al...

ASCASUBI: *(Interrumpiéndolo)* Venga conmigo.

Pausa.

BRAUN: ¿Cómo?

ASCASUBI: Venga conmigo.

BRAUN: ¿Qué voy a hacer yo en Amalfi?

ASCASUBI: Lo mismo que acá y en todos lados. Buscarla.

Braun baja la cabeza, consternado. Le brotan las lágrimas.

Venga conmigo.

Braun niega con la cabeza.

Ascasubi le dirige una sonrisa taciturna. Gira para irse pero vuelve a detenerse.

¿Seguro?

Braun se rasca la cabeza.

Ascasubi sonrío.

La luz cesa.

El servidor

Lauro Campos

Pseudónimo de Luciano José Ramón Corvalán, dramaturgo rosarino, actor y director. Desde aquel primer premio de su carrera, el segundo en la tercera Bienal de Obras de teatro en Tucumán, en 1971 con su pieza *Atavismo*, pasando por el reconocimiento en los Juegos Florales de Arroyo Seco en 1977, por *Esos ilusionistas* y desembocando en el Premio Selección de Argentores de 1980 con *El camino del elefante* (que premiara un jurado de lujo: Edmundo Guibourg, Arturo Berenguer Carisomo, Jorge Cruz, Atilio Betti y Rosa Rosen), su carrera ha estado jalonada por premios ganados a fuerza del trabajo diario.

En 2000, en Veracruz, México, obtuvo una de las menciones de honor por su pieza *Despertar en Granada* (Jurado: Ricard Salvat, Senel Paz, Luisa J. Hernández).

En 2001 ganó un puesto en el concurso que el I.N.T. organizó en homenaje a los veinte años de Teatro Abierto con *Circe o el banquete*.

En 2004 ganó el premio al mejor sainete breve en el Festival organizado por el Club de Autores con el apoyo de distintas entidades con su pieza *El bien dotado*.

Ha sido seleccionado en concursos que organizan los distintos consejos de Argentores con obras para semimontados o radioteatros. Ahora, disfruta este tercer premio que un jurado tan selecto ha querido otorgarle por *El servidor*, una pieza que es él, en verdad; una pieza empecinada, apasionada y controversial.

PERSONAJES

TOMÁS
ENRIQUE

ACTO ÚNICO

AMBIENTE NEUTRO QUE, EN PRIMERA INSTANCIA, SE VE COMO UN RINCÓN DE UNA CELDA OCUPADA POR EL PROTAGONISTA DONDE ESPERA EL AMANECER PARA SER EJECUTADO. PERO, A LO LARGO DE LA PIEZA, DISTINTOS RINCONES DE LA ESCENA SE VAN ILUMINANDO SUGIRIENDO OTROS ÁMBITOS DONDE, SEGÚN EL RACONTO, SUCEDE TAMBIÉN LA ACCIÓN. LOS DETALLES COLOCADOS ESCENOGRÁFICAMENTE EN LOS DISTINTOS RINCONES TAMBIÉN SERÁN SUGERIDOS Y MODERNOS, NO OBSTANTE RESPETARSE EL ESTILO DE LA ÉPOCA. HA DE NOTARSE QUE EL MISMO LENGUAJE INCORPORA AUDAZMENTE GIROS ACTUALES Y ARGENTINISMOS QUE ACERCAN EL MENSAJE A LA ACTUALIDAD A PESAR DE LA FORMALIDAD DEL RENACIMIENTO INGLÉS. UNA LEVE LUZ VA ENCENDIÉNDOSE LENTAMENTE SOBRE LA FIGURA DE TOMÁS, SENTADO EN SU BANCO BAJO, JUNTO A UNA PEQUEÑA MESA. AL DESCUBRIR AL PÚBLICO EN LA SALA, SONRÍE Y HACE UN GUIÑO CÓMPLICE. INCLINÁNDOSE, COMIENZA SU RELATO SIN DEMOSTRAR NI TRISTEZA NI ANGUSTIA SINO, MÁS BIEN, UNA SUERTE DE ESPERANZA Y SECRETO REGOCIJO. LA LUZ, AL INTENSIFICARSE DE A POCO, VA DESCUBRIENDO EN EL FONDO ALGUNOS ARCOS DELINEADOS SOBRE EL FORO DE LA PLANTA ESCENOGRÁFICA COMO ABERTURAS CON CORTINADOS DE TERCIOPELO POR LAS QUE ENTRARÁ Y SALDRÁ DE LA ESCENA EL OTRO PERSONAJE DE LA PIEZA, ENRIQUE.

TOMÁS: Sabía que estarían allí, dispuestos a escuchar mi historia. Todo comenzó aquel día en que el Cardenal Wolsey me mandó a llamar a mi casa de Chelsea, donde vivía con mi esposa y mi hija. O tal vez no. Tal vez comenzó antes, mucho antes, cuando nació mi amistad con Enrique, a pesar de nuestras diferencias. Él amaba “El príncipe” de Maquiavelo. Solía decir que le era más útil que mi “Utopía” para gobernar. Que Maquiavelo era más práctico y yo... más... utópico.

De pronto, desde las sombras, hace su aparición Enrique. El autor

opina que ambos personajes deben vestir una sutil estilización renacentista en sus atuendos, nunca el diseño exacto del tiempo de la acción. Tomás usa ahora una blusa suelta, mientras Enrique, en su atuendo debe demostrar su poder.

ENRIQUE: *(Acercándose desde las sombras)* Desde muy joven tuve que luchar para mantenerme en el poder. Ese bastardo de Francisco, el llamado Rey de Francia, quiso desde siempre quitarme mi lugar. Y yo el de él, esa es la verdad. Me correspondía. Francia había pertenecido a Inglaterra. Siempre.

TOMÁS: Hubo un tiempo en que el Cardenal, como canciller, propició una paz continuada.

ENRIQUE: Así es. Wolsey lo único que quería era ser elegido papa. Y en ese sentido conspiró, espió, intrigó para que los obispos franceses lo eligieran papa frente a la inminente muerte del vicario de Cristo. La paz con Francia se frustró al tratar de unirme a Carlos, el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el sobrino de Catalina, mi mujer. Pero en aquel entonces, aún eras mi amigo, Tomás. Es cierto que me parecías... "utópico" y demasiado ético. Pero te amaba. Entrañablemente. ¿Sabés algo? Si no me gustaran desmedidamente las mujeres, creo que me habría enamorado perdidamente de vos. Sos, de un modo casi inusual, noble e inteligente. Pero es claro... eso en un hombre es un motivo de atracción. En una mujer es insoportable. Yo... te amaba, Tomás. Te amaba.

TOMÁS: Entonces... ¿por qué nuestra amistad se rompió?

ENRIQUE: De sobra lo sabés. Catalina me había dado una hija y la repugnancia que me provocaba su proximidad, me impidió seguir teniendo relaciones con ella. Tuve un hijo bastardo con una dama de la corte. Tuve relaciones promiscuas con cuanta mujer apareciera en mi camino. Yo no soy como vos, Tomás. Vos sos monógamo por naturaleza. En mí, en cambio, brota un torrente de sensualidad que debo satisfacer noche a noche. Además, el poder facilita las cosas. Una vez te pregunté: "¿Qué es lo mejor para un rey: ser amado, o ser temido?" A pesar de lo profundo de tu postura

humanista, no pudiste contestarme.

TOMÁS: ¿Por qué nos alejamos, Enrique? Yo siempre admiré tu manejo del poder: una virtud difícil de llevar a cabo.

ENRIQUE: ¿Por qué nos alejamos el uno del otro? Tal vez vos lo recuerdes mejor que yo. Primero te distanciaste de Wolsey. ¿Lo recordás? ¿Lo recordás, Tomás? ¿Fuiste vos el que dio el primer paso! *(Indignado, va hacia la penumbra donde permanece sentado en una silla rústica que semeja, sin embargo, a un trono)*

TOMÁS: *(Girando hacia el público)* La charla con el Cardenal fue áspera y provocó nuestra enemistad, mi primera enemistad con la corte, ahora lo recuerdo: el Rey necesitaba el divorcio de la reina Catalina por falta de un heredero al trono. Para ese casamiento con la española había sido necesario pedir dispensa a la Santa Sede, ya que Catalina había sido esposa del difunto hermano de Enrique. Le dije al Cardenal: "¿Cómo ahora solicitarle al Santo Padre dispensar la dispensa, también por motivos políticos?" ¿Sabén? Se trataba de un sacramento. Un sacramento en el que siempre he creído, y mi conciencia no podía aprobar lo que Wolsey y el Rey me requerían. Recuerdo que aquella noche, antes de partir hacia la Abadía, rezamos con Alicia, mi mujer, y con Margarita, mi hija, para que el Señor me iluminara en algo que aún no alcanzaba a comprender.

ENRIQUE: *(Desde su lugar)* Mentira. Lo comprendías perfectamente. A pesar de tu formación excesivamente clerical, siempre fuiste un apasionado, Tomás. No es posible que no comprendieras mi amor por Ana.

TOMÁS: *(Al público)* Anteriormente, había sido el único opositor al pedido de Wolsey en el consejo y él me había llamado tonto. Pensé: gracias a Dios que solo hay un tonto en el consejo. Pero el Cardenal me mandó a llamar aquella noche para insistir en el asunto. Y no se trataba de ser vivo o tonto. Se trataba de un caso de conciencia, y mi conciencia decepcionaba lastimosamente al poder. Wolsey insistió en que debía ver los hechos de la vida sin esa horrible, escrupulosa y constante moralidad mía. Según él, con un poco de sentido común yo podría ser un buen estadista. A mí, en ese

- momento me bastaba con ser un juez justo. Pero Enrique necesitaba el divorcio para desposarse con su amante, Lady Ana.
- ENRIQUE: *(Desde su lugar)* Ella podía darme ese heredero que con Catalina me era imposible concebir.
- TOMÁS: El Cardenal me suplicó ayuda. Me preguntó qué haría yo al respecto. ¿Qué contesté? Que para lograr tener un hijo, el Rey seguramente no necesitaría de mi consejo sobre qué hacer al respecto...
- ENRIQUE: *(Desde su lugar)* Justamente de eso se trataba, imbécil. De hacer lo que uno sabía con quien uno quería.
- TOMÁS: Eso lo sabía, Enrique. Pero no siempre uno puede hacer caso a los pedidos con los que uno no concuerda. Lo cierto es que a los pocos minutos, Su Ilustrísima se había enfurecido sin remedio. Argumentó que la casa Tudor corría peligro frente a la infertilidad de la reina Catalina y que vos necesitabas, por lo tanto, imperiosamente, un hijo. Volvió a preguntar qué iba a hacer yo al respecto. Contesté: “Rezar. Rezar, Su Ilustrísima.”
- ENRIQUE: *(Avanza desde su lugar)* Sí, sí. El Cardenal estaba furioso. En realidad lo estaba porque temía mi reacción para con él.
- TOMÁS: De todos modos, aseguré que haría lo que estuviese a su alcance para que pudieses divorciarte. Y eso fue, en realidad, todo. Antes de marcharme insistió en preguntar si, a pesar de mi modo de pensar, podía contar con mi apoyo. Repetí, repetí: “El Papa otorgó una dispensa para que el Rey se casara con la viuda de su hermano, por razones de Estado. ¿Le pediremos al Papa dispensar la dispensa, también por razones de Estado?”
- ENRIQUE: Había que abordar a Su Santidad, Tomás, y pedírselo. No era el propósito de Wolsey. Él estaba decidido a influir en la decisión de Su Santidad, presionándolo a través tuyo, ya que como Consejero de Inglaterra no se podía obstruir este proceso de reforma solo por una razón de conciencia. Y volviste a negarte a ser el instrumento.
- TOMÁS: Enrique: No habría ayudado a Su Ilustrísima. Si un estadista ignora su propia conciencia solo por el bien de sus deberes oficiales, conducirá al país al caos por la vía más corta. Esa era y es mi

opinión. Estaba muy claro: el Obispo, el Cardenal, el Canciller... no entendía cómo se podría gobernar al país con la conciencia y las oraciones. Puntos de vista, ¿no? Antes de marcharme... —recuerdo que fue la última vez que lo vi con vida —me dijo irónicamente que yo debía haber sido clérigo. Me limité a contestar: “¿Clérigo? ¿Tal vez como usted, Su Ilustrísima? La salvación de mi alma correría peligro” *(Pausa)*.

- ENRIQUE: ¿Y allí comenzó todo? ¿Eso creés?
- TOMÁS: Sí. Eso creo. Cuando llegué a casa, tras el viaje de toda la noche a lo largo del río, encontré a Margarita con su pretendiente, el chico Roper, convertido recientemente en hereje impenitente al abrazar la reforma luterana. No te olvides que tanto vos como Wolsey me habían hecho quemar los libros de Lutero delante de toda la corte. Sin embargo, este chico Roper, a mí me caía muy bien. Pero no podía consentir ese matrimonio, mientras fuera un hereje. Me contestó que no lo era. Que en realidad, la que era hereje en ese momento, era la propia Iglesia, y que Lutero lo había probado. Que todo era una feria: tanto para salvarse, tanto para un divorcio, tanto para una muerte.
- ENRIQUE: Agudo este chico Roper. Agudo y peligroso. No sé si convenía a tu hija, Tomás. Apenas un abogado.
- TOMÁS: También yo soy apenas un abogado.
- ENRIQUE: No es lo mismo. Vos sos una personalidad respetada. Tu amigo Norfolk dijo que deberías presidir la Cámara de los Lores.
- TOMÁS: ¿Eso dijo? ¿Cuándo?
- ENRIQUE: Esa misma noche, cuando te distrajiste con el mensaje del Cardenal. Y si eso lo dice tu amigo...
- TOMÁS: ... es que se trataba de un amigo peligroso, mucho más peligroso que un yerno hereje. ¿Acaso no sabía que el Cardenal presidía la Cámara de los Lores?
- ENRIQUE: Sí, pero Norfolk opinaba que si Wolsey caía...
- TOMÁS: Hay que ser razonable. Si Wolsey caía, la ola iba a mojar todos los barquitos pequeños, como los nuestros. Y no porque fuera obeso. Y afirmé en esa oportunidad: no habría un presidente nuevo

mientras viviera el Cardenal. Wolsey, temeroso de tomar la decisión que vos le pedías, fue confinado y murió poco después. Despojado de la cadena que su cargo le confería antes de morir... fui finalmente nombrado –y en contra de mi voluntad– Presidente de la Cámara de los Lores. Ese nombramiento exacerbó mi vanidad, quiero que lo sepas. Soy un pecador, querido Enrique. Un inevitable pecador que ha vivido siempre muy cerca del poder. Y vos te preocupaste porque el nombramiento fuera casi de inmediato. Me pregunto, *(A Enrique)* te pregunto, *(Al público)* y les pregunto: ¿allí comenzó todo? *(Enrique sale hacia la penumbra para colocarse una capa)* Porque yo no lo sé. No lo sé aún. Solo sé que luego de ese nombramiento, te presentaste en mi casa con tu comitiva. Como siempre te comportaste conmigo como un buen amigo.

De la penumbra sale Enrique y se sienta en un banco doble donde también se sienta Tomás, que ha colocado una chaqueta sobre su blusa... La luz ilumina diáfananamente ese sector de escena.

- ENRIQUE: Nada de protocolos, querido amigo. Sentate aquí, a mi lado. ¿O acaso no sos mi amigo?
- TOMÁS: Sí, Majestad. Así siempre lo he sentido.
- ENRIQUE: Menos mal, ¿no?
- TOMÁS: ¿Qué, Su Majestad?
- ENRIQUE: Digo: que el Presidente de la Cámara es mi amigo. Ojalá prefieras ser mi amigo que presidir la Cámara.
- TOMÁS: Siempre he dado primacía a los afectos, Majestad. Por otra parte, mi capacidad es tan poca que...
- ENRIQUE: Yo seré quien juzgue tu capacidad, Tomás. No me jodas. *(Pausa)* ¿Sabés? Antes de morir, Wolsey dio su voto de apoyo para que presidieras esa Cámara.
- TOMÁS: ¿Wolsey?
- ENRIQUE: ¡Pero sí! Te nominó antes de morir. Y Wolsey no era un tonto, precisamente.
- TOMÁS: Era un estadista de talento incomparable, Majestad.
- ENRIQUE: ¿Lo fue? ¿En realidad lo fue, Tomás? ¿Por qué me falló, entonces? *(Pausa. Se pone de pie)* Fue una vileza de su parte... *(Grita)* ¡Una

enorme vileza, lo que en verdad hizo! ¿Sabés? Se oponía en secreto a mi voluntad. En secreto, pero deliberadamente. ¡Sí, se oponía fría y deliberadamente el muy... cerdo! Quería ser Papa, quizá, para dominarme, para tenerme en su puño. ¡A mí! ¡Al Rey! ¿Qué habrá pensado que era yo? ¿Un pusilánime? ¿Un imbécil? ¿Por qué? ¿Porque soy sencillo? ¿Porque digo lo que pienso? ¿Porque soy apasionado? ¿Porque soy franco y directo con todo el mundo? ¿Es por esa razón que me toman como si fuera un simplón, un retardado? *(Pausa. Tomás lo mira sin hablar, después de haberse puesto de pie)* Wolsey... escuchame bien, Tomás... querido Tomás... Wolsey era un hombre orgulloso. Orgulloso hasta la médula. Ansioso de poder y obsecuente. Pero me falló. Me falló en lo único que me importa ahora tanto como entonces, cuando él vivía. *(Baja la voz. Conciliador)* Pero escuchame, ¿eh? Tomá asiento. *(Tomás se sienta, el Rey mira a su alrededor)* Qué hermoso atardecer. Esta luz, este aire, este perfume de las flores de tu campo, me llenan de energía. Sí, podría luchar contra un león.

- TOMÁS: ¿Contra un león?
- ENRIQUE: ¿Acaso lo dudás?
- TOMÁS: No. Pero solo algunos hombres podrían hacerlo, Majestad *(El Rey lo mira y vuelve adonde está sentado Tomás)*.
- ENRIQUE: Oíme: respecto a ese asunto de mi divorcio... ¿Lo pensaste desde que hablamos?
- TOMÁS: En verdad no he pensado en otra cosa.
- ENRIQUE: ¿Y me entendés, ahora?
- TOMÁS: ¿Entender? ¿Qué, Majestad? ¿Que debe divorciarse de la reina Catalina? Puedo entender que esa sea la pretensión de Su Majestad. Pero, lamentablemente, cuanto más lo he pensado... veo claramente que no apoyaré a Su Majestad. De modo que, en lo posible, trato de no pensar más en eso, aunque en verdad no haya hecho otra cosa.
- ENRIQUE: *(A gritos)* ¡Entonces no has pensado lo suficiente! *(Pausa. Camina. Respira agitadamente, pero, poco a poco, se va calmando)* A pesar de la incomprensión que me rodea... estoy de buen humor. ¿Te preguntarás por qué? Porque pienso en el futuro. En los

herederos que me dará Ana. Y en la felicidad que tengo y que tendré a su lado. Esta felicidad no puede ser empañada en mi relación con Dios. Vos que sos un hombre creyente, no querrás que yo, tu amigo el Rey, viva en pecado... *(Se sienta a su lado)*
 Tomás: tenés que considerar que mi alma corre peligro junto a Catalina. Mi matrimonio no es tal. Es nulo. He vivido en incesto con la viuda de mi propio hermano. Según el Levítico “no verás la desnudez de la mujer de tu hermano”. Levítico, capítulo 18, versículo 16.

TOMÁS: Sí, Majestad. Pero el Deuteronomio...

ENRIQUE: El Deuteronomio es ambiguo.

TOMÁS: Majestad: no tengo autoridad para inmiscuirme en la interpretación de los textos sagrados. Eso le compete a la Santa Sede.

ENRIQUE: Tomás: ¿necesito al Papa para saber que en realidad he pecado? Pero si está a la vista de todos. ¡Solamente vos no querés verlo! He cometido un pecado y Dios me ha castigado por eso. No tengo un hijo. Hijo tras hijo me dio, pero todos nacieron muertos, o murieron antes de un mes. No había visto nunca un caso tan claro, tan patente, de justicia divina. Lo han visto todos. Todos... menos vos. *(Se para nuevamente, colérico)* ¡Es mi deber divorciarme de esa maloliente beata! ¡Ni todos los Papas juntos evitarán que cumpla con mi deber! *(A él)* ¿Por qué no lo entendés? ¿Por qué? Si los demás lo entienden...

TOMÁS: Si los demás lo entienden, ¿por qué necesita Su Majestad mi pobre apoyo?

ENRIQUE: Porque sos honesto. Porque siempre has sido un fiel servidor del Rey. Sí, honesto. El más honesto de los hombres del reino. O mejor aún: El Pontificado sabe que sos honesto. Mirá a mi alrededor. Norfolk me sigue solamente porque llevo la corona. Cromwell es un chacal peligroso, pero yo soy su tigre. Mientras tanto, me sigue un rebaño de gente, pero seguirían a cualquiera. Uno grita: ¡viva el Rey! Y los demás repiten como ovejas: ¡viva el Rey! Pero bastaría que uno entre la multitud dijera: ¡el Rey es un

hijo de puta, hay que matarlo! para que todos gritaran en seguida: ¡a matarlo!, ¡a matar al Rey! Este es un pueblo de ignorantes, de bárbaros. Pero no se trata solo de este pueblo. Todo el pueblo es igual: está la gente inculta y trepadora que invade la corte... y, por otro lado... *(Pausa)* estás vos, Tomás *(Pausa)*.

TOMÁS: Me enferma el solo pensar... cuánto debo enojarlo, Majestad. Cuánto debo defraudarlo... *(Pausa)*

ENRIQUE: Mucho. Mucho. Pero, Tomás, respeto tu sinceridad. Siempre la he respetado. *(Vuelve a sentarse junto a él)* Pero el respeto... es como el agua en el desierto... De pronto, se lo traga la necesidad. *(Transición)* Ahora decime, ¿qué te pareció la música que escuchamos dentro de tu casa? Yo creo que tenía un cierto toque que... Bueno, decime: ¿qué te pareció?

TOMÁS: Era una música compuesta por Su Majestad.

ENRIQUE: ¡Oh, me descubriste! *(Ríe)* Ahora nunca sabré tu opinión y eso me molesta. Los artistas adoramos los elogios, pero necesitamos la verdad.

TOMÁS: ¿No acaba de decir que soy un hombre honesto?

ENRIQUE: Sí. Pero también un fiel servidor.

TOMÁS: Entonces le daré la opinión honesta de un fiel servidor. Me pareció encantadora.

ENRIQUE: ¡Tomás! ¡Elegí bien al Presidente de la Cámara!

TOMÁS: Pero también debo agregar que tengo muy mal gusto en lo que a música se refiere.

ENRIQUE: ¿Qué decís? Tenés muy buen gusto. Coincide exactamente con el mío. *(Murmura para sí)* Ah, la música, la música. Me gustaría... ¡Sí! Me gustaría que el cortejo regresara sin mí. Yo me quedaría con los músicos, y entonces viviría aquí y solamente... escribiría música.

TOMÁS: Mi casa es suya, Majestad.

ENRIQUE: *(Serio, de pronto)* Sobre el otro asunto, te lo advierto. No aceptaré oposición alguna.

TOMÁS: Majestad...

ENRIQUE: Ningún tipo de oposición, te digo. Ninguna. Ninguna oposición.

(Tomás va a levantarse) Sentate. (Tomás se sienta) No voy a inmiscuirte en el asunto. Pero sos el Presidente de la Cámara de los Lores. Esto no me gusta nada y no voy a aceptar oposición alguna. (Se pone de pie. En voz alta) Ya sé lo que va a pasar. Los obispos que respondan al Papa se opondrán. Los bien... alimentados príncipes de la Iglesia. ¡Hipócritas! ¡Son todos hipócritas! Cuidate de ellos, Tomás. Sí. Cuidate de ellos.

TOMÁS: Su Majestad es injusto. Si no puedo servirlo en este asunto de la reina...

ENRIQUE: (A gritos) ¡No tengo ninguna reina! ¡Catalina no es mi esposa! Ningún cura puede convertirla en mi esposa. ¡Somos libres de interpretar la Escritura, Tomás, y aquellos que dicen que es mi esposa son mentirosos y traidores al reino! ¡Sí! ¡Traidores! No pienso aceptarlo. Esto es una traición. Sí. Traición. Alta traición. Y no aceptaré opinión contraria. Me... me enfurece. Me saca de quicio. Me destruye. ¡Es una gangrena mortal en plena organización política y la voy a eliminar! (Pausa. De pronto calmo, mira a Tomás) ¿Lo ves? ¿Ves cómo me enfureciste? No puedo entender que un hombre honesto y fiel servidor de este reino no lo comprenda. Me falta el aire. Casi... casi no me reconozco. (Se sienta junto a él) Si me apoyaras, amigo mío, no hay hombre que subiría más. Te lo aseguro. Lo haría con mi propia mano (Tomás esconde su cara en su propio puño).

TOMÁS: Majestad. Usted me abrumba. (Pausa. El Rey lo mira. Suenan lejanas campanas).

ENRIQUE: ¿Qué hora es?

TOMÁS: Son las ocho, Majestad.

ENRIQUE: Bien. Levantate.

TOMÁS: ¿Majestad?

ENRIQUE: Que te levantes, hombre. ¿No prometí que no te inmiscuiría en el asunto? Vamos a comer. Lady Alicia ha prometido una comida casera exquisita. Y yo ya estoy hartado de la comida que se prepara en la corte (Se pone de pie, Tomás lo imita).

TOMÁS: Está bien (El Rey se detiene de golpe).

ENRIQUE: Las ocho, ¿dijiste?

TOMÁS: Sí.

ENRIQUE: La marea va a cambiar. Lo olvidé. Debo marcharme sin cenar con tu familia.

TOMÁS: Lo... lamento.

ENRIQUE: Si no aprovechamos la marea, no llegaré jamás a Richmond, teniendo en cuenta la inutilidad de los barqueros y lo abundante del cortejo. No. No me acompañes (Va hacia la penumbra. La luz vuelve a ser la de la cárcel. Tomás vuelve a sentarse en su mesa).

TOMÁS: Te enfurecí aquella vez.

ENRIQUE: Un poco.

TOMÁS: Por Dios, Enrique. ¡Estabas furioso! Y yo... no tenía otro camino.

ENRIQUE: ¿No tenías otro camino más que enfurecerme? Creí, simplemente, que siendo tu amigo, podría ser más persuasivo.

TOMÁS: Enrique, por favor... Partiste ese atardecer en medio de los vítores de tu propio cortejo adulador. Al verte desde lejos, me pareciste casi feliz. ¿Por qué será que a los gobernantes los hace más felices la adulación del entorno que la propia verdad de lo que está ocurriendo? Comwell, antiguo secretario del Cardenal Wolsey estaba en ese cortejo. Y fijó su mirada en Ricardo Rich, un muchacho que merodeaba continuamente mi casa en busca de un trabajo que le permitiera ascender. Yo nunca había querido emplearlo, ya que todo lo que pretendía era que yo fuera un simple escalón para trepar a cargos políticos. Una actitud corriente en cierta clase de gente. Aquella noche supe, de alguna manera, lo que me depararía el futuro. Este futuro que estoy viviendo. En ese momento no me inquietaban los acontecimientos. Ni siquiera me preocupaba tu ira. No creía que todo terminaría de esta triste manera. No me parezco en nada a los mártires y esos planes no estaban en mi mira a pesar del miedo siempre presente en mi mujer. (Mira hacia un rincón) Sí. No te preocupes. Voy a cuidar mi amistad con él. Te prometo que voy a sonreír todo lo que pueda, Alicia. Alicia... No te preocupes más, ¿de acuerdo? No me parezco en nada a los mártires, te lo aseguro. Y él, Enrique, lo sabe. Vos, además, me conocés demasiado bien

como para preocuparte. (*Mira hacia otro costado*) Roper, muchachito. ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué te has enterado de mi discusión con Su Majestad? ¿Te lo ha contado Margarita? Es inútil. Margarita se me parece tanto. ¿Qué es lo que decís? ¿Que querés felicitarme? ¿Si fuera cierto que he discutido con el Rey... acaso por eso merezco ser felicitado? Roper, ¿qué estás diciendo? ¿Que mantener mi postura ha hecho que cambiaras tu punto de vista? Seguramente no ha cambiado respecto de la corrupción de la Iglesia. Hijo: ¿qué puedo decirte? Margarita y vos son tal para cual. Es... bueno que hayas decidido no atacar más a la propia Iglesia. Eso sería como... como atacar al mismísimo Dios. Algún día esta... limitación... te hará comprender muchas cosas acerca de mi comportamiento.

ENRIQUE: (*Avanzando desde la penumbra*) Eso sí pudiste decidir. El casamiento de tu hija con ese muchacho indigno de ella.

TOMÁS: No te confundas, Enrique. Mucho, mucho más digno de lo que yo pudiera pretender para Margarita que, como vos sabés, es la luz de mis ojos.

ENRIQUE: Pero no pudiste advertir que la traición rondaba tu casa.

TOMÁS: Lo de Rich? Creo que sí lo advertí. Pero creo que no le di suficiente importancia. Él me había dicho: “Sir Tomás: necesito que me ayude. Necesito que me emplee. Después puede ser demasiado tarde.” No advertí la amenaza en su modo, en su voz. Y me negué. Me negué a pesar de saber por él mismo que Cromwell había estado haciendo ciertas preguntas acerca de mí, de mis opiniones. Al parecer, había preguntado a mis amigos, a mis criados, a mis empleados...

ENRIQUE: ¿Considerabas a Rich tu enemigo? ¿Por qué no lo empleaste? Le hubieras evitado a él cometer la traición y a vos padecerla.

TOMÁS: No se me hubiera ocurrido considerarlo mi enemigo. Pero después, todo se complicó con un supuesto soborno que según algunos traidores yo habría aceptado para fallar un proceso. En realidad lo había planeado Cromwell y Rich fue su instrumento. ¡Rich! Los míos me aconsejaban arrestarlo. “Es un espía.”, decían. No lo era. Era un muchachito sediento de poder. Es una mala

persona, decían Margarita y su marido. Y yo les contestaba: amores, eso no es un delito. No se puede condenar a nadie por eso.

ENRIQUE: Más te habría valido hacerlo, Tomás.

TOMÁS: ¿Cómo? Debería haberlo arrestado Dios por su falta de ética.

ENRIQUE: Mientras vos pensabas de esa manera, Rich, aquel muchachito que te pidió trabajo, se fue a la corte a hacer maldades.

TOMÁS: No había violado la ley. Hasta el diablo podría irse a hacer maldades si no ha violado la ley.

ENRIQUE: ¿Defendés al diablo con la ley? ¿Y no fuiste capaz de defenderme a mí?

TOMÁS: Vos no buscabas la ley, Enrique. Vos buscabas al diablo. ¿Qué harías vos, Enrique? ¿Violar la ley para atraparlo?

ENRIQUE: No soy inteligente como vos, Tomás. No tengo acceso a tu ironía, a tus razonamientos. Pero te aseguro que violaría cualquier ley que me molestara.

TOMÁS: Ay, Enrique, Enrique... Y cuando violaras la última ley y el diablo te buscara, ¿dónde te ocultarías sin la protección de la ley? Este país está sembrado de leyes de costa a costa. Son leyes humanas, ¿sabés? No de Dios. Y si las violaras, y sos muy capaz de hacerlo, ¿podrías acaso mantenerte firme en los vientos que soplarían? Sí, Enrique: concedo el beneficio de la ley al diablo, por mi propia seguridad. (*Al público*) Lo cierto era que el diablo ya estaba haciendo su trabajo (*Enrique va hacia otro rincón de la escena. Está enojado y grita hacia afuera*).

ENRIQUE: ¡Mierda! Ana querida: estoy más que ofuscado. ¡Furioso estoy! Figurate que me molesto en reunir un cortejo considerable para llegar a Chelsea, viajo durante toda la tarde, destrozo mis músculos y mis huesos en manos de esos torpes barqueros, expongo mis pulmones a la humedad mortífera del río... ¿y todo para qué? Mi amigo Tomás se ha negado, con el mayor de los desparpajos, a considerar el asunto. Sí, mi amigo Tomás Moro... ¡el Presidente de la Cámara de los Lores! Me he rebajado a ir hasta su casa... ¡Me he rebajado! Para convencerlo, ¡sí! Es necesario que lo entiendas, Ana, amor mío. Aunque el mismísimo Arzobispo de

Canterbury estuviese de acuerdo, aunque el Parlamento en pleno lo aprobara... yo necesito... necesito, ¿entendés?, el acuerdo de Tomás. No lo entendés, ¿eh? No. No es que seas bruta. No comprendés cómo un rey poderoso puede doblegarse a la voluntad de... Amor mío: un rey nunca es poderoso si no tiene herederos. Removí cielo y tierra para desposarme con Catalina. Necesité la dispensa, ya que estaba el impedimento del previo casamiento con mi hermano y la viudez. ¿Y todo para qué? ¿Para qué? La histórica era, además, estéril. *(Pausa)* Mi pequeña Ana. Me mirás lejana, interrogante... como si no comprendieras mis preocupaciones y desvelos. Vos sos joven, Anita. Joven y hermosa. ¿Qué pueden importarte las cavilaciones de un hombre ya gastado, como yo? Sí. Sé que sólo te importa mi amor. Este amor que vivimos noche tras noche sin importarnos el mundo, sin importarnos los papeles, las dispensas, los decretos, la ley. A mí, me importa la fuerza que das a mi energía viril para que sobreviva sin depresiones. Primero fue el malvado de Wolsey quien me demoró con sus cavilaciones. Me sumió en una angustia que aún hoy puedo recordar. ¡Clérigo hipócrita y depravado! Corrupto y miedoso. Él tenía el acuerdo de la Santa Sede. ¡Sí! Lo tenía por adelantado. Muchos negocios manejó con Roma y todos fueron llevados a cabo sin problemas y con suculentas ganancias para él. ¿Por qué ahora se le ocurrió pedir la opinión de Tomás Moro, te preguntás? ¿Sabés, Ana, que todo el mundo en la corte se ha hecho la misma pregunta? ¿Y sabés cuál es la respuesta? *(En voz baja)* Porque se la pedí yo. *(Pausa)* Te turbás, no lograrás comprender. Anita: hubiésemos podido cortarnos solos en esto. Corren tiempos en que por dinero, Roma puede decidir salvar tu alma o condenar la de tu enemigo, decidir si un acto es válido o inválido, lo que está bien y lo que está mal. Sin embargo... Sin embargo, ni Wolsey ni yo hubiésemos soportado la mirada de Tomás desde su sitio. ¿Cuál mirada? La del reproche. El dedo acusador. Él es buen abogado. Conoce los vericuetos de la ley. Pero también conoce el contenido profundo del Derecho; su filosofía. Sí, es el mejor abogado del reino. Es un

hombre honesto y mi fiel servidor. Y además es mi amigo respetado, ¿podés entender eso? Sí. Supongo que sí. Supongo que podés entenderlo. El Pontífice firmaría sin vacilar si la firma y la palabra de Moro apoyaran nuestra pretensión. *(Pausa)* Cuesta pensar que este hombre pendiente de la aprobación de otros –yo– sea el poderoso soberano de este reino, ¿eh?... No entendés, no entendés, Ana. Son razones políticas las que me llevan a necesitar esa aprobación. ¿Que me importan a mí clérigos y dispensas? Soy el Rey, es verdad. Pero el pueblo necesita un acto de cordura con relación a la continuación de nuestra casa Tudor. No podemos entrar nuevamente en guerras estériles y fratricidas. Me enaltece vivir este amor. Pero a mí no me basta. ¿Podés entenderme? Es mi descendencia, es el poder el que aquí está en juego, no mi amor por vos.

TOMÁS: *(Desde su lugar)* ¿Y esperás apoyar tu poder en el consentimiento de este amigo? ¿Sabés algo, Enrique? Vos también sos un ingenuo, querido mío. Tu amigo Tomás Moro es leal a Roma pero no a sus negocios. Es en verdad un hombre honesto. Es hombre religioso, además. Y ha condenado públicamente la opinión de Lutero. Jamás ha de aceptar la interpretación personal y libre de la Escritura. Aunque esa interpretación sea propuesta por el Rey en persona. ¿No fui yo acaso el que guió tus pasos cuando escribiste aquello sobre los sacramentos? ¿Es que acaso pretendés ahora que desdiga lo dicho aquella vez? Enrique, amado amigo mío: ¿es que nunca vas a entenderme?

ENRIQUE: Tomás, amado amigo mío: ¿es que tampoco vos vas a entenderme? *(Pausa larga. Tomás lo mira largamente. Enrique se le acerca y lo abraza casi apasionadamente. Cuando Tomás se da cuenta de que Enrique se ha dejado llevar por su apasionamiento, lo separa, toma su brazo, lo pone en su pecho y le acaricia la mano)*

TOMÁS: Sí, es verdad. Lo había olvidado. Su Majestad también es hombre religioso. A pesar del amor, de esa pasión sin frenos desatada con Ana... Su Majestad también es hombre religioso. Y le importa sin duda obtener la dispensa. Le importan los escrúpulos, el juicio de

los hombres, y el dedo indicador del Papa y de la Iglesia. Lo había olvidado, sí. También Enrique es un hombre de Dios. Y por eso es que sufre por no ser aprobado por tantas jerarquías, por el amigo honesto, por el obispo infame... Pero no puedo. No podré hacer nada. Estoy en la Iglesia, Enrique. Yo soy la Iglesia.

ENRIQUE: *(De pronto, lo enfrenta, desafiante)* Yo sería la Iglesia, la única Iglesia, si me lo propusiera. Yo he de ser la Iglesia, en cuanto lo decida. Esto es Inglaterra, ¿es que no has entendido? El Rey es el Rey, más allá de las leyes, más allá de permisos y dispensas absurdas. En cuanto lo decida... en cuanto logre dejar de lado escrúpulos que solo paralizan y deseche sin culpas tontas aprobaciones de amigos y de guías... podría llegar a ser Jefe Supremo de la Fe en esta tierra, y barrer de un plumazo esas ideas negras que rondan mi cabeza, que torturan mi conciencia. ¿Sabés qué voy a hacer, Tomás? Voy a dejar este asunto en las manos de Cromwell, aunque no estén tan limpias. Te vas a arrepentir, ¿te lo aseguro! *(Toma asiento colérico en su sillón que asemeja un trono, mientras la penumbra invade ese rincón. Tomás vuelve a su asiento y mira al público)*

TOMÁS: Es así, amigos míos... El diablo ya estaba haciendo su trabajo. Como ayer... como siempre. Cromwell tomó el puesto de Secretario del Consejo de Su Majestad. De inmediato se acercó a él Ricardo Rich, aquel muchacho que me había solicitado trabajo y yo le había negado. Estaba abierto a las ofertas del poder, y para ello, dispuesto a cualquier cosa: la traición, la entrega, la mentira. Cromwell, muy sutilmente, le explicó que conocía a un hombre que quería cambiar a su mujer, y que lograría hacerlo contra viento y marea, ya que se trataba del mismísimo Rey. A Rich deben de haberle brillado sus ojos. ¿Colaborar con los deseos del Rey? Eso era más de lo que podía ambicionar. Cromwell se lo explicó muy bien: como administradores del reino debían minimizar los inconvenientes acerca del tema, aunque nadie quisiera a los administradores del reino. Y había un hombre, presidente de la Cámara de los Lores, inocente a pesar de su edad. Ambos se lo preguntaron con fundamento: ¿quién puede

mantenerse inocente frente al poder? Y lo era, sin embargo. Él lo consideraba una virtud. Pero no lo era en esta época. Era casi... triste mezclar la inocencia y la virtud con una creencia absurda: la de que uno no pueda cambiar de mujer sin divorciarse. Y un divorcio en estas épocas es imposible de lograr sin la autorización del Papa. En esta situación tan pueril, tan banal, tan... estúpida, el deseo del Rey se topaba con una valla inconveniente. Cromwell sabía de aquella copa de plata que yo había recibido estúpidamente, en un momento de confusión, por un pedido de justicia futura y que luego, sin saber qué hacer con ella, había regalado a Rich para ayudarlo en su situación. Eso bastó para sellar mi destino.

ENRIQUE: *(Desde su lugar)* Es verdad, Tomás. Requerí ante el Arzobispo, ante los Lores, ante los Reverendos doctores de la Iglesia, pontífices del Sínodo de Canterbury, que renunciaran a la lealtad a la Sede de Roma y que aceptaran el decreto aprobado por el Parlamento que me reconocía con el título de Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra. *(Pausa. Avanza hacia Tomás)* Lo hicieron. El Sínodo de Obispos renunció a Roma y reconoció mi nuevo título. Quisiste renunciar, a pesar de que hasta tu misma familia te aconsejó no hacerlo. “¿Es este un paso sabio?” –te dijeron– “¿Traicionarás tu habilidad, abandonarás el cargo y olvidarás tu deber para con tu familia y para con el reino todo?”

TOMÁS: Guillermo Roper quiso ayudarme, orgulloso como estaba por mi decisión. Yo me negué. Finalmente, fue Margarita quien me quitó el collar. Había en su mirada una tristeza inevitable, pero, en el fondo, una profunda admiración por mi proceder. Mi hija es inteligente, sabés? De todos modos, no permití que nadie expresara sus sentimientos. Mi hija ya estaba casada con Roper, podrían tener hijos, y no era prudente manifestarse públicamente en estos momentos. Por tu parte, volviste a visitarme en casa. *(La escena se ilumina a full y se acerca Enrique. Tomás se desplaza para recibirlo).*

ENRIQUE: Muy bien, Tomás. Explicámelo. Explicámelo porque no puedo entenderlo. Explicámelo, por todos los demonios, porque esto

tuyo me parece ni más ni menos que una cobardía. (*Golpea un mueble*) Me saca de quicio, ¡mirá! ¡Me saca de quicio! ¿Me lo vas a explicar?

TOMÁS: Está bien. Voy a explicárselo a Su Majestad, aunque no creo que logre entenderme.

ENRIQUE: ¿Por qué no puedo entenderte? ¿Acaso soy bruto?

TOMÁS: No. No lo es, y Su Majestad lo sabe. Su Majestad dice que propone una reforma. Y no es una reforma. Es una guerra contra la Iglesia.

ENRIQUE: ¿Una guerra? ¿Qué pelotudez es esa?

TOMÁS: Sí. En realidad declaraste la guerra contra el Papa, por negarse Su Santidad a declarar que la reina Catalina no es tu esposa.

ENRIQUE: ¿Y acaso lo es?

TOMÁS: Majestad...

ENRIQUE: Contestame, Tomás: ¿lo es?

TOMÁS: Majestad... Si yo opinara en el tema...

ENRIQUE: Es que es tu deber opinar, Tomás. Tu opinión te será requerida cuantas veces sean necesarias.

TOMÁS: ¿Por qué, Majestad? Ya no soy el Presidente de la Cámara.

ENRIQUE: ¿Por qué, preguntás? ¿Porque sos mi servidor! ¡Mi fiel servidor! Y no solo voy a pedir tu opinión, sino que incluso voy a interrogar a las personas que te rodean. Tus amigos, los que te son fieles, aunque nieguen las conversaciones que vos tengas con ellos.

TOMÁS: Con el permiso de Su Majestad... no me parece sensato. Si ellos negaran, y Su Majestad los obligara, ¿dónde quedaría la lealtad que ellos juraron a su Rey? ¿No sería una farsa?

ENRIQUE: Sos un abogado hábil. Siempre lo has sido. No me hagas trampas.

TOMÁS: No las hago. Solo comprendo los tiempos que vivimos.

ENRIQUE: Oíme: estamos, según vos, en guerra contra el Papa. Un simple príncipe, en definitiva, ¿no es así?

TOMÁS: Es así. Pero también descendiente de San Pedro, nuestro único enlace con Cristo.

ENRIQUE: Esa es tu creencia.

TOMÁS: Ha sido también por años la creencia de Su Majestad. Ahora, Su

Majestad la ha cambiado. Yo respeto todo esto. La fe no depende de la voluntad. Es una gracia. Y no podría convencerlo de nada. Solo podría rezar para que la recuperara. Pero... Pero también he comprendido el valor de una creencia en estos tiempos. Si lo quiere Su Majestad... de una utopía. No se puede sepultar una creencia, Majestad. No se puede sepultar una utopía. Ni uno mismo, ni los otros. He comprendido el valor de la diferencia en la opinión y en la decisión.

ENRIQUE: ¡Estás poniendo en duda la autoridad del Rey!

TOMÁS: Estoy poniendo en duda la arbitrariedad en la autoridad, Majestad.

ENRIQUE: De modo que... darías todo cuanto poseés, incluso el respeto por tu Rey y por tu país... solo por una creencia, por esa condenada utopía?

TOMÁS: Tal vez. Porque lo que aquí importa, lo que verdaderamente importa, es que lo crea yo, yo mismo.

ENRIQUE: No entiendo tu razonamiento. De nuevo me confundís.

TOMÁS: Mi voluntad no es confundir a Su Majestad. En realidad, lo que yo más quisiera, es que mi Rey entendiera. Pero trato de ser lo suficientemente impreciso.

ENRIQUE: ¿Impreciso? ¿Por qué? (*Pausa*)

TOMÁS: No voy a hablar al respecto, Majestad.

ENRIQUE: ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta? Me insultás con chicanas, con toda esa cháchara de abogado... y cuando te pido precisiones, ¡guardás silencio! (*Tomás, en un silencio significativo, se conmueve y emociona. De pronto, sus ojos se llenan de lágrimas*)

TOMÁS: Tal vez sea porque... y Su Majestad lo sabe... diga lo que diga, piense lo que piense... siento... mucho miedo. (*Ahora llora decididamente*) Pero el miedo... también es hijo de Dios nacido en un viernes santo. No es agradable verlo ni experimentarlo. En realidad, nadie quiere nombrarlo nunca, pero está siempre allí, en la cama de cada moribundo, en la angustia de su familia, de sus verdaderos amigos y aún en el corazón de sus mismísimos enemigos que temen acercarse a comprenderlo. Nadie puede

evitar, en la vida o en la muerte... el miedo. Tampoco yo.

ENRIQUE: *(Lo mira, casi fascinado. Pausa)* Voy a tener paciencia, Tomás. ¿Sabés qué pasa? Estás enfermo. Eso. Enfermo. Necesitás reponerte, de modo que voy a darte un tiempo. Y no estamos en España. Esto es Inglaterra. No lo olvides *(El Rey se desplaza hacia un rincón y la luz general va bajando mientras Tomás vuelve a su asiento y a la semipenumbra)*.

TOMÁS: *(Al público)* Esa misma tarde llamé a los sirvientes. Les comuniqué mi renuncia al cargo. Les dije que ya no era un hombre importante. Ellos quisieron que supiera que estaban de mi lado. Pero me pregunto: ¿qué lado era ese, cuando la miseria los esperaba, cuando todos repetían mentiras para perjudicarme? Pero yo no había declarado nada. Solamente había renunciado a mi cargo. Por ley, el Rey era ahora Jefe Supremo de la Iglesia. Esa iglesia inglesa lo iba a divorciar de la reina y luego lo iba a casar con Lady Ana. ¿Acaso alguien me había escuchado decir algo al respecto? No, nadie. Ni siquiera mi mujer, a pesar de sus pedidos de que le comunicara mi pensamiento. Le contesté en esa oportunidad: “No, Alicia. Esa es la ley. Y es todo lo que te importa. Mi silencio me va a salvar bajo la ley. Mi silencio debe ser absoluto.” Lo cierto es que este silencio comenzó a comentarse en toda Europa. Comenzó a llamárseme... el enemigo del Rey. Algunos, sin embargo, pensaban que yo era un loco, pero no un traidor. El episodio de la copa del soborno... aprovechado por algunos, provocó la risa de otros que me conocían como juez probo. Pero nada bastó. Me pidieron que me rindiera en mis creencias, en mi empecinamiento. Yo no podía hacerlo. Este era yo. Este soy yo. Yo. Tomás Moro. Mis ideas, mis creencias, mi conciencia. Yo amo la amistad, ¿ustedes no?, amo a los seres humanos de una manera casi ingenua y total. Pero también es cierto que solo Dios nos ama completamente, y... esto se ha internalizado de tal modo en mí que... finalmente... así es mi forma de ser. El hecho de ser abogado, hijo de otro abogado, supuso arrogancia en mi gesto. No lo era. Yo diría que todos

pensaron que mi actitud era desproporcionada a un problema tan... minúsculo. Para mí tampoco lo era. Era un caso de conciencia, ¿pueden comprenderlo? Un caso de... religión, y para los hombres religiosos como yo..., como el mismísimo Rey, aunque él lo niegue... esto es... algo muy importante. Digo, este religar permanente de mi vida con los designios del Señor aunque fuera un pecador ha sido siempre mi sostén, ha configurado mi personalidad. Todos se habían rendido al requerimiento del Rey porque, en verdad, la religión del país no les importaba. Y la propia, la de cada uno, podían guardarla dentro de lo más profundo de sus corazones sin manifestarla. Mi corazón, en cambio, ha estallado siempre, siempre, mientras la nobleza de Inglaterra roncaba escuchando el Sermón de la Montaña, pero al mismo tiempo estudiaban con la dedicación de eruditos el *pedigree* de un *bulldog*. Bueno, no tengo que ser injusto, ¿no? En verdad esto no es tan grave. Los hombres somos iguales a los *bulldogs*. Testarudos, fuertes, necios. Por eso criamos a nuestros perros y ellos resultan iguales a nosotros y nosotros a ellos. Me oponía como un perro testarudo no por orgullo ni por capricho ni por ninguna otra apetencia. Yo me oponía. Yo. Mientras tanto, el Parlamento estudió un nuevo decreto. Harían prestar juramento referente al matrimonio. Si no se lo prestaba, el cargo era de alta traición. Dios. Ojalá hubiera podido prestar ese juramento. Ojalá hubiera podido. *(Pausa. Camina hacia un ventanuco por donde se filtra luz y su cara se ilumina especialmente)* Me trajeron a la prisión con la ropa puesta y un atado de libros. Cuando cerraron la puerta de mi celda supe de inmediato que pasarían años y estaciones por aquel ventanuco al que solo llegaba empinándome en un banquito. La calidez del verano, el oro del otoño, y luego la nieve, y el florecer de los árboles y nuevamente el resplandor estival. Fue en un invierno... lo recuerdo... que me llevaron para interrogarme de nuevo al Palacio de Richmond.

ENRIQUE: *(Se acerca a la luz y se apoya en una columna)* En ese séptimo interrogatorio volvieron a preguntarte las mismas cosas.

- TOMÁS: Las mismas cosas. Pero vos ya estabas lejos. Muy lejos. Te habías casado con Ana y tratabas de tener un hijo varón legítimo que te sucediera en el trono.
- ENRIQUE: *(Yendo hacia Tomás)* No. No estaba lejos, Tomás. *(Con lágrimas en los ojos)* No estaba lejos. Todo lo contrario. Ansiaba... en verdad era todo lo que ansiaba... poder sacarte de ese lugar, poder abrazarte. Que nuestra amistad fuera la de antes. Pensé que vos querías lo mismo. Que extrañabas nuestra amistad. Pero volviste a negarte a prestar juramento.
- TOMÁS: Es que era así. Es así. No presté ni prestaré el juramento, ni les diré el por qué. Nunca. Tampoco las razones. “Suponen” que tengo objeciones. Lo único que en verdad saben es que no voy a jurar lealtad al acta, por lo cual, no pueden, legalmente, perjudicarme más de lo que lo han hecho. Pero si tuvieran razón al suponer que la objeto, y también, claro, que mis objeciones tienen que ver con la traición, la ley les permitiría cortarme la cabeza. Esto lo tengo muy claro.
- ENRIQUE: Pero por qué esa obstinación, Tomás. ¿Por qué ese empecinamiento? Todos prestaron juramento. ¡Todos! La mayoría de los que han sido amigos tuyos, condiscípulos de universidad, colegas, estadistas. ¿Por qué no lo hacés aunque más no sea por solidaridad hacia ellos? ¿Por la seguridad de tu propia familia? ¿Por qué, Tomás, por qué? *(Sombrio, triste de pronto)* ¿Por qué no lo hacés por mí, por el amor que siempre me demostraste? ¿Acaso no eras mi fiel servidor? ¿Acaso no me amabas?
- TOMÁS: Te amaba y aún te amo, mi Señor. Pero amo más mi dignidad. Siempre demostré solidaridad por mis amigos... aunque ellos después me traicionaron. Siempre busqué la seguridad de mi familia. ¿Pero sabés? Así como yo soy libre... ellos también lo son. Enrique: si al morir fueras al cielo por haber hecho lo correcto y yo al infierno por no hacerlo, ¿acaso vendrías conmigo por solidaridad, por amor o por seguridad?
- ENRIQUE: Creés que todos estamos condenados, ¿verdad?

- TOMÁS: No tengo una ventana para ver tu conciencia ni las de los que juraron lealtad. Por cierto que jamás se me ocurriría condenar a nadie, ni aún por el pensamiento.
- ENRIQUE: Entonces al menos admití que todo este maldito embrollo es una cuestión discutible.
- TOMÁS: Es así.
- ENRIQUE: Pero tu obediencia al Rey, no es discutible. De modo que, Tomás, compará esa duda con algo cierto... y firmá.
- TOMÁS: Algunos hombres piensan que la tierra es redonda. Otros dicen que es plana. Es un asunto discutible. Pero si fuese plana, ¿la haría redonda una orden del Rey? Y si fuera redonda, ¿acaso una orden del Rey la aplanaría? No, Enrique, no firmaré.
- ENRIQUE: ¡Empecinado, terco!
- TOMÁS: El servidor.
- ENRIQUE: ¿De quién? ¿De quién?
- TOMÁS: De mí mismo, de la Justicia, de Dios. *(Llora)* También, ¿por qué no? de mis utopías. ¿Sería posible ver a mi familia? *(Enrique comienza a llorar y a golpear los muebles a su alrededor)*
- ENRIQUE: ¡Tomás, no me hagas esto!
- TOMÁS: *(También llorando)* ¡Quiero ver a mi familia!
- ENRIQUE: *(Grita y golpea a su alrededor)* ¡No vas a verla más! ¡No vas a verla nunca más! Por favor... por favor... ¡Tomás no me hagas esto!
- Pausa. Ambos tranquilizan su respiración. Luego, en tono neutro.*
- TOMÁS: ¿Podrían darme algunos libros más?
- ENRIQUE: ¿Tenés libros aquí?
- TOMÁS: Sí. Algunos.
- ENRIQUE: *(Llorando y golpeando como un niño)* ¿Ves? Me mentís. Les mentís a todos. No lo sabía. No deberías tenerlos. ¡Voy a ordenar que retiren los que tenés! *(Desesperado)* Ay, Dios. No, Tomás, ¡no me hagas esto! ¡No me hagas esto! *(Cae sobre su sillón llorando amargamente. Las luces van bajando en él y suben en el escritorio de Tomás hacia donde él se encamina, mirando al público)*
- TOMÁS: *(Al público:)* Y a los pocos días, cuando ya creía que se habían

terminado para mí los momentos agradables, tuve una sorpresa. El saber que mi familia había logrado escapar. No quiero decir que el exilio me parezca bien. El exilio, el destierro, que inventaron los griegos, es tal vez más terrible para el corazón que la pena capital. Pero, de alguna manera, me alegró saber que estaban lejos. Unos días antes Margarita me había instado a firmar el acta para poder así salir de aquí. Todavía no comprendo su proceder... *(Enrique habla ahora desde la penumbra)*.

ENRIQUE: La obligué yo a venir. Hablé con ella personalmente para que te convenciera. Pensé: siempre habías dicho a tu hija que Dios prefiere las palabras del corazón a las de la boca.

TOMÁS: Sí. Es verdad. ¿Y la mandaste para que hiciera trampa? Porque ella me dijo: “¿Qué tan grave sería prestar el juramento y pensar lo contrario?” Ay, Enrique, amado amigo mío... He estado pensando en todas esas palabras dichas en libertad, cuando la presión era solo una amenaza y no un hecho, como ahora. He estado pensando en las cosas que uno dice cuando se trata de escapar porque Dios no nos ha puesto en el límite de la elección. Ahora, en cambio, recapacito sobre lo dicho y me digo: ¿qué es un juramento sino palabras habladas a Dios? Cuando uno presta un juramento, se coloca en sus propias manos como si nuestro ser fuera agua. Si uno abriera los dedos un instante, solo un instante, uno no podría esperar encontrar de nuevo a nuestro ser. Algunos hombres son capaces de hacerlo, pero, estoy seguro de que mi hija odiaría el solo pensar que su padre pueda ser uno de ellos.

ENRIQUE: Detesto esos argumentos llenos de moralina. Tendría que haber desconfiado de ellos desde que escribiste “Utopía”, desde que en lo más profundo de mi corazón, aunque te he admirado siempre como admira un fiel enamorado, confrontaba tu ética con el oportunismo de Maquiavelo. Ahora, toda esa época, inclusive aquella en que me ayudaste a escribir sobre los sacramentos, me repugna, me descompone, me enfurece. ¿Qué te hubiese costado firmar, adherir al acta y luego abandonar Inglaterra? En cualquier otro país serías una personalidad renombrada. Todos te

considerarían sabio e importante. Ya lo ves: me tiene sin cuidado pasar a la historia como el cruel, como el arbitrario. En lo profundo de mi corazón yo sé que lo he intentado todo en contra de tu empecinamiento, en contra de tu detestable, insoportable, soberbio empecinamiento. Por otra parte, no te habría costado nada hacerlo. No vas a ser ejemplo con tu conducta, Tomás.

TOMÁS: De acuerdo. Eso lo sé.

ENRIQUE: No es tu culpa si la mayoría de la gente de este país es acomodaticia y sin conciencia. Estonces, ¿por qué elegís sufrir? ¿Acaso querés ser un héroe?

TOMÁS: Quizá. Pero escuchame bien, amado amigo mío: si viviéramos en un país donde se apreciara verdaderamente la virtud, no haría falta sufrir. El sentido común nos haría piadosos. Pero en cambio, la avaricia, la ira, el orgullo y la estupidez son aquí más apreciados que la caridad, la modestia, la justicia y la sensatez. Frente a este panorama, es bueno ser un poco más firmes, todo lo que nuestra naturaleza resista, aún a riesgo de convertirnos en héroes para escándalo de los otros.

ENRIQUE: Tomás: ¿por qué no podés ser razonable? ¿Acaso no has hecho ya todo lo que Dios puede esperar de vos?

TOMÁS: ¡Quién lo sabe! Y al fin de cuentas, la razón no es lo más importante. Al final lo único que contará será el amor. Y para eso será preciso que le demos su real importancia al corazón.

ENRIQUE: Lo que no parecés entender... es que has destrozado el mío.

TOMÁS: Lo siento. Ahora que mi familia ya no está conmigo también yo tengo un inevitable desconsuelo. Es que... si me aterra pensar en lo peor que pueden hacerme, es mucho peor eso de morir sin que ellos entiendan por qué debo morir.

ENRIQUE: Sos vos el que no entiende. Tu muerte no le sirve de nada a nadie, Tomás.

TOMÁS: Ya lo sé. Pero solo hubiera querido que me dijeran que... lo entendían. *(Vuelve a emocionarse)* Pasa que... el tiempo ha sido poco. *(Pausa)* Ah, Señor... ojalá puedas aclarar esta mente que hoy tengo tan confusa. Ojalá puedas hacer que mi familia

entienda. Ojalá seas su consuelo. Yo... necesito que me perdones en nombre de ellos.

Enrique, que está destrozado en su sillón, se pone de pie y avanza hacia el foro mientras una luz intensa lo ilumina cenitalmente. Ya allí se detiene y gira.

ENRIQUE: Supongo que... nada más tenés para decir.

TOMÁS: *(Suave)* Sí. *(Pausa. Se pone de pie)* Ya que el Tribunal ha decidido condenarme quiero decirte todo lo que pienso, acerca del acta de la acusación y de tu nuevo título, Enrique, amado Enrique. El acta de acusación ha sido fundada en un acta del Parlamento, la cual es totalmente incompatible con la ley de Dios y con su Santa Iglesia, el gobierno supremo de la cual ningún mortal y bajo ninguna ley, puede pretender para sí. Esto fue concedido por boca de Jesucristo nuestro Salvador, en persona, a Pedro y a los obispos de Roma, mientras Él vivía y estuvo entre nosotros. Es por lo tanto jurídicamente insuficiente ordenarle a un cristiano... *(Grita)* —¡te repito, Enrique, a un cristiano!— que obedezca esta acta parlamentaria. Esta inmunidad de la Iglesia está garantizada tanto en la Carta Magna como en el mismo juramento de coronación del Rey. He sido y soy tu súbdito leal. El servidor. Rezo tanto por vos como por mi pobre tierra amada. No he perjudicado a nadie. No he dicho nada perjudicial ni pienso perjudicar a nadie. Y si eso no bastara para conceder la vida a alguien... entonces... sinceramente, deseo no seguir viviendo.

ENRIQUE: *(Llorando)* Amado Tomás. Admirado Tomás. Has sido declarado culpable de alta traición, y yo ya no puedo hacer nada. Seguirás preso hasta que se decida la fecha y el lugar de la ejecución de esta sentencia que... me destroza... —sí, aunque no lo creas—, el corazón. Siempre me preguntaré, siempre, cómo comenzó todo esto.

Sale Enrique por el foro. Comienza a oírse una música suave. Tomás vuelve a sentarse en el lugar donde empezó la pieza. Mira al público. Sonríe tristemente.

TOMÁS: Creo que todo comenzó aquel día en que el Cardenal Wosley me mandó a llamar. O tal vez no. Tal vez empezó antes, mucho

antes, cuando mi amistad con Enrique era incommovible. Ahora, espero que vengan a buscarme para que la ejecución se cumpla al amanecer, en manos del verdugo. Se me ha pedido ser breve en el cadalso y lo voy a ser porque soy un súbdito obediente del Rey. Moriré siendo un buen servidor de Su Majestad. Pero... primero debo servir a Dios. Así soy yo. Es... una cuestión de mi personalidad. Voy a perdonar dulcemente al verdugo con todo mi corazón porque me enviará a Dios. Y aunque parezca soberbia, no lo es. El Señor no rechazaría a alguien que se alegra tanto de ir a Él, por bien servirlo, ¿no les parece? Sin embargo, antes de que vengan a buscarme... quería contarles mi historia y decirles... que ninguna razón de justicia puede obligar a un hombre a traicionar sus propias convicciones. Esto solo es posible cuando la Justicia no está sometida a los intereses de otros poderes políticos. Y algo más: en medio de la persecución y la injusticia, de la cárcel y el oprobio, de la infamia y la desvalorización de la ética, es bueno sin embargo que los hombres sigamos imaginando utopías, alimentando esperanzas. Ellas nos permiten luchar, aún hasta la muerte, para soñar con metas que quizá nunca alcanzaremos, pero que les dan, definitivamente, sentido a nuestras vidas. *(Tomás ha encendido la vela que, en la palmatoria, descansa en la mesa a su lado. Las luces han ido bajando y siguen bajando hasta que la oscuridad total solo se ve iluminada por la tenue vela que, a su vez, alumbra el rostro de Tomás. Por el ventanuco comienza sin embargo a filtrarse un pequeño rayo de luz).* Está amaneciendo y escucho los pasos del carcelero que me llevará al patíbulo, de modo que debo despedirme. Ha sido bueno conocerlos. Que Dios los bendiga.

Sopla la vela. Ahora, es total el

APAGÓN FINAL

Los de atrás

Sebastián Pons

Nació en la ciudad de Córdoba, en 1978. En 1999 da forma a El Títere Sin Cabeza, revista literaria que dirigirá hasta el año 2002. En 2003 comienza a escribir para la publicación Fe de Rata -revista de vicios y virtudes- y en breve integra su consejo de redacción. En 2006 estrenó su obra *Esa es la cuestión*. Actualmente se desempeña como docente de nivel medio y es, desde el año 2004, uno de los miembros del grupo El Brete - dramaturgia. Obtuvo, entre otros, los premios Letras 1999 - *La escritura de Jorge Luis Borges*; en el género ensayo; Luis José de Tejeda - 2005 (Segundo Premio); Premio Estímulo a los Jóvenes Creadores - 2006-2007 (Primer Premio) por su obra *Artificios urbanos*; y Manuel de Falla 2007 (Mención en Poesía y Primer Premio en Cuento Breve). Entre sus publicaciones se destacan los ensayos *Borges, desde las primeras palabras* y *Kafka o el artista moderno en la visión de Piglia*; los relatos *Reaparición* (El títere sin cabeza, 2001), *Cuentista, la historia del cuento del otro* (Fe de Rata, 2003) y *Desinteresadamente* (Revista Casa de Las Américas N° 251, Cuba, 2008); y su libro *Enrique Molina, un canibal tantálico* (2006). Actualmente intenta otro libro de ensayos. Sus poemarios permanecen inéditos.

PERSONAJES

HOMBRE FICCIONAL
 MUJER, esposa del hombre ficcional
 HIJOS del hombre ficcional (dos niños)
 SEÑOR QUE HA MUERTO SIN SABERLO (O SEÑOR MUERTO)
 SEÑORA, esposa del señor que ha muerto sin saberlo
 JOVEN DIFERIDO
 AMIGO del joven diferido
 NIÑA DE PLUMA
 PADRE de la niña de pluma
 MOZO DE OJOS AZULES
 MOZO REGULAR
 HOMBRE DE ESPALDA AMABLE
 VOZ DE UNA MUJER DIMINUTA
 DUEÑO del bodegón
 PROFESOR SIN SOMBRA
 ESTUDIANTE 1
 ESTUDIANTE 2
 ESTUDIANTE 3

ESCENARIO

LOS TRES ACTOS TRANSCURREN EN UN VIEJO BODEGÓN DURANTE LA MISMA NOCHE. EL LUGAR ESTÁ CASI A LO MÁXIMO DE SU MODESTA CAPACIDAD. LA GENTE COME EXQUISITOS PLATOS TRAÍDOS POR LOS MOZOS. EL BODEGÓN ES CUADRANGULAR. EN UNO DE SUS ÁNGULOS ESTÁ LA PUERTA DE ENTRADA; AL FRENTE, LA BARRA CON EL DUEÑO VIGILANDO DESDE EL OTRO LADO. SOBRE LAS PAREDES QUE FORMAN EL ÁNGULO CUYO VÉRTICE ES LA PUERTA DE ENTRADA, GRANDES VENTANALES. AFUERA, LA NOCHE DESPEJADA, CÁLIDA, IGUAL A SÍ MISMA. SOBRE LAS OTRAS PAREDES, CUADROS COMBINADOS CON CUIDADO QUE DAN AL LUGAR UN MARCO DE COMODIDAD FAMILIAR. EN UNA ESQUINA, UN ESPEJO OPACO; EN LA OTRA, UNA MESA APARTADA. EN CADA ACTO SE VERÁN ESCENOGRAFÍAS CON ALGUNAS DIFERENCIAS ENTRE SÍ SEGÚN EL ÁNGULO DESDE EL QUE SE OBSERVA EL BODEGÓN.

PRIMER ACTO (ATRÁS)

EN LA EXTREMA IZQUIERDA, LA PUERTA DE INGRESO; EN EL LADO OPUESTO, LA BARRA. LAS PAREDES FORMAN ÁNGULO HACIA EL FONDO; SOBRE LA DE LA IZQUIERDA, VENTANALES; A LA DERECHA, CUADROS. AL FONDO, SOBRE LA OSCURIDAD DEL RINCÓN, UNA MESA VACÍA. AL MEDIO DEL LUGAR, EL HOMBRE FICCIONAL CENANDO CON SU MUJER Y DOS NIÑOS, SUS HIJOS. ATRÁS, SOBRE LA PARED DE LOS CUADROS, DOS PERSONAS MAYORES: EL SEÑOR QUE HA MUERTO SIN SABERLO JUNTO A SU SEÑORA, SENTADOS, ESPERANDO LA COMIDA. CERCA DE UNOS DE LOS VENTANALES, LA NIÑA DE PLUMA ATADA A SU SILLA CON SOGAS A LA ALTURA DE SU CINTURA, MIRANDO LA CARTA DE COMIDAS; SU PADRE REGRESARÁ DE INMEDIATO DESDE EL BAÑO Y LA ACOMPAÑARÁ. SENTADOS JUNTO A LA BARRA, SOBRE DOS BANQUETAS ALTAS, EL JOVEN DIFERIDO Y SU AMIGO, BEBIENDO UNOS TRAGOS. CERCA DE LA PUERTA DE INGRESO, UNA MESA VACÍA QUE PARECE RESERVADA. LOS MOZOS SALEN Y ENTRAN, SE ACERCAN A LAS MESAS, TRAEN LOS PEDIDOS DESDE LA COCINA (PUERTA DETRÁS DE LA BARRA). SON MUY SERVICIALES, UNO MÁS QUE EL OTRO; SE QUEDAN CERCA DE LAS MESAS O JUNTO AL DUEÑO DEL BODEGÓN. EL DUEÑO, UN SEÑOR PELADO Y ENORME, NO ABANDONA SU POSICIÓN DE VIGILANCIA; PERMANECE DETRÁS DE LA BARRA, MUDO, OBSERVADOR; SOLO SE LO VE HABLAR CUANDO DA INSTRUCCIONES A LOS MOZOS. UN JAZZ ACOGEDOR ACOMPAÑA EL AMBIENTE CON SU COMBINACIÓN DIFERENCIAL.

HOMBRE FICCIONAL:

(A su mujer) Te digo que me costó mirarme. Le pasé la toalla al espejo, pero no estaba empañado. “Sucio”, me dije, pero era tan claro como siempre. Todo se reflejaba perfectamente en él: las cortinas, la ducha, la puerta. Yo era su única imagen borrosa...

MUJER: Y luego despertaste.

HOMBRE F: No. Ya te he dicho que todo era real, o como siempre. Tuve que ir y venir varias veces hasta hacerme nítido. *(Mira a sus hijos)* Por eso me demoré.

MUJER: Llegaste cuando el acto estaba terminando.

HOMBRE F: Todo esto es un acto, y todavía falta para el fin.

MUJER: No comencemos otra vez, te lo pido.

SEÑOR QUE HA MUERTO SIN SABERLO:

(A su esposa) ¿Hablaste con Verónica?

SEÑORA: Le dejo mensajes. No contesta.

SEÑOR M: Está rara desde el accidente.

SEÑORA: Y con razón. Las cosas no han sido las mismas desde entonces. Ya te lo he dicho. Todo debería haber cambiado, pero vos no has permitido un duelo.

MOZO DE OJOS AZULES:

(Se acerca a la mesa del SEÑOR QUE HA MUERTO SIN SABERLO; deja sobre ella dos platos de pastas humeantes; la SEÑORA le mira los ojos con sorpresa) Aquí tienen. Que disfruten su cena *(Se aleja)*.

NIÑA DE PLUMA:

(Atada a la silla con gruesas sogas, gritándole al MOZO DE OJOS AZULES) Yo también quiero algo.

PADRE: *(Entra desde un costado, un tanto más adelante de la barra; camina apresurado; se sienta frente a su hija)* Pssss, no hay que gritar. Ya nos van a atender.

NIÑA DE PLUMA:

Quiero libertad. Soltame.

PADRE: Después. Acá adentro no se puede.

NIÑA DE PLUMA:

Bueno. Pero tengo calor *(Se toca las ropas, se frota de forma insinuante)*.

PADRE: No es tuya la sensación. La noche está impregnada de un deseo vagabundo. Es algo exterior. El aire denso te afecta; vamos a pedir algo fresco. *(Ve al MOZO REGULAR cerca de ellos)* Disculpe...

MOZO REGULAR:

¿Señor? *(El PADRE mira a la niña)*

NIÑA DE PLUMA:

Naranjas.

PADRE: Jugo de naranjas con mucho hielo *(El MOZO REGULAR sale por detrás de la barra)*.

AMIGO: *(Al JOVEN DIFERIDO)* ¿Ya ves bien, te has recuperado?

JOVEN DIFERIDO:

Muy gris todavía. Algunos tonos van apareciendo, pero comienzo a escucharte lejano.

AMIGO: Deberías haber traído la medicación.

Entra el HOMBRE DE ESPALDA AMABLE. Viste un sobretodo abultado; tiene gran parte de la cara cubierta por el ala ancha de un sombrero. Todos hacen silencio cuando ingresa. El hombre se baja un poco más el sombrero.

MUJER: Ahí está ese tipo de nuevo. Es inquietante. Me incomoda.

HIJOS: (A coro) Mamá, tengo miedo.

El HOMBRE DE ESPALDAS AMABLES ve la mesa al fondo, sobre la esquina, y se dirige a ella. Se sienta.

HOMBRE F: No debería asombrarnos este personaje. Es parte de la farsa general.

NIÑA DE PLUMA:

(A su padre) Papá, ¿ese señor no tiene cara? (Su padre niega con la cabeza y mira de reojo al extraño hasta que este se acomoda en la silla dando la espalda al resto de los clientes del bodegón).

SEÑOR M: (A su esposa) Ese tipo me incomoda. Todas las noches con la misma actitud.

MUJER: (A su marido) A veces trae un periódico amarillento para taparse el rostro.

NIÑA DE PLUMA:

(A su PADRE) Está muy abrigado. ¿Por qué no tiene calor? (El MOZO REGULAR lleva a su mesa la jarra con jugo de naranjas).

El DUEÑO DEL BODEGÓN detiene al MOZO DE OJOS AZULES que ha querido dirigirse a la mesa del fondo. Le hace una seña al MOZO REGULAR; este se apresura hacia el HOMBRE DE ESPALDA AMABLE. No se escuchan los diálogos de aquel rincón.

SEÑORA: No te distraigas. Tenés que dejar que te veamos. Nosotras debemos seguir. El accidente, recordá el accidente. Nos costó reponernos. No podés ser tan testarudo.

SEÑOR M: (Sin escucharla, mirando la espalda amable del hombre sentado al fondo) Se burla de nosotros. Nos ha tomado por idiotas, noche tras noche; hace meses que hace lo mismo.

SEÑORA: No querés escuchar a nadie. Yo necesito seguir, un entierro, un duelo, el recuerdo soportable. Verónica se fue por vos. Tiene una vida, tenemos un porvenir, vos ya cumpliste con tus días. Te he soportado demasiado tiempo así.

PADRE: Ese señor está loco, bonita. No se lo debe mirar fijamente (La NIÑA DE PLUMA tironea la soga de su cintura. Con la otra mano se acaricia la entrepierna) Calmate, bonita, quedate quieta. No sos vos; es algo que te invade. ¿Recordás lo que decía mamá?: concentración, no dejarse influenciar. Tomar el control del propio cuerpo.

NIÑA DE PLUMA:

Ella me enseñó a volar. ¿Ese señor no tendrá alas bajo su sobretodo?

HOMBRE F: El tipo es un pobre ser humano. Un animal idiota. ¿O no, niños? (Los HIJOS del HOMBRE FICCIONAL rien).

HIJOS: ¡Sí, sí, ja, ja! ¡Es un idiota; es un animal!

MUJER: Bajen la voz. Nos escuchará. Desconfío de las reacciones que nuestros comentarios puedan provocarle. Intentemos ser espectadores pasivos.

HOMBRE F: Pero si somos nosotros a quienes espectan. No te das cuenta: ese hombre es uno de los que sabe la verdad, el que conoce la realidad, la verdadera. No dirá una palabra. Se trata de un complot: la idea es que no sepamos quiénes cuentan nuestras historias, quiénes son nuestros creadores. Los sueños, tonta; tenés que atender a lo que pasa, interpretarlos. Yo he visto el borde de la página, la orilla de la escena, las presencias nebulosas detrás de las cámaras.

SEÑOR M: (Ha escuchado al HOMBRE FICCIONAL. Le habla desde su mesa) Usted puede estar en lo cierto. Pero hay que ser cautelosos. Hágale caso a su mujer. Esto puede ser una trampa.

JOVEN DIFERIDO:

(Interrumpiendo a los que dialogan) O un experimento.

HOMBRE F: ¡Bobadas! La resolución de este asunto pertenece a otro ámbito. Como todo lo que pueda sucedernos a diario.

PADRE: (Interviniendo en la discusión desde su mesa) Quizá deberíamos tocar su hombro, observarlo, invitarlo a nuestras mesas. No estaría mal entablar una conversación con él; creo que es la única manera de alcanzar el develamiento. Lo he visto varias veces así, apartado, en la calle, aquí. Se comenta que es un solitario patológico.

JOVEN DIFERIDO:

(A su amigo) Ya he recuperado todos los colores. Temo que extraviaré algún otro sentido en cualquier momento.

AMIGO: Podemos ir a buscar las medicinas ahora mismo, ¿te parece? *(El JOVEN DIFERIDO no lo ha escuchado).*

NIÑA DE PLUMA:

Papá, acá no, no lo traigas, no lo quiero sentado cerca. Prefiero su espalda. Es hermosa, desearía tocarla, con su piel de ave, buscar sus huesos livianos y huecos...

MUJER: *(Que acaba de escuchar a la niña)* Muy razonable, es una perspectiva tranquilizadora. Pero me inquieta el otro lado. Ensombrece el rincón, nos acecha. *(Mira hacia el fondo; extiende su mano, acaricia el aire)* Su espalda, en cambio... su espalda es amable.

MOZO DE OA: *(Parado entre las mesas)* Coincido. Emanan bienestar. *(El del fondo se quita el sobretodo sin pararse)* Sus omóplatos, sus hombros...

PADRE: *(A su hija)* No tiene alas, ¿ya estás tranquila?

NIÑA DE PLUMA:

Puede tener los ojos llenos de pájaros. O la nariz hecha un pico. Soltame, papá, tengo que liberarlos, abrir su rostro *(Tironea, mueve la silla).*

MOZO REGULAR:

(Se acerca a la mesa de la NIÑA DE PLUMA) ¿Señor, algún problema?

PADRE: ¿Tiene helado? Traiga algún postre *(El mozo sale por detrás de la barra).*

DUEÑO: *(Aparte)* ¡Cobardes, simplistas, hurgones!

SEÑOR M: *(A su mujer)* ¡Idiotas! No entienden. Basta de modales. *(A todos, dando gritos)* ¡Es un simulador! ¡Nos está engañando!

SEÑORA: Vos también; estás muerto, no deberías hablarme, comer esos ñoquis, inflar el esternón. Sé que no vas a escucharme. Hace meses que intento decírtelo. Te dejo *(Le acaricia la mejilla).*

SEÑOR M: *(Sin percatarse de la presencia de su mujer, aún a los gritos)* Simula. Quiere algo de nosotros. No lo conseguirá de mí.

SEÑORA: Adiós. No te nombraré. Hace tiempo que te has ido. Me voy con Verónica; le diré que cremaron a su padre, que tus cenizas se

hundieron en el río. Trataré de creerme lo mismo. Por fin podremos llorar por vos. Adiós, como quieras que te llames. Tu nombre natal acabó en aquel accidente *(Se para. Mira por última vez a su esposo; él no ha querido escucharla. Camina, casi corre; sale por la puerta de ingreso).*

MUJER: *(Al SEÑOR MUERTO)* Bien, digamos que simula: ¿con qué propósito?

PADRE: Eso es lo que digo: tenemos que averiguarlo antes de insistir en esta carrera sin sentido... *(El MOZO REGULAR tapa sus últimas palabras cuando deja una copa de helado de frutilla en su mesa).*

HOMBRE F: *(Exasperado; nadie le presta atención)* ¡Pero si la existencia entera es una completa farsa!

SEÑOR M: *(Masticando sus últimos ñoquis, se acerca al JOVEN DIFERIDO)* Usted dijo algo sobre un experimento. ¿Qué opina de este asunto? *(El joven no contesta)* ¿Y bien? ¡Muchacho, vamos, diga lo que sabe!

AMIGO: *(Al SEÑOR MUERTO)* Espérela unos segundos. Padece un retraso en sus percepciones.

SEÑOR M: Es tontito.

AMIGO: No es eso. Hay una variación temporal entre sus sentidos y la captación de las sensaciones que estos producen. Acaba de recuperar la visión completa de lo circundante. Ahora padece un defasaje auditivo...

HOMBRE F: *(Interrumpiendo la explicación, señalando al JOVEN DIFERIDO)* ¡Perfecto! Es el único que puede sacarnos de todo esto, llevarnos al otro lado.

MUJER: *(A su marido, por lo bajo)* Pará, no los inquietés con tus ideas. Parecés un demente.

HOMBRE F: Pero mujer, no hay materialidad, todo llega a nuestra cabeza, nos han rodeado de ficciones. *(Señalando nuevamente al JOVEN DIFERIDO)* Este individuo, con su padecimiento, es la prueba viviente.

JOVEN DIFERIDO:

(Respondiéndole al SEÑOR MUERTO) Creo que lo que hace allí, en el rincón, casi todas las noches, es una especie de estudio. Acá

siempre cenamos los mismos. Cada uno está tranquilo en su mesa; nos vemos todos los días, pero jamás nos saludamos. De hecho, es la primera vez que hablamos. Ni siquiera nos entrometemos en las situaciones inusuales que percibimos a nuestro alrededor (*Agarra su vaso*).

NINA DE PLUMA:

Papá, desatame. Quiero despegar, elevar los pies, sublimarme.

JOVEN DIFERIDO:

(*Luego de un largo trago*) Bien: ese sujeto, con su actitud solitaria, con su cara ignota, con su espalda... (*Termina de tragar el líquido que le quedó en la boca*).

MUJER: Amable.

AMIGO: No la escucha.

JOVEN DIFERIDO:

(*Prosigue; el MOZO DE OJOS AZULES, parado cerca de ellos, sigue la explicación con disimulo*) Ese sujeto, decía, sí se ha interesado. Nos ha observado por meses. Somos un grupo homogéneo, sin demasiadas variables. Somos los verdaderos observados, objetos de una investigación.

HOMBRE F: Es lo que he intentado explicarles.

SEÑOR M: ¿Qué tipo de investigación? Acaso es un experimento del gobierno.

HIJOS: (*A coro*) ¡Mamá! Queremos ver al señor del fondo.

Entra el PROFESOR SIN SOMBRA seguido de tres ESTUDIANTES. Uno de ellos le ha abierto la puerta. Se sienta en la mesa cercana al ingreso. El mismo estudiante le ha ofrecido asiento moviendo la silla. Se acomodan con familiaridad. El DUEÑO del bodegón hace un gesto autoritario al MOZO DE OJOS AZULES. Este se acerca a la mesa del PROFESOR. El ESTUDIANTE 2 le mira los ojos.

PROFESOR SIN SOMBRA:

(*Al mozo*) Lo de siempre.

ESTUDIANTE 1: Profesor, es nuevo.

PROFESOR SS: Disculpe. Dos botellas del vino de la casa y un platón de quesos preparados con..., bueno, su jefe ya sabe (*El mozo se dirige hacia la barra*).

ESTUDIANTE 2: (*Al que tiene al lado*) ¿Le viste los ojos?

ESTUDIANTE 3: Sí, lo conozco, vive en mi edificio.

PROFESOR SS: (*Al ESTUDIANTE 1, mirando hacia el fondo del bodegón, descubriendo al HOMBRE DE ESPALDA AMABLE*) Otra vez ese maldito. Hoy no respondo de mí.

ESTUDIANTE 1: Nosotros lo apoyamos, profesor.

ESTUDIANTE 3: (*Al ESTUDIANTE 2*) De seguro notaste algo extraño en su mirada.

ESTUDIANTE 2: ¿Extraño?, ¡me he enamorado de ella! Pero no me gustan los hombres. No lo entiendo...

ESTUDIANTE 3: Todos nos enamoramos. Se dice que colecciona los ojos de sus novias; o "ex-novias", habría que decir. Todas ellas suelen ser preciosas.

ESTUDIANTE 2: Me dejás más tranquilo.

JOVEN DIFERIDO:

(*Al SEÑOR MUERTO*) Se trata, según mis observaciones, de una investigación actuarial. Intenta captar reacciones en un público casual, en espectadores que no saben que lo son. ¿No lo cree así? Fíjese: (*abre los brazos y los dirige hacia el resto de los clientes del bodegón*) todos estamos pendientes de él. Lo ha logrado.

SEÑOR M: Nos utiliza. Se aprovecha de nosotros sin permiso. No voy a soportarlo.

PROFESOR SS: (*Al ESTUDIANTE 1, aún mirando hacia el HOMBRE DE ESPALDAS AMABLE*) Me exaspera su actitud. Ahora sostiene esa especie de antigüedad ovalada frente a su cara.

ESTUDIANTE 1: Un espejo, profesor.

PROFESOR SS: Lo sé. Eso me enfurece aún más. Lo conozco bien; no me saluda desde sus épocas en la universidad. Siempre fue tímido, un hombre solitario, pero conservaba intactos sus modales. Ahora se ha vuelto un arrogante. Se cree superior a todos nosotros. (*El MOZO DE OJOS AZULES deja sobre la mesa el platón de quesos y los vinos. Abre las botellas. El ESTUDIANTE 2 le mira los ojos. El PROFESOR le da unos billetes envueltos*) Aquí tiene. Gracias (*el MOZO toma el dinero y luego se aleja*).

ESTUDIANTE 3: (*Al ESTUDIANTE 2*) Hace unos años que desaparecen mujeres de entre 18 y 25 años en el vecindario; todos lo saben.

ESTUDIANTE 2: Yo no.

ESTUDIANTE 3: Tenés que salir más, dejar un poco los libros. *(Pausa)* El caso es que no han resuelto el asunto. Policía, investigadores, todos fracasan. *(Señalando con disimulo al MOZO DE OJOS AZULES)* Él fue uno de los primeros sospechosos. Jamás pudieron probar nada. El comentario general es ese: se queda con los ojos de las mujeres a las que amó; los usa, le encanta usarlos. Nadie dice media palabra sobre el destino de los cuerpos.

MOZO DE OA: *(Cerca de la barra, al otro mozo)* Aquel hombre, el mayor de ellos, ¿lo viste? *(Señala hacia la mesa del profesor).*

MOZO REGULAR:

Es un reconocido profesor de la Facultad de Ciencias. Hace días que no venía por aquí. Aparece rodeado de ese grupo de alumnos patéticos que le lustran el prestigio. No es por las notas, el profesor es muy honesto. Los mueve otro interés; consiguen lo único que él les concede con gusto: alcohol.

MOZO DE OA: ¿No se te hace un tanto transparente? Parece que las luces lo perforaran.

MOZO REGULAR:

Ha olvidado su sombra en la habitación de alguna de sus amantes. Sucede con frecuencia. El profesor tiene buena suerte con las hembras.

MOZO DE OA: Hablaban del tipo del fondo. No creo que dijeran nada bueno.

MOZO REGULAR:

(Mira hacia el fondo) No hay elogios que puedan quedarle. Es un maleducado. No mira a la cara de los mozos, no agradece. El que tenía el puesto que vos ocupaste renunció por ese motivo. No pudo soportarlo. He hablado con el jefe; le he pedido de mil formas que no lo deje entrar. Pero él lo protege.

MOZO DE OA: Están complotados.

MOZO REGULAR:

El jefe debe ser el único que conoce su identidad.

NIÑA DE PLUMA:

Papá, soltame. Quiero ir con el señor. Lo deseo, papá, tengo que estar con él, abrigar su espalda con mi cuerpo, cobijarlo.

PADRE: ¡Basta! Es este ambiente el que te hace desearlo. *(Señala al fondo con odio)* Él envició toda la paz. Deberíamos hacer algo. Este era el único lugar en el que podíamos comer tranquilos, sin nadie que te mire, que me culpe con muecas de desaprobación.

MOZO DE OA: *(Al MOZO REGULAR)* Puede que sea una mujer.

MOZO REGULAR:

Tiene la voz gruesa. No lo sé. Jamás muestra el rostro.

MOZO DE OA: Quizá simula, estas personas lo dicen.

AMIGO: *(Al HOMBRE QUE HA MUERTO SIN SABERLO)* Yo tampoco quiero que me utilicen. Deberíamos hacer algo.

MOZO DE OA: *(Al MOZO REGULAR o a sí mismo)* Tal vez tenga los ojos más bellos que cualquier mujer haya poseído. Deberíamos hacer algo.

PROFESOR SS: *(Levanta su copa)* Por las noches que nos esperan. *(Brinda con los estudiantes. Dirige su copa hacia el fondo)* ¡Por mis antiguos estudiantes también! *(El HOMBRE DE ESPALDA AMABLE no responde).* Esto es insostenible. ¡Nadie me rechaza! Deberíamos hacer algo.

ESTUDIANTES: *(A coro)* Lo seguimos, profesor.

MUJER: *(A su marido)* Los niños están asustados. Deberíamos hacer algo.

NIÑA DE PLUMA:

Desatame, papá.

SEÑOR M: *(A la MUJER)* Coincido con usted, señora. Deberíamos hacer algo, y de inmediato.

JOVEN DIFERIDO:

Puedo escucharlos claramente. Mis dedos, mis manos, todo se adormece. Deberíamos hacer algo ahora mismo. Mi tacto me abandona. Luego no podré ayudarlos.

NIÑA DE PLUMA:

(Tirando de la soga con las uñas) ¡Papaaaaaá!

HOMBRE F: Es el contacto, el portal hacia lo otro, una especie de guardián. Su cara; se cubre la cara; está hueca; es una ventana a la realidad. Deberíamos hacer algo. *(Ve uno de los cuchillos sobre su mesa; lo levanta; lo empuña)* Debemos hacer algo.

TELÓN

SEGUNDO ACTO (ADELANTE)

EL BODEGÓN VISTO DESDE EL OTRO LADO: LA PUERTA A LA DERECHA, LA BARRA A LA IZQUIERDA. AL FONDO, SOBRE LA ESQUINA, UN GRAN ESPEJO OPACO. SOBRE LA DERECHA, VENTANALES A LA CALLE; CUADROS EN LA PARED IZQUIERDA. LA MISMA NOCHE. EN PRIMER PLANO, AL CENTRO, UNA MESA VACÍA, UNA SILLA CON EL RESPALDAR HACIA EL PÚBLICO. ATRÁS, A LA DERECHA, LA NIÑA DE PLUMA Y SU PADRE, SENTADOS. A LA IZQUIERDA, EL SEÑOR QUE HA MUERTO SIN SABERLO Y SU ESPOSA. CERCA DEL FONDO, AL MEDIO, EL HOMBRE FICCIONAL Y SU FAMILIA. A LA DERECHA, A CORTA DISTANCIA DE LA PUERTA DE INGRESO, UNA MESA VACÍA. DE UN LADO DE LA BARRA, EL DUEÑO; DEL OTRO, EL JOVEN DIFERIDO Y SU AMIGO. LOS MOZOS ENTRE LAS MESAS. EL HOMBRE DE ESPALDA AMABLE ACABA DE ENTRAR, CON SU SOBRETUDO ABULTADO Y EL SOMBRERO DE ALA ANCHA TAPÁNDOLE EL ROSTRO. LA MÚSICA DE JAZZ SE ENCUENTRA JUSTO EN ESE PUNTO DEL TRANSCURRIR DE LAS ACCIONES. LOS HECHOS SERÁN LOS MISMOS QUE EN EL ACTO ANTERIOR. LOS SONIDOS METÁLICOS DE LOS INSTRUMENTOS DE VIENTO, LOS GOLPETEOS DE BATERÍA Y LA PROFUNDIDAD DE UN CONTRABAJO AHORA TAPAN LAS CONVERSACIONES DE LOS DE ATRÁS. SUS LABIOS SE MUEVEN SIN SONIDOS EMERGENTES. CADA TRASLADO, CADA MUECA, CADA ACCIÓN, TODO IDÉNTICO AL ACTO ANTERIOR, AUNQUE DESDE EL ÁNGULO ACTUAL PARECE UNA NUEVA NOCHE ENMARCANDO UN ACONTECER INÉDITO. EL HOMBRE DE ESPALDA AMABLE CAMINA HACIA LA MESA QUE ESTÁ EN PRIMER PLANO; SE SIENTA DANDO EL FRENTE HACIA EL PÚBLICO. AHORA HAY MÁS LUZ ALLÍ QUE ATRÁS. SE ESCUCHA LA VOZ DEL MOZO CUANDO SE ACERCA A SU MESA. JAMÁS PODRÁ VERSE MÁS QUE PARTE DE LA BOCA DEL HOMBRE DE ESPALDA AMABLE. DEL CENTRO DE SU ROSTRO OCULTO EMERGE LA VOZ DE UNA MUJER DIMINUTA.

VOZ DE UNA MUJER DIMINUTA:

Estoy sofocada, ardiendo en la penumbra. Falta aire. El ambiente está impregnado de un deseo vagabundo. Me froto el cuerpo sin control de mi voluntad.

HOMBRE DE ESPALDA AMABLE:

(De su cara se ve solo la boca) Me hacés cosquillas. Tenemos que aguantar hasta que nos atiendan.

VOZ DE MD: Sacate el sombrero. Me estoy quedando ciega.

HOMBRE DE EA:

¡Silencio! Se aproximan.

MOZO REGULAR:

(Se acerca a la mesa, enviado por el DUEÑO) ¿Qué se va a servir esta noche?

HOMBRE DE EA:

El vino de siempre, mucho hielo, una copa alta. ¡Aaagggg! *(Se lleva la mano hacia el rostro bajo el sombrero; su brazo se tensa).*

MOZO REGULAR:

¿Perdón?

HOMBRE DE EA:

Lo que dije, y no olvide la carta.

MOZO REGULAR:

Ya traigo todo *(Se aleja hacia la barra).*

HOMBRE DE EA:

(Frotándose bajo el ala del sombrero) ¿Por qué lo hiciste?

VOZ DE MD: Te has vuelto egoísta.

HOMBRE DE EA:

Siempre lo fui. Ahora hay alguien en mi vida que lo nota.

VOZ DE MD: Has cambiado. O has simulado todo este tiempo. ¿Qué sucedió con el que eras al principio?

HOMBRE DE EA:

Estabas cegada por amor.

VOZ DE MD: Ahora en verdad estoy perdiendo la vista. No salgamos más, te lo suplico.

HOMBRE DE EA:

Antes te gustaba salir. Me has habituado. Debí acostumbrarme a muchas cosas en los cortos meses pasados. No voy a renunciar a mi copa alta.

VOZ DE MD: Creí que lo habíamos acordado.

HOMBRE DE EA:

Exacto: lo creíste. En la existencia todo está forjado de eso: suposiciones, creencias, ideas sobre los otros, casi todas equivocadas. Ahora mismo están hablando de nosotros.

VOZ DE MD: Solo de vos.

HOMBRE DE EA:

También exacto. Existís solo para mí. Sos mi ondina secreta, el duende tomando aire desde mis entrañas, una *filgia* injertada a mi cuerpo. ¿Sabés lo que son las *“filgias”*? Tendrías que conocer más de mitología nórdica. Leímos un libro hace meses.

VOZ DE MD: Sos vos el olvidadizo. Terminé molida bajo el peso de ese volumen. Te dormiste en la cama; me abandonaste a los designios de tu torpeza.

HOMBRE DE EA:
(Burlón, sarcástico, llevándose un dedo bajo el ala de su sombrero. Parece hurgarse la nariz) ¡Pobre desamparada!

VOZ DE MD: Basta; no quiero. *(Pausa)* Dejemos de pelear, te lo pido.

HOMBRE DE EA:
 Cambiemos el tema entonces.

VOZ DE MD: Y la copa.

HOMBRE DE EA:
 No puedo beber vino en otra cosa. Así se concentra. *(Pausa)* Me gusta la intensidad del sabor.

VOZ DE MD: No es con la estatura que tengo problemas.

HOMBRE DE EA:
 No hay copas altas que no sean angostas.

VOZ DE MD: Tengo el cuerpo marcado, amoratado; el vientre hendido desde anoche. Me vas a matar a brindis y lecturas... *(El HOMBRE DE ESPALDA AMABLE la llama al silencio)*

MOZO REGULAR:
(Se acerca; deja todo lo pedido sobre la mesa) Aquí tiene *(Abre la carta de comidas frente al HOMBRE DE ESPALDA AMABLE. Mientras habla, intenta mirar su rostro)* La especialidad de hoy son las pastas. La recomendación de la casa es...

HOMBRE DE EA:
(Lo interrumpe bruscamente) Conozco el menú de los jueves. Ceno aquí tres noches a la semana o más. Procure no excederse de lo que le pido. Vaya, lo llamo luego. Y traiga una copa de mayor diámetro, la más alta que tenga.

MOZO REGULAR:
(Fastidiado) De inmediato, señor *(Se aleja; se lo ve hablar con el DUEÑO).*

HOMBRE DE EA:
 ¿Contenta?

VOZ DE MD: Muy tierno, pero siempre después de una riña. *(Largo silencio. El hombre se tapa la cara con la carta de comidas)* ¿Qué hay esta noche? Deseo algo exquisito. *(El hombre se saca el sombrero; lo deja sobre la mesa, a un lado de la botella de vino)* ¿Qué es una *filgia*?

HOMBRE DE EA:
 La figuración de uno mismo en la inmensidad más solitaria, en

ese infinito hecho de nieve y bosques surcado por los escandinavos de otro tiempo.

VOZ DE MD: Una metáfora del hombre solo.

HOMBRE DE EA:

No, la *filgia* era real, un cuerpo. *(Leyendo)* “Capeletis con crema y almendras, flambeados al coñac”. Esto es nuevo.

VOZ DE MD: ¿Un otro yo, un reflejo?

HOMBRE DE EA:

La explicación es complicada; se han escrito toneladas de tomos sobre el tema. *(Deja la carta de comidas parada sobre la mesa. Se quita el abrigo sin levantarse)* Las *filgias* de los guerreros nórdicos tomaban la forma de criaturas del bosque. Por eso algunos animales de Midgard eran considerados seres sagrados. A mitad de una cacería, el héroe podía encontrarse con su *filgia*.

VOZ DE MD: Lo he visto en otros lados.

HOMBRE DE EA:

Claro que sí. Se ha utilizado en cuentos, películas, como motivo de algunos cuadros. Aparece casi sin referencias porque se conocen más los relatos griegos. De la *filgia* procede la idea del viaje astral en el sueño, del hombre-lobo, de las metamorfosis de brujas y hechiceros. El mismo Wodan se desdoblaba en sus cuervos para espiar a los mortales.

VOZ DE MD: ¿Odín, el dios tuerto?

HOMBRE DE EA:

El mismo. Veo que algo recordás. ¿Qué vamos a pedir?

MOZO REGULAR:

(Se acerca repentinamente sin ser advertido. El HOMBRE DE ESPALDAS AMABLES se tapa la nariz y los ojos con la mano al tiempo que baja la carta) Aquí tiene: *(Deja una enorme copa sobre la mesa)* es lo mejor que conseguimos.

HOMBRE DE EA:

Déjeme. Aún no me decido. Lo llamo cuando lo necesite *(El MOZO REGULAR se aleja sin decir palabra. El HOMBRE DE ESPALDA AMABLE abre la carta nuevamente sobre su cara).*

VOZ DE MD: ¿Y por qué me dijiste “duende”, y que había salido de tus entrañas?

HOMBRE DE EA:

Debí decir “enano”. Los duendes son más bien medievales. Temí que te ofendieras.

VOZ DE MD: Te he dicho que no tengo complejos con la estatura. Explicame lo de las entrañas.

HOMBRE DE EA:

Al principio de los tiempos, un gran abismo se abría entre el fuego infinito y el hielo eterno.

VOZ DE MD: Es otro mito.

HOMBRE DE EA:

El primero de todos. Te lo resumo, no estoy de ánimos para el relato: Imir, un gigante, el primero de los seres, es destruido por los dioses, los Asas. (*Agarra la copa que recién le trajeron; la gira; la deja a un costado*) Con su cuerpo muerto taparon el abismo. Sus cabellos se convirtieron en raíces y fresnos; su cráneo, arrojado al espacio, formó la bóveda celeste; de su sangre nacieron mares y ríos; de su huesos, rocas; de su carne, la tierra; etcétera, etcétera, así, como en las narraciones de origen. (*Levanta la botella; se la lleva detrás de la carta de comidas; la inclina, bebe; la regresa a su lugar*) Bien, aquel cuerpo gigantesco, como todo muerto, se corrompió. La putrefacción concibió gusanos que se hundían en las entrañas de Imir. A esas larvas, luego, le crecieron miembros, barbas; siguieron en su labor de excavar las profundidades, ahora en busca de los tesoros de la tierra. Así nacieron los codiciosos enanos.

Pausa.

VOZ DE MD: Soy una especie de extensión tuya y a la vez tu misma imagen desdoblada.

HOMBRE DE EA:

Fue solo un comentario. La poesía se destruye si la explicás (*Se moja el dedo con vino y se lo lleva a la cara aún oculta*).

VOZ DE MD: No quiero; luego de comer. (*El HOMBRE DE ESPALDA AMABLE aleja el dedo; se lo limpia con el mantel*) ¿Y por qué ondina?

HOMBRE DE EA:

Son criaturas de los bosques y los ríos, similares a las ninfas y a las hadas... aa...aa... (*Estornuda*)

VOZ DE MD: Sé qué es una ondina. A ella le decías así.

HOMBRE DE EA:

¿A ella...? (*Pausa breve*) ¿Cómo te enteraste?

VOZ DE MD: Me lo contaste la primera noche que peleamos. Fue el día que quisiste amputarme, que me trataste como a un fenómeno.

HOMBRE DE EA:

Nunca olvidarás aquello, ¿verdad?

VOZ DE MD: No importa; dije que no quería pelear. Dame vino. (*El hombre se moja el dedo con vino y se lo lleva a la cara. La VOZ DE UNA MUJER DIMINUTA bebe*) Además, ella era parte de tu imaginación. ¿A quién podría ocurrírsele inventar una novia de bolsillo?

HOMBRE DE EA:

La soledad era insoportable por entonces.

VOZ DE MD: Lo entiendo, lo entiendo, pero ¿de bolsillo! Por favor. Demasiada fantasía. Como el barco plegable de Odín: la sacabas, la usabas, la guardabas...

HOMBRE DE EA:

Ahora mismo vivimos una fantasía. Lo que nos sucede se convertirá en mito, en ficción, en olvido. Así lo pensaba aquel profesor del que te hablé. Compartíamos el gusto por historias antiguas. Aprendí mucho de él. A veces creo que fue el único amigo que tuve (*Se lleva la botella a la boca nuevamente*).

VOZ DE MD: (*Largo silencio*) ¿Por qué ondina?

HOMBRE DE EA:

(*Baja la botella. Apresuradamente, apasionado*) Porque sos preciosa, delicada. Armoniosa y salvaje.

VOZ DE MD: Quiero verme, quiero verte. (*Pausa*) ¿Por qué nos sentamos aquí? Nuestro sitio está del otro lado. Quiero verme.

HOMBRE DE EA:

Aquel cristal está borroso. Traje nuestro espejo. (*Busca en el sobretodo; extrae una pieza oval con terminaciones caladas en arabescos alrededor. La pone frente a su cara y baja la carta de comidas. Se observa en silencio*) Yo sí detesto tu tamaño, tu condición. (*Se lleva la otra mano a la cara; se acaricia*) Te deseo; no aguanto que estés ahí.

VOZ DE MD: Los de atrás nos miran.

HOMBRE DE EA:

No importan. Nadie más interesa. ¿Sos feliz?

VOZ DE MD: No lo sé. Disfruto de tu compañía.

HOMBRE DE EA:

¿Sos feliz?

VOS DE MD: Tengo miedo. Ellos nos descubrirán. No quiero salir más. Encerrémonos, vivamos para nosotros. Leamos, contémonos historias, pongámonos nombres.

HOMBRE DE EA:

Es la última vez que cenamos aquí.

VOZ DE MD: No. Vayámonos ahora.

HOMBRE DE EA:

Nada te sucederá.

VOZ DE MD: Un haz de luz a nuestras espaldas, un metal reluciente. Los de atrás nos acechan.

HOMBRE DE EA:

Sos parte de mí. Nada te sucederá.

TELÓN

TERCER ACTO (COSTADO)

EL BODEGÓN VISTO DESDE UN COSTADO. A LA IZQUIERDA, EL RINCÓN CON EL ESPEJO BORROSO; DEL OTRO LADO, LA MESA CON EL HOMBRE DE ESPALDA AMABLE SENTADO DE LADO, MIRANDO HACIA LA DERECHA. AL FONDO, LA PUERTA DE INGRESO; EN PRIMER PLANO, LA BARRA CON EL DUEÑO. LAS MESAS Y LOS CLIENTES TAL COMO CORRESPONDE A LA PERSPECTIVA. LA CARA DEL HOMBRE DE ESPALDA AMABLE ESTA CUBIERTA PRIMERO POR LA CARTA DE COMIDAS Y LUEGO POR EL DORSO DE LA MANO QUE SOSTIENE EL ESPEJO OVAL. LA MISMA NOCHE. A POCO DE COMENZAR EL ACTO, ENTRA EL PROFESOR SIN SOMBRA Y LOS ESTUDIANTES. LA MÚSICA DE JAZZ COINCIDE CON LA QUE SE ESCUCHABA EN ESE MOMENTO EN LOS ACTOS ANTERIORES. LOS DIÁLOGOS DE LOS COMENSALES SON APENAS MURMULLOS A ESPALDAS DEL DUEÑO DEL BODEGÓN. ESTE RELATARÁ DIRIGIÉNDOSE SIEMPRE AL PÚBLICO.

DUEÑO: *(De espaldas. Limpia una copa con un paño. Se da vuelta de a poco. Levanta la vista. Descubre al público. Con tono alegre) Hola,*

bienvenidos. Esto es mi lugar, el viejo bodegón con una clientela selecta. Sé que han espiado antes, pero los modales son uno de los ejes de mi vida. *(Mira a los que están sentados)* A ellos los trato muy bien. Vuelven casi todas las noches. *(Pausa. Por lo bajo)* Hoy están intratables. *(Pausa)* No suelo abrir al mediodía, salvo en casos especiales, con gran anticipación y bien planificado. Conozco muy bien a cada uno: sus caras, sus manías, en especial sus gustos. ¿Quieren un ejemplo?

MOZO DE OJOS AZULES:

(Se acerca a la barra; viene de la mesa del PROFESOR SIN SOMBRA) El señor que acaba de entrar dice que...

DUEÑO: *(Le corta la frase)* Ya lo sé. *(Al público)* Conozco al profesor. *(Busca dos botellas de vino, cuatro copas; las apoya en la bandeja del MOZO DE OJOS AZULES. Saca un platón con quesos condimentados de lo bajo de la barra. Al mozo)* Llévseles; está todo. *(El DE OJOS AZULES se aleja. Al público)* ¿No se los dije? *(Silencio; sigue puliendo copas)* Es una ocupación placentera. *(Pausa)* O ya no, una simple costumbre, una tranquilidad, algo que da de comer y a la vez distrae, no deja tiempo para que uno se deprima. *(Deja la copa y el paño. En tono de confesión)* ¿Saben?, yo padezco la perversidad de ciertos ambientes. Es psicológico, me han dicho, pero yo lo siento en todas las arterias. La música, la gente que come aquí, todo esto pacífica. Un trabajo y una terapia de por vida, todo en uno. *(Cambia de expresión; su tono se oscurece)* Lástima lo de esta noche, y lo que todavía está por suceder.

Los comensales siguen hablando. De entre sus palabras se escucha claramente "Deberíamos hacer algo", una y otra vez, con pedazos de los diálogos finales del primer acto. El DUEÑO los mira; su cuerpo adopta una postura resignada.

HOMBRE FICCIONAL:

(Final del primer acto) ...su cara; se cubre la cara; está hueca; es una ventana a la realidad. Deberíamos hacer algo. *(Ve uno de los cuchillos sobre su mesa; lo levanta; lo empuña)* Debemos hacer algo.

El tiempo se congela, las luces se debilitan, la música se detiene. Todos, excepto el DUEÑO, permanecen estáticos.

DUEÑO: *(Al público)* El bodegón permanecerá abierto hasta pasados unos minutos de la medianoche y algo parecido a un deseo que acaban de liberar será la percepción común de los clientes y de los que afuera se dan de cara contra el raro vaho, al pasar frente a la puerta abierta. Les mostraré. *(Empuja la barra hacia la izquierda; la saca de escena. Vuelve. Se para junto al HOMBRE FICCIONAL)* Lo que tiene en la mano es un cuchillo regular con fines diferentes. Es un pobre sujeto que no alcanzará a comprender su humanidad. Se cree un personaje manipulado por otros. *(Señala hacia el SEÑOR QUE HA MUERTO SIN SABERLO; se acerca a él)* Peor es la situación de este otro. Su existencia ha llegado a su fin y él no se ha enterado. Tampoco quiere hacerlo. Hace unos momentos su mujer ha salido despavorida de aquí, ahuyentada por el deseo vagabundo que impregna el aire. *(Mira hacia la NIÑA DE PLUMA)* Es la pequeña quien mejor entiende esa particularidad del ambiente. *(Se acerca a la niña)* Nadie se ha preguntado jamás por las causas de sus ataduras, o por los zapatos de plomo que se saca una vez que la amarran. Ahora está por liberarse. Se la podrá ver remontando el techo. *(Mira al PADRE DE LA NIÑA)* Nadie, nunca, nada. Por eso él la trae. Por eso son todos tan felices: no se meten en los asuntos ajenos. Hasta esta noche. Un mismo misterio los ha vuelto curiosos, entrometidos, perversos, cooperativos inclusive, consecuentes, una masa coordinada. *(Mira hacia la mesa de los ESTUDIANTES)* No les importa que el profesor venga transparente, que se aparezca sin su sombra como todas las noches, con la sonrisa de placer que le dejan sus amantes. *(Camina hacia los mozos. Toca al DE OJOS AZULES)* Tampoco se inquietan demasiado por el nuevo mozo, el psicópata, con los ojos azules de su último amorío. *(Va hacia el JOVEN DIFERIDO)* Ni la patología extraña de este muchacho es un tema de interés para ellos. *(Mira al sentado en la mesa del rincón derecho)* Están obsesionados por aquel. *(Camina hasta llegar al HOMBRE DE ESPALDAS AMABLES; apoya las manos sobre sus hombros)* La espalda más amable que jamás se sentó en este bodegón.

HOMBRE F: *(Repite las últimas palabras)* Debemos hacer algo.

El DUEÑO camina hasta el borde del escenario. Toda la escena se oscurece. Solo queda una luz sobre el DUEÑO.

DUEÑO: Nadie acertará en sus creencias porque todas son personas cuya imaginación se limita a adivinar lo que yace bajo una sábana por la mera forma. *(Pausa breve)* Porque el hombre objeto de sus opiniones les ha dado la espalada nuevamente, como cada vez que se ha sentado en esa mesa apartada, y porque no podrán comprender la simpleza de esa relación de fuego que mantiene a flote con la mujer acostada entre sus ojos. *(Pausa)* Nadie logrará acertar siquiera con la más descabellada teoría, ninguno de los que esta noche están cenando en el viejo bodegón, porque allí estará la espalda del hombre, y el hombre que la muestra dialoga y pareciera que le responden. Porque se ha sentado, como de costumbre, solo, o eso creerán los de atrás, los que no aciertan. *(Pausa)* Todos, frente a sus platos humeantes, intrigados, mirando al que les da una espalda amable, no llegarán a adivinar que ese hombre tiene una pequeña mujer encarnada en su nariz, que ella le duele como una ambición inalcanzable y que es esa belleza minúscula quien lo acompaña. *(Pausa larga)* El hombre percibe a los de atrás y piensa que discutirá hasta ese momento en que ellos, por fin, se dignen a ignorarlo, a dejarlo en paz con esa mujer acostada en su nariz, desnuda y brillante y un poco angustiada desde hace unos días. Todas serán observaciones que no acertarán, que no considerarán el pudor de esa mujer diminuta que debe soportar una desnudez permanente y los agravios que padece cualquier fenómeno que se mira al espejo. *(Una luz se enfoca por unos segundos sobre el PADRE de la niña de pluma)* Alguno habrá que quiera tocar el hombro de la espalda amable, preguntar por el bienestar del solitario e invitarlo a comer a su mesa. Nadie creará que se encuentra bien, después de una áspera sucesión de años que se quebró el día en que descubrió un brazo y la mitad de un seno emergiendo de su verruga. *(Pausa)* Muy pocos tendrían opiniones aproximadas a los hechos si alguien les contara que el hombre suspendió la operación que le devolvería la hermosura a su nariz, si alguien desafiara a los que murmuran a las espaldas amables del hombre y los obligara a adivinar por qué el hombre no quiso extirparse lo que había

odiado, el hediondo bulto que había aguzado su actitud solitaria. *(Pausa)* Ni podrán adivinar las horas empeñadas, la ansiedad de su expectativa, la dedicación que puso en seguir la evolución de ese nacimiento, la emanación de esa Venus breve encarnada en su nariz. *(Pausa breve)* Tampoco, si lo supieran, acertarían en las sensaciones, porque ¿quién viéndola podría creer que fue doloroso? *(Pausa)* Seguirán multiplicando sus juicios erróneos y se habrán contagiado de opiniones vulgares. *(Haces de luz caen por instantes sobre algunos personajes)* Locura, dirán; simulación, burla, experimento, falta de educación, arrogancia. *(Pausa. Todo oscurece menos la luz sobre el DUEÑO)* ¿Por qué su rostro ignoto, el afán de tapárselo cuando ingresa, su permanencia en esa mesa todas las noches hasta la hora en que el bodegón se llena de ausencias? No llegarán a imaginar la dulzura con la que la mujer minúscula le araña el tabique al hombre de la espalda amable y le ruega que no beba en esa copa angosta y alta que espera sobre la mesa. Y jamás llegarán a conocer la causa de ese enorme estornudo que le obstruyó una bocanada de ironías y reproches. *(Pausa breve)* Nadie podrá entender que la pequeña mujer que ignoran ha comenzado a aburrirse y se ha frotado los pezones para cortar de un estornudo la frase del hombre que la lleva encarnada. *(Pausa)* Él se resigna, la ama. La diminuta mujer de la nariz habrá conseguido que el hombre de espalda amable no beba su vino en las copas angostas. Imaginen: su vientre desnudo, libre de la presión del cristal, la alegría de ambos... *(Pausa larga)* Pero luego, un nuevo contagio navegará hacia el resto de los que no han dejado de hablar del hombre de espaldas amables, y en breve todos verán como en un escenario la silueta que parece recitar prosas de elogio mientras sostiene un pequeño óvalo entre sus manos. *(Pausa)* ¿Por qué esta noche es la última? ¿Qué ha traído el deseo vagabundo que impregna el aire, su condensación, su aplastamiento hasta la negatividad? *(Pausa)* Queda lo que le resta al futuro. *(Pausa: cambiando el tono)* “Deberíamos hacer algo. Debemos hacer algo” *(Pausa larga)* Con el tono de una profecía de ultratumba, el hombre ficcional será uno de los primeros en decir: “basta”, en asir como a puñales los cuchillos de su mesa y levantarse con la decisión que le habrá impuesto la presión de la atmósfera. *(En la oscuridad se escuchan sonidos que acompañan el relato: pasos, estridencias de metales, respiraciones, roces contra las*

mesas y sillas que se arrastran o caen al piso) Lo seguirán los alumnos con los lápices de sus estudios en las manos y de inmediato el profesor con la única sombra de unos cubiertos al asecho. La niña de pluma se habrá soltado las ataduras a mordiscos y volará entre el aire perverso del bodegón; será la primera en perforar, ya nadie sabrá con qué, la espalda más amable que ha visitado aquel rincón. Seducido por una mirada ajena a su portador, el mozo de siempre sucumbirá al aliento del que colecciona los ojos de sus ex novias, y los seguirán el joven diferido y su amigo en un ataque cuya duración dependerá del lado del que se lo considere. *(Pausa)* Porque habrá eternidad en los músculos de la mujer encarnada en la nariz, ese infinito de una agonía que no precede a la propia muerte, y desde atrás, del lado de la espalda amable, todo sucederá en segundos, heridas tras heridas sin instantes que fraccionen la sucesión, hasta el punto final dado por aquel señor que ha muerto sin saberlo y que deja otro cuerpo sin vida.

Se prenden las luces de a poco. El jazz vuelve con sus últimos acordes. El bodegón está vacío, desordenado. La puerta abierta; el aire de la noche invade el lugar. El HOMBRE DE ESPALDAS AMABLES acostado sobre el piso, cerca de su silla tumbada, con la nuca hacia el público.

DUEÑO: *(Prosigue)* No habrá mucho que agregar: el bodegón torcido en una maraña de manteles y sillas derribadas; la bocanada de un aire helado que parece dispersar los últimos focos salvajes de erotismo que habían restado oxígeno entre las mesas; y el intento inútil, por mi parte, de amputar de un destino ajeno a la mínima mujer cuyos ojos brillan como pecas de cristal y se extinguen en la breve inmensidad de ese rincón *(Mientras las luces se apagan de a poco, se acerca lentamente al cuerpo caído. Toma un cuchillo de una de las mesas, se arrodilla junto al HOMBRE DE ESPALDA AMABLE y le da vuelta la cara de a poco, ya en la oscuridad).*

TELÓN

Noruegas
(del deseo en Alta Mar)

Erika Halvorsen

ERIKA HALVORSEN

Nació el 20 de octubre de 1980 en Rio Gallegos, Santa Cruz. Egresada de la Licenciatura en Dirección Escénica del IUNA. Como dramaturga se formó con Ricardo Monti, Daniel Dalmaroni, Bernardo Cappa y Alejandro Tantanian. Como autora y directora estrenó las obras: *Fiebre de Werther*, proyecto de graduación del IUNA bajo supervisión artística de Emilio Garcia Whebi; *Fuimos todos* (Teatro del Nudo, 2007 y Teatro de la Comedia, 2008). También dirigió *Begoña*, ópera pop y *La extravagancia* de Rafael Spregelburd. Entre sus obras publicadas se encuentran: *Vic y Vic*, e *Identikit*, ambas ganadoras del Concurso de Teatro X la Identidad y *Récord Guinness*, monólogo interpretado por actrices como Marilú Marini, Julia Calvo, Anita Martínez y Mónica Ajos, entre otras, también en el marco de Teatro X la Identidad. Se desempeñó como Directora asistente de China Zorrilla en *Eva y Victoria* y del director español Andrés Lima en el espectáculo *Hamelín*. Como asistente de dirección trabajó con los directores Luis Rossini, Marcos "Bicho" Gómez y Ricky Pashkus. En cine trabajó en el área de *casting* para largometrajes nacionales y extranjeros. En televisión se desempeña como *coach* actoral y guionista de ficción.

> noruegas

A la memoria de mi bisabuela Aslug Pedersen de Halvorsen, pionera en la Patagonia.

PERSONAJES

ASLAUG: Pálida, de 18 años, dulce y enérgica, lleva un vestido holgado, le queda largo.

OTTO: Cocinero vikingo, secote, corpulento, de unos 40 años.

AÑO 1905. COCINA DE UN BARCO.

escena 1

Ella y él en la cocina del barco. Aslaug hace girar un globo terráqueo. Otto cocina. El aroma a especias se mezcla con el del océano. Inunda.

ASLAUG: ¡Avisame si necesitas ayuda!

El cocinero dice "no" con la cabeza.

ASLAUG: No soy una inútil.

El cocinero sigue en lo suyo.

ASLAUG: Si mi padre quiere que esté acá es para que te ayude ¿Qué hacía Einar? ¿Lavaba? ¿Picaba? ¿Para qué tenías un ayudante si podés hacer todo solo?

OTTO: Einar no preguntaba, hacía.

ASLAUG: Bueno, hago. *(Se levanta y va hacia la olla)* ¿El te pidió que le pongas almejas? *(Pausa, Otto no contesta)* Nos gusta abrirlas y ponerles limón. *(Pausa)* ¿Ya te mostré dónde queda?

El cocinero dice "no" con la cabeza, sigue concentrado en lo suyo.

ASLAUG: Es raro que las quiera así, cocidas. Siempre las comemos juntos.

(Pausa) ¿Querés que comamos algunas? Yo las abro ¿No te gusta chuparlas con limón?
 Otto niega en silencio.
 Aslaug se acerca y le señala un punto en el globo, el cocinero observa el punto, luego mira a Aslaug y vuelve a lo suyo. Pausa.

OTTO: Patagonia.
 ASLAUG: (Sorpresa) ¡Sí, Patagonia!
 OTTO: El Capitán dice Patagonia, lo escuché.
 ASLAUG: ¿Habló de eso? (Otto asiente con la cabeza) ¿Cuándo?
 OTTO: El otro día.
 ASLAUG: ¿En su camarote, cuándo le llevaste la comida, o antes?
 OTTO: Antes.
 ASLAUG: ¿Y del viento, te habló?
 OTTO: No me acuerdo.
 ASLAUG: Él le tiene miedo. Yo no. ¡Voy a picar el perejil! (Toma un ramito y comienza a picar).
 OTTO: No creo.
 ASLAUG: ¿Que sepa picar perejil?
 OTTO: Que el Capitán tenga miedo.
 ASLAUG: Tiene miedo por mí. Yo siempre sentí una atracción por el viento. De noche sobre todo. Esas peleas entre el mar y el viento. Esa pasión.
 OTTO: El peligro.
 ASLAUG: Voy a extrañar el mar. Las montañas no pelean. Yo me siento así, como el mar.
 OTTO: ¿Traicionera?
 ASLAUG: Inquieta. (Pausa) Halvor es como las montañas, sólido, firme, resistente. (Pausa) ¿Qué impotencia la del viento entre las montañas!
 OTTO: La montaña no detiene al viento.
 ASLAUG: Pero lo ignora. (Se lastima con el cuchillo) ¡Ay, me corté!
 OTTO: Yo sabía.
 ASLAUG: No es nada. (Chupándose la herida) ¡Por tu culpa me pasó, estás esperando que haga algo mal para echarme de “tu” cocina! ¿Hay

zarcamoras? Voy a hacerte un dulce.

OTTO: En la despensa.
 ASLAUG: Quiero probar si me sale, si te gusta a vos, le tiene que gustar a él.
 OTTO: No creo.
 ASLAUG: ¿Qué cosa? ¿Ahora tampoco sirvo para hacer dulce?
 El cocinero toma una bandeja de comida y se detiene para que Aslaug le permita el paso.
 ASLAUG: Dejame llevársela, por favor.
 OTTO: No quiere. Solo yo, dijo.
 ASLAUG: ¿Hasta cuándo va a estar así? ¿Tendré que volver a dormir en su camarote? ¿Cuándo entrás, qué está haciendo?
 OTTO: Sentado, en la cama, con la cabeza baja, y las manos juntas, con una mano se toca la otra, como si se rascara.
 ASLAUG: Se saca la cascarita, yo hago lo mismo, cuando tengo una lastimadura me encanta sacarme la cascarita.
 Aslaug se corre del paso, el cocinero avanza.
 ASLAUG: ¿Otto?
 El cocinero se da vuelta, la mira, pausa. Le da la bandeja, ella deja de picar, sonríe y sale. El cocinero vuelve a su tarea, pensativo, mira hacia la puerta y toma el globo terráqueo, busca el punto que antes le había señalado Aslaug.
 Aslaug vuelve, lo sorprende. Él disimula, busca un lugar para el globo, y vuelve a su tarea.
 ASLAUG: (Observa a Otto, pero no comenta nada sobre su comportamiento)
 No me abrió, me pidió que se la deje ahí, en el piso. (Pausa) Voy a picar el ajo (Otto la mira desconfiado) ¡No me voy a cortar!
 Aslaug se ubica para comenzar a picar el ajo.
 ASLAUG: ¿Te acordás cuándo te pedía que me dejes revolver, y vos me ponías una silla porque no llegaba?
 Otto dice “no” con la cabeza.
 ASLAUG: ¿Cuánto hacía que no me metía en la cocina? Me viene bien, así voy practicando, se lo extraña a Einar ¿No? ¿Quién iba a decirlo?

¡Enamorarse así, de golpe! ¡Qué afortunada esa chica, un marido como Einar, que le guste cocinar..! ¿Será contagioso?

OTTO: ¿La cocina?

ASLAUG: ¡El matrimonio! Einar siempre fue un solitario, y de repente, cuando vamos camino a mi casamiento... Termina casándose él primero, en el primer puerto donde paramos.

OTTO: *(Esboza una leve sonrisa)* ¡El Capitán va a quedarse sin tripulación!

ASLAUG: Pobre, cuando fui con el globo a mostrarle donde quedaba la Patagonia... No me escuchó, estaba concentrado en otra cosa, miraba con sus prismáticos... Yo sé que no se los apartaba de los ojos para cubrirse... Le temblaban las manos... y la mandíbula. Me quedé al lado, pegada, esperando, hasta que vi una lágrima, una sola, que se escapaba por una de esas grietas blancas que tiene alrededor de los ojos... Me fui rápido. Nunca lo vi llorar.

Otto esconde su mirada, revuelve, ella no repara en eso.

ASLAUG: ¿Mi madre lloraba? ¿Alguna vez la viste llorar?

Otto no responde, ni levanta la mirada de la olla, Aslaug lo mira, le da pudor.

ASLAUG: ¿Lloró delante de ti?

OTTO: Alguna vez.

ASLAUG: ¿Cómo era, cuando lloraba, cómo era?

OTTO: Apretaba los labios, con fuerza y cerraba los ojos, se quedaba algunos segundos conteniendo las lágrimas y la respiración... Y explotaba *(Aslaug trata de imitarla pero cuando explota, es de risa)*, ahí salía corriendo.

ASLAUG: ¿Como yo?

OTTO: Algo así.

ASLAUG: *(Termina con el ajo, lo coloca dentro de la cacerola que revuelve Otto)* ¿Todo? *(Otto afirma con la cabeza)* ¡Ya está!

Aslaug, limpia el cuchillo que usó, recoge los utensilios. Se huele las manos. Se limpia.

ASLAUG: ¿Cómo eras de chico?

OTTO: ¿Eh?

ASLAUG: Alguna vez fuiste chico ¿No?

OTTO: Sí, claro.

ASLAUG: ¿Cómo eras?

OTTO: Triste y pelirrojo.

ASLAUG: ¿Por qué?

OTTO: Mi padre me pegaba, mi madre no se metía, desde los seis años trabajé en los pinos, plantando y talando, muy duro... A los diecisiete me fugué de mi casa, a mi madre le dio un ataque, me enteré de que la internaron, fuera de sí, no reconocía a nadie, y después murió. Mi padre se suicidó al poco tiempo.

Aslaug lo mira anonadada.

ASLAUG: *(Acariciándolo)* ¡No puedo creer que nunca hayas dicho nada! ¡Es terrible! ¿Cómo nunca hablaste de eso?

OTTO: *(Actúa la tristeza)* No quiero recordarlo.

ASLAUG: ¡Pobre! Ahora entiendo por qué sos así.

OTTO: ¿Así cómo?

ASLAUG: Así...

Otto no aguanta la tentación de risa.

ASLAUG: ¿De qué te reís?

OTTO: Era una broma.

ASLAUG: ¿Qué cosa?

OTTO: Mis padres viven juntos en la finca.

ASLAUG: *(Enojada lo golpea)* ¡Imbécil! ¿Cómo podés hacer bromas con eso?

OTTO: Lo de los pinos es verdad.

ASLAUG: Ahora no te creo nada.

OTTO: ¿Cómo soy entonces?

ASLAUG: ¡Un imbécil, hosco y ermitaño, pero la culpa no la tienen tus padres!

OTTO: No, claro que no.

ASLAUG: Entonces, ¿cómo eras?

OTTO: Pelirrojo.

ASLAUG: Basta, me vas a seguir mintiendo.

Otto sonrío, sigue con sus cosas.

ASLAUG: ¿Te leí la última carta de Halvor?

Otto niega con la cabeza.

ASLAUG: Bueno, te leo un pedacito... A ver... *(Lee)* “La gente que nos rodea es muy amigable y te vas a poder entender perfectamente con todos, nuestro vecino más cercano es de Dinamarca, se casó hace poco también, Fanny es encantadora, tiene conocimientos de enfermería y una granja exquisita, siempre me trae dulce o queso de regalo, aquí todos la quieren mucho, es capaz de galopar leguas, sola, de noche, con tal de atender a un enfermo, sé que será de gran compañía para ti, con respecto al correo, llega una vez al mes, más o menos...*(Deja la carta, a Otto)* ¿Y arándanos hay? ¡Voy a hacerte dulce de arándanos!

OTTO: No hay.

ASLAUG: Quiero prepararte algo dulce.

OTTO: Necesito la cocina libre.

ASLAUG: Mi padre quiere que esté acá, pidió que no te deje solo.

OTTO: No necesito ayuda.

ASLAUG: Somos muchos para comer... Si siempre tuviste un ayudante...

OTTO: Ahora puedo solo.

ASLAUG: ¿A mi madre le quedaba rico el dulce?

Otto afirma con la cabeza, en silencio.

ASLAUG: ¿Cuántos años tenías cuando yo nací?

OTTO: Dieciocho, veinte.

ASLAUG: ¿Dieciocho o veinte? *(Otto no contesta)* Como yo ahora.

Pausa.

ASLAUG: ¿Y ella hacía el dulce para vos o para mi padre?

OTTO: Hacía dulce, para los tres.

Pausa.

ASLAUG: Si hubiera esperado un tiempo para morir. Podría recordarla. *(Cierra los ojos)* Regálame una imagen de ella.

Pausa.

OTTO: Verano. Ella con mi delantal. Sudor. Arándanos. Azúcar. Cerveza, Calor.

ASLAUG: ¿De que color vestía?

OTTO: Azul.

ASLAUG: ¿Ese con botoncitos que me puse ayer? *(Otto afirma con la cabeza)* ¿Zapatos?

OTTO: Descalza.

ASLAUG: ¿Y qué hacía?

OTTO: Revolvía. Sobre el fuego. Cantaba.

ASLAUG: ¿Qué cantaba?

OTTO: Tarareaba.

ASLAUG: ¿Qué tipo de canción?

OTTO: De cuna.

ASLAUG: ¿Y vos?

OTTO: Con la cerveza.

ASLAUG: ¿Bebías?

OTTO: Y sostenía su vaso.

ASLAUG: ¿Le dabas de beber a ella?

Pausa.

OTTO: No hay más arándanos.

ASLAUG: ¿Yo ya había nacido? *(Otto afirma en silencio)* ¿Estaba aquí, con mi madre?

OTTO: En cubierta con el Capitán.

ASLAUG: ¿Siempre?

OTTO: Siempre.

ASLAUG: ¿Comemos almejas?

Otto niega en silencio.

escena 2

Aslaug lleva puesto un vestido azul con botoncitos, está descalza, guarda vajilla que seca con un trapo.

Otto pela hortalizas que va colocando en un recipiente.

ASLAUG: Si mi padre no me hubiera enseñado, no podría leer las cartas de Halvor. *(Pausa)* A mis hijos también voy a enseñarles a leer, con la Biblia. *(Pausa)* ¿No pensaste en tener hijos?

OTTO: No.

ASLAUG: Ahora que tu compañero se fue ¿No te dan ganas?

OTTO: No.

ASLAUG: ¿No te gustaría tener un hogar?

OTTO: Lo tengo.

ASLAUG: Vivir en una casa... Nunca lo voy a entender, dejar todo, elegir la deriva... Mi madre podría haber vivido en una casa, normal, rodeada de pinos, podría haber tenido más hijos, mascotas. *(Sonriendo)* Quiero cerveza.

Otto niega en silencio.

ASLAUG: ¿Por qué no?

OTTO: El Capitán.

ASLAUG: Ya no soy una niña.

OTTO: El Capitán no quiere.

ASLAUG: Dejame el fuego libre. Hago el de zarzamoras entonces.

OTTO: Cuando termine.

ASLAUG: Ya comieron todos.

OTTO: Preparo para mañana.

ASLAUG: Para mañana, mañana.

Otto sale. Aslaug mete su dedo dentro de una cacerola que se encuentra sobre la cocina. Saborea. Comienza a recoger los ingredientes que hay sobre la mesada para despejarla. Sale unos instantes y vuelve con una vasija de zarzamoras y un tarro de azúcar, coloca los elementos sobre la mesada, toma una cacerola, coloca las zarzamoras y comienza a verter azúcar, lentamente, la arroja desde lo alto y mira como se deslizan los cristales. Tararea una canción. Otto entra lentamente, la observa, ella no repara en su presencia, Otto trae una botella de cerveza en su mano y dos grandes vasos, chopps, permanece inmóvil unos instantes, la mira extrañado, luego se acerca, apoya los vasos y sirve cerveza, toma uno, le da de beber en la boca a Aslaug mientras sigue revolviendo, ella no lo mira, bebe sin mirarlo, él toma del mismo vaso, los dos miran hacia el interior de la

noruegas

olla del dulce. Otto la ayuda a revolver, sus manos se juntan en la cuchara de madera, ella quita su mano y trae la botella de cerveza, toma del pico, se chorrea sobre el escote, y se la da a él que también bebe. Terminan la botella y continúan revolviendo. Huelen.

OTTO: Las frutas, las especias, para exhalar sus aromas necesitan ser tocadas, entibiadas.

Aslaug cierra los ojos, huele. Otto la rodea con sus brazos, continúa revolviendo.

OTTO: Es el más antiguo de nuestros sentidos.

ASLAUG: ¿Qué desperdicio que las zarzamoras estén en el bosque, sin ser tocadas!...

OTTO: Regalan su belleza.

ASLAUG: ¿Y se puede resistir la tentación de probarlas?

OTTO: Por conservarlas.

ASLAUG: Es egoísta.

OTTO: Hay frutos que al dejar de ser jóvenes, vírgenes, pierden su aroma.

ASLAUG: Pero los más intensos provienen de la maduración. ¿Para qué sirven las zarzamoras?

OTTO: Para curar heridas, llagas.

ASLAUG: Las mismas que ellas te hacen con sus espinas.

OTTO: Algunas.

ASLAUG: Más cerveza.

Otto da de beber a Aslaug de la botella, esta permanece con los ojos cerrados, él la mira.

ASLAUG: ¿A que olerá la Patagonia?

OTTO: A desierto. A tierra seca.

ASLAUG: A viento.

OTTO: Ahora necesita asentarse.

ASLAUG: ¿Apago el fuego?

OTTO: No. Necesito el fuego. Dejame espacio.

ASLAUG: Es tarde ¿Hasta qué hora te quedás cocinando?

Aslaug libera la hornalla pero queda cerca, Otto ocupa su lugar, la mira incómodo.

ASLAUG: ¿Lo viste a mi padre en cubierta?

OTTO: No.
 ASLAUG: Mejor.
 OTTO: ¿Mejor?
 ASLAUG: Quiero más cerveza. O licor.
 OTTO: No creo conveniente...
 ASLAUG: Hiciste licor de arándanos.
 OTTO: No
 ASLAUG: No mientas, lo vi.
 OTTO: No es para usted.
 ASLAUG: *(Ríe)* ¿Usted?
Pausa.
 ASLAUG: Nunca me dijiste “usted”.
 OTTO: ¿No?
 ASLAUG: ¿A mi madre le decías “usted”?
 OTTO: No recuerdo.
 ASLAUG: ¿Señora Aslaug?
 OTTO: Sí.
 ASLAUG: ¿Ahora me vas a decir “señora Aslaug”?
Otto la mira un instante y vuelve a lo suyo.
 ASLAUG: Me gusta, sí, “señora Aslaug” ¿Mi madre me odiaba?
Pausa.
 ASLAUG: Me tenía celos ¿No?
 OTTO: ¿Celos?
 ASLAUG: ¿Estaba muy sola?
 OTTO: No.
 ASLAUG: Soy los ojos de mi padre. Ninguna mujer lo hubiera resistido.
Pausa.
 ASLAUG: ¿Qué hacía ella mientras él estaba conmigo en cubierta?
 OTTO: Cocinaba.
 ASLAUG: ¿Qué?
 OTTO: Dulces.
 ASLAUG: Mi padre prefirió los mariscos, las salsas.

Pausa.

OTTO: Ella prefería dulces, licores.
Pausa.
 ASLAUG: A Halvor le gustan los dulces. A mis hijos voy a hacerles de arándanos, voy a tener seis hijos, así me entretengo. *(Otto la mira, extrañado)* También voy a coserme mi ropa, ropa nueva, no quiero más vestidos heredados, no pienso llevarme una sola prenda de mi madre... ¡Aunque mi pasatiempo va a ser la cacería! Quiero aprender a cazar y a montar, me entusiasma pensar en andar a caballo, sola, entre las montañas, armada, y disparar... Nunca experimenté esa sensación del gatillo en el dedo, y el plomo saliendo y ese olor... Olor a peligro.
Los dos hacen silencio, se escuchan los pasos de alguien cerca.
 ASLAUG: ¿Te dijo si iba a salir?
 OTTO: Que iba a dar un paseo por cubierta.
 ASLAUG: Voy a acompañarlo.
 OTTO: ¡No!
 ASLAUG: ¿Cómo?
 OTTO: Creo que es mejor que lo dejes solo.
 ASLAUG: *(Sonriendo)* ¿Ahora no quieres quedarte solo?
 OTTO: Por el Capitán.
 ASLAUG: ¡Tenemos que hablar de la ceremonia, no puede seguir así! Quiero decirle que no voy a llevarme nada, sigue envolviendo cosas de mi madre para regalarme, como siempre, tiene que entender que esta vez no, no es mi cumpleaños, ni Navidad, empiezo una vida nueva, no pienso llevar los trapos usados de mi madre a la Patagonia.
 OTTO: ¡Déjelo en paz!
 ASLAUG: ¿Cómo?
 OTTO: A los hombres no nos gusta que nos avasallen. *(Aslaug ríe a carcajadas)* Los hombres necesitamos silencio, a veces.
Aslaug se pone seria de golpe. Silencio. Solo se escuchan los pasos.

Luego de unos instantes se acerca a él, por detrás y lo abraza.

OTTO: ¡Basta, dije que necesito...!

Aslaug le hace señas sin hablar como diciendo "Estoy en silencio".

OTTO: Silencio quiere decir que no nos molesten.

Aslaug retira sus brazos de alrededor del cuerpo del hombre pero se queda cerca de él, Otto está visiblemente acalorado, ella lo sopla suavemente.

OTTO: ¡Señorita!

Aslaug le hace señas como diciendo "No estoy haciendo nada".

OTTO: ¡Necesito espacio, salga!

Aslaug se retira, camina de un lado a otro al ritmo de los pasos de su padre, esto inquieta a Otto, luego de unos instantes se ubica frente a él y comienza a desprenderse el vestido. Otto fija su mirada en la comida, en sus tareas, hace como que no la ve hasta que ella deja caer su vestido al suelo. Quedando en enaguas. Los pasos del padre se escuchan cercanos.

OTTO: ¡Aslaug, por favor! *(Se acerca y la cubre con el vestido, ella le hace una seña como diciendo "Silencio" y señala hacia arriba, los dos escuchan los pasos).*

OTTO: *(Bajito, nervioso)* Usted no sabe lo que hace. *(Aslaug sonríe pícaro)*
No se imagina lo que podría pasar si su padre entrara.

ASLAUG: ¿Qué podría pasar?

OTTO: ¡Ya es grande, señorita!

ASLAUG: Contame que te imaginás.

OTTO: No sé qué quiere.

ASLAUG: No sé qué quiere... ¿Qué más?

OTTO: No sé qué quiere.

ASLAUG: ¡Señora!

OTTO: Señora.

ASLAUG: "Señora Aslaug"

OTTO: *(La mira extrañado)* ¿Señora Aslaug?

ASLAUG: Sí.

Él permanece mirándola, como hipnotizado.

ASLAUG: ¿Qué te imaginás?

OTTO: Nada.

ASLAUG: ¿Qué pasaría si mi padre entrara?

OTTO: No lo sé.

ASLAUG: Sí sabés. ¿Qué pasaría?

OTTO: No puedo saberlo.

ASLAUG: ¡Imaginalo!

OTTO: ¡Es tarde, vaya a dormir!

ASLAUG: ¡Más que imaginarlo, podés recordarlo! ¿No?

OTTO: ¡Váyase, váyase!

ASLAUG: Me estoy yendo, estoy en camino, nunca más me van a ver.

OTTO: ¡Váyase de la cocina!

ASLAUG: Me voy, no soporto un día más en este barco, me dan asco.

OTTO: ¿Asco?

ASLAUG: El silencio. Eso me da asco.

OTTO: El silencio no lastima ¿Qué quiere?

ASLAUG: Eso mató a mi madre, el silencio.

Silencio. Los pasos también se detienen. Aslaug aprieta sus labios, cierra los ojos, contiene las lágrimas y la respiración, él la ignora, cuando está por explotar sale unos instantes. Él continúa con lo suyo. Ella regresa, toma el globo terráqueo y se acurruca en un rincón, busca su punto de "fuga". Se seca las lágrimas.

ASLAUG: Regalame esa imagen, la de mi padre entrando.

OTTO: Eso no ocurrió.

ASLAUG: Imaginala.

OTTO: No.

ASLAUG: ¡Grito!

OTTO: ¡Señorita, por favor!

ASLAUG: ¡Señora!

Otto la mira.

ASLAUG: ¡Señora Aslaug!

Otto la mira.

ASLAUG: ¡Contá o grito!

OTTO: *(Apurado, interrumpiendo el grito de Aslaug)* El Capitán entra, lo miramos, silencio, se encierra en su camarote, me pide que le

lleve comida, y no vuelve a hablarle...

ASLAUG: ¡Seguí!

OTTO: Ella también se encierra, en otro camarote, pero no acepta comida.

Aslaug contiene el llanto.

OTTO: El Capitán cuida de la niña, la lleva a dormir con él, no permite que nadie se acerque.

ASLAUG: ¿Cuántos días pasaron así?

OTTO: Ya está, no imagino más.

ASLAUG: Continúa.

OTTO: Treinta y tres.

ASLAUG: ¿Y luego?

OTTO: Basta. Se terminó.

ASLAUG: No ¿Y luego?

OTTO: Quedó dormida.

ASLAUG: ¿Él la vio, dormida?

OTTO: No lo sé.

ASLAUG: No mientas. Vos estuviste ahí.

OTTO: La vio, no dijo nada, solo la vio.

ASLAUG: La odio, y el también, la odiaba.

OTTO: Ella lo amaba.

ASLAUG: No.

OTTO: Él todavía la ama.

ASLAUG: ¿Y después?

OTTO: No puedo imaginar más.

ASLAUG: Grito y digo que quisiste violarme.

OTTO: ¡Basta!

ASLAUG: ¿Qué pasó después?

OTTO: Ella amaba el mar.

ASLAUG: ¿Entonces?

Aslaug contiene el llanto.

OTTO: En las noches de tormenta, se levantaba, iba a cubierta, lloraba mirando el mar.

ASLAUG: ¿Vos la espiabas?

OTTO: Una vez la encontré, ella no me vio.

ASLAUG: ¿Lloraba de tristeza?

OTTO: No creo.

ASLAUG: ¿Lloraba en silencio?

OTTO: No.

ASLAUG: ¿Lloraba de placer?

OTTO: Puede ser.

ASLAUG: ¿Gemía?

OTTO: Algo así.

ASLAUG: ¿Gozaba?

OTTO: Creo que sí.

ASLAUG: ¿Se excitaba?

OTTO: No lo sé.

ASLAUG: ¿A vos te excitaba? (*Otto no responde*) ¿Qué sentías, cuando la veías qué sentías?

OTTO: Miedo.

ASLAUG: ¿Yo te doy miedo?

OTTO: Basta.

ASLAUG: ¿Cuándo me ves te doy miedo?

OTTO: ¡Señorita!

ASLAUG: ¡Señora!

OTTO: (*La mira*) ¡Basta!

ASLAUG: ¿A qué le tenías miedo?

OTTO: Era como el mar.

ASLAUG: ¿Traicionera?

OTTO: Profunda, intensa.

ASLAUG: ¿Eso te asustaba?

OTTO: Le tenía respeto.

ASLAUG: ¡Cobarde! (*Otto la mira sorprendido*) ¿Así te decía ella, “cobarde”?

OTTO: ¡Es tarde!

ASLAUG: Mi padre ya se debe haber acostado.

OTTO: ¡Vaya a dormir!

ASLAUG: No quiero.

OTTO: Voy a cerrar la cocina.

ASLAUG: Me quedaré en cubierta.
 OTTO: No puede quedarse sola.
 ASLAUG: Es verdad, es un peligro, si me quedo sola, puede pasar algo terrible.
 OTTO: ¡Cállese, no sabe lo que dice!
 ASLAUG: ¿Y vos sí? ¿Sabés lo que decís? (*Otto no responde*) No podés dejarme sola.
 OTTO: ¡Déjese de jugar!
 ASLAUG: Mi padre no te lo perdonaría.
 OTTO: ¿Qué cosa?
 ASLAUG: Que me dejes sola.
 OTTO: Su padre no me culparía.
 ASLAUG: Claro que sí. Soy su hija.
 OTTO: (*La mira*) Ya lo sé, su hija.
 ASLAUG: ¿Qué?
 OTTO: Usted es todo para él.
 ASLAUG: Lo sé.
 OTTO: El Capitán no va a soportar su ausencia.
 ASLAUG: ¿Qué me querés decir?
 OTTO: Eso.
 ASLAUG: Él está contento. Halvor es muy trabajador. (*Otto no responde*) Yo sé que el apoya mi decisión. Quiere mi felicidad, quiere lo mejor para mí. (*Otto no la mira*) ¿Qué sabés vos? ¿Eh? ¿Por qué decís eso? ¡Contestá! ¿Qué sabés?
 OTTO: ¿El Capitán le dijo que está contento?
 ASLAUG: ¡Sabés que mi padre nunca dice esas cosas!
 OTTO: ¿Usted piensa que lo está?
 ASLAUG: Yo siempre sé lo que le pasa a mi padre.
 OTTO: ¿Siempre?
 ASLAUG: Bueno, casi. ¡Basta! ¿Adónde querés llegar?
 OTTO: Pregunto.
 ASLAUG: ¿Qué querés saber?
 OTTO: ¿Adónde querrá llegar el Capitán?
 ASLAUG: A ninguna parte. A la Patagonia.

OTTO: ¿Y luego?
 ASLAUG: Y luego como siempre.
 OTTO: ¿Como siempre?
 ASLAUG: (*Nerviosa*) ¡Sí, como siempre, la ruta de siempre!
 OTTO: No creo.
 ASLAUG: ¿Y adónde van a ir sino?
 OTTO: No lo sé.
 ASLAUG: ¿Qué querés decirme?
 OTTO: Solo pregunto.
 ASLAUG: ¿Se lo preguntaste a él?
 OTTO: El Capitán no acepta preguntas.
 ASLAUG: Seguirán como siempre, de un lado a otro, sin rumbo, y en el camino irán dejando al resto.
 OTTO: No creo.
 ASLAUG: ¡Nadie puede vivir toda la vida en un barco!
 OTTO: Nosotros sí.
 ASLAUG: Solo vos y él. Los demás no. Ahora se van a aburrir ¿Qué van a hacer? Charlar no creo, capaz se quedan mudos, se olvidan las palabras, qué sé yo, si estás mucho tiempo sin hablar... Van a extrañar el ruido, van a extrañar los toques femeninos que nosotras le pusimos...
 OTTO: Usted nació para vivir en este barco, como nosotros.
 ASLAUG: Mi padre está feliz con mi decisión, siempre quiso lo mejor para mí. ¡Nadie puede ser feliz así! ¡Nadie puede ser feliz... acá! ¿Quién puede elegir este encierro?
 OTTO: Lo mejor es que se vaya a dormir.
 ASLAUG: No quiero. Voy a ir a cubierta a mirar el mar, como siempre.
 OTTO: ¿Como siempre?
 ASLAUG: Me gusta mirar el mar, de noche.
 OTTO: A ella le gustaba, a usted no.
 ASLAUG: A mí también, lo sabés, me espías. (*Otto niega con la cabeza*) Te presiento. (*Otto niega*) Sé que cuando escuchás mis pasos, subís y me espías (*Otto la ignora*) Y gozás conmigo, yo gozo con el mar, y te excita eso... Te excito.

OTTO: Vaya a dormir.
 ASLAUG: ¿O te excita pensar que soy ella?
 OTTO: Hasta mañana.
 ASLAUG: *(Mientras Otto sale)* No podés dejarme sola.
Otto sale por una puerta que se encuentra a la derecha. Allí está su camarote. Pega un portazo.

OTTO: *(Desde adentro)* Sí, puedo.
 ASLAUG: *(Grita)* Te vas a arrepentir.
Ella se acerca a la puerta, posa su rostro contra la madera, trata de escuchar, se desliza hasta quedar sentada en el piso.

ASLAUG: ¿Pensabas que era ella? ¡Soy yo! *(Golpea la puerta, enojada)* ¡Vení, vení acá! ¡A ella seguramente no la dejabas sola! ¡Te escapás! ¡Me tenés miedo! No te preocupes, pronto te vas a quedar solo, con mi padre, como siempre debieron haber estado, solos, los dos, en el medio de la nada, nadie más va a sufrir, no van a tener a nadie para ignorar, para humillar, para torturar... Siempre debieron estar solos, no entiendo por que ella aceptó esta vida. *(Comienza a llorar, el llanto y el volumen van creciendo a lo largo del relato)*. ¿Por qué se castigó así? ¿Por qué me condenó a esto? ¿Por qué me dejó acá sola? *(Grita mirando hacia arriba)* ¿Qué querías, dejar a alguien para que sufra en tu lugar? ¿Eso querías? ¡Me voy! ¡Te salió mal! ¿Querías que tu esposo no se quede solo? ¿No querías sentirte culpable de dejarlo solo? ¡No te salió! ¡Me voy! ¡Vuelo! Podríamos haber sido felices los cuatro, pero me dejaste sola ¿Por qué no esperaste? ¡Sos peor que ellos! ¡Mucho peor! ¡No te importó nada! No te importó que yo sea mujer, no pensaste en todo lo que yo iba a necesitar que me enseñes, no pensaste en nadie, no te importó nada ¡Más egoísta que ellos! ¿Qué querías? ¿Condenarnos a extrañarte? ¿Que vivamos así? ¿Inventándote? ¿Invocándote? ¿Eso querías? ¿Ser el centro? ¡Siempre fuiste el centro, siempre estuviste en el medio, y seguís estando... *(Se para y comienza a arrojar todo lo que encuentra en su camino)* ¡En la

cocina, en cubierta, en la cerveza, en los arándanos, en las sábanas que bordaste, en la vajilla que pintaste, en todos lados estás, tu perfume sigue estando, y nos seguís torturando, y seguís, y seguís! *(Se golpea a sí misma, rompe sus vestidos)* ¡Y no quiero usar más tu ropa, ni tus peines, ni tu sábanas! No quiero más cosas usadas por vos, todo lo usaste vos, todo lo que está en este barco te pertenece, todo, sos vos, “Reina Aslaug” hasta el nombre te pertenece, ¿Qué más querés? ¡Reina Aslaug! ¡Reina Auslaug! *(En un ataque grita y sigue intentando destrozarse todo lo que encuentra en su camino, encuentra un bidón de combustible y comienza a rociar todo)* ¡Reina Auslaug! ¡Reina Auslaug!

OTTO: *(Entra asustado)* ¡Aslaug! *(Los dos quedan mirándose, paralizados)*. ¡Señorita... señora Aslaug!

Se acerca lentamente, ella está en shock, le quita el bidón, la abraza, ella tiembla, llora, comienzan a besarse, se besan apasionadamente, hasta que él la empuja, fuerte, ella cae, silencio. Se miran, desenchajados. Él la mira, en shock. Ella corre hacia él y de un salto se cuelga de su cuello, con las piernas rodea su cintura, él intenta contenerse, caen, se arrastran entre los restos de la comida, la vajilla, y el combustible, él lucha, trata de separarla de su cuerpo pero el deseo es más grande, pasan unos instantes así, se lastiman, se golpean, son como dos salvajes, él vuelve a empujarla, quitándosela de encima y se aparta.

OTTO: ¡Basta!
 ASLAUG: ¡Me amás!
 OTTO: No.
 ASLAUG: Sí, me amás, admitilo, con ella no te animaste.
 OTTO: ¡Basta!
 ASLAUG: ¡Estamos atrapados, ella nos dejó así!
 OTTO: No, ya te vas, se terminó.
 ASLAUG: Vos vas a seguir deseándonos a las dos.
 OTTO: Basta.
 ASLAUG: Y yo también. Y mi padre también. Aunque me vaya, aunque me case, aunque no nos volvamos a ver, sabemos que el deseo va a seguir ahí, torturándonos a los tres, no nos podemos escapar.

OTTO: Basta.
ASLAUG: Ella nos dejó así... Encerrados.
OTTO: No.
ASLAUG: ¡Si!
OTTO: Ella sufrió.
ASLAUG: No, ella se salvó.
OTTO: Ella pagó caro.
ASLAUG: Ella nos dejó presos a los tres.
OTTO: No.
ASLAUG: Y vamos a seguir presos, los tres.
OTTO: Basta. Podés salvarte, te vas.
ASLAUG: Aunque yo me vaya, ustedes dos solos, se van a mirar, y en sus ojos, van a ver reflejado el deseo que los unió siempre, y la culpa, y el secreto.
OTTO: Basta.
ASLAUG: ¡Y la muerte!
OTTO: ¡Basta!
ASLAUG: Y nunca van a hablar, y van a seguir en el “Reina Aslaug” escapando eternamente, sin quedarse más de un día en un lugar fijo, extrañándonos a las dos, invocándonos, y yo voy a ser como ella, una vez más... Omnipresentes, las dos...
OTTO: ¡Basta!
ASLAUG: Y los voy a imaginar, imaginándome, deseándome, pensándome... Y voy a seguir presa de ustedes, de sus deseos...
OTTO: Basta (*Cubre su cara con sus manos, no la mira*).
ASLAUG: (*Continúa rociando todo el lugar, llora, Otto sabe lo que Auslaug está haciendo pero no la detiene*) Porque siempre tiene que haber tres, porque no sabemos ser dos, no nacimos para ser dos, para pensar de a dos, y los tres sabemos que no los puedo dejar, los tres sabemos que no nos podemos escapar, un día alguno de los tres iba a tener que hablar ¡No se puede vivir en el silencio, siempre, no podemos soportar más silencio! (*Luego de haberse rociado se acerca a Otto con una caja de fósforos en la mano*) El “Reina Aslaug” algún día tiene que detenerse, no se puede andar sin

rumbo eternamente, siempre soñamos con una tormenta terrible, siempre buscamos... Siempre quisimos que esto se termine. (*Apoya su cabeza en el hombro de Otto*) Que se termine, por favor. (*Saca algunos fósforos de la cajita*) Regálame esa canción, la que ella me cantaba.

Otto comienza a tararear una melodía, ella se suma, cantan y comienzan a besarse, lloran, la luz baja lentamente.

FIN

Una conducta
inaceptable

Gustavo Monteros

GUSTAVO MONTEROS

Nació en La Plata, pasó su infancia en Catamarca y regresó a su ciudad natal para completar sus estudios secundarios y universitarios. En esta ciudad se formó como actor y director.

Puso en escena obras de su autoría, a veces como actor y otras solo como director. Hasta la fecha estrenó: *Pecados absueltos y olvidados*, *La mala muerte de la dama sin camelias*, *Ídolo de matinée*, *El fantasma de la ópera de París*, *Lunas de ocasión*, *Diario de un cuentero*, *Ganas de embromar*, *Hamlet 2*, *La venganza final*, *Pura coincidencia*, *Niña melindrosa*, *Pasión tormentosa*, *Cabecitas frescas*, *Historia de dos extraños en la veranda de un hotel de verano*, *Señoras, señoritas y señoronas*, *Derrotados por la poesía*, todas las veces bajo supervisión artística de Emilio García Whebi.

Actualmente ensaya la obra *El fin del infortunio*.

Desarrolló la mayor parte de su actividad teatral en la ciudad de La Plata.

> una conducta inaceptable

PERSONAJES

EL ELENCO ESTÁ INTEGRADO POR LOS MIEMBROS DEL HONORABLE CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN DE LA COOPERATIVA DE EDUCADORES 'FLORA LUDOVICA LYNCH'

Presidente: Sra. DALIA Pomposa del Fango (Directora de Primaria)
Vicepresidente: Sra. GLICINA Franca de Postas (Profesora de Educación Física de Primaria).
Secretaria: Srta. ASTROMELIA Acecho (Gerente)
Prosecretaria: Sra. MAGNOLIA Rubio de Tintes (Administrativa)
Tesorera: Sra. ACACIA Silva de Campos (Vice Directora de Primaria)
Pro tesorera: Sra. CAMELIA Pietra de Arroyo (Directora de Jardín)
Vocal Primera: Sra. ALELÍ Inodora de Negri (Profesora de Inglés)
Vocal Segunda: Sra. VIOLETA Turrín de Frondoso (Subgerente)
Vocal Tercera: Srta. JAZMÍN Solano (Maestra de Jardín)
Síndico Titular: Sra. MARGARITA Viscosa de Mango (Maestra de Primaria)
Síndico Suplente: Sra. HORTENSIA Arenas de Rupachico (Profesora de Inglés de Primaria).

Asociados Invitados:

La Sra. HIDRA Trepadora (Profesora de Inglés)

La Srta. NOEMÍ Quintana (Profesora de Inglés y Arte)

El Sr. ELÍAS Peralta (Profesor de Inglés)

Y la participación especial de la señora MELOPEA Stacatto viuda de Allegro (Profesora de Música).

PRIMER ACTO

LA OBRA TRANSCURRE EN LAS INSTALACIONES DE LA ESCUELA FLORA LUDOVICA LYNCH; PRINCIPALMENTE EN LA DIRECCIÓN DE PRIMARIA, LA SALA DE PROFESORES Y EN EL GIMNASIO CUBIERTO, DONDE GENERALMENTE SE REALIZAN LAS REUNIONES PLENARIAS DE SOCIOS. DE AHÍ QUE LA ESCENOGRAFÍA CONTEMPLA DOS PLANOS PRINCIPALES: ATRÁS ALTAS GRADAS EN SEMICÍRCULO; ADELANTE, TAMBIÉN EN HERRADURA, PUPITRES DOBLES, ALGUNOS ESCRITORIOS Y SILLAS VARIOPINTAS. LO DE LAS SILLAS MERECE UNA EXPLICACIÓN. LA FLORA ES UNA ESCUELA PRIVADA Y AL MISMO TIEMPO UNA COOPERATIVA (O SEA UNA COOPERATIVA DE EDUCADORES) Y EN CUANTO TAL RECIBE DE LOS SOCIOS DONACIONES DE MUEBLES QUE ANTES TIRABAN O ARRUMBABAN EN UN DESVÁN. POR LO EXPUESTO, DEBE EVITARSE LA UNIFORMIDAD, SIN CAER

EN LA EVOCACIÓN DIRECTA DE UNA COMPRAVENTA. SOLO DE SER NECESARIO, EN ALGÚN LADO CUADROS DE BELGRANO, SAN MARTÍN Y SARMIENTO, OSCURECIDOS POR EL TIEMPO Y ARRUINADOS POR LA HUMEDAD; Y SOLO SI SE CONSIDERA IMPRESCINDIBLE, CON MÁSTILES O SIN ELLOS, BANDERAS ARGENTINAS, DEL COOPERATIVISMO Y DE LA PROVINCIA.

A UN COSTADO DEL ESCENARIO, EL RINCÓN DE MELOPEA CON SU TECLADITO ELECTRÓNICO, PORQUE ELLA ES, ENTRE OTRAS COSAS, NUESTRA COMENTARISTA MUSICAL. EN EL COSTADO OPUESTO, EL RINCÓN DE HORTENSIA CON SU PODIO, UNA SILLA, UNA MESITA REDONDA, ETC. PORQUE ELLA ES, ENTRE OTRAS COSAS, NUESTRA NARRADORA.

LAS ACTRICES, SALVO CUANDO SE INDIQUE LO CONTRARIO, ESTÁN SIEMPRE EN ESCENA. NUNCA OBSERVAN PASIVAMENTE LAS ESCENAS EN LAS QUE NO ACTÚAN, LAS COMENTAN EN EL OÍDO DE LAS OTRAS, SE PASAN PAPELITOS, CONFORMAN NUEVAS ALIANZAS CAMBIÁNDOSE DE LUGAR : COMLOTAN PERMANENTEMENTE. TAMBIÉN SE VENDEN COSAS UNAS A OTRAS. NO OLVIDEMOS QUE LAS ESCUELAS SON CENTROS IDEALES PARA LA VENTA POR CATÁLOGO: COSMÉTICOS, JOYAS, ROPAS, PERFUMES, ETC., ENCUENTRAN GRAN ADHESIÓN. DE MODO QUE, POR MOMENTOS, PUEDEN MOSTRARSE Y VENDERSE ALGUNAS DE ESTAS MERCANCÍAS.

LLEVAN SIEMPRE CONSIGO LAPICERAS, CUADERNOS, AGENDAS, ANOTADORES, LIBRETAS DE VARIOS TAMAÑOS, CARPETAS, ETC. ALGUNAS LAS LLEVAN OBLIGADAS POR LAS FUNCIONES QUE OCUPAN. ASTROMELIA, POR EJEMPLO, AL SER SECRETARIA HACE PERMANENTEMENTE BORRADORES DE LO QUE DESPUÉS VOLCARÁ EN EL LIBRO DE ACTAS. MARGARITA, QUIEN ES SÍNDICO TITULAR, DEBE TOMAR NOTAS PARA ELABORAR DESPUÉS EL INFORME DEL SÍNDICO. LAS DEMÁS NO ESTÁN OBLIGADAS A ANOTAR NADA PERO POR DEFORMACIÓN PROFESIONAL SUELEN HACERLO. EN LA DOCENCIA SE LLENAN MUCHOS PAPELES Y SE DEBE CONSIGNAR POR ESCRITO MUCHA INFORMACIÓN: NOTAS, FECHAS, COMPLETAR REGISTROS, PARTES DIARIOS, LIBROS DE TEMAS, ETC.

EN LAS ESCENAS QUE SUCEDEN DENTRO DEL HORARIO ESCOLAR, LAS ACTRICES LLEVAN GUARDAPOLVO Y/O UNIFORME (LAS DOCENTES DE PRIMARIA USAN GUARDAPOLVO; LAS DE JARDÍN, PINTOR; ADMINISTRACIÓN, MAESTRANZA E INGLÉS TIENEN UNIFORME PROPIO PARA CADA GRUPO). EN LAS DEMÁS ESCENAS, LAS DOCENTES O BIEN LLEVAN LOS GUARDAPOLVOS ABIERTOS O NO LOS LLEVAN Y SE PUEDEN VER LAS ELEGANTES ROPAS SPORT QUE USAN DEBAJO DE LOS MISMOS. CADA UNA EN SU ESTILO SON MUY COQUETAS, ACICALADAS, ARREGLADAS, CON BUENOS PEINADOS Y MAQUILLAJE IMPECABLE.

CUANDO EL PÚBLICO INGRESA A LA SALA SE OYE UNA SEUDO PROPAGANDA RADIAL DE LA ESCUELA. UNA VOZ DE LOCUTORA DIPLOMADA DICE: DELE UN FUTURO A SUS HIJOS. EL MEJOR FUTURO COMIENZA HOY CON LA MEJOR EDUCACIÓN. ESCUELA FLORA LUDOVICA LYNCH. PRIMARIA. JARDÍN. INGLÉS. ARTE. INFORMÁTICA. DEPORTES. UN AMBIENTE DE ARMONÍA Y CAMARADERÍA ENMARCARÁ EL RIGOR DE NUESTRA SÓLIDA

INSTRUCCIÓN. ESCUELA FLORA LUDOVICA LYNCH. MÁS DE 30 AÑOS AL SERVICIO DE LA EDUCACIÓN.

CUANDO COMIENZA LA OBRA TODAS LAS ACTRICES ESTÁN EN ESCENA: SENTADAS EN LAS GRADAS, PARADAS, CUCHICHEANDO O DEAMBULANDO POR AHÍ. DESPUÉS DE CADA ESCENA EN QUE ACTÚAN, SALVO QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO, VUELVEN A LAS GRADAS.

EN UN COSTADO DEL ESCENARIO, MELOPEA, UNA EMPERIFOLLADÍSIMA PROFESORA DE MÚSICA, DETRÁS DE UN TECLADITO ELECTRÓNICO EJECUTA PERMANENTEMENTE COMENTARIOS MUSICALES: POR EJEMPLO, CADA VEZ QUE DALLIA POMPOSA DEL FANGO ABANDONA LAS GRADAS RUMBO AL CENTRO DE LA ESCENA TOCA LA "MARCHA TRIUNFAL" DE AÍDA.

HORTENSIA: *(Poniéndose de pie, llamando a silencio con un taconeo que remite a un bastonero)* Todo comenzó o terminó en la reunión del 24 de junio. *(Pausa mínima)* Está bien. Ustedes se preguntarán: ¿comenzó todo o terminó todo? *(Encogiéndose de hombros)* Eso resuélvanlo ustedes. Yo soy de Géminis. Me cuesta un trabajo bárbaro ponerme de acuerdo conmigo misma.

El Consejo de Administración abandona las gradas y se ubica en los pupitres. Melopea Stacatto toca la 'Marcha Triunfal' de Aída.

DALIA: *(Una vez ubicada, a Acacia, que le da una pastillita de fruta de una coqueta latita redonda y por elevación a Melopea para que de por terminada la fanfarria)* Gracias. Querida.

Melopea se calza unas potentes gafas para leer y saca de su carterón una revista de desnudos masculinos. Se enfrasca, tanto embelesada, como escandalizada en la contemplación de las fotografías. En otros momentos sacará de su bolso una petaquita de whisky y le dará numerosos besos. Más adelante sacará papel glasé y unas tijeras, cortará pedacitos y se los pegará a la revista. Oportunamente se sabrá qué hace exactamente.

DALIA: La decisión que tenemos que tomar es muy difícil, pero no nos dejaron otra salida: tenemos que votar su expulsión de esta cooperativa.

ACACIA: Digo, pregunto más bien, no podríamos considerar otra alternativa, no sé, qué sé yo, considerar un castigo menos severo.

CAMELIA: Ya lo dijo bien clarito nuestro asesor letrado, el doctor Céspedes, si no imponemos respeto drásticamente, nos va a ser imposible continuar con nuestra administración.

MARGARITA: Yo, como síndico, tengo voz pero no tengo voto. Y si todavía hay dudas al respecto de la expulsión, se los suspende por tres meses y listo.

JAZMÍN: Yo no sé para qué tenemos abogado si no le vamos a llevar el apunte.

ALELÍ: *(Muy en maestra ciruela)* El abogado nos asesora, no nos dice qué es lo que tenemos que hacer.

ASTROMELIA: *(Que como secretaria de actas estuvo tomando nota de lo que decían)* Chicas, no podemos discutir esto eternamente, tenemos que llegar a una resolución.

GLICINA: Si por lo menos insinuaran una disculpa, podríamos reconsiderarlo.

MAGNOLIA: Aunque se pusieran de rodillas, yo no sé si reconsideraría algo.

VIOLETA: Creo que la intransigencia no nos va a llevar a ningún lado bueno.

CAMELIA: Que se hagan cargo de lo que hicieron. Nos insultaron, nos agraviaron, nos denunciaron.

ALELÍ: Si no entendí mal, la ley los habilita a presentar una denuncia.

DALIA: Los trapos sucios se lavan en casa. Qué necesidad había de informar a terceros de nuestras desavenencias.

JAZMÍN: Tendrían que haber agotado la vía interna.

MAGNOLIA: No la agotaron porque aquí adentro nadie les iba a dar la razón.

CAMELIA: Y si alguien se disponía a escucharlos, nosotros íbamos a poner a ese alguien en vereda.

DALIA: Por más que les pese nosotras somos la autoridad constituida. A nosotras nos votaron para estar aquí sentadas. Nosotras representamos a la mayoría de los asociados. Nos pusieron aquí para que resolvamos sus problemas, para que velemos por sus intereses, para que pensemos por ellos.

HORTENSIA: Y ¿si los consultáramos?

DALIA: ¿A quién? ¿A los asociados?

ASTROMELIA: ¿Y traspasarles la responsabilidad porque no nos animamos a tomar una resolución?

ACACIA: No es tan mala la idea. Si los consultamos y están de acuerdo con nosotras, nos quedamos todas más tranquilas.

ASTROMELIA: No, tomemos una decisión y después en todo caso que los asociados nos avalen.

GLICINA: Hay asociados que les tienen simpatía, otros hasta que los quieren, si los consultamos, por ahí hasta los perdonan.

DALIA: Nada de consultas. Nosotras somos la autoridad. Una vez que el plato esté servido se van a comer hasta los cubiertos.

ALELÍ: Yo me abstengo. Son compañeros míos. No puedo ver con claridad qué es lo que hay que hacer con ellos.

ASTROMELIA: Lo que tiene que quedar claro es que sea cual sea la decisión que tomemos, tenemos que tomarla por unanimidad. No deben permitirse ni abstinencias ni votos en contra.

DALIA: Exactamente. Debemos darle al resto de los asociados una imagen de unidad, de cohesión. Que no quede ningún resquicio para la duda.

ASTROMELIA: Propongo, por lo tanto, la exclusión de esta cooperativa de los asociados Elías Pereira y Noemí Quintana por razones a las que le daremos un fundamento legal impecable, después de consultar a nuestro asesor letrado.

ALELÍ: Hablando de Roma, ¿no debería estar presente el abogado?

JAZMÍN: Eso. Y ¿si mejor esperamos al abogado?

ACACIA: Está muy ocupado. No pudo venir a esta reunión.

MARGARITA: ¿Pero le avisaron que nos reuníamos?

VIOLETA: Le dejamos el mensaje a su secretaria.

CAMELIA: Para qué lo necesitamos, si ya conocemos muy bien lo que opina.

MAGNOLIA: Chicas, no tiene sentido que posterguemos más la cuestión.

VIOLETA: Entonces votemos de una vez y listo.

GLICINA: *(Apurándolas)* ¿Alguien en contra?

Pausa. Nadie responde.

ASTROMELIA: Por unanimidad queda aprobada la exclusión. No habiendo más temas que tratar se levanta la sesión.

Vuelven todas, menos Hortensia, a sus lugares en las gradas. Meloepa arremete con la 'Marcha Triunfal' de Aida ya que se retira Dalía. Hortensia se adelanta al proscenio.

HORTENSIA: Esta reunión comenzó a las cinco de la tarde y terminó a las once

de la noche. Como a algún tipo de acuerdo tengo que llegar conmigo misma, diré que fue el fin de una etapa y el comienzo de otra. Pero, mejor historiemos un poco la cuestión. Elías Pereira, quien quedaba ahora excluido de la cooperativa, había ocupado el cargo de la presidencia, antes de que Dalia se lo arrebatara, por escasísimo margen, en una reñidísima elección. Durante nueve años, Elías, como presidente, había trabajado codo con codo con Astromelia y Acacia, quienes ocupaban los mismos cargos que ocupan ahora o sea secretaria y tesorera, respectivamente. Cuando se supo que Dalia se postularía para el cargo de presidente, misteriosamente Astromelia no le dio a Elías los votos de sus adeptas, es más, Astromelia dejó que sus seguidoras votaran lo que quisieran. Algún tiempo después Magnolia ensayó una explicación para este curioso hecho.

VIOLETA: *(Parándose en las gradas y comenzando una narración que compartirá con Magnolia)* Astromelia, Magnolia y yo trabajábamos en Administración. Astromelia y Elías estaban solteros. Como uno era presidente y la otra secretaria, máximos cargos en la conducción de esta cooperativa, todas comenzamos a fantasear con una especie de boda real que los uniera, tanto en la conducción como en la vida.

MAGNOLIA: *(Parándose a su vez)* Como la fantasía se volvía insistente, Astromelia robando la idea de una película que había visto, comenzó a decir que si Elías y ella llegaban a los 35 sin encontrar sus parejas ideales, entonces se casarían.

VIOLETA: Como hasta los 30 Elías vivió cómodamente con sus padres. Entonces decidió independizarse y se alquiló un cómodo departamento. Astromelia, última soltera entre sus hermanos, vivía con su madre. Astromelia y su madre se llevaban a las patadas. Y para colmo de males la madre acababa de separarse de su pareja, que no era por supuesto el padre de Astromelia.

MAGNOLIA: Astromelia, harta, tomó una decisión de la que yo fui testigo directo *(Magnolia se ubica en un pupitre lateral. Astromelia se ubica en uno del centro. Ambas hacen como que trabajan muy concentradas)*.

VIOLETA: Yo no fui testigo directo pero como si lo hubiera sido, mirá.

Hortensia, Violeta y Melopea agrupadas junto al tecladito de Melopea siguen con atención la siguiente escena. Las demás en las gradas también.

ASTROMELIA: Elías *(Entra Elías desde lateral con zapatos de tap, zapateando alegremente)* ¿Cuánto estás pagando de alquiler?

ELÍAS: *(Con sus chapitas contesta: 500 pesos)*

ASTROMELIA: ¿Es un duplex, no?

ELÍAS: *(Con sus zapatos)* Sí

ASTROMELIA: ¿O sea que tiene dos habitaciones?

ELÍAS: *(Con bailoteo)* Sí

ASTROMELIA: Y ¿las usas a las dos?

ELÍAS: *(Las chapitas dicen: sí)*

ASTROMELIA: Bueno, al escritorio lo podés poner en el living.

ELÍAS: *(En su coreografía dice: sí, supongo que sí)*

ASTROMELIA: Mirá, yo con mi vieja no puedo seguir viviendo más. Está insoportable, y no la aguanto. Ahora no tengo tiempo ni ganas de buscar un departamento pero me puedo mudar con vos. Pagamos la mitad del alquiler cada uno y compartimos todos los gastos. *(Persuasiva)* A vos te conviene, te vas a ahorrar un montón de plata. ¿Vos no tenés muchos muebles, no?

ELÍAS: *(Con su zapateo: no, todavía no)*

ASTROMELIA: Yo tengo algunos. Podríamos armar todo para que quede cómodo y bonito.

ELÍAS: *(No muy convencido, dice con sus zapatos: puede ser, discutámoslo en otro momento, ahora tengo que entrar a trabajar)*.

Astromelia vuelve a su lugar en las gradas.

MAGNOLIA: *(Dejando de trabajar, yendo junto a Hortensia, Violeta y Melopea, con clara actitud de chismorreos)* Pero Elías nunca volvió a discutir el tema.

VIOLETA: Hizo muy mal. Tendría que haber aclarado, no sé, contestarle algo.

HORTENSIA: Tal vez no supo como manejar la situación y eligió el silencio.

VIOLETA: El peor camino.

MAGNOLIA: Para mí, lo que le quiso decir es que después de convivir tanto tiempo con su familia quería vivir un tiempo solo. Disfrutar un poco haciendo su vida.

HORTENSIA: Tal vez había alguien más en su vida y no quería que nadie lo supiese.

VIOLETA: ¿Qué, vos sabés algo?

HORTENSIA: Yo no, digo nomás.

VIOLETA: Fue un cobarde.

MAGNOLIA: Y lo pagó caro.

HORTENSIA: Yo no creo que lo que acabamos de ver llevó a Astromelia a motorizar la exclusión de Elías y Noemí. Cuando los echaron, Astromelia ya estaba muy feliz en pareja.

VIOLETA: No te olvides que en la denuncia Noemí y Elías responsabilizaban a Astromelia de manejos turbios. Así que andá sumando.

HORTENSIA: Lo de los manejos turbios sigue sin quedar claro.

MAGNOLIA: De eso mejor no hables porque nos echa tierra a nosotras también.

VIOLETA: Claro, como estamos también en Administración, piensan que somos cómplices de Astromelia.

HORTENSIA: Y ¿lo son?

MAGNOLIA: Astromelia no hizo nada malo así que no somos cómplices de nada.

VIOLETA: Además, estábamos contando lo que contábamos para demostrar que Elías, aparte de la denuncia, ya se la estaba buscando de antes.

HORTENSIA: Entonces, según vos, Astromelia se contradijo en los números para vengarse de Elías por un despecho antiguo.

MAGNOLIA: Astromelia no se equivocó en los números. Elías y Noemí los interpretaron mal.

VIOLETA: *(Un poco molesta, ligeramente violenta)* No saqué más ese tema que ya quedó muy claro.

HORTENSIA: Veremos, veremos. A sus asientos, por favor *(Magnolia y Violeta vuelven a las gradas)*.
Melopea la emprende con 'Aurora' con un gran arrebató emocional.

HORTENSIA: Presenciamos ahora una conversación que tuvo lugar en la Dirección de Primaria.

Dalia y Acacia bajan de la tribuna y ocupan el centro de la escena. Mientras charlan, Acacia sirve café de un termo, lo beben y comen galletitas. Hortensia va al extremo opuesto del que está Melopea.

DALIA: ¿Elías se va a presentar para la reelección de su cargo?

ACACIA: Hasta donde yo sé, sí.

DALIA: Y ¿a vos te parece bien que tenga el cargo durante cuatro períodos consecutivos?

ACACIA: No veo por qué no. No lo hace mal.

DALIA: No todo el mundo piensa lo mismo.

ACACIA: ¿Ah, sí?

DALIA: Camelia, por ejemplo, me decía el otro día que había que sacarlo.

ACACIA: Bah, pero Camelia está enojada porque Elías le cuestionó, que no quedara claro, lo que hacía con el dinero que recolecta en concepto de merienda.

DALIA: Y no solo a Camelia le cayó mal ese cuestionamiento, a todas las otras chicas de Jardín también.

ACACIA: Y... muy claro lo que hacen con la plata no queda.

DALIA: A él nadie le cuestiona lo que hace con la plata del kiosco de Inglés.

ACACIA: Pero él tiene las cuentas clarísimas. Tiene boletas de todo.

DALIA: Eso no quiere decir nada.

ACACIA: Con el control que hay hoy en día, nadie te da boletas si no es por algo.

DALIA: ¿Qué, vos crees que las chicas de Jardín hacen mal uso de la plata?

ACACIA: Y, boletas de todo no tienen.

DALIA: *(Amablemente incisiva)* ¿Entonces vos crees que se la quedan?

ACACIA: Yo no digo eso. Pero si tuvieran todo claro como Elías, nadie podría decir nada de ellas.

DALIA: Para mí son desprolijas, eso es todo. Y Elías es un maniático de la prolijidad y la legalidad.

ACACIA: Y, no está mal que sea así.

DALIA: Exagera. Y ya hay otra gente a la que le cae mal su fanatismo. Hay chicas en Primaria que también quieren un cambio.

ACACIA: Pero si no es él, ¿quién?
 DALIA: Las chicas de Jardín y Primaria piensan que yo puedo ser esa opción.
 ACACIA: Y ¿todas las chicas quieren eso?
 DALIA: Todas no, pero muchas sí.
 ACACIA: Y ¿vos vas a aceptar? ¿Hasta ahora nunca quisiste?
 DALIA: Lo estoy pensando (*Pausa mínima*). Y ¿si me presento vos de qué lado te vas a poner?
 ACACIA: Me dejás helada. A mí me gusta trabajar con Elías pero también me gusta trabajar con vos.
 DALIA: Sí, pero te vas a tener que decidir.
 ACACIA: Y... sí.
 DALIA: (*Con astucia, no atosigando más a Acacia*) Y ¿Astromelia qué irá a hacer? Cuenta con votos cautivos que me interesan.
 ACACIA: Y no sé, últimamente me parece que anda un poco distanciada de Elías.
 DALIA: Y, ¿eso por qué?
 ACACIA: Algo pasó entre ellos. Magnolia sabe qué pasó pero a mí no me quiere decir nada.
 DALIA: Si lo sabe Magnolia, lo sabe también Violeta.
 ACACIA: Seguro, pero a mí tampoco me dice nada.
 DALIA: Lo que pasó, por ahora no me importa. Tarde o temprano nos vamos a enterar. Pero me interesa mucho lo del distanciamiento.
 ACACIA: Pero aunque consigas los votos de Astromelia; Administración, Maestranza, el Departamento de Arte y por supuesto Inglés van a votar por Elías.
 DALIA: Muchos departamentos de esto y aquello pero ¿cuántos votos son? En Primaria y Jardín somos más.
 ACACIA: Pero me dijiste que no todas te van a votar.
 DALIA: Sí, pero a él tampoco todos los de esos departamentos lo van a votar.
 ACACIA: ¿Y vos cómo sabés que no lo van a votar?
 DALIA: Saber lo que se dice saber no lo sé, pero se los puede trabajar.
 ACACIA: Pero él también puede trabajar tus votos.
 DALIA: Él no sabe lo que es competir. En todas las elecciones en las que se presentó era el único candidato.

ACACIA: No sé, hay gente que lo quiere y lo respeta mucho.
 DALIA: Hace mucho tiempo que es presidente. Ocupar el cargo tanto tiempo desgasta, despierta resquemores, desatenciones, recelos. Mirá lo que le pasó con Astromelia.
 ACACIA: Pero ahí hubo algo personal.
 DALIA: No importa. Lo demás también se puede volver algo personal... depende de como una lo use.

Acacia y Dalia vuelven a las gradas.

HORTENSIA: Como ya dijimos esa elección fue reñidísima. (*En las gradas frenéticos corrillos y contra corrillos, alianzas y contraalianzas; el trasfondo de la elección es, en verdad, un auténtico pandemio o más bien un aquelarre*) Dalia le ganó a Elías por dos votos. Astromelia, fuera ya por despecho o por conveniencia, no le dio a Elías sus votos cautivos. Durante meses se comentó esta elección. Se votó, por supuesto, en secreto. Pero por los pasillos trascendió quién había votado a quién. El entrecruzamiento de votos fue notorio. Votos con los que Elías contaba seguro, se pasaron a Dalia y votos que Dalia creía haber conseguido con certeza, se contabilizaron para Elías. Quizá debido a esto, Dalia no propuso ningún cambio fundamental en su administración durante un tiempo. (*Va aplacándose la actividad en las gradas*) Dalia le pidió a Elías que aceptara el cargo de vicepresidente pero Elías no quiso. Dijo que quería alejarse de la conducción por un tiempo, que con la Dirección del Departamento de Inglés ya tenía suficiente. (*Melopea ataca 'Cheek to cheek' Elías y Noemí entran espectacularmente en escena y bailan sobre los pupitres, por las gradas, por todo el escenario a lo Ginger and Fred; eventualmente Melopea se sumerge en 'Qué rico el mambo' de Pérez Prado y Elías y Noemí abandonan el romanticismo de Ginger y Fred y caen virtuosamente en la exuberancia latina*). Razón no le faltaba. Dirigir Inglés no era precisamente moco de pavo. Yo misma antes de transferirme a Primaria, trabajé algunos años en Inglés; y concluyo que coordinar las voluntades, aspiraciones y pretensiones de Adelfa, Nemerosa, Peonía, Alelí, Hidra y Noemí

era una tarea insalubre y peligrosa. Pero Elías pudo comandarlas con éxito mientras todas sintieron que tenían su propio espacio ante él. Un pequeño harén feliz con cada concubina en idénticos rincones mullidos. Pero Elías tenía un secreto: tomaba clases de baile. Y decidió compartir ese secreto con solo una de ellas: Noemí. Y no solo compartió el secreto sino que la hizo participar en él; comenzaron a tomar clases juntos. Y el secreto, ya no fue secreto. Noemí lo divulgó a los cuatro vientos. Y no contenta con eso, las invitó a que los vieran. Todas asistieron al *show* de fin de curso de las clases de baile. Y todas comprobaron lo bien que se llevaban en las distintas coreografías. Y aunque los felicitaron efusivamente a la salida, ya nada fue como antes. Una había sido elegida para tener un rincón mayor y no lo iban a perdonar así como así: *(Regodeándose)* ¡Pobre Elías! Lo que se dice un gran paso en falso. *(La coreografía de Noemí y Elías ha terminado. Las integrantes de las tribunas aplauden a rabiar. Noemí y Elías se quedan cohibidos, como si hubieran sido atrapados in fraganti. Melopea, en cambio, saluda radiante tirando besos. Salen rápidos Elías y Noemí)* Recapitulando: Elías perdió la presidencia ante Dalia, y sus clases de baile con Noemí van a acarrearle serios problemas en el Departamento de Inglés. Y Dalia, quien hasta ahora no había promovido ningún cambio sustancial en su administración, comienza a sembrar sus semillas. Atestigüemos, por ejemplo, lo que pasó en una supuesta reunión de perfeccionamiento docente *(Todas menos Alelí y Violeta bajan de la tribuna y se ubican en los pupitres)*.

DALIA: Ya que uno de los puntos del Perfeccionamiento de hoy es la elaboración de un proyecto de perfil para la escuela, invité a las chicas de Jardín para que lo elaboráramos juntas, porque ellas tienen el mismo punto en su temario.

CAMELIA: Exactamente, y creo que si trabajamos juntas es mucho mejor. *(Las docentes no muy convencidas asienten dibujando una semi sonrisa)*.

ASTROMELIA: *(Sabido que siembra cizaña)* Sea cual sea el perfil que elijamos, de Inglés no zafamos *(Algunas docentes sofocan risitas)*.

CAMELIA: *(Por lo bajo)* Con lo que me gustaría sacármelos de encima.

DALIA: Si queremos, podemos.

ASTROMELIA: *(También por lo bajo)* Y ¿cómo lo haríamos?

ACACIA: *(A las demás docentes, por las dudas las hubieran escuchado)* No les lleven el apunte; es una broma.

JAZMÍN: *(Zorra)* ¿Y tenemos que incluir Inglés sí o sí?

DALIA: Y...por ahora sí.

MARGARITA: *(Haciéndose la boluda)* A mí no termina de quedarme en claro por qué los de Inglés ganan lo que ganan.

GLICINA: Porque son especiales.

ASTROMELIA: *(Ponzoñosa)* Precisamente, son especiales.

ACACIA: *(Contemporizadora)* Eso quiere decir que ellos ganan por cada doce horas de trabajo, lo que ganamos nosotras trabajando veinte. El famoso doce por veinte de los profesores especiales.

JAZMÍN: Pero eso es en el Estado. Esto es privado.

DALIA: Hace tiempo que decidimos equipararnos al régimen del Estado.

CAMELIA: Perdoname, Dalia, pero me parece que va siendo hora de que revisemos esa decisión.

MAGNOLIA: Además ellos no son puramente especiales. Glicina es puramente especial. Ella les da Educación Física a todos los grados.

MELOPEA: *(Desde su lugar)* Yo también, no me olvides.

MAGNOLIA: Vos también. En tu caso Música, claro. A lo que voy, es que tanto Melopea como Glicina trabajan con todos los alumnos, con todos los grados, mientras que los de Inglés se hacen cargo cada uno de un solo grado, como nosotras, las maestras.

MARGARITA: *(Que hace años que lo tiene clarísimo)* A ver si me queda claro, ellos y nosotras ganamos lo mismo, nada más que ellos trabajan doce horas y nosotras trabajamos veinte.

ACACIA: Ellos ganan un puchito más porque trabajan doce horas y media. Hay que hacerles un prorrato por esa media horita más.

ASTROMELIA: Ese puchito por esa media horita, no es tan puchito como vos decís.

MARGARITA: No me parece justo.

Pandemonio. Hablan todas las docentes al mismo tiempo. Se alcanza

a escuchar: *–No es justo, Modifiquémoslo, Son unos aprovechadores– etc.*

MAGNOLIA: Además nosotras trabajamos con treinta alumnos o más, y ellos trabajan a lo sumo con quince alumnos.

ASTROMELIA: *(Cortante)* En el mejor de los casos. Muchos cursos no llegan ni a los quince alumnos.

GLICINA: Encima por nosotras entra doble plata: lo que pagan los alumnos y lo que ingresa por la subvención que nos da el Estado; mientras que por ellos no entra más que lo que les pagan los alumnos.
Pandemonio otra vez.

HORTENSIA: *(Que hasta aquí ha permanecido en silencio)* Chicas, no olvidemos que esta es una cooperativa y que debemos ser solidarias.
Pandemonio peor. Se oye: –Vendida, Vos los defendés porque eras de Inglés, Si te vas a oponer, mejor callate– etc.

DALIA: Chicas, chicas. Hay dos maneras de plantear este problema. O les bajamos el sueldo a ellos o nos subimos el sueldo nosotras.

CAMELIA: O hacemos ambas cosas a la vez.

Pero no se la alcanza a oír porque todas gritan: –Subámonos el sueldo ahora, No esperemos más, Cobremos más ahora– etc.

DALIA: Esperen, esperen. Astromelia, en tu rol de gerente, te pregunto: ¿estamos en condiciones de subirnos el sueldo y seguir cumpliendo con el resto de nuestras obligaciones?

ASTROMELIA: Y...por ahora sí.

Vuelven todas muy contentas a sus gradas, menos Hortensia y Dalia.

DALIA: *(Que se ha quedado última juntando sus papeles)* No parece que estés muy contenta.

HORTENSIA: Contenta por la plata, sí. Pero me da cierta desconfianza cambiar una escala de sueldos que funcionó hasta el momento, con tan poco análisis, con tanta ligereza.

DALIA: No te preocupés. Si lo podemos hacer, es decir, si contamos con los votos como para hacerlo... ¿por qué no hacerlo?

HORTENSIA: *(Insistiendo)* Así como así, sin medir las consecuencias.

DALIA: Qué importa. Cuando lleguen las consecuencias hacemos que las

paguen otros y listo. *(Guiñándole un ojo)* Esa es la gracia de ocupar un cargo *(Sale y Melopea la acompaña con su marcha).*

HORTENSIA: Y aunque Elías se desgañitó esgrimiendo razones y señalando contradicciones, Dalia igual consiguió el aumento para las docentes de Primaria y Jardín. Y no solo obtuvo el aumento para las docentes de grado, sino también para las docentes especiales. *(Melopea se pone una corona de laureles y saluda como desde una carroza).* Y así, en palabras de Elías, las docentes especiales de Primaria y Jardín pasaron a ser las especiales más especiales. *(Melopea a la vez que toca el “Can-can” lo baila).* Participemos ahora de una interesante conversación que tuvo lugar en Dirección de Primaria *(Melopea se quita rauda la corona y ataca con la marcha triunfal. Dalia, Acacia y Camelia se acomodan en los pupitres).*

DALIA: *(Elegiendo un bombón de una caja que está en frente suyo)* ¿Vos te acordás de cuando Inglés estaba a la mañana y Primaria a la tarde?

ACACIA: Eso era de cuando estaban en la otra sede, yo entré a trabajar cuando estaban aquí, y Primaria ya funcionaba a la mañana.

CAMELIA: *(Con un bombonazo en la boca)* Yo soy más joven, así que ni me acuerdo.

DALIA: Las de Inglés eran inaguantables. Se creían unas reinas. Nos trataban a las demás como si fuéramos sus sirvientas.

ACACIA: Te parecería a vos.

DALIA: Se venían emperifolladas con pieles y sombreros. Se conocían todas las reglas de urbanidad y las usaban para poner a todo el mundo en un nivel de inferioridad al suyo. Andaban siempre indicándote cómo comportarte en cada situación y vos te sentías como una paisana recién llegada al centro. No había forma de ganarles. Estabas siempre en falta. Te humillaban continuamente. Me acuerdo de haber llorado de la impotencia. La nobleza, les decíamos. Yo me sentía pobre, tonta y bruta.

CAMELIA: Y ¿por qué renunciaron?

DALIA: Cuando las de Primaria fuimos más y les cambiamos el horario resolvieron irse porque el aire se les hacía irrespirable por nuestros

perfumes baratos. Cuando por fin confiábamos en que las haríamos morder el polvo, las muy oligarconas se fueron.

ACACIA: Pero las que las reemplazaron eran macanudas. Todas muy sencillas y humildes.

DALIA: Condescendientes nomás. Escondían las garras detrás de falsa sencillez y humildad.

CAMELIA: ¿Queda alguna de esa camada?

ACACIA: Si mal no me acuerdo, Alelí y Peonía son de esa tanda.

DALIA: Cambiamos la tiranía de los modales nobles por la tiranía de la ilustración y la cultura. Las progresistas mentes universitarias.

ACACIA: No es para tanto.

DALIA: Puede que a vos no te importe, pero a mí cada vez que dicen que son universitarios, que tienen título universitario, se me da vuelta el hígado.

CAMELIA: No sé si tan fuerte, pero a mí me pasa algo parecido.

ACACIA: Se lo toman muy a la tremenda.

CAMELIA: (*Suspirando*) Al menos tenemos título terciario.

DALIA: Yo, ni siquiera eso. Soy de la época en que te recibías de maestra terminando el secundario.

ACACIA: Yo también, pero eso no me hace menos que nadie.

DALIA: Por ahí vos tenés menos orgullo. Pero a mí que me refrieguen lo que no soy me revuelve las tripas.

CAMELIA: Yo, a Elías, lo tengo entre ceja y ceja, pero no me parece que ande por ahí refregando su cultura.

DALIA: Eso es lo que vos creés. ¿No te das cuenta con la superioridad con que camina, con el aire de suficiencia con que mira, con la altivez con que habla, de cómo elige las palabras, con soberbia casi? Me subleva la precisión con la que escribe. Detrás de su supuesto encanto, sólo hay orgullo y pedantería.

ACACIA: (*Mordaz*) Tu disgusto te mejora. Cuando hablás de él, te ponés muy elocuente.

DALIA: No le echés leña al fuego, vos.

ACACIA: Era un chiste, ¿no te diste cuenta?

CAMELIA: Es cierto, últimamente perdés el humor cuando hablás de Elías.

ACACIA: Debe ser el estrés que le quedó de la correspondencia trunca.

CAMELIA: Y ¿eso qué es?

DALIA: Exageraciones de Acacia.

ACACIA: Después de que le ganó la elección a Elías, no me acuerdo debido a qué, Elías le empezó a dejar unas notas en las que le explicaba cosas. A él le parecerían notas intrascendentes escritas a las apuradas, pero eran en realidad cartas antológicas en su fluidez y belleza de estilo. Dalia comenzó a sentir que se lo hacía a propósito, que no era que le salían así, de una, sino que las trabajaba para desafiarla a que lo supere. Y entonces en vez de contestar inmediatamente a lo que le decía, se ponía afanosamente a intentar superarlo. Y a todo esto, él ni se daba cuenta de lo que a Dalia le costaba contestarle.

CAMELIA: Y ¿por qué dijiste que quedó trunca?

ACACIA: Porque Dalia le pidió que no le escribiera más. Que cualquier cosa la entrevistara personalmente.

CAMELIA: Pero si podías contestarle a su altura, ¿por qué decirle que la corte?

DALIA: Porque no tenía tiempo para andar enfrentando desafíos inútiles.

ACACIA: El desafío nunca existió. Eran ideas tuyas porque te encantaba la impecabilidad de su estilo.

DALIA: (*Amoscada*) ¿Entonces por qué te dijo lo que te dijo?

CAMELIA: ¿Qué, dijo algo?

ACACIA: Un día me comentó que era una lástima que Dalia no le escribiera más porque le encantaban sus cartas.

DALIA: Ves, ves, me estaba sobrando.

ACACIA: Ni ahí. A vos te gusta ver pelos en la sopa hasta cuando el cocinero es pelado.

DALIA: Vos sos una ingenua del año cero.

CAMELIA: Yo entre ser ingenua y desconfiada, prefiero ser desconfiada. Así nunca te van a agarrar desprevenida.

HORTENSIA: Gracias, chicas. (*Vuelven las tres a las gradas*) Como dice Shakespeare: cuando la testa coronada odia algo, no tarda la corte en odiar lo mismo. (*Se ríe*) Mentira. Shakespeare nunca dijo una perogrullada semejante. Pero me pareció que si le atribuía a él esta

idea mía, prestarían más atención. Ya sea porque la idea sea cierta o porque no hay nada más fácil que contagiar el resentimiento, la cosa es que aunque hayas entrado ayer a Primaria o Jardín, no tardás ni un segundo en sentir una tirria histórica a los de Inglés. *(Pausa)* Para que la situación se comprenda mejor, va a ser necesario explicar en detalle algo que se mencionó al pasar. *(Desenrolla un gráfico)* Perdón, no puedo dejar de ser docente. La escuela Flora Ludovico Lynch se divide en varios departamentos. Tenemos el departamento Primaria o E.G.B., el departamento Jardín o preescolar –que son los que más asociados tienen–, el departamento de Arte –donde se imparten nociones de plástica, teatro, murga, danzas españolas, etc.– y el departamento de Inglés –aquí concluye nuestro recuento de departamentos educativos–. Está también el departamento de Administración que se ocupa de la contabilidad, control de gastos, etc. Y el departamento de Maestranza que se ocupa tanto de la limpieza como de la cocina, porque nuestra escuela brinda servicio de comedor, *(Propagandística)* sí, sus hijos pueden comer en la escuela. Bien, esta línea verde separa a los sectores subvencionados de los no-subvencionados. ¿Qué es esto exactamente? *(Muy en maestra ciruela)* El Estado Argentino otorga una ayuda económica *(Con la mano hace el gesto de dinero)* o subvención a las escuelas privadas –sean laicas, como esta, o religiosas – que imparten enseñanza oficial o sea E.G.B. o Primaria o Jardín o Pre-escolar. El otorgamiento y/o recibimiento de esta subvención condiciona el importe de la matrícula a cobrar. *(A alguien en la platea)* No te preocupes. Ya te explico. Te da subvención pero te fija el importe de la cuota que vos le cobrás al padre del hijo o sea tu alumno. De todos los servicios que brinda nuestra escuela, ingresa a nuestras arcas dinero por Primaria, Jardín, el departamento de Arte, Inglés y Comedor. Por Administración y Maestranza no ingresa dinero directamente, puesto que no son departamentos productivos. Pero, y he aquí el problema, por Primaria y Jardín hay un doble ingreso: el que

entra por lo que paga el padre y el que entra por la Subvención o sea la ayuda económica del Estado. *(Nuevo gesto de dinero)* Y eso, querido público, en un lugar donde el resentimiento se extiende como pólvora en el reguero, no puede sino traer problemas y más problemas. *(Pausa mínima)* Adelante Dalia e Hidra Trepadora.

- DALIA: Me encanta que hayas venido a charlar conmigo.
- HIDRA: Hablar con vos siempre me da como emoción. No puedo olvidarme que más allá de que por las vueltas de la vida, hoy te pueda tratar de igual a igual por cuestiones de trabajo, hubo un momento en el que fuiste mi maestra y yo tu alumna.
- DALIA: Estábamos entonces en la sede de la vieja Flora Ludovica Lynch.
- HIDRA: ¡Qué lindo que era! Inglés estaba a la mañana y Primaria a la tarde. Y teníamos un uniforme precioso con capelina y todo.
- DALIA: *(Irónica y dolida)* Yo siempre recuerdo esa época con tanto cariño. *(Recuperando el control después de su manifestación de odio)* Y a mí también me emociona tener trabajando aquí con nosotras a dos ex alumnas.
- HIDRA: Sí, Noemí y yo.
- DALIA: Encima de la misma promoción. ¿Porqué vos y ella estaban en el mismo grado, no? Eran, como se dice habitualmente, compañeritas de banco.
- HIDRA: Tanto como compañeras de banco, no.
- DALIA: *(Pretextando ingenuidad)* ¿Qué, no se llevaban bien?
- HIDRA: Viste cómo son los chicos. Éramos muy diferentes. Digamos que no nos llevábamos ni bien ni mal.
- DALIA: ¿Y ahora?
- HIDRA: *(Mundana)* Yo creo que cambié mucho pero ella sigue igual.
- DALIA: Pero ¿vos cómo dirías que se llevan?
- HIDRA: *(Escondedora)* En líneas generales, a mí no me gusta hablar mal de mis compañeras de trabajo.
- DALIA: *(Divertida)* Pero siempre se pueden hacer excepciones.
- HIDRA: *(Haciéndose de rogar, pero no mucho)* Bueno, como te dije, en líneas generales no me gusta pero...
- DALIA: Pero...

HIDRA: Es impulsiva, chillona, siempre queriendo sobresalir.
 DALIA: Una pesada.
 HIDRA: Más que pesada, indigerible.
 DALIA: ¿Y Elías cómo la lleva?
 HIDRA: *(Diplomática)* Y...Elías lleva muchos años en la dirección.
 DALIA: Maneja entonces la situación con solvencia.
 HIDRA: Yo no diría tanto.
 DALIA: *(Astutísima)* Me contaron que bailan bárbaro. Vos fuiste a verlos, ¿no?
 HIDRA: *(Arrinconada)* Sí, fui.
 DALIA: *(Relamiéndose porque la presa es suya)* Este año si hacen *show* de fin de año, no me lo pierdo ni loca.
 HIDRA: Mirá, desde que bailan juntos, es como si Noemí fuera la niña de sus ojos.
 DALIA: Y a vos eso te pone celosa.
 HIDRA: A mí no, pero a algunas de las otras chicas, sí.
 DALIA: ¡Qué lástima que una pavada como esta interrumpa una relación tan fluida, como la que tenían ustedes con Elías!
 HIDRA: Aunque con Elías tenemos la misma edad, ahora es como si estuviera chocho, gagá, como que se le cae la baba porque Noemí baila bien.
 DALIA: Por ahí es un deslumbramiento pasajero.
 HIDRA: No creo, para ser pasajero le dura ya mucho tiempo.
 DALIA: En un punto te sentís defraudada.
 HIDRA: No sé si tanto. Después de todo son cosas ajenas al trabajo en sí.
 DALIA: Y entonces, ¿cómo definirías el problema?
 HIDRA: *(Liberándose)* Elías se agotó. Ya dio lo que tenía que dar. Hoy por hoy la Dirección le queda grande. Convendría renovar.
 DALIA: *(Rápida)* Nada más fácil.
 HIDRA: Para vos que lo ves de afuera.
 DALIA: Pero, chiquita, tenés todo en tus manos. Noemí agrandada por su éxito, Elías distraído por lo mismo, las chicas molestas y celosas. Con remover un poco el avispero, listo.
 HIDRA: Lo voy a pensar.
 DALIA: No es momento de pensar, hay que actuar. *(Pausa mínima. Se oye*

el tañido de una campana: comenzó el recreo) ¿De qué me querías hablar?

HIDRA: De si podía tomar algunas horas de inglés en Primaria, Hortensia tiene acumuladas más horas de las que son aconsejables.
 DALIA: Chiquita, si hacés lo que tenés que hacer, no vas a necesitar quitarle horas a Hortensia. Vas a ganar mucho más y vas a tener muchos menos problemas.
 HORTENSIA: *(Juguetona)* Gracias, mis amores. *(Dalia vuelve a la tribuna e Hidra desaparece momentáneamente por bambalinas)* Hidra siguió el consejo de Dalia al pie de la letra. Soliviantó, socavó, sublevó, serruchó, movió el piso, el avispero, todo. No descansó hasta que logró su objetivo. Las chicas de Inglés le armaron a Elías un despelote tras otro, hasta que al final Elías, harto de tanto quilombo, renunció... *(Entra Elías disfrazado de Mister Chips y baila 'La Canción del Adiós', ni bien sale Elías, al público, muy en maestra)* Y ¿quién fue la nueva directora? Sí, Hidra Trepadora. Y Dalia, con Inglés dividido y debilitado y con una cómplice a la cabeza, agitó como nunca la inquina de los subvencionados contra los no subvencionados *(Meloepa ejecuta la marcha de 'El Puente sobre el Río Kwai' mientras el Consejo en pleno se posiciona en los pupitres)*.
 DALIA: *(In crescendo)* Yo siempre me caractericé por ser una persona tranquila y equilibrada. Procuero analizar un problema desde todos los ángulos, me pongo en el lugar de los otros; pero cuando los otros no se ponen en el lugar de uno y se aferran con uñas y dientes a privilegios injustamente concedidos, pierdo la medida y me dejo dominar por una sed de justicia que no voy a aplacar hasta que esté saciada. ¿A ustedes les parece que Inglés debe ganar lo que gana, cuando tienen cada vez menos alumnos? En algún momento se estableció que cada curso de Inglés debía contar con quince alumnos. Cuando no pudieron contar con ese cupo, se les permitió funcionar siempre y cuando la suma de todos sus alumnos, divididos por el número de cursos, diera quince de promedio. ¿Saben ahora cuánto da dicho promedio? Siete. Ni

siquiera la mitad (*Hortensia aprovecha que Dalia va a tomar aire para interrumpirla*).

HORTENSIA: No te olvides que a pesar de sus numerosos pedidos, no se les permite gastar en ningún tipo de publicidad.

DALIA: ¿Y el boca a boca? Mirá como a nosotras nos funciona.

HORTENSIA: Pero nosotras tenemos como 500 alumnos y ellos como 150. Además la nuestra es enseñanza oficial obligatoria y la de ellos no.

ASTROMELIA: (*Metiendo baza*) Y no es cierto eso de que no se les da publicidad. Cada principio de año les pagamos un aviso.

HORTENSIA: Una botella al mar. Tienen que competir con todos los institutos de inglés que publicitan agresivamente en los diarios, las radios, la vía pública.

DALIA: Si fueran tan buenos como dicen, la gente vendría.

ACACIA: (*Amable*) Son buenos.

MARGARITA: Pero los alumnos no aparecen.

MAGNOLIA: De todos modos la cuestión es otra.

CAMELIA: Sí, la cuestión es: si cada uno de ellos tiene cuatro alumnos, ¿tienen que ganar lo que están ganando?

VIOLETA: Y... hay una estructura, derechos ganados.

JAZMÍN: Y a vos, ¿eso te parece justo?

GLICINA: (*Sardónica*) Si tienen la mitad de alumnos, que ganen la mitad del sueldo.

ALELÍ: (*Anonadada*) ¿Hablás en serio?

ASTROMELIA: (*Hipócritamente solidaria*) Como esto es muy violento para Alelí, que es parte interesada, porque pertenece a Inglés, yo propongo que la invitemos a retirarse, así podemos hablar sin tapujos y ella no sufre.

HORTENSIA: Pero podría darnos su opinión, no sé, escuchar la discusión para trasladarla al Departamento de Inglés, así ellos elaboran la defensa de su posición.

GLICINA: (*Agresiva*) ¿Para qué?, con lo que ya sabe le alcanza.

JAZMÍN: (*Componedora*) Además hoy no vamos a resolver nada, vamos a enunciar el tema nomás.

CAMELIA: A mí lo que dice Astromelia me parece bien, no veo por qué Alelí tiene que pasar por toda esta violencia; pero también me parece

razonable lo que dice Hortensia, entonces digo, para evitarnos nosotras tener que resolverlo, ¿por qué no decide Alelí si se queda o no?

MARGARITA: (*Entusiasta*) Sí, que lo resuelva Alelí.

JAZMÍN: (*Intencionada*) ¿A vos te gustaría irte o quedarte?

ALELÍ: (*Las mira a todas, menos Hortensia las demás le sonríen falsamente*) Bueno...

ASTROMELIA: (*Ladina*) No te tenés que ir. Lo mío era una sugerencia para tu propio bien.

ALELÍ: (*Cohibida*) Sí, gracias.

ACACIA: (*Harta de la situación*) Quedate (*Dalia la codea*).

VIOLETA: No te queremos apurar pero, ¿te vas o te quedás?

ALELÍ: (*Junta sus cosas*) Mejor me voy. Chau, chicas (*Vuelve a las gradas, las demás la despiden con desinflados chaus*).

HORTENSIA: ¿Por qué querían que se fuera?

ASTROMELIA: (*Misteriosa*) Por lo que dijimos, ¿por qué más?

MAGNOLIA: (*Haciéndose la distraída*) ¿En qué estábamos?

GLICINA: (*Punzante*) En que ganaran la mitad.

HORTENSIA: Digo, si les bajamos el sueldo aunque sea un porcentaje, vamos a tener unas situaciones horribles, ¿no es más fácil ponernos en campaña y conseguirles más alumnos?

JAZMÍN: ¿Y ellos? ¿Por qué no se los consiguieron ellos?

HORTENSIA: ¿Alguien les avisó, por ejemplo, de que si no daban el promedio se les iba a tocar el sueldo?

VIOLETA: ¿Y ellos, qué? ¿No se daban cuenta de que tenían cada vez menos alumnos?

MAGNOLIA: Por ahí pensaban en que los íbamos a becar hasta la eternidad.

MARGARITA: Lo que pasa es que son unos vagos, les encanta trabajar con cuatro alumnos; es cómodo, no tienen problemas, ¿para qué se iban a preocupar?

HORTENSIA: Y ¿si les damos un plazo?

ASTROMELIA: (*Seria*) Sí, para que piensen qué porcentaje les parecería justo que les descontemos.

HORTENSIA: (*Descorazonada*) No, yo decía un plazo para que recuperen alumnos.

ACACIA: No tenemos tiempo.

HORTENSIA: ¿Cómo que no tenemos tiempo? No les podemos descontar de un día para el otro. Si gana la propuesta del descuento...

DALIA: *(Interrumpiéndola, después de haber disfrutado ampliamente de esta discusión sin haber tenido que abrir la boca)* Eso dalo por hecho.

HORTENSIA: Bueno, igual hay que discutir, consensuar, darles tiempo a que presenten contrapropuestas, etc. Y eso va a tomar tiempo. Digo, en vez de hacer todo esto, por qué no utilizamos ese tiempo en ver si recuperamos alumnos.

MAGNOLIA: Porque el tiempo de la discusión es mucho menor que el tiempo de la recuperación de alumnos.

HORTENSIA: Puede ser, pero al menos es más constructivo.

VIOLETA: Hay que hacer lo que hay que hacer.

HORTENSIA: *(Insistiendo)* Pero Elías, en su último año como director, logró un repunte de matrícula.

ASTROMELIA: Un repunte insignificante.

HORTENSIA: Pero un repunte al fin.

MARGARITA: Pregunto: ¿alcanza un repunte pequeño?

CAMELIA: No, no alcanza.

HORTENSIA: Entre paréntesis, ¿por qué el consejo no le pidió a Elías que reconsiderara su decisión de renunciar?

JAZMÍN: Es un hombre grande. Supongo que sabe lo que hace.

HORTENSIA: Pero es que ni le preguntaron por qué se iba tan de repente, después de un desempeño tan brillante.

ASTROMELIA: *(Glacial)* En el último tiempo no era tan brillante.

HORTENSIA: De todos modos creo que era mejor que Hidra.

CAMELIA: Tomó una decisión, y se la respetamos.

ACACIA: Es muy responsable. Si consideró que era lo mejor, él sabrá por qué.

GLICINA: Pero no nos vayamos por las ramas. Elías ya no tiene nada que hacer en estas discusiones.

HORTENSIA: Pero sigue estando en Inglés.

DALIA: Una opinión más. La representatividad la tiene la directora.

HORTENSIA: ¿A vos te parece que Hidra representa los intereses de todo el departamento de Inglés?

MARGARITA: Elías renunció. Hidra se hizo cargo de la dirección. Punto.

JAZMÍN: Estoy hasta la coronilla de Elías, díganme de una vez ¿por qué hay que bajarles el sueldo a los de Inglés?

VIOLETA: Porque Primaria y Jardín recibieron un importante aumento de sueldo el año pasado.

HORTENSIA: *(Increpando a Astromelia)* Pero vos dijiste que se podía pagar sin ningún perjuicio a las otras obligaciones.

ASTROMELIA: *(Muy calma)* Por ahora se puede, pero puede que en un tiempo, no.

VIOLETA: Es irrevocable achicar gastos.

HORTENSIA: Pero lo de ellos es sueldo, no gastos.

MAGNOLIA: Desde nuestro punto de vista es gasto.

MARGARITA: ¿Vos qué querés? ¿Qué te bajen el sueldo a vos y que ellos sigan ganando una fortuna cuando les enseñan a cuatro alumnos?

JAZMÍN: Entendelo bien: o ellos o nosotros.

HORTENSIA: Por eso querían que se fuera Alelí, para que no se entere Elías de que esta no es una cruzada de principios sino un vulgar achique de gastos.

CAMELIA: Algo así.

HORTENSIA: Pero Elías se va a dar cuenta igual.

ACACIA: Es probable, pero si motivamos bien a la gente, se va a dar cuenta un poco tarde.

ASTROMELIA: *(Picada)* Por ahí ni participa de la discusión, anda tan entretenido últimamente.

DALIA: *(Cortante)* No creo que tengamos esa suerte.

JAZMÍN: Pero aunque lo planteemos como lo que verdaderamente es, ¿qué problema hay?

MARGARITA: Lo de ellos es insostenible. Hay que descontarles.

HORTENSIA: Se supone que sos el síndico, que tenés que defender los intereses de todos los asociados.

MARGARITA: Defiendo los intereses de Primaria por sobre los de Inglés, que llevan años aprovechándose de sus derechos.

HORTENSIA: No creo que adoptar esa postura signifique ejercer bien el cargo.

DALIA: *(Acicateando a Hortensia)* Y ¿vos creés que lo ejercerías mejor? Si

es así, ¿por qué no le pedís la titularidad?

HORTENSIA: No, gracias. Prefiero seguir de suplente, que sea ella la que avale el zafarrancho que están por hacer.

MARGARITA: Claro que lo voy a avalar y a mucha honra.

Las demás acotan: —así se hace, bravo Margarita, dales duro Margarita— etc.

HORTENSIA: *(Parándose y acercándose al proscenio)* Nunca palabras mías fueron tan proféticas. Se armó un zafarrancho...de aquellos. Pero se lo contaremos después del intervalo *(Las demás suspiran aliviadas)*.

Antes de salir, Meloepa muestra su trabajo manual: estuvo haciendo bonitos taparrabos para los desnudos de su revista. Toca un trémolo triunfal y sale. Unos asustadísimos Elías y Noemí cruzan raudos el escenario.

Fin del Primer Acto.

SEGUNDO ACTO

ENTRAN TODAS Y SE UBICAN EN LAS TRIBUNAS. CONVERSAN EN VOZ ALTA, NO TERMINAN DE UBICARSE. HORTENSIA EN UN COSTADO DEL ESCENARIO, ESPERA. MELOPEA SACA DE SU CARTERÓN UNA REVISTA DE DESNUDOS FEMENINOS ESTA VEZ. SACA TAMBIÉN SUS TIJERAS Y PAPEL GLASÉ Y SE APLICA A SU TAREA.

HORTENSIA: *(Taconeando para llamarles la atención)* Cállense de una vez. No ven que vamos a empezar. *(Las de las gradas obedecen, modositas)* ¿Lista, Meloepa? *(Meloepa asiente ostensiblemente pero continúa absorta en su manualidad)* Como les decía se armó un zafarrancho de aquellos. *(Entran Elías y Noemí, él, disfrazado de gaucho y ella, de paisanita. Bailan un furioso malambo y zarandeo, acompañados por una ahora apasionada Meloepa. Las de la tribuna marcan el ritmo con las manos o los pies. Cuando salen Elías y Noemí, aplauden encantadas)* Dalia y sus secuaces querían bajarle el sueldo a los de Inglés, utilizando el argumento de que estos tenían muy pocos alumnos y así evitar, en lo posible, que se supiera el verdadero motivo; que no era otro que para poder pagarse ellas el

aumento otorgado, no les quedaba otro remedio que descontarles el sueldo, sí o sí, a los de Inglés. *(A la platea, cómplice)* ¿Queda claro o les hago un gráfico? Bueno. Algo así como: para tener yo más es necesario que otros tengan menos. Para lograr este noble propósito, hicieron acopio de toda la parafernalia a su disposición. Comenzaron creando una presión social apabullante. Los pasillos hervían con la consigna: ¿a vos te parece que los de Inglés ganen lo que ganen trabajando con apenas cuatro alumnos? Los alumnos no eran cuatro, pero si se decía la cifra exacta se acababa el efecto dramático. Pretendían que los de Inglés se murieran de vergüenza y se descontaran solos. A punto estuvieron de lograrlo, pero Elías, secundado por la ágil Noemí, no daba el brazo a torcer. Para aventar más el incendio, el contador Algarrobo y la gerente Astromelia Acecho decidieron hacer un estudio que no traería sino problemas.

ASTROMELIA: *(Adelantándose y colocándose frente a un pupitre que adquiere por algún truco escenográfico el aspecto de un podio o un púlpito)* Este es un estudio de rentabilidad muy simple. *(Muestra)* En estas columnas están los ingresos de cada sector productivo; en estas, todos los gastos de la cooperativa, aplicados proporcionalmente a cada sector. Aquí abajo tenemos las variables, según apliquemos distintos volúmenes de gastos. Según estas variables, el Departamento Primaria o E.G.B. da todos sus números en azul. *(Aplauden a rabiar las de Primaria)*. El Departamento Jardín o Pre-escolar da dos variables en azul y una en rojo. *(Aplauden algunas menos entusiastamente que antes)*. El departamento de Arte da dos en azul y dos en rojo *(Aplausos muy tibios)*. Y el Departamento de Inglés *(Meloepa hace musiquita de suspenso)* da todas sus variables en rojo. *(Todas expresan su disconformidad apasionadamente, cual si estuvieran en una cancha)*.

VIOLETA: *(Entrando rauda desde cajas, con un papel en la mano, casi sin aliento)* El contador Algarrobo, quien se encuentra realizando el balance del año pasado, nos adelantó telefónicamente que este año el resultado final será de pérdida tremenda *(Trémolos de Meloepa)* debido a los más que desfavorables números de Inglés.

(Todas reaccionan escandalizadísimas).

MAGNOLIA: *(Paseándose por las gradas, en evidente actitud de sembrar cizaña)*
Por si no sabían, los de Inglés hacen las fotocopias en la fotocopidora más cara de la ciudad. No se la cobran a los alumnos y aumentan así escandalosamente su nivel de egresos. Un auténtico despilfarro.

Lisa y llanamente todas se desgarran las vestiduras. Extrañamente Melopea no acompañó el escándalo con fanfarria alguna, terminado el pandemonio, todas se dan cuenta y la miran inquisidoramente. Melopea busca en su carterón un papel, lo saca, está arrugadísimo, lo plancha parsimoniosamente, carraspea y dice:

MELOPEA: Punto 1- El estudio de rentabilidad era fraudulento. Los ingresos de Primaria estaban groseramente sobredimensionados, y los egresos, disminuidos. De haberse consignado correctamente, todas las variantes hubieran dado un bonito rojo carmesí. Las variables en azul de los Departamentos de Arte y Jardín estaban mentidas. De hacerse el estudio correctamente, todas las variables de todos los departamentos darían un rojo profundo. *(Todas se hacen las osas, miran al techo, se liman las uñas, etc.).*

Punto 2- El Balance arrojó un saldo favorable, acrecentado por lo que aún debían los padres morosos.

Punto 3- Las fotocopias son caras y las mejores del mercado. Y no es cierto que los alumnos no las paguen: están incluidas en la cuota.

Melopea le tiende el papel a Hortensia. Dalia baja raudamente de las gradas, lo intercepta y se lo guarda en el bolsillo.

DALIA: Melopea, querida, te dije alguna vez que sos una pianista extraordinaria, sos un auténtico lujo para esta institución. Lo tuyo son las teclas, no los números.

MELOPEA: Hay una relación directa entre la música y las matemáticas.

DALIA: *(Abrazándola dulcemente)* Lo que vos quieras, querida, pero si no querés problemas, seguí con el piano y la censura gráfica, y la vida te va a sonreír. Y por favor, no te me cruces porque no voy a ser tan amable la próxima vez.

Melopea toca "La Danza de los Pequeños Cisnes" y Dalia le da a

entender a las otras que está todo bien. Dalia vuelve a las gradas.

HORTENSIA: Las de Inglés estaban listas para tragarse el batracio, que Dalia y sus secuaces estaban por darle. Pero Noemí y Elías no querían tragarse ni siquiera un renacuajo y discutían hasta el logaritmo de cada número que presentaban Astromelia y Algarrobo. Las virulentas discusiones llegaban siempre a un callejón sin salida. El asesor letrado y el asesor contable, o sea el abogado Céspedes y el contador Algarrobo, estimaban que lo ideal sería que los de Inglés no solo aceptaran el descuento sino que fueran ellos mismos, los de Inglés, los que propusieran un descuento y lo aceptaran. Con sus buenas o malas artes; según de donde se las mire; Hidra Trepadora logró que las de Inglés, menos la pareja danzante, claro está, presentara una propuesta. Y así, en reunión de Consejo oportuna, el Consejo en pleno aprobó por unanimidad el descuento a los docentes de la lengua del Bardo. *(Todas en las gradas, de pie, con las manos cruzadas a la altura del pecho cantan solemnes un Aleluya).* Pero esa decisión debía ser corroborada por una Asamblea de todos los socios. *(Melopea toca música de terror)* La única sorpresa, que podía presentárseles, vendría obviamente por el lado de Elías y Noemí. Saber qué se proponían se volvió una prioridad *(Melopea toca "La Pantera Rosa" mientras todas en las gradas se pasan un secreto de oreja en oreja; un teléfono descompuesto, bah).*

DALIA: *(Sinuosa)* Melopea, querida, ¿vos estuviste hablando con Elías? *(Melopea dice que no con la cabeza; Dalia agarra una revista y la hojea)* Melopea, querida ¿vos estás al tanto de que a los padres les puede caer muy mal esta manía tuya de fabricar taparrabos para los miembros viriles y corpiñitos para las glándulas mamarias de tu revista? *(Suspira)* ¿Te imaginás cómo le caería a tu anciana madre un escándalo de esta naturaleza? *(Melopea saca un pañuelo y llora)* ¡No llores! ¡Te dije que no te me cruzaras! ¡Ahora decime que sabés!

Mientras se desarrollaba el breve diálogo anterior entre Dalia y Melopea, un brazo le ha alcanzado a la chica de la tribuna que está más cerca de bambalinas un papelito doblado, que pasa

ostensiblemente de mano en mano hasta llegar a Acacia, quien lo desdobra y lo lee.

- ACACIA: Dalia, pará. Melopea no tiene nada que ver.
- DALIA: *(A Melopea, repentinamente cariñosa)* No llores, Melopea querida, si te portás bien y te quedás con la boca bien calladita, por ahí hasta te regalo las revistas que mis hijos ya no usan. *(Vuelve Dalia a las gradas).*
- ACACIA: *(A Dalia)* Elías hace como tres días que no duerme.
- DALIA: Pobrecito.
- ACACIA: Mejor hubiera sido que durmiera. Desmenuzó todos los números del informe de rentabilidad y del balance, y algo descubrió.
- DALIA: ¿Cómo te enteraste?
- ACACIA: La señora, que le limpia a una amiga, va dos veces por mes a lo de Elías.
- DALIA: Fuente confiable, entonces.
- ACACIA: Para la Asamblea algo prepara.
- DALIA: Déjalo por mi cuenta, que él prepare lo que quiera.
- HORTENSIA: Elías descubrió el fraude ejercido en principio en el informe de rentabilidad. Y cuando llegó el Balance con un resultado distinto al que habían vaticinado: el resultado no era negativo, por el contrario, era muy positivo. Elías tuvo el cuadro completo. Elaboró una especulación impecable con los datos que disponía, que dejaba más que en claro la falacia de los argumentos esgrimidos por Astromelia y el contador Algarrobo. Elías y Noemí planeaban entregar su especulación en la Asamblea. Creían que cuando todos vieran la evidencia, la verdad surgiría, y todos se pondrían de su lado.
- Todas bajan de las gradas y se ubican en los pupitres o en las adyacencias. El ambiente creado es serio, solemne, augusto casi.*
- ASTROMELIA: No habiendo más temas que tratar, se da por concluida la Asamblea Ordinaria. *(Pausa)* Con la asistencia de todos los asociados, se da por iniciada la Asamblea Extraordinaria. Tema único: ratificación o rectificación de la Resolución del Consejo de reducir el sueldo de los integrantes del Departamento de Inglés.

Se abre la lista de oradores.

- DALIA: *(Rápida)* No creo que sea necesario que nadie hable. Discutimos este tema hasta el cansancio. Creo que todo el mundo sabe perfectamente de qué se trata, así que mociono que pasemos a la votación.
- ACACIA: Por sí o por no, a la Ratificación de la medida tomada por el Consejo.
- HORTENSIA: Pido la palabra. *(Conmoción y clamor entre las asociadas)* Los asociados Elías Pereira y Noemí Quintana van a presentar nueva evidencia sobre el tema en cuestión.
- Antes de que nadie pueda decir nada, Elías y Noemí entran disfrazados de canillitas de película y haciendo tap reparten hojas con números y cifras. Melopea los secunda desde su teclado. Temas musicales posibles: "Stepping out", o "Extra- Extra" de Gipsy. Una vez que todas tienen sus hojas, salen grácilmente. La discusión que sigue es a voz en cuello.*
- CAMELIA: ¿¡Qué es esto!? Si tenían evidencia de algo porque no la presentaron antes.
- JAZMÍN: Esto es muy irregular. Consultemos al abogado Céspedes.
- MAGNOLIA: Esto es un atropello. No lo permitamos.
- VIOLETA: Esta suma creo que da mal.
- GLICINA: Que no se considere, no está en el orden del día.
- MARGARITA: No vinimos a analizar nada sino a votar.
- JAZMÍN: Sí, votemos de una vez.
- CAMELIA: Preparen los votos, vamos a votar.
- VIOLETA: Que no haya más dilaciones, a votar.
- GLICINA: *(Muy patotera)* La que vota en blanco traiciona los principios cooperativos.
- MAGNOLIA: La que vota por no, también.
- HORTENSIA: *(Taconeando)* Chicas, creo que tenemos que considerar la evidencia presentada.
- Pandemonio. Hablan todas a la vez, esgrimiendo los papelitos con sus votos. Se alcanza a entender: "El tema está cerrado", "Analicemos después", "Que se lo metan en el culo", "No, papeles, no". "A votar, a votar", etc. La urna va de mano en mano y votan. Se calman. Melopea comienza a tocar "Fascinación". Acacia abre la urna y cuenta los votos. Astromelia toma nota. Mientras se cuentan los*

votos, todas leen atentamente la especulación de Elías, después la doblan cuidadosamente y la guardan en sus corpiños, junto al corazón.

ASTROMELIA: 41 votos por Sí. (*Aplausos*) 2 votos por No. (*Abucheos*) Y una Abstención (*Murmillos intensos, preguntándose quién pudo ser*).

Elías y Noemí cruzan el escenario, de punta a punta, taconeando apasionadamente. Hortensia les hace un gesto como diciendo ¿qué quieren que haga?

ASTROMELIA: No habiendo más temas que tratar se cierra la Asamblea Extraordinaria.

HORTENSIA: Obviamente Dalia, al no poder impedir que Elías y Noemí presentaran su informe, orquestó todo para que el informe no se tratara. Su maniobra fue exitosa, pero cada asociado tenía una copia del informe...

Todas vuelven a las gradas, excepto Astromelia, Dalia y Acacia. Curiosamente en las gradas nadie conversa, ni siquiera se miran.

ASTROMELIA: (*Llorando amargamente*) Es un hijo de puta. Hacerme esto a mí. Diez años trabajé codo a codo con él. Y ahora insultarme de chorra, estafadora y mentirosa. Jamás pensé que iba a tener que enfrentar una infamia tan cruel.

DALIA: (*Comenzando a despegarse del asunto*) No te preocupés, todo lo que pusiste en tu informe era cierto, ¿no?

ASTROMELIA: Y...no soy perfecta. Qué sé yo, me pude haber equivocado en un detalle...o dos.

DALIA: Vos y el contador Algarrobo tienen casi veinte años de trayectoria inmaculada en esta cooperativa, y una infamia tan evidente como esta no les va a dejar mácula. ¿Porqué es una infamia evidente, no?

ACACIA: Más vale, ¿qué otra cosa va a ser?

DALIA: A vos no te hablo. ¿Es una infamia, no?

ASTROMELIA: Sí.

DALIA: Ya me parecía. Yo pongo las manos en el fuego por la seriedad con que vos y el contador Algarrobo trabajan. Si ustedes dicen que el informe presentado por Elías es falso, yo les creo; y si ustedes dicen que el informe presentado por ustedes es verdadero,

yo les creo. (*Dándole a Astromelia un abrazo ligero*) Andá nomás, querida (*Astromelia vuelve a las gradas*).

En las gradas todas sacan el informe de Elías del corpiño y se ponen a estudiarlo. No se hablan entre sí. Miran el informe y miran acusadoramente a Astromelia. Astromelia junta las manos y adopta pose de santa de estampita. La luz y la música resaltan este efecto.

ACACIA: ¿Qué es eso de casi acusarla vos también a Astromelia?

DALIA: Me despego, idiota. Si Elías llega a tener razón, que caigan Astromelia y Algarrobo, nosotras no. Nosotras tenemos que salir indemnes de esto.

ACACIA: Pero ¿habrá algo turbio en el informe?

DALIA: ¿Vos lo hiciste? No. Sabrán ellos si hay algo turbio o no. A nosotras ahora no nos importa.

ACACIA: Pero ¿no tendríamos que haberlo analizado más en detalle?

DALIA: ¿Para qué? Si a nosotras nos convenía tal como estaba. Si mintieron, que se jodan. Ahora nosotras tenemos que dejar en claro que no tuvimos nada que ver con el dichoso informe.

ACACIA: Pero lo defendimos.

DALIA: Muy simple. Nosotras confiamos ciegamente en nuestro contador y en nuestra gerente (*Se van a las gradas. Melopea toca "La Novicia Rebelde", tema principal*).

HORTENSIA: Dejaron pasar dos meses antes de hacer otra reunión de Consejo. Confiando en que el tiempo todo lo cura, pensaron que quizá, ganadas por las preocupaciones cotidianas, las asociadas se olvidarían de la evidencia presentada por Elías. (*En las gradas, las chicas comienzan a separarse unas de otras, como si prefirieran sentarse solas*). Astromelia y sus adeptas repartieron por los pasillos la versión de que Elías había mezclado lo inmezcable en su famoso informe para vengarse de Astromelia, que se había conseguido un amante rico. (*Entran Elías y Noemí y bailan un pasional tango apache a lo Valentino, en el que él le pega mucho y ella sufre y sufre*). Esta difundidísima versión no encontró la credibilidad esperada. Elías estaba enamorado de la danza, y a Astromelia le importaba un comino, y respecto de los supuestos errores técnicos cometidos por Elías en su evidencia: ¿podía de

verdad equivocarse tanto? *(Las chicas adoptan en las gradas variaciones de los pensadores de Rodin)* ¿No había sido acaso presidente de la cooperativa durante 9 años? ¿Conocía acaso mal manejos de Astromelia, que había callado por caballero, y que ahora estaba dispuesto a denunciar, ya que su sueldo peligraba? Extraños conciliábulos se realizaban *(Melopea toca "Té para dos")*.

Alelí y Jazmín se ponen de pie en las gradas, se toman del brazo y se acercan al centro del escenario. La próxima escena transcurre fuera de horario, por lo tanto las chicas de las gradas salen momentáneamente del escenario. La luz decrece acentuando el clima conspiracional. Baja una luz con una tulipa plato enlozado que pende de un cable, y al igual que las viejas farolas del alumbrado público, se mece como movida por el viento.

- JAZMÍN: Estaba pensando en hacer una reunión con las integrantes del Consejo que nada tienen que ver ni con la Mesa Directiva ni con Administración. Tengo muchas dudas y quiero discutir las a fondo, sin ningún tipo de interferencia.
- ALELÍ: Y ¿a quién vas a invitar?
- JAZMÍN: *(A medida que las nombra, estas bajan de la tribuna y se reúnen en el centro con tacitas de té para sí y para Alelí y Jazmín; cuando estén todas, cada una tendrá su tacita)* A Margarita, Hortensia y a vos.
- ALELÍ: ¿A Camelia no la invitás?
- JAZMÍN: Es una lleva y trae declarada de Dalia; no, mejor no.
- ALELÍ: Y ¿a Glicina?
- JAZMÍN: Es íntima de Magnolia. Y como Magnolia está en Administración, ¿entendés?
- ALELÍ: Sí.
- JAZMÍN: Chicas, aquí en confianza, ustedes a quién le creen... ¿a Elías o a Astromelia?
- MARGARITA: No sé. Es una pregunta difícil.
- JAZMÍN: Ya sé pero nos la tenemos que contestar, ¿no?
- ALELÍ: Yo si tengo que elegir, le creo a Elías, y no porque trabaje con él; no sé, su accionar no me genera dudas.
- MARGARITA: Si lo ponés así tenés razón. Elías es como muy transparente, como muy derecho...

- JAZMÍN: ¿Entonces qué? ¿Astromelia no es así?
- MARGARITA: Yo no quise decir eso.
- HORTENSIA: Si vamos a andar con miedo y no vamos a hablar claro, esta reunión no tiene sentido.
- JAZMÍN: ¿A ustedes no les da como que Astromelia es como demasiado dueña de Administración?
- ALELÍ: ¿Como que mete la mano en la lata, querés decir?
- JAZMÍN: Algo así.
- MARGARITA: Todas en algún momento pensamos eso.
- ALELÍ: Pero si esto es así, Violeta y Magnolia, que trabajan con ella en Administración, son cómplices.
- JAZMÍN: Si roba una, roban todas, pero si alguien comanda, esa es Astromelia, es la más bicha.
- MARGARITA: Pero ¿y qué?, ¿Acacia, que es tesorera, no se da cuenta?
- ALELÍ: Y, ¿qué controla Acacia? Ésa es tesorera de nombre, nomás.
- JAZMÍN: ¿Y Dalia, qué?
- MARGARITA: A ésa le gusta mandar, con que la dejen hacer su voluntad se conforma.
- ALELÍ: Andá, con lo que le gusta la plata a Dalia, mirá que se va a conformar. Además es una pijotera legendaria.
- MARGARITA: Entonces, ¿vos creés que está en la trenza?
- JAZMÍN: No, para mí está esperando encontrarlas en algo grande y ahí pegar la mordida.
- ALELÍ: Vos decís que si roban, roban chiquitaje, que se quedan con algún vuelto, esas cosas.
- JAZMÍN: No, más que eso.
- MARGARITA: Y ¿el contador sabrá?
- JAZMÍN: Le tirarán algún mango.
- ALELÍ: Solo si se dio cuenta de algo, si no, minga.
- HORTENSIA: Si piensan así, ¿por qué no confirman la sospecha y las echan a patadas?
- JAZMÍN: No somos las únicas que pensamos eso.
- ALELÍ: Hay mucha gente que sospecha lo mismo.
- MARGARITA: Hay días en los que no se habla de otra cosa.
- HORTENSIA: Reúnan a esa gente, agrúpenla, organícenla, y una vez unidos

enfrentense a las Dalias, las Acacias y las Astromelias y arránquenlas de raíz.

ALELÍ: Pero, vos estás loca. No nos van a dejar en paz. Nos van a perseguir.

HORTENSIA: ¿Y qué? ¿No te persiguen ahora?

MARGARITA: Lo que vos decís es mucho trabajo. Yo estoy cómoda.

HORTENSIA: ¿Y qué, no es mucho trabajo arrastrarse, acomodarse, chuparles las medias?

JAZMÍN: Además no estamos seguras de que hagan lo que dijimos.

HORTENSIA: Hace rato no te quedaba ninguna duda de que te robaban, te estafaban, te mentían. Y sabés que no estás sola, que muchos piensan como vos. ¿Por qué no hacés algo?

JAZMÍN: Y ¿por qué no lo hacés vos?

HORTENSIA: Yo no llamé a esta reunión.

ALELÍ: Mirá como le va a Elías enfrentándolas.

HORTENSIA: No te oí levantando la voz para que trataran su evidencia.

MARGARITA: Se nos había dicho que no había que escucharlo, que había que votar.

HORTENSIA: Y vos obedeciste, claro.

MARGARITA: No sabía que la evidencia era tan contundente.

HORTENSIA: Te hubieras enterado si la hubieses tratado en la Asamblea.

JAZMÍN: Dejanos en paz. A nosotras nos gusta así, escandalizarnos, comentar las cosas y enfurecernos.

HORTENSIA: Mucho humo y poco fuego.

ALELÍ: Estamos cómodas con nuestra ofuscación, dejanos así.

MARGARITA: Que las enfrenten Elías y Noemí, nosotras veamos qué pasa.

JAZMÍN: A mí Dalia me intimida. Es muy quilombero.

MARGARITA: Además nuestro sueldo no está en juego.

HORTENSIA: (A Alelí) El tuyo sí.

ALELÍ: No importa. Yo me arreglo.

HORTENSIA: Hagan como quieran pero las van a seguir cagando (Se va a su rincón).

JAZMÍN: No sé para qué la invitamos. En el fondo no es de las nuestras.

MARGARITA: Desde que se separó, está insoportable.

ALELÍ: Che, ¿es cierto lo del novio de Astromelia? (Se vuelven a las gradas, chusmeando. *Melopea ataca 'Danubio Azul'*).

HORTENSIA: Y por fin llegó la Reunión de Consejo (*Reingresan las chicas desde bambalinas. Esta vez Astromelia y no Dalia va al centro*).

ASTROMELIA: Y para terminar, repito, la evidencia presentada por Elías es errónea, falaz, inexacta. Llega a una conclusión equivocada, mezclando números incongruentes. El estudio de rentabilidad es una proyección a futuro, una hipótesis; y el balance es una realidad histórica ya pasada. Especular, mezclando cifras de uno y otro, es poco serio y carente de validez. Gracias (*Todas aplauden*).

HORTENSIA: (Aparte) Típico. Si el Consejo hipotetiza una situación, todo es válido y fehaciente. Si la hipotetiza Elías, todo es falaz y erróneo. *Entran Elías y Noemí como escapados de "La Viuda Alegre" y al ritmo del vals recorren el semicírculo y cuando llegan a Hortensia le entregan el manifiesto y salen.*

HORTENSIA: (Lee) El descuento de nuestro sueldo es improcedente porque se basa en un estudio de rentabilidad fraudulento y en disposiciones legales difusas, que el abogado nunca pudo precisar. Como no nos van a reintegrar nuestro sueldo y no van a tratar el tema con ecuanimidad, denunciaremos esta situación a la Cocét. Firmado: Elías y Noemí (*Las consejeras se quedan consternadísimas*).

ASTROMELIA: (Antes de desmayarse) ¡A la Cocét, no!

DALIA: A mí no me dan miedo: que nos denuncien a la Corte de La Haya si quieren.

ACACIA: Mirá que puede haber una intervención.

DALIA: Y a nosotras, ¿qué nos importa? Porque todo está en regla, ¿no? (A Violeta y Magnolia que abanicán a la postrada Astromelia) ¿No es cierto, querida Violeta?

VIOLETA: (Blanca) Sí.

DALIA: (Inflexible) No te oigo, querida.

VIOLETA: Sí.

DALIA: Magnolia, querida, ¿está todo en regla, no?

MAGNOLIA: (Palidísima) Sí.

DALIA: (Como que no oye bien) ¿Cómo?

MAGNOLIA: Sí.

DALIA: (Poniéndose de pie, muy dueña de la situación) Violeta y Magnolia, ¿Astromelia está en condiciones de contestarme? (Violeta y

Magnolia manipulan la cabeza de Astromelia para que parezca que dice que sí).

- DALIA: Astromelia, ¿todo está en regla? *(Cuando Violeta y Magnolia van a manipular otra vez su cabeza, de repente Astromelia se pone de pie).*
- ASTROMELIA: *(Dubitativa)* No... bueno, sí. *(Desafiante, ahora)* Pero su firma está en cada informe, en cada cheque, en cada documento.
- DALIA: *(Regia)* Sin duda, pero tu firma está antes que la mía. *(Ahora es Acacia la que se desmaya. Dalia se acerca y le da dos bofetones para reanimarla)* ¿Y a vos, ahora, qué te pasa?
- ACACIA: *(Despertando)* Podemos perder todo *(Se refiere a la cooperativa).*
- DALIA: *(Para quien ya la cooperativa es ella)* No seas idiota, si jugamos bien hasta podemos salir fortalecidas.
- HORTENSIA: La Cocét es la Comisión Observadora de Cooperativas de Enseñanza y Trabajo. El organismo de control de cooperativas como éstas. Según la ley, la Cocét puede multar, sumariar, intervenir - el máximo cuco de Astromelia- o hasta clausurar si se descubren graves irregularidades. Como sabemos, Elías y Noemí presentaron su denuncia a la Cocét. Lo que los pobres ingenuos no sabían es que la justicia en el mundo es lenta, muy lenta. Y que Dalia no se iba a quedar con los brazos cruzados.
- En las tribunas se agrupan así: Dalia y Acacia por un lado; Astromelia, Glicina, Violeta y Magnolia por otro lado. Camelia y Jazmín por un lado; Alelí e Hidra por otro. Margarita al quedar sola se acerca a Hortensia, quien está apostada en su rincón.*
- DALIA: No sé por qué te preocupás.
- ACACIA: Es que la situación es grave.
- DALIA: Para nada. Si ganamos nosotras, la justicia es noble y pura. Si ganan Elías y Noemí, la justicia es corrupta e infame.
- CAMELIA: Si nos intervienen, ¿vos creés que yo tenga que mostrar el cuadernito con los gastos de merienda y materiales?
- JAZMÍN: A mí me parece que no, pero yo que vos, de ahora en adelante, la plata la gasto de verdad en merienda y materiales.
- VIOLETA: No te preocupés. Si la mano se pone espesa, hacemos caer el sistema. Usemos las ventajas de la informática.
- MAGNOLIA: Claro, si de casualidad el informe contiene errores, vos decí que

la computadora tiene un virus que cambia las cifras.

- GLICINA: Vos ya dijiste que no sos perfecta, que pudiste haberte equivocado. Agarrate de eso, con las que son muy religiosas eso siempre funciona.
- ASTROMELIA: Gracias, chicas. Lo que me dicen es muy útil. No me preocupa la intervención. Me preocupa el uso que pueden hacer de la intervención las que no me quieren.
- VIOLETA: No van a hacer nada.
- GLICINA: Son unas cobardes.
- MAGNOLIA: Nunca se van a unir.
- ASTROMELIA: Tienen razón, no se van a unir. Y si amenazan con unirse, les metemos púa para que se maten entre ellas y listo.
- ALELÍ: ¡Si yo no hubiera sido parte del Consejo, estaría de tranquila!
- HIDRA: No te va a pasar nada. Y pensá que no hay mal que por bien no venga. Inglés por fin se va a poder sacar de encima a Noemí. Nunca me la banqué. Ya de chiquita era prepotente y agrandada.
- MARGARITA: ¿Habré sido un buen síndico?
- HORTENSIA: Ni ahí.
- MARGARITA: ¿Por qué me decís eso?
- HORTENSIA: Porque tenías que estar del lado de los asociados, no del Consejo.
- MARGARITA: ¿Y oponerme a Dalia para que me corte la cabeza? Ni loca.
- HORTENSIA: Vos nunca entendés nada. Si te ponías del lado de los asociados, no te la iba a poder cortar. Poniéndote de su lado, es que te la puede cortar.
- DALIA: Chicas, chicas, vamos a reunirnos. *(Bajan de la tribuna y se ubican en los pupitres)* Tenemos hoy como invitada a la querida Hidra Trepadora, porque vamos a tratar un tema, que involucra a dos asociados que trabajan bajo su tutela. *(Las demás dicen: "Qué bien", "Muy bien", etc.).* Chicas, lo que hicieron Noemí y Elías es muy grave y creo que no debemos dejarlo pasar así como así. Hasta ahora, cada vez que tuvimos problemas, lo solucionamos entre nosotros, y tenemos que seguir así. Es una cobardía recurrir a la Cocét. Si cada vez que alguien se sienta injustamente tratado por nosotras va a ir a denunciarnos, va a ser mejor que nos mudemos a la Cocét y sesionemos ahí. Porque nosotras no

estamos erradas. Nosotras obramos de buena fe. A nosotras nuestros asesores legales y contables nos dijeron que podíamos hacer lo que hicimos, que la ley nos habilitaba a ello. Y nosotras no somos nadie para poner en duda sus conocimientos. ¿O es que ahora vamos a ponernos a dudar de la probidad y eficiencia de nuestra compañera gerente? Si ella dice que estos números son azules y estos rojos, nosotras le creemos y seguimos adelante. Nuestra relación se basa en la confianza mutua, la credibilidad de nuestros actos, en la certeza de la buena fe y si alguien traiciona esa confianza, esa credibilidad, esa buena fe, creo que merece nuestro repudio. ¿Ustedes qué piensan? *(Nadie habla)*. Vamos, chicas, ¿vamos a dejar que nos insulten, que nos difamen, que nos traicionen y no les vamos a hacer nada? *(Silencio)* Glicina, vos te decís amiga de Astromelia, ¿vas a dejar que la injurien? Astromelia, vos te sentías respetada por Elías, ¿y ahora? Violeta, Magnolia, directa o indirectamente se echan sombras sobre su trabajo en Administración. Camelia, ¿te vas a olvidar que Elías cuestionó lo que vos hacías con la plata de los materiales? Margarita, ¿qué creés que debe hacerse con alguien que en vez de presentarte la denuncia a vos, te ignora, te desestima y se la presenta a la Cocét? Acacia, ¿no decías que te sentías querida por Elías? ¿Qué les pasa? ¿Tienen sangre de horchata? ¿Van a soportar indiferentemente el agravio? Es hora de devolver el golpe. ¿Qué vamos a hacer? *(Silencio tenso, después todas hablan al mismo tiempo, aunque nada se entiende la actitud es clara: Dalia consiguió soliviantarlas; se desgañitan, golpean los pupitres. Hortensia solo sonríe. Meloepa toca la Marcha de San Lorenzo)* Chicas, chicas, vamos a ordenarnos de a una: ¿qué proponen?

CAMELIA: Sumario y expulsión.
 JAZMÍN: Sumario y expulsión
 GLICINA: Sumario y expulsión
 VIOLETA: Sumario y expulsión
 MAGNOLIA: Sumario y expulsión
 ALELÍ: Paso. *(Todas la miran)*.

HORTENSIA: Ni sumario ni expulsión *(Se para y va a su rincón)*.
 MARGARITA: Yo soy síndico. Tengo que defender los intereses de los asociados.
 DALIA: ¿Sí?
 MARGARITA: *(Sacándose)* Sumario y expulsión.
 ACACIA: Sumario, sí; expulsión no sé.
 ASTROMELIA: Sumario y expulsión.
 DALIA: Chicas, tenemos que lograr unanimidad.
 CAMELIA: ¡Sumario y expulsión!
Camelia comienza a repetir esta consigna cada vez con más vehemencia. Se le unen las que adhirieron desde un principio a esta opción. Es tal la presión que ejercen sobre las otras, que Alelí primero y Acacia después se incorporan salvajemente al coro. Hacen todos ritmos con los pupitres, las sillas y usan los guardapolvos como banderas. Debe lograrse un apabullante ejemplo de masificación.
 DALIA: *(Cuando todas estén exhaustas)* Hidra, querida. No te pregunté qué opinabas porque no tenés voto, pero vi que adherías fervorosamente. Me encanta saber que somos una familia unida. Ahora bien, ¿sumario y expulsión a los dos o a uno?
 HIDRA: Yo creo que sería interesante intentar separarlos. Pienso que habría que iniciarles sumario a ambos, pero dictarle suspensión preventiva solo a Noemí, y dejar seguir trabajando a Elías hasta la expulsión. No queda más remedio que expulsarlo también, pero explotemos sus virtudes hasta lo último.
 DALIA: Una visión muy interesante. Yo estoy de acuerdo. Votemos. *(Todas levantan la mano)* Por unanimidad. Se les instruye sumario a ambos. *(Práctica)* Noemí queda suspendida desde este momento; Elías sigue trabajando. ¿Quiénes quieren ser instructoras del sumario? *(Todas muy entusiastamente levantan la mano)* Calma, seamos sensatas. Administración está acusada, por lo tanto Astromelia, Violeta y Magnolia quedan excluidas. *(A partir de ahora, las que quedan descartadas hacen mohines de contrariedad)*. Acacia, te conviene quedar al margen, estás muy cerca de mí. Alelí e Hidra por compañeras de los culpables, mejor no. *(Como todas las chicas desechadas, protestan)* No se decepcionen, pueden contribuir como testigos. Camelia, sos una

experta metiendo púa, contribuirás desde afuera. Margarita, sos el síndico, no podés. Glicina y Jazmín instruirán el sumario.

GLICINA: ¿Sobre qué cargos?

DALIA: Le preguntaremos al abogado Céspedes para que nos prepare unos bonitos cargos. Que quede bien en claro que el sumario es una farsa. No importan los cargos o la defensa que presenten los imputados, el desenlace está cantado: serán expulsados. No se nos debe escapar nunca que sabemos el resultado. Debemos mostrarnos preocupadas, como si las opciones estuvieran abiertas.

ASTROMELIA: Usted dijo que nosotras no podíamos ser instructoras por estar acusadas. Ahora bien, indirectamente: ¿no lo está todo el Consejo? ¿No convendría que las instructoras fueran ajenas al Consejo?

DALIA: ¿Y arriesgarnos a que los declaren inocentes? ¡No!

ACACIA: ¿No queda un poco como que somos acusadas, fiscales y jueces? La denuncia que motiva este sumario nos acusa, dos de nosotras somos las instructoras, y es el Consejo el que va a decidir sobre el sumario o sea que también somos los jueces. ¿No es demasiado?

DALIA: La idea no es hacer justicia, sino dar una idea de que estamos haciendo justicia. Si alguien llega a tu mismo razonamiento, la confundimos con razones emocionales; lloraremos, sufriremos, clamaremos hasta que olviden el absurdo y comprendan lo víctima que somos. Este es un concepto muy importante, les habremos bajado el sueldo pero las víctimas, las verdaderas víctimas somos nosotras. La denuncia es un ultraje mayor a cualquier reducción de sueldo.

HIDRA: *(Radiante y orgullosa)* Además, salvo ellos, el resto aceptamos el descuento.

DALIA: Exacto, el concepto de familia unida, roto por los herejes.

CAMELIA: Pero mientras el abogado elabora los cargos, mañana por los pasillos ¿qué vamos diciendo?

DALIA: Que se los sumaria porque con la denuncia pusieron en peligro la continuidad de la cooperativa, que fue una actitud irresponsable, que una eventual intervención puede descubrir un matafuego

fuera de lugar y que por esa pavada, nos cierren. Que si eso pasa, que no olviden quienes llamaron a la intervención. Insistan en eso hasta que lo sepan los pizarrones, los inodoros y los mástiles.

HORTENSIA: Todo salió tal como fue planeado. Los sumarios fueron una farsa, muy torpe por momentos. Algunas contribuciones fueron tan caprichosas y vagas, que entorpecieron los supuestos cargos. Hidra descargó su arsenal sobre Noemí, desenterró hasta quejas antidiluvianas de madres siquiátricas. Curiosamente, nada aportó en contra de Elías. En realidad los cargos contra Elías fueron tan difusos, que nadie los entendió. Por supuesto, cuando el sumario terminó, el Consejo lo aprobó unánimemente. Se fijó fecha de Asamblea. Antes de que la Asamblea se celebrara, llegó la resolución de la Cocét. Les daba la razón en todos los puntos a Noemí y Elías. Dalia ordenó al abogado Céspedes que apelara, y a regañadientes y en cuentagotas, les dio a conocer solo a sus allegadas más íntimas el resultado de la denuncia. Y el día de la Asamblea llegó.

Bajan a los pupitres, debajo de uno de ellos hay una canasta llena de anteojos negros, los toman y se los ponen, se ubican todas en las gradas más altas, todas muy serias y circunspectas. Melopea toca muy románticamente el primer movimiento del 'Concierto para Piano Número Uno' de Tchaikovsky. Entran Noemí y Elías como si fueran al patíbulo. Bailan muy dramáticamente. Cuando Melopea golpea la última tecla, los bailarines caen de rodillas, con las cabezas gachas.

DALIA: *(Muy solemne)* Asociados de la Cooperativa de Educadores Limitada Flora Ludovica Lynch ratifican o no ratifican la decisión del Honorable Consejo de Administración de excluir definitivamente de su seno a los asociados Elías Pereira y Noemí Quintana.

Todas bajan el dedo como en el Coliseo Romano. Todo es muy dramático y expectante. Derrotadísimos, se van Elías y Noemí. Los despiden todas con pañuelos en la mano, como si despidieran un barco.

HORTENSIA: La apelación ante la Cocét salió otra vez a favor de Noemí y Elías. Dalia dio orden de no pagarles la indemnización concedida y le

ordenó al abogado que apelara ante la Suprema Corte. En un gesto magnánimo instruyó también al abogado de que si en algún momento Elías y Noemí, desesperados por cobrar la indemnización, estuvieran dispuestos a firmar un convenio reconociendo que todo había sido culpa de ellos, y le pedían a ella formalmente disculpas, que les pagara. Y entonces sucedió algo inesperado. De la noche a la mañana, Astromelia decidió casarse con un multimillonario banquero misionero.

Astromelia va al proscenio. Melopea toca el "Ave María". Una de las chicas trae desde lo alto de las gradas una corona con un larguísimo tul que envuelve a todo el escenario; le coloca la corona a Astromelia y las demás chicas acomodan el tul. Todas la saludan emocionadas. Visten largos guantes blancos. La abrazan, le dan besos, le desean lo mejor. Le tiran pétalos y azahares. Son una aparente familia feliz casando a la última hija solterona. El bouquet que Astromelia arroja cuidadosamente no le cae a nadie, vuela por el escenario y cae en bambalinas. Astromelia sale presurosa, todas la ayudan con el kilométrico velo.

HORTENSIA: ¿Serían ahora felices finalmente? La oposición había sido erradicada, expulsada, exiliada. Astromelia cargaría con cualquier culpa que se presentara. Dalía y sus secuaces podían ahora reinar impunemente. Pero comenzó primero un susurro. *(En las gradas todas menos Dalía y Acacia susurran esta letanía: 'Fue injusto', 'Yo no quería', 'Me obligaron')* Y el susurro fue un murmullo. *(Todas murmullan la letanía)* El murmullo se transformó en clamor. *(Todas, menos Dalía y Acacia, se colocan velos negros sobre sus cabezas tapando completamente sus rostros, mientras repiten a viva voz la letanía. Dalía, quien obviamente no participa de la letanía se tapa los oídos. Acacia se debate entre Dalía y las demás. Se decide finalmente por las demás, se pone el velo negro, cubre su cabeza y se une a las demás. Y el clamor se transformó en grito. Todas gritan la letanía. Dalía no da más).*

DALIA: *(Destapándose las orejas)* Cállense de una vez. *(Todas se callan y le dan la espalda)* Yo tenía razón. Siempre tuve razón. Bien que les gustó cobrar el aumento. Bien felices que se lo gastaban. Eran ellos o nosotros. Que podríamos haber producido más plata en

vez de quedarnos con la poca que había, puede ser. Pero yo no quería esperar. Nadie quería esperar. Hicimos cosas sucias, ¿y qué? Yo no creé el mundo. El mundo se rige con plata. Bien que les gustó llenarse los bolsillos. Ahora se hacen las puras porque tienen la panza llena. Los dejamos en la calle, ¿y qué? Eran ellos o nosotros. No me impresionan con su llanto de pacotilla. Quieren que me vaya pero no me voy a ir un carajo. Me voy a atornillar a mi silla. Échenme si pueden, manga de cobardes. Las desafío a todas y cada una de ustedes, échenme. El coraje les sirve solo para llorar. Son unas pollerudas de mierda. A ver, a ver, échenme ya, si se animan *(Cae en un sillón y se apoltrona como en un trono; borracha de poder, repite)* a ver, échenme ya si se animan.

La letanía de las demás resurge nuevamente, apenas audible pero constante y presente.

HORTENSIA: ¿Se animarán?

APAGÓN VIOLENTO.

Desangrados por una promesa que no cumpliste

Andrés Rapoport

Nota:

Desangrados por una promesa... Obtuvo una mención en el 9º Concurso Nacional de Dramaturgia. Por razones ajenas a nuestra voluntad, la obra no pudo ser publicada correctamente. Por tal motivo hemos decidido incluirla en este volumen junto a los ganadores del 10º Concurso Nacional de Dramaturgia.

Nació en Buenos Aires en 1977. En 1997 empezó la carrera de Letras en la UBA, pero la jerga post-estructuralista le produjo una erupción cutánea grave y debió abandonar. En 2002 se recibió de guionista de cine en la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica. Desde el 2004 trabaja en la productora Cuatro Cabezas, escribiendo para CQC y para el ciclo histórico *Algo Habrán Hecho*. Ya dentro del ámbito teatral, asistió al taller de actuación de Susana Pampin durante cuatro años y formó parte del elenco de *Mirar el mar*, obra dirigida por ella y estrenada en el 2007 en el teatro Tadrón. Desde 2006 participa en el taller de dramaturgia de Cecilia Propato, espacio en el cual se gestó *Desangrados...* En la actualidad, difunde con orgullo su obra en colaboración más lograda: Bruno, su primer hijo.

PERSONAJES

LETICIA
ALEJO
ZULMA

1.

Madrugada. Dormitorio.

PENUMBRA. SILENCIO. LETICIA, 27 AÑOS. Y ALEJO, 30. DUERMEN. ALEJO RONCA. DE PRONTO SE ESCUCHA A TODO VOLUMEN UN FRAGMENTO DE DOS SEGUNDOS DE UNA BATERÍA, UN BAJO Y UNA GUITARRA HACIENDO ROCK DISTORSIONADO, ININTELIGIBLE. VUELVE EL SILENCIO. LETICIA SE INCORPORA BRUSCAMENTE Y MIRA HACIA LOS LADOS.

LETICIA: ¿Qué fue ese ruido?

ALEJO: Amor, tuve un sueño horrible. Horrible, horrible.

LETICIA: ¡Ale, ya es! ¡Feliz cumpleaños!

ALEJO: Soñé que estaba en el "Corredor de la muerte", que es ese lugar en donde ponen a los condenados a muerte en las películas yanquis, antes de matarlos, que son como una celdas especiales, más cómodas, con frazada, y el día en que los van a matar les dejan comer lo que quieran. Entonces yo estaba en una de esas celdas, comiendo una milanesa a la napolitana con papas fritas, que es lo que más me gusta... Eso estaba bien del sueño, yo si me están por ejecutar pediría eso, aunque no sé si en Estados Unidos hay milanesas. Bueno, cuestión que estoy ahí, comiendo, y llegan unos policías a la puerta de mi celda, aunque no era una puerta, era una reja, y también hay un cura. Los policías me dicen: "preparate, bastardo, te llegó la hora", y el cura les dice: "tratenlo bien, él es también un hijo de Dios", y yo los escupo y grito: ¡cerdos policías!, ¿creen que me arrepiento de lo que hice?, ¡jajaja jaja! lo haría de vuelta una y mil veces, ¡jajajaja!", aunque no

tengo ni idea de lo que hice, en el sueño no sé cuál es el crimen por el que me van a ejecutar, pero si tengo que elegir elijo "asesino serial", pero porque es un sueño elijo eso, ¿eh? No te asustes. Entonces los policías entran a la celda y me empiezan a golpear con los palitos esos que tienen, ¿cómo se llaman?

LETICIA: ¡Feliz cumpleaños!

ALEJO: ¡Cachiporras! ¡Eso! Me empiezan a pegar con las cachiporras, y el cura saca una cachiporra de debajo de la sotana y también me pega, pero yo no siento nada y me sigo cagando de la risa. Entonces me ponen esposas y me sacan de la celda y me arrastran por el pasillo y el cura va caminando detrás de mí... ¿Viste que en las películas los curas van detrás del condenado leyendo la Biblia? Este va detrás leyendo el diario, y me parece que lee algo de una mujer que se hizo una operación para ser varón y después demandó a los médicos porque le pusieron un pene demasiado chico... Hay una palabra técnica para eso...

LETICIA: ¡Feliz cumpleaaaaaños!

ALEJO: ¡Micropene! Y yo en ese momento pienso si no me está tirando una indirecta y me miro la entrepierna... Esta parte es horrible... ¿Sabés que tengo en la entrepierna en vez de lo que tengo siempre?

LETICIA: ¡Feeeeliz cumpleaaaaaños!

ALEJO: ¡Una vela! ¡Una vela de cera! Enorme, rígida, encendida... Y a mí entonces me agarra un cagazo de quemarme con la vela, y empiezo a soplarla, pero la vela no se apaga... Entonces llegamos a un galpón enorme y hay como una tribuna llena de gente, y en el medio del galpón hay una silla eléctrica. Ahí miro a la gente y empiezo a reconocerlos a todos: están mis amigos, mi jefe, la de la panadería, mi mamá, mi papá, tus viejos, Alejandro, que era un compañerito de la primaria a quien yo cargaba bastante porque cuando se ponía nervioso agitaba las manos y sacaba la lengua un poquito, y parecía un pajarito, y lo jodíamos con eso, con que era como un pajarito... Le decíamos "Pajarito"... "Pajarito"... Yo te conté de Alejandro "Pajarito", ¿te acordás?

LETICIA: ¡Feliz cumpleaños, amor!

ALEJO: Pajarito... ¿Qué será de Pajarito ahora? Bueno, cuestión que

Pajarito está ahí parado, aplaudiendo, "Pajarito" a los nueve años, ¿no? Porque a los nueve años se fue de la escuela y no lo vi más a "Pajarito", se voló, je. Hay más gente en las tribunas, y es raro, porque hay varias caras más que yo en el sueño reconocía pero que ahora que lo pienso no conozco. Había una chica muy fornida de pelo rubio cortito, con flequillito...

LETICIA: ¿Quién era la rubia? ¿Quién era la rubia?

ALEJO: Pero después no era una chica... ¡Era *He-Man*! ¡Con la espada, el *look* guerrero, todo! Y yo le grito que me rescate, pero *He-Man* se limita a aplaudir, y los policías me sientan en la silla eléctrica, y la gente en la tribuna está como loca: aplauden, tiran papelitos, hay unos con tambores y trompetas tocando, y también están Joako y Macana tocando el bajo y la batería, que eran dos pibes que tenían una bandita en el barrio... Y bajan unas banderas desde arriba de la tribuna, hay una que dice "Los borrachos de Grand Bourg Presente"... Por qué me habrá aparecido "Grand Bourg" en el sueño, ni idea, nunca estuve en Grand Bourg, ni sé dónde queda...

LETICIA: ¡Feliz cumpleaños!

ALEJO: Bueno, no importa, pero algún día podríamos ir a Grand Bourg, ¿no? Entonces estoy sentado en la silla eléctrica, me enganchan las muñecas y los tobillos a la silla con unas muñequeras de cuero, y me ponen un casco de metal, todo igual que en las películas yanquis, y la tribuna estalla, todos gritan, silban, algunos saltan de la tribuna y se mandan corriendo a donde estoy yo pero los paran los policías, hay represión, y de pronto suena un silbato y se hace un silencio absoluto. Miro de dónde vino el pitazo y veo a un árbitro de fútbol, un **ÁRBITRO DE FÚTBOL**, ¿escuchaste? Un árbitro de fútbol con un silbato en la boca y una mano en la palanca que activa la silla eléctrica. Y cuando la está por bajar suena un teléfono que está encastrado en una pared... ¿Sonó el teléfono acá? Porque me parece que fue un teléfono que escuché de afuera y se metió en el sueño... ¿Sonó?

LETICIA: No, no sonó. ¡Feliz cumpleaños!

ALEJO: Entonces atiende un policía y habla unas palabras que no

escucho, cuelga, se da vuelta, carraspea y grita: ¡El gobernador del estado le ha perdonado la vida al condenado! Y se hace silencio. Pero no como el silencio anterior, que yo te dije que era absoluto pero no era: este sí era absoluto, negro, una almohada de hierro apoyada sobre todos los sonidos del mundo. Pero no dura nada: de debajo de la almohada empieza a salir un susurro mínimo, incomprensible, que de a poquito va creciendo y de a poquito se va esparciendo por la tribuna, y me doy cuenta de que están cantando algo, y hago como fuerza con las orejas para entender qué carajo están cantando... Y entonces me doy cuenta: la tribuna, los policías, el cura, el árbitro, todos me están cantando algo a mí... Me están cantando el...

LETICIA: ¡Feliz cumpleaños!

ALEJO: ¡Eso! ¡El feliz cumpleaños! "¡Feliz cumpleaños a ti, feliz cumpleaños a ti!" Y me miro de vuelta la entrepierna y ahora la vela es enorme, enorme, y de la punta sale un fuego que es como una llamarada de dragón, y yo muerto de miedo la soplo para apagarla pero no se apaga, al contrario, el fuego crece cada vez más, y entonces miro al árbitro, y le hago que "sí" con la cabeza. El tipo me mira un segundo con una mirada muy tierna, como si vos me estuvieras mirando, hace que "sí" con la cabeza también y baja la palanca. Y la descarga eléctrica llega a la silla y me electrocuta con un ruido infernal que era como de una batería, un bajo y una guitarra tocando una pura distorsión. Y ahí me desperté.

Pausa. Alejo toma aire.

LETICIA: *Ok.* No te digo más "feliz cumpleaños".

Pausa.

ALEJO: ¿Hoy vamos a hacer algo tranquilito, no? ¿Vos y yo y nadie más, no? ¿Una cena íntima, no? ¿No hay un cumpleaños sorpresa en marcha ni nada de eso, no?

LETICIA: No, amor, quedate tranquilo. Ya entendí.

ALEJO: Bueno, si querés, sí podés sorprenderme con un regalo.

LETICIA: No sé, no sé, vamos a ver, por ahí te lo doy el fin de semana en la costa...

ALEJO: ¡Pero hoy es mi cumpleaños! ¡Lo quiero hoy mismo! ¡Hoy! ¡Hoy!
LETICIA: ¡Qué pendejito caprichoso que sos! ¿Cuántos años cumplís, vos?
ALEJO: Treinta... Treinta polvos te voy a echar...

Alejo se tira sobre ella y la aprieta contra el colchón con sus brazos. Rien.

2.

Día. Cocina.

SOBRE LA MESADA HAY UN BOL CHICO DE VIDRIO COLOR ÁMBAR CON UN LÍQUIDO OSCURO, UN BOL GRANDE DE VIDRIO COLOR ÁMBAR CON UNA MEZCLA DE DULCE DE LECHE Y QUESO CREMA, VARIOS PAQUETES DE CHOCOLINAS, Y UNA FUENTE DE ACERO INOXIDABLE.

LETICIA TIENE EL PELO CASTAÑO HASTA LOS HOMBROS EN CARRÉ, MUSCULOSA NEGRA, POLLERA ROJA, ZAPATILLAS. LLEVA PUESTO UN DELANTAL DE COCINA. SUMERGE VARIAS GALLETITAS EN EL BOL CHICO. SUENA EL PORTERO ELÉCTRICO. SE LIMPIA LAS MANOS EN EL DELANTAL. ATIENDE.

LETICIA: Hola, ¿quién es? (*Pausa*). Habla Leticia, ¿quién es? (*Pausa*). No te conozco. (*Pausa*). No, acá no vive ningún "Jalo", vive Alejo, mi novio. (*Pausa*). ¿De dónde lo conocés? (*Pausa*). ¿De dónde? (*Pausa*). No, pará, no te puedo dejar pasar si no te conozco. Disculpame. Chau.

Cuelga el portero y vuelve a la mesada. Mira el bol. Las galletitas están desintegradas.

LETICIA: Ufa, se deshicieron...

Agarra galletitas del paquete y las mete en el bol. Suena el portero eléctrico. Se limpia las manos en el delantal. Atiende.

LETICIA: ¿Hola? ¿Quién es? (*Pausa*). ¿Otra vez vos? Te pido que no insistas. No te conozco y no te voy a abrir. (*Pausa*). Si conocés a Alejo, llámalo, hablá con él y arreglá para venir cuando esté él. Ah, si hablás con él, felicitalo porque hoy es su cumpleaños. ¿Sabías? (*Pausa*). ¿Sí sabías? Mejor. Chau.

Cuelga el portero. Vuelve a la mesada. Mira el bol.

LETICIA: ¡Otra vez! O las chocolinas son galletitas muy débiles o estoy haciendo algo mal. Voy a cambiar de estrategia. Si las cosas no salen de una manera, hay que hacerlas de otra.

Saca una galletita del paquete y la sumerge en el líquido sin soltarla, sosteniéndola con dos dedos. Pasan unos segundos. La saca, la mira. Sonríe.

LETICIA: Me parece que es así la cosa.

Coloca la galletita humedecida en la fuente. Saca una galletita del paquete. La sumerge en el líquido sosteniéndola con dos dedos. Pasan unos segundos. La saca, la mira, la coloca en la fuente. Apagón.

3.

Día. Cocina.

LA CHOCOTORTA TIENE DOS PISOS Y UN TERCERO EN PROCESO. LETICIA LE AGREGA CHOCOLINAS HUMEDECIDAS. SE ESCUCHAN GOLPES EN LA PUERTA DE LA COCINA. LETICIA SE ACERCA A LA PUERTA.

LETICIA: ¿Quién es?

VOZ DE ZULMA:

Hola, querida... Soy Zulma, tu vecina de al lado.

LETICIA: Ah, cómo le va, Zulma. ¿Qué necesita?

VOZ DE ZULMA:

Te quería preguntar algo, querida. ¿Podría pasar? Es un segundito, nomás.

Leticia se limpia las manos en el delantal y abre la puerta. Entra Zulma es una mujer de unos 65 años, grandota, fornida, de pelo blanco recogido. Lleva una bolsa con dos objetos informes y algo pesados dentro. Zulma avanza unos pasos, se queda quieta y mira la mesada.

LETICIA: Dígame, Zulma. La escucho. ¿No le molesta si mientras hablamos sigo con la torta?

ZULMA: No, por favor. ¿La torta es por el cumpleaños de tu novio, no?

LETICIA: Sí, ¿cómo se acordó?

ZULMA: Me lo comentaste hace un par de semanas, querida, me dijiste

que todavía no sabías que regalarle y que eso te angustiaba, porque te parecía que por los años que iba a cumplir el regalo tenía que ser muy especial. Yo me acuerdo de todo. ¿Le encontraste un regalo muy especial, nena?

LETICIA: Sí. Uno perfecto. En un rato lo tengo que ir a buscar.

ZULMA: ¿Y qué es?

LETICIA: El castillo de *Grayskull*.

ZULMA: No conozco, querida. ¿Qué es eso?

LETICIA: Un castillo de juguete, de unos dibujitos animados que había hace mucho que se llamaban "*He-Man y los Amos del Universo*".

ZULMA: ¿Un juguete? ¿Pero cuántos años cumple?

LETICIA: Treinta.

ZULMA: ¿Y te parece regalarle un juguete a alguien que cumple treinta años?

Pausa. Leticia se da vuelta.

LETICIA: Hay toda una historia detrás, Zulma.

ZULMA: Ah, bueno, vos sabrás. ¿Y a qué hora es la fiesta? Vos seguí con la torta, eh, no te quiero distraer.

Leticia se da vuelta y sigue con la chocotorta.

LETICIA: Gracias Zulma. Pero no va a haber fiesta. Vamos a hacer una cosita íntima, nosotros dos, nadie más.

ZULMA: Ah, mejor. Te lo pregunté por el ruido. Sabés que no me gusta el ruido.

LETICIA: No se preocupe, no va a haber ningún ruido.

Pausa.

ZULMA: Igual, ustedes dos solitos ya hacen bastante ruido. A veces ponen una música enervante, y encima muy alto la ponen...

LETICIA: Pero no hoy. Hoy va a ser una cena íntima, muy tranquila. Por eso le preparo la chocotorta, que es su torta preferida...

ZULMA: Pero no van a comer chocotorta solamente. Van a beber alcohol, también. No me digas que no. Y a medida que la gente bebe, aumenta el volumen de su voz. Está comprobado, eso. Es porque se produce la desinhibición. Y con la desinhibición viene la honestidad. Y entonces empiezan a confesarse. Y las confesiones

traen peleas. Y ahí se grita aún más. Nena, ¡por favor te pido!
Leticia sonríe y se da vuelta.

LETICIA: No se preocupe, Zulma, le pido que no se preocupe. No es el caso. No tenemos ninguna confesión que gritarnos.

ZULMA: Por favor, querida, por favor. Yo me acuesto temprano. A eso de las siete ya estoy en la cama.

LETICIA: ¿Siete de la tarde? ¿Y a qué hora se despierta?

ZULMA: Y, no antes de las diez, once.
Pausa.

LETICIA: ¿Duerme catorce horas por día?

ZULMA: En promedio, sí. ¿Por qué? ¿Te llama la atención?

LETICIA: Es que pensé que en general dormían poco...

ZULMA: ¿Quiénes, querida?
Zulma la mira a Leticia fijamente. Leticia le sostiene la mirada unos segundos. Se da vuelta y sigue con la torta.

LETICIA: Eh... Bueno, la gente, la gente de cierta edad...

ZULMA: Los viejos.

LETICIA: No, no, Zulma, no. Yo no dije eso.

ZULMA: Yo sí lo digo. Los viejos duermen poco. Pero yo no, querida. Yo no.

LETICIA: Eso es porque usted no es...

ZULMA: ¿Vieja? Sí soy vieja, querida. Tengo el pelo completamente blanco y te exijo que no hagan nada de ruido. Esas cosas son de vieja.

LETICIA: ¿Y qué era lo que me quería preguntar, Zulma? ¿Era sobre el cumpleaños de Alejo?

ZULMA: Ah. No, no, querida, el cumpleaños de tu novio no me importa. El asunto es que esta madrugada, a eso de las cuatro y veintiocho de la mañana, me desperté muy sobresaltada por una especie de estallido que se escuchó, un ruido muy fuerte de metales golpeándose y raspándose que habrá durado dos segundos.

LETICIA: Ah... ¿Sabe que yo también lo escuché? ¿Qué habrá sido?

ZULMA: Eso quisiera que me respondas vos, querida. Porque me asusté mucho en ese momento. Dormida como estaba por un segundo creí que había comenzado la Tercera Guerra Mundial y que nos

desangrados por una promesa que no cumpliste

estaban bombardeando. Por suerte me pude tranquilizar lo suficiente, encontré el pastillero y me tomé una ayudita para conciliar el sueño de vuelta. Pero quedé muy afectada, querida. Todavía estoy temblando. Además, cuando intenté prender el velador, hice una maniobra brusca y...

Zulma mete la mano en la bolsa y extrae dos partes de una estatuilla de San Jorge y el dragón. Leticia se da vuelta.

LETICIA: ¿De qué es la estatuilla?

ZULMA: Es una representación en cerámica de San Jorge y el Dragón. Rota. Estaba al lado del velador. Cuando lo quise prender la tiré al suelo y se partió.

LETICIA: Qué pena, Zulma. Era... muy linda.

ZULMA: Hermosa, querida. Me la dejó mi difunto marido. Él la trajo cuando vino de Ravenna a instalarse aquí. Tiene más de setenta años. Más de setenta años sin sufrir un rasguño. Hasta ahora.

LETICIA: ¿Me la permite?

ZULMA: No sé, nena. Tenés las manos sucias.
Leticia se limpia las manos en el delantal. Zulma le da las piezas de la estatuilla. Leticia las mira con atención. Se las devuelve.

LETICIA: ¿Le parece que si estalla una Tercera Guerra Mundial nos bombardearían a nosotros primero?

ZULMA: Ese no es el punto, querida. El punto es que estoy segura de que el ruido salió de este departamento.

LETICIA: No, Zulma. Le aseguro que el ruido no salió de acá. *(Pausa)* No le ofrecí nada de tomar. ¿Quiere algo?

ZULMA: No, gracias, querida. Lo que quiero es que se hagan cargo del arreglo de la estatuilla. Tiene un valor sentimental muy alto para mí. Fijate cómo está ahora. San Jorge perdió todo su heroísmo y santidad: ya no está matando al Dragón. Ya no puede matar a nadie. Ahora tiene la lanza mocha.

LETICIA: Le repito que el ruido no salió de acá. Pero si quiere yo se la arreglo, Zulma. Lo que sí, me parece que no tengo pegamento...

ZULMA: Yo tengo, nena, yo tengo un pegamento buenísimo. En un rato vuelvo y te lo traigo.

Zulma camina a la puerta. Se da vuelta.

ZULMA: Ah, están subiendo los muchachos ya.
LETICIA: ¿Qué muchachos?
ZULMA: Unos que estaban abajo, en la puerta. Tienen un aspecto medio raro, pero mi dijeron que eran amigos de tu novio y que venían a saludarlo por su cumpleaños, que te tocaron el timbre pero que no atendiste. Así que les abrí la puerta.
LETICIA: ¿Qué?
ZULMA: Hacete arreglar el portero, nena. No lo podés tener sin que te ande. Imaginate si hay una emergencia, si me viene persiguiendo un ladrón, llego a la puerta del edificio y con los nervios no encuentro las llaves... ¡Imaginate!
Leticia la mira.
ZULMA: Me voy, nena. En un rato te traigo el pegamento.
Zulma abre la puerta. Se da vuelta.
ZULMA: Ah, te digo algo para que lo tengas en cuenta: el mejor regalo es aquel que el festejado no espera ni en mil años, pero que en el fondo es lo que más quiere.
Sale Zulma.
Leticia se queda mirando la puerta que da al pasillo del edificio. La abre. Mira hacia fuera. La cierra. Vuelve a la mesada. Rompe un paquete de Chocolinas y deja caer todas las galletitas en el bol chico.
Apagón.

4.

Día. Cocina.

LETICIA COLOCA LA ÚLTIMA CHOCOLINA EN LA CHOCOTORTA. SE ALEJA Y LA CONTEMPLA. SONRÍE. AGARRA UN REPASADOR Y LO EXTIENDE SOBRE LA TORTA. SE ESCUCHAN GOLPES EN LA PUERTA DE LA COCINA. SE ACERCA A LA PUERTA.

LETICIA: ¿Quién es?
VOZ DE JOAKO:
Somos los amigos de Alejo que te tocaron el timbre hace un rato.

¿Te acordás que no nos quisiste abrir? Por suerte pudimos entrar igual.

LETICIA: ¡Obvio que me acuerdo! ¡Les abrió una vecina sin mi permiso! ¿Y por qué subieron por la escalera?

VOZ DE JOAKO:
Es que el ascensor de este edificio es muy chiquito. Probamos pero no pudimos encajar los equipos adentro. Era como jugar a un Tetris hiper jodido. ¿Nos querés abrir?

LETICIA: ¡No! ¿Qué equipos? Quiero que se vayan. No les voy a abrir porque no los conozco.

Pausa.

LETICIA: ¿Ya se fueron?

VOZ DE JOAKO:
No, ¿sabés que pasa? Los equipos son medio pesados y ya los subimos. No podemos bajarlos de vuelta ahora. Yo tengo la espalda jodida. Ya ni debería haber subido las cosas hasta acá.

LETICIA: ¿Qué cosas? No entiendo.

VOZ DE JOAKO:
Abrinos y te muestro.
LETICIA: No, pará, decime qué son las cosas. No me gusta esto.

VOZ DE JOAKO:
No pasa nada, son unas cosas que nos pidió tu novio que trajéramos.

LETICIA: ¿Cuándo les pidió? A mí no me avisó nada. Váyanse porque si no llamo a la policía ya mismo.

VOZ DE JOAKO:
Epa. Qué brava sos.

LETICIA: ¿Viste? Ya estoy empezando a marcar el teléfono de la comisaría.

VOZ DE JOAKO:
Mentira. Nadie se acuerda nunca ese número ni lo tiene a mano cuando lo necesita.

Pausa.

VOZ DE JOAKO:
¿Nos abris?

LETICIA: ¡No! ¡Llamen a Alejo y que Alejo me llame a mí!
VOZ DE JOAKO:

Ya estamos acá, nena.

Pausa. Se escuchan unos murmullos, ruidos de metal raspándose. Leticia apoya la oreja en la puerta. Escucha un "click" y la puerta se abre apenas. Leticia salta hacia atrás, aterrada. Se apoya contra la mesada, pone una mano sobre la chocotorta. Se abre la puerta totalmente y entran dos muchachos: uno de ellos, Joako, 29 años, es alto y desgarrado, tiene el pelo negro lacio y brillante con forma de casquito, una remera blanca con un dibujo en negro de una pareja de look moderno -anteojos negros y flequillito- sobre el cual se lee "Sonic Youth", una muñequera roja, un pantalón negro con rayas blancas sin cinturón, gastado y caído, borcegos negros, una mochila negra colgada de un hombro.

El otro, Macana, es bajo y regordete, rubio, pelo hasta los hombros y flequillo apesado por una vincha roja, barba rala rubia, remera blanca, camisa leñadora atada en la cintura, un kilt escocés, zapatillas topper de color indefinido. Sostiene un alambre retorcido en la mano. Detrás de ellos, en el pasillo del edificio, se divisan una guitarra enfundada, un bajo enfundado, dos amplificadores, una batería desarmada, un bolso grande. Joako entra y mira alrededor.

JOAKO: Qué linda cocina. Tenés de todo.

LETICIA: ¿Quiénes son ustedes?

JOAKO: Somos las dos terceras partes de "Desangrados". Y tu novio es el tercio que falta.

Joako apoya un brazo contra una pared. Apagón. Pausa.

JOAKO: Uy, me apoyé en el *switch*.

LETICIA: ¿Podés prender la luz ya? Me estoy poniendo nerviosa.

Joako enciende la luz.

LETICIA: No sé si son conscientes de que meterse de prepo en una casa ajena es delito. Si me pongo a gritar alguien va a terminar llamando a la policía...

JOAKO: Pero, ¡basta con la yuta! No hay necesidad.

LETICIA: Sí, sí, hay necesidad si no se van ya mismo.

JOAKO: Pará, dejanos explicarte. Yo soy Joako, con "K", y él es Macana. Nosotros somos...

LETICIA: *(A Macana)*

¿Eso que tenés puesto es una pollera?

JOAKO: No, no, es un kilt. Una ropa escocesa. La usan los hombres escoceses. Es vestimenta de guerreros.

LETICIA: Le hablé a él, no a vos.

JOAKO: Sí, pero pasa que Macana es muy tímido con las mujeres. Cuando puedo hablar yo por él, lo hago.

LETICIA: Será tímido pero usa pollera.

JOAKO: No es una pollera.

LETICIA: Bueno, eso que usa. ¿Y quiénes son ustedes, entonces? ¿Qué tienen que ver con mi novio?

JOAKO: ¿Tu novio nunca te habló de "Desangrados"?

LETICIA: No. ¿Qué es "Desangrados"? ¿Una película de terror con sangre? Yo odio las películas de terror con sangre. Pero no porque me asusten. Me aburren. No me hace nada ver sangre. Estudio medicina, veo sangre de verdad todo el tiempo.

JOAKO: No, no, no ¡"Desangrados" no es una película de terror con sangre! Era su banda... Es su banda... ¿Nunca te habló de "Desangrados"? ¿Hace cuánto que están juntos?

LETICIA: Y, ya van a ser... Casi dos años y medio. Sí, dos años y medio.

JOAKO: ¿Y en dos años y medio nunca te contó que tocaba en un grupo de rock que se llamaba "Desangrados"?

LETICIA: No.

JOAKO: ¿Nunca te contó de cuando fuimos a tocar a un festipunk en Santos Lugares y tuvimos que rajarnos a la mierda dejando los instrumentos, todo, porque nos querían cagar a trompadas, después de que el limado de tu novio arrancó el *show* gritando "Santos Lugares es una mierda y todos ustedes son unos pueblerinos del orto"?

LETICIA: ¡No!

JOAKO: ¿Y nunca te contó de cuando conseguimos tocar en un parador en Gesell, y mientras tocábamos se empezó a escuchar una música de marcha a todo volumen, porque un profesor de gimnasia se había puesto a dar una clase de aeróbic cerca del escenario, y tu novio se bajó del escenario en medio de un tema, se tiró sobre el profesor y le empezó a pegar hasta que las alumnas del tipo lo agarraron de los pelos y lo tiraron a la arena, y el profesor aprovechó para pegarle patadas pero justo llegó la patrulla playera y paró todo y al final nos terminaron expulsando del municipio?

LETICIA: ¡No! ¿Hizo eso?
JOAKO: ¿Y nunca te contó de cuando estábamos tocando en un sótano en Montevideo al 300, y en medio de "Desangrado por una promesa que no cumpliste", que era un tema que hacíamos, tu novio estaba tan sacado que se dibujó una "D" con una gillete en el antebrazo, y cuando la vio se puso amarillo y se desmayó, y tuvimos que suspender el *show* y llevarlo al hospital, y ahí saltó que no tenía la vacuna para el tétanos y entonces había que dársela, pero resulta que en el hospital se habían quedado sin dosis, y entonces tuve que salir a comprar a una farmacia, pero eran las cuatro y media de la mañana y me costó un huevo encontrar una abierta, y cuando la encuentro el tipo que atendía no me quería vender, gritaba que me vaya, me gritaba "tomátelas, drogón, porque no te voy a vender nada y tengo un arma debajo del mostrador", y yo le digo "pero pará, ¿te pensás que me drogo con vacuna antitetánica?" y el tipo me dice "ahora se dan con cualquier cosa, ¡tomátelas!" y enton...

LETICIA: ¡No, no, no me contó nada de eso! ¡Nada!

JOAKO: ¿Nada?

LETICIA: ¡Nada!

JOAKO: ¿En serio nunca te habló de "Desangrados"?

LETICIA: En serio. Nunca.

Pausa. Macana se larga a llorar. Joako lo abraza.

LETICIA: ¿Qué le pasa?

JOAKO: Y, lo hiciste mierda.

LETICIA: ¿Yo? ¿Qué hice?

JOAKO: Y, escuchar que tu novio nunca te dijo nada de "Desangrados" es tremendo. Nos borró de su vida.

Macana llora más intensamente.

LETICIA: Bueno, lo lamento, pero es así. Nunca me contó nada. ¿No se estarán confundiendo de persona?

JOAKO: No, imposible. Tu novio se llama Alejo. Nosotros le decíamos "Jalo-E". Pero se llama Alejo, ¿no? Y hoy cumple treinta años.

LETICIA: ¿Y por qué "Jalo-E"?

JOAKO: Porque justo eran las letras del nombre. Y jalaba que daba

calambre.

LETICIA: ¿Qué jalaba?

Joako y Macana se miran.

JOAKO (A MACANA):

¿Podés dejar de lloriquear?

Macana tira de la remera de Joako. Joako se agacha, Macana le dice algo al oído. Joako se incorpora.

JOAKO: Claro, es verdad. Macana pregunta si ni siquiera te hizo escuchar el disco.

LETICIA: ¿Grabaron un disco?

JOAKO: Bue, disco... Es un demo, cuatro temas... Y se escucha medio como el orto.

LETICIA: No, no, nunca lo escuché. O no sé... Por ahí lo puso alguna vez y no lo registré.

JOAKO: No creo. Si hubieras escuchado el demo te aseguro que lo registrabas. Es una cosa... Pausa. Es potente. Es ruido pero hermoso. Si tu oído puede filtrar el ruido a masa y los bocinazos que se escuchan en el fondo, vas a ver que está bárbaro. ¡Bárbaro!

Macana tira de la remera de Joako. Joako se agacha, Macana le dice algo al oído. Joako se incorpora.

JOAKO: Ah, sí, también en un momento se escuchan unos golpes y unas puteadas. Es que nos habíamos pasado de la hora de grabación, y había una banda afuera esperando para grabar, ¿quiénes eran, Macana?

Macana le habla al oído.

JOAKO: Ah, sí, era una banda que se llamaba "Droga de Dragón", que hacían metal gótico y se decían satanistas... Pero yo una vez estaba viendo en la tele un noticiero que pasaba la procesión a Luján, y te juro que vi al cantante caminando entre la gente con una sonrisa de boludo increíble, besando una crucecita que tenía colgada... ¡No lo podía creer! Cuestión que estos pibes querían entrar de prepo al estudio mientras grabábamos, pero la puerta estaba trabada, así que empezaron a golpear y a putear, y se grabó eso en el disco.

Macana tira de la remera de Joako. Joako se agacha, Macana le dice algo al oído. Joako se incorpora

JOAKO: Macana dice que le gusta como queda eso. A mí también. No es muy pro, pero le da como una cosa viva... Son cuatro temas que tiene el disco: "Desangrado Por Una Promesa Que No Cumpliste", "Desangrado Por La Sociedad De Consumo", "Desangrado Por Poner El Reloj En Hora", y otra versión de "Desangrado Por Una Promesa Que No Cumpliste", más lenta. A mí me gusta más esa, pero a Jalo no, le gustaba la más rápida, nunca quería tocar la versión lenta porque decía que le parecía medio maricona. Bien cabeza era Jalo.

LETICIA: ¿Pero qué música hacían? ¿Heavy metal?

JOAKO: ¿Qué? Nooo... El metal es como pedirle a tu novia que te pegue en la cola con una espátula cinco horas seguidas y después ir al cine a sentarte en una butaca rota a ver "Rey de Reyes", que dura dos horas y media. No te puedo decir qué estilo hacíamos. "Desangrados" no suena como ninguna otra banda.

A medida que Macana menciona los grupos, se escucha un mínimo fragmento de una canción de cada uno.

MACANA: Pero tiene cosas de Sex Pistols, Neutral Milk Hotel, Velvet Underground, Los Clash, Pixies, Sonic Youth, Los Who, Los Kinks, My Bloody Valentine, Jesus & Mary Chain, Jane's Addiction, Olivia Tremor Control, Smashing Pumpkins, Los Violadores, Los Buzzcocks, Husker Dü, Minutemen, Celeste & La Generación, Los Seeds, Los Doors, Color Humano, Pescado Rabioso, Los Encargados, Fricción, Don Cornelio y la...

JOAKO: Macana, callate.

LETICIA: No puedo creer todo lo que me contás. Disculpame pero no puedo. No puedo. Nunca me dijo nada. No, no. Se están equivocando.

JOAKO: ¿Ah, sí?

Joako mete la mano en la mochila, la revuelve. Saca una foto. Se la muestra a Leticia. Leticia agarra la foto.

JOAKO: Mirá. Ahí, el del medio que está casi en cueros frotándose la guitarra contra el pecho es...

LETICIA: Alejo.

JOAKO: Jalo-E, sí.

Leticia se sienta en el sillón sin despegar los ojos de la foto. Pasan unos segundos.

LETICIA: ¿Y por qué dejaron de tocar?

JOAKO: Y, en ese momento cada uno quería probar otras cosas con la música. Alejo estaba copado con la cosa más *noise*, ruidista, y yo había empezado a componer mis temas...

Macana lo mira.

JOAKO: Qué, boludo... ¡Hice algunos temas! ¡Callate! ¿Y qué hace ahora Jalo? ¿De qué trabaja?

LETICIA: ¿Eh? Ah... Es redactor en una agencia de publicidad para radio.

JOAKO: ¿Y qué es eso?

LETICIA: Escribe los textos de las propagandas que se escuchan en la radio.

JOAKO: No... ¿En serio? ¡Qué hijo de puta! Toda su vida despotricando contra la sociedad de consumo y las propagandas que te taladran la cabeza, y ahora las escribe... ¿Te das cuenta, Macana?

Macana asiente.

JOAKO: Se vendió.

MACANA: ¿Y qué propagandas escribió?

LETICIA: La última que hizo es esa de la barrita de cereales con gusto a cerveza... La que había un pibe que decía (*Imita voz de boling*) "¿Tenés un peso pa la barrita, fier?"

MACANA: ¡Ah, sí, sí! (*Imita voz de locutor radial*) "Barritas de cereales Fiera. Porque lo saludable también puede tener gusto a vicio". Muy buena.

LETICIA: La propaganda, porque la barrita es un asco.

JOAKO: ¡Y encima vende productos de mierda! ¡Se re-vendió!

LETICIA: Bueno, pará, es un laburo, a él tampoco le gusta mucho, pero es lo que tiene ahora.

JOAKO: No lo puedo creer. No lo puedo creer.

LETICIA: Flaco, entendé. A él le encantaría hacer otra cosa, más artística. Pero de algo hay que vivir.

JOAKO: "¿Vendiendo tu alma al mejor postor / por unos billetes con pésimo olor?"

LETICIA: ¿Y eso qué es?

JOAKO: Es una parte de la letra de "Desangrado por la sociedad de consumo". ¿Sabés quién la escribió eso? Jalo. Tu novio escribía todas las letras.

LETICIA: ¿Y todos los temas se llaman "Desangrado por algo"?
Macana se ríe.

JOAKO: Casi todos, sí. Se nos ocurrió que estaba bueno poner el nombre de la banda en los títulos y en las letras de todos los temas, así a la gente le quedaba bien clarito de quién era lo que estaba escuchando. Otra idea de Jalo, porque decía que muchas veces escuchaba un tema por la radio que le gustaba y no sabía de quién era, y si entonces estaba en las letras, eso no le iba a pasar a nadie.

MACANA: No nos pasaban mucho por la radio. Una vez, en la 106.8...

LETICIA: ¿Y de dónde salió el nombre "Desangrados"?

JOAKO: Al principio estábamos entre dos nombres: "Orgasmo Fingido" y "Mi Osito De Peluche Se Suicidó", pero un día cayó Jalo al ensayo con una historia rarísima, que había tenido que ir a un hospital a donar sangre para un tío, y cuando le estaban sacando sangre se dio cuenta de que le estaban sacando más de lo que le habían dicho que le iban a sacar, y empezó a gritar no sé qué de la mafia de la sangre en los hospitales, entonces parece que quisieron dormirlo con cloroformo, pero él se levantó de un salto y se le salió el cañito y la sangre empezó a salir para todas partes, y pensó...

Leticia se para.

LETICIA: Mirá, te voy a pedir que no digas más tonterías de la mafia de la sangre, por favor, y también les voy a pedir a los dos que se vayan retirando. Yo lo lamento, pero sí Alejo no me habló nunca de ustedes por algo debe ser. En todo caso lo llaman después, a la noche él va a estar acá, lo llaman y lo felicitan por su cumpleaños, pero ahora váyanse, por favor...

JOAKO: No, pero pará, vos no entendés. Nosotros vinimos a cumplir una promesa.

LETICIA: ¿Qué promesa?

JOAKO: Mirá, cuando decidimos separarnos, hace seis años, también era el cumpleaños de Jalo. Y ahí nos prometimos que cuando él cumpliera 30 nos íbamos a juntar de vuelta, costara lo que costara. Y fue una promesa en serio. Hasta hicimos un pacto de sangre. Mostrale, Macana.

Macana se levanta una manga y señala un tajo en el antebrazo.

LETICIA: ¿Pero están locos? ¿No sabían que es peligrosísimo cortarse y mezclar las sangres?

JOAKO: ¿Por qué? ¿Por el SIDA?

LETICIA: Entre otras cosas.

JOAKO: Dejate de joder. El SIDA es un invento yanqui.

LETICIA: ¿Eh?
Macana niega con la cabeza. Suena el teléfono. Leticia atiende.

LETICIA: ¿Hola? *(Pausa)*. Ah, cómo te va, Francisco... ¿Francisco, era, no? *(Pausa)*. ¿En serio? ¿Ahora? *(Pausa)*. Me complicás la vida... Bueno: ¿y por dónde tendría que pasar a buscarlo?

Pausa. Macana se acerca a la chocotorta, levanta apenas el repasador y la mira ansioso. Leticia le golpea la mano. Macana suelta el repasador y retrocede, con la cabeza gacha.

LETICIA: Pará que busco algo para anotar.
Leticia deja el teléfono sobre la mesada y busca por la cocina.

JOAKO: ¿Qué necesitás? ¿Algo para anotar?

LETICIA: Y sí...
Joako agarra la mochila, la revuelve y saca una birome.

JOAKO: Acá tengo una birome... Ah, no, pará...
Joako la mira, se mira la mano. La birome está reventada y tiene una mancha en la mano.

JOAKO: No, no, se reventó, la puta madre... Me pasa siempre lo mismo. ¿Me habrá manchado algo más?

Joako saca las cosas de su mochila, las mira y las pone en el suelo: tiene papeles, un par de libros, discos, un pulóver hecho bollo, un diario, un discman. Leticia agarra el teléfono.

LETICIA: ¿Estás ahí, todavía, no? No estoy encontrando una birome...

Bueno, a ver, decímela y la memorizo... *(Pausa)*. Del Barco Centenera 414 2do Cuerpo Dto "Hache"... Ok, listo, ya voy para allá. ¿Cuánto habíamos quedado? *(Pausa)*. 250, listo. Ya voy para allá, Del Barco Centenera 414 2do Cuerpo Dto. "I" *(Pausa)*. ¡"Hache"! Hache...

Leticia corta y sale de la cocina.

LETICIA: Del Barco Centenera 414 2do Cuerpo Dto. "Hache"... Del Barco Centenera 414 2do Cuerpo Dto. "Hache"... Del Barco Centenera 414 2do Cuerpo Dto. "Hache"...

JOAKO: ¡Del Barco Centenera! ¿Te acordás Macana que una vez tocamos en un bar en la calle Del Barco Centenera? Se llamaba "Del Barco Centinela" el bar. Antes de tocar tomamos una grapa añejada que tenían ahí y que me mató, a los dos minutos que arrancamos el recital tuve que bajarme del escenario a vomitar... ¿Te acordás?

MACANA: *(En voz baja, a Joako)*

¿Podés parar un segundo con las anécdotas?

Leticia entra a la cocina con un bolso colgado y un saquito en un brazo.

LETICIA: Gente, me tengo que ir ya, así que por favor...

Leticia señala la puerta.

JOAKO: No, pero pará... Podemos aprovechar, ir metiendo los equipos y armando...

LETICIA: ¿Qué? No, no. ¿Están locos? El cumpleaños ya está planeado, vamos a hacer una cena íntima... Llaman más tarde, así hablan con Alejo si quieren, pero ahora se tienen que ir...

Leticia señala las cosas que sacó Joako de la mochila.

LETICIA: ¿Podés guardar las cosas rápido? Del Barco Centenera 414 2do Cuerpo Dto. "Hache"... Del Barco Centenera 414 2do Cuerpo Dto. "Hache"...

Joako levanta las cosas y las mete en la mochila.

JOAKO: Pero pará, acá hay una promesa que hay que cumplir...

LETICIA: Ahora no me importa la promesa, ¿se van por favor?

Leticia abre la puerta de la cocina. Macana sale del departamento.

JOAKO: Pará Macana... ¿A dónde vas? Hay que resistir.

LETICIA: Dale, por favor, hacé como tu amigo y salí. No los conozco. No puedo dejar que se queden acá. Entendé. Es así.

Joako resopla, se coloca la mochila, sale y clava su mirada en Macana. Leticia sale después, cierra la puerta, se escuchan ruidos de llave.

VOZ DE JOAKO:

Te entregaste, Macana. No te puedo mirar a los ojos.

VOZ DE LETICIA:

Chau, chau... Del Barco Centenera 414 2do Cuerpo Dto. "Hache"...

Apagón.

5.

Día. Cocina.

SE ESCUCHAN RUIDOS DE METAL RASPÁNDOSE. SE ABRE LA PUERTA. ENTRAN JOAKO Y MACANA. MACANA TIENE UN ALAMBRE RETORCIDO EN LA MANO. JOAKO PALMEA A MACANA EN EL HOMBRO Y SONRÍE.

JOAKO: No fue que tiraste para atrás, entonces... Qué *grosso* sos.

MACANA: Apurémonos a meter los equipos antes de que se de cuenta alguien.

Salen, Macana agarra un amplificador y lo lleva para adentro. Joako se agacha para levantar un bolso.

JOAKO: ¡Aaaay! Mi espalda y la concha de la puta lora...

Apagón.

6.

Día. Living.

EN EL CENTRO DEL LIVING, UN SILLÓN BLANCO DE DOS CUERPOS. A UN COSTADO UN PUFF. AL OTRO COSTADO, UN EQUIPO DE MÚSICA APOYADO EN EL SUELO. AL LADO DEL EQUIPO DE MÚSICA, UNA TORRE DE DISCOS COMPACTOS. FRENTE AL SILLÓN, UNA MESA RATONA CON ALGUNAS REVISTAS. EN EL EQUIPO DE MÚSICA SE ESCUCHA EL DISCO "SANDINISTA" DE THE CLASH.

JOAKO ESTÁ TIRADO EN EL PUFF. MACANA ESTÁ PARADO AL LADO DEL SILLÓN. LOS AMPLIFICADORES, EL BOLSO, LOS INSTRUMENTOS, ESTÁN DESPERDIGADOS POR EL LIVING.

- JOAKO: Qué *grossos* los Clash. "Sandinista". ¿Vos sabías que cuando salió por primera vez eran tres discos pero los tipos decidieron venderlo al precio de un disco?
- MACANA: ¿Y por eso es *grosso*? (Pausa). ¿Vos te vas a quedar ahí tirado?
- JOAKO: Es que estoy hecho mierda de la espalda, Maca. Dale, corré el sillón para atrás y ahí ponemos la batería.
Macana lo empuja, el sillón no se mueve.
- MACANA: Dame una mano, no puedo solo.
- JOAKO: No, no, no puedo, ¡sabés que estoy jodido! Ni tendría que haber subido los equipos, yo. Dale. Ponele garra.
Macana empuja, el sillón no se mueve. Toma aire profundamente, estira los brazos, lo empuja. El sillón no se mueve.
- MACANA: (Agitado) No puedo. No puedo.
- JOAKO: Dale loco. Estás muy maricón últimamente. Hace un ratito te pusiste a llorar, ahora no podés mover un silloncito... Antes levantabas la batería entera con la pija.
- MACANA: Je. Eso fue una vez, boludo.
- JOAKO: Sí, bueno. Pero fue *grosso*.
- MACANA: Además, me parece que no pasó de verdad. Acordate que fue cuando estábamos terminando de alfombrar la sala de ensayo.
- JOAKO: Sí, ¿y?
- MACANA: Que la alfombra la pegamos con ese pegamento, "Toxipol", ¿te acordás? catorce horas estuvimos respirándolo. Terminamos muy locos. Yo me acuerdo de estar tirado en el suelo charlando con Sid Vicious...
- JOAKO: ¿En serio? ¿Y de qué?
- MACANA: Me contaba la verdad de lo que había pasado con su minita y cómo se había muerto.
- JOAKO: ¿Y cómo se murió?
- MACANA: No, no te lo puedo decir. Fue entre él y yo. Me hizo jurar que no lo divulgará.
- JOAKO: Boludo, si lo alucinaste. Estabas drogadísimo.

desangrados por una promesa que no cumpliste

- MACANA: Sí... No sé, no sé. Mejor respetar la palabra de los muertos.
- JOAKO: Fuerte el pegamento. ¿Y qué habrá sido lo que levantaste con la pija?
- MACANA: No sé. Por ahí fue un platillo nada más.
- JOAKO: Igual eso ya sería *grosso*.
- MACANA: Sí, ¿no?
- JOAKO: Sí, boludo.
- MACANA: Una cagada que nunca pudimos conseguir de vuelta.
- JOAKO: ¿Qué cosa?
- MACANA: "Toxipol". Lo sacaron de la venta.
- JOAKO: Qué caretas. Es así. Es la crueldad del sistema. Te hace probar el dulce y cuando te encantó te lo saca.
Joako y Macana se quedan en silencio unos segundos. Suspiran.
- JOAKO: ¿Vas a mover el sillón o no? ¿Querés que toquemos?
- MACANA: Claro que quiero tocar. Por ahí podemos poner la batería arriba.
- JOAKO: ¿Arriba del sillón?
- MACANA: Sí.
- JOAKO: No, estás en pedo. Es blanco, se marca todo, la chica esta nos va a querer matar.
- MACANA: Ya no vas a querer matar porque nos metimos en la casa de prepo.
- JOAKO: No te preocupés. Jalo le va a explicar todo.
Pausa.
- MACANA: Che, ¿no será verdad?
- JOAKO: ¿Qué cosa?
- MACANA: Nada, esto de que Jalo no le contó nada de la banda, que escondió todo. ¿Que va a pasar cuando nos vea? ¿Y si hace como que jamás nos vio en su vida? ¿Como que somos dos delincuentes, o dos locos?
- JOAKO: No, boludo, es mentira lo que dice esta chica. Jalo no le pudo no haber dicho nada. No. Imposible.
- MACANA: ¿Y entonces?
- JOAKO: ¿No sabés cómo es? Las minas son enemigas de las bandas. Las rompen. Mirá Yoko Ono. Saben que no pueden competir contra la sensación de estar tocando rock sobre un escenario. Ese

momento le rompe el orto a cualquier beso, a cualquier orgasmo. Ahí es cuando realmente le ves la cara a Dios. Cuando la voz se monta sobre la guitarra que se monta sobre el bajo que se monta sobre la batería, cuando todo eso sale amplificado y distorsionado de las cajas, ahí, ahí cerrarás los ojos y ves que el Barba está bajando a ver qué carajo es ese quilombo. Y ahí le ves la cara. Y ves que tiene los dientes apretados. Y ves que sacude la cabeza. Y ahí sonreís. ¿Qué mina te hace sentir eso? ¿Qué mina?

MACANA: Sos un poeta. ¿Por qué no hiciste una letra con eso?
JOAKO: Sabés que me cuesta ponerme a escribir. No quiero hablar de eso ahora.

Joako se levanta de un salto.

JOAKO: ¿Movemos el sillón?

MACANA: ¿Y tu espalda?

JOAKO: Esto es más importante.

Macana y Joako se ponen uno a cada lado del sillón.

MACANA: Che, ¿y si movemos todo después? Descansemos un toque. Tengo una palma...

JOAKO: Pero esta chica puede volver en cualquier momento.

MACANA: ¿Y? ¿Cómo nos saca?

Pausa.

JOAKO: Bueno, bueno, dale.

Macana se tira en el sillón. Pasan unos segundos. Ronca.

Apagón.

7.

Día. Living.

EN EL EQUIPO DE MÚSICA SE ESCUCHA "SANDINISTA" DE THE CLASH. MACANA RONCA EN EL SILLÓN. JOAKO AJUSTA EL PIE DEL MICRÓFONO Y COLOCA EL MICRÓFONO EN EL PIE. LO AGARRA CON UNA MANO Y ACERCA LA BOCA BRUSCAMENTE, GOLPEÁNDOSE LOS DIENTES CON ÉL.

JOAKO: ¡Ay! ¡La concha de tu madre!

Joako tira al suelo el pie del micrófono de un manotazo. Se mete un

dedo en la boca, lo saca y lo mira. Tiene un poco de sangre.

JOAKO: Puta, me lastimé las encías... Macana, ¡Macana!

Joako sacude a Macana con una mano. Macana se despierta y se sienta.

MACANA: Eh, qué... ¿Qué pasa?

JOAKO: ¡Me sangran las encías! ¡Mové el sillón!

MACANA: ¡Pero me tiré hace dos minutos!

JOAKO: ¡Mové el sillón!

Apagón.

8.

Día. Living.

EN EL CENTRO ESTÁ LA BATERÍA A MEDIO ARMAR. A LA DERECHA DE LA BATERÍA ESTÁ EL AMPLIFICADOR DEL BAJO. EL BAJO, ENFUNDADO, ESTÁ APOYADO CONTRA ÉL. A LA IZQUIERDA, EL AMPLIFICADOR DE LA GUITARRA. LA GUITARRA, ENFUNDADA, ESTÁ APOYADA CONTRA ÉL. AL COSTADO DEL AMPLIFICADOR DEL BAJO Y PERPENDICULAR A ÉL, MIRANDO HACIA EL CENTRO DEL LIVING, ESTÁ EL SILLÓN. LA MESA RATONA ESTÁ FRENTE AL SILLÓN, PARALELA A ÉL. EL PUFF ESTÁ AL COSTADO DEL AMPLIFICADOR DE GUITARRA, MIRANDO HACIA EL CENTRO DEL LIVING. HAY UN PIE DE MICRÓFONO Y MICRÓFONO FRENTE AL AMPLIFICADOR DE GUITARRA.

MACANA Y JOAKO ARMAN LA BATERÍA. DE LA COCINA ENTRA JOAQUÍN, 17 AÑOS, GRANOS, PELO REVUELTO, UNIFORME ESCOLAR DE COLEGIO PRIVADO (PANTALÓN DE VESTIR GRIS, BLAZER, CAMISA CON CUELLO QUE SOBRESALE DEL BLAZER), MOCHILA COLGADA DE UN HOMBRO, GUITARRA CRIOLLA ENFUNDADA COLGADA DEL OTRO. JOAKO Y MACANA LO VEN, DETIENEN EL ARMADO. JOAKO SE PONE DE PIE Y SE ACERCA AL MUCHACHO.

MUCHACHO:

Hola... ¿Joako? ¿Macana?

JOAKO: ¿Y vos quién sos? ¿De dónde saliste?

El muchacho extiende la mano tímidamente. Joako se queda quieto y lo mira fijo. El muchacho la retrae.

JOAQUÍN: La puerta de la cocina estaba abierta. Yo me llamo Joaquín.

MACANA: Mirá, se llama como vos.

JOAKO: (A Macana) Yo soy "Joako", gil, no es lo mismo. Y andá a cerrar

JOAQUÍN: En mi escuela privada eso es lo único que enseñan.
MACANA: ¿Y entonces qué pasó?
JOAQUÍN: Y, piensen que yo era chiquito, estaba muy asustado, le gritaba a mi primo "¿nos van a meter presos? ¡Yo no hice nada! ¡No quiero ir a la cárcel!" Creo que me largué a llorar... Mientras la policía levantaba así nomás los discos que habían dejado tirados algunos vendedores y los metían en los patrulleros, y eran tan bestias que un montón de discos se caían de los sobres, se caían las cajitas de los *compact*s y se partían en el suelo, y los *compact*s salían rodando y quedaban desparramados por el pasto... Incluso vi a un vendedor escaparse de dos policías que lo tenían agarrado y pasar corriendo por sobre varios discos de vinilo que crujieron como galletitas de agua...
Pausa. Macana deja de armar la batería. Se sienta en el sillón.

MACANA: Qué tragedia.
Joako se sienta al lado.

JOAKO: Terrible.
JOAQUÍN: No habrá durado ni cinco minutos todo el operativo. Pero cuando terminó, no quedaba nadie salvo nosotros en la plaza. A nosotros no nos agarraron porque éramos chicos, obviamente, y entonces nos quedamos dando vueltas, mirando el campo de batalla. Y entonces, apoyado en diagonal contra la pared del cantero del ombú, lo vi. Justo le pegaba el sol, lanzaba reflejos para todas partes, y por eso lo vi.

JOAKO: ¿Qué cosa viste?
JOAQUÍN: ¿Cómo qué cosa? El disco. Su disco. "Desangrado Por Una Promesa Que No Cumpliste". Fui directo hacia él y lo agarré. Estaba la cajita rota y el *compact* medio salido. Lo di vuelta y vi la tapa. Esa tapa me mató.

MACANA: ¿En serio te gusta? Yo la dibujé.
JOAQUÍN: Uh, me encanta. Es tremenda. Tremenda.
MACANA: ¡Gracias!
JOAKO: ¿Ese dibujo feo te gusta?
JOAQUÍN: Pero es muy flashera... Ese planeta todo cubierto de un agua

verde partido en dos, con el núcleo incandescente que parece un ojo, y ese pájaro que es como de fuego brotando del núcleo, y que tiene en el pico una rama dorada, y que tiene el ala derecha un poco más recogida...

MACANA: No, pero pará. Así no es la tapa.
JOAQUÍN: ¿Cómo que no? Si adentro estaba el disco.
JOAKO: Sí, pero esa no es la tapa. Por ahí alguien se confundió y puso nuestro disco en otra cajita. ¿No estaba el nombre de la banda en la tapa?
JOAQUÍN: No... Eso siempre me llamó la atención.
Joako se para, agarra su mochila y se pone a revolverla.

JOAQUÍN: Además era una fotocopia color, la tapa, no había librito interno ni nada....
Joako saca una copia del demo. Se la da a Joaquín, que lo agarra y lo mira.

JOAKO: Ahí tenés el disco con la tapa verdadera, con el dibujo de Macana.
JOAQUÍN: Y sí, es otra. ¿Qué sería, un osito de peluche con una trincheta clavada?
MACANA: ¡Sí! ¿Te gusta? ¿Te gusta?
JOAKO: ¿La verdad? Maso.
Pausa. Macana se levanta y retoma el armado de la batería.

JOAQUÍN: Pero el disco me encanta. Uff. Cuando volví a mi casa ese día lo puse en seguida. Era una cosa tan extraña. Muy extraña. Me mató.

JOAKO: ¿Qué edad tenías?
JOAQUÍN: Once.
JOAKO: ¿Y a los once te encantó? Pero es ruidoso, no es muy, no sé... Es como para más grandes.

JOAQUÍN: No... A mí me encantó ese ruido que tiene. Era igual al ruido que hace la tele cuando no tiene señal. Y a mí ese ruido cuando era chico me fascinaba. Porque a mí me costaba mucho dormirme, todavía me cuesta... A la madrugada siempre estaba despierto, y como mis tíos miraban televisión en la cama, para mí escuchar ese ruido era una señal de libertad, porque si el televisor había

quedado prendido es que mis tíos ya estaban durmiendo...Y entonces podía hacer lo que se me cantara. Bajaba a la cocina y comía porquerías, miraba tele abajo, jugaba con la compu, escuchaba música con auriculares, salía al jardín a buscar ranas, lo que quisiera. Y cada vez que escucho el disco, tengo esa misma sensación. Como que puedo hacer lo que tenga ganas.

Pausa.

JOAKO: El disco no es solo ruido.
JOAQUÍN: No, ni en pedo.
JOAKO: ¿Y qué hacés acá?
JOAQUÍN: Es que siempre quise saber que había pasado con "Desangrados", si seguía existiendo. Hace un par de días se me ocurrió buscarlos en Internet. Encontré sus nombres, busqué en la guía telefónica, encontré un teléfono, llamé, y me atendió una señora... Berta.
MACANA: Mi mamá.
JOAQUÍN: Ah, ¿es tu mamá? Es una señora muy simpática. Me dijo que estaban por tocar de vuelta esta noche, y me dio esta dirección. Yo estaba como loco, no podía creer que iba a ver el regreso de "Desangrados". Me vine sin pensarlo.
JOAKO: (*A Macana*) ¿Le dejaste la dirección a tu mamá? ¿Sos boludo? ¿Y qué le dijiste?
MACANA: Nada, que tocábamos de vuelta... Debe haber entendido que en un bar, o algo así.
JOAQUÍN: Claro... Esto es un departamento. ¿Acá van a tocar?
JOAKO: Es que no es un *show* abierto... Estamos cumpliendo una promesa.
JOAQUÍN: ¿Qué promesa?
JOAKO: Que cuando Jalo cumpliera 30, nos íbamos a juntar de vuelta. En su cumpleaños. Y acá estamos.
JOAQUÍN: ¿Esta es la casa de Jalo?
JOAKO: Sí.
JOAQUÍN: ¿El guitarrista, cantante y compositor de todos los temas?
JOAKO: Sí. No todos todos... Yo aporté parte de la letra para "Desangrado por un proyectil policial".
JOAQUÍN: ¿Y dónde está Jalo?

JOAKO: En el trabajo. Ya va a llegar.
JOAQUÍN: ¿Y viven acá todos en comunidad?
JOAKO: No, no, no. Acá vive con la novia, que no entendió todavía la onda de "Desangrados", pero que nos acepta igual...
JOAQUÍN: ¿Y dónde está?
JOAKO: Se fue a hacer no sé qué pero nos dejó que armemos mientras. Escuchame, por ahí es mejor que te vayas...
JOAQUÍN: ¡No, no! ¡Quiero verlos tocar! ¡No me voy ni en pedo!
Joako exhala.
JOAKO: Dejanos deliberarlo.
Joako y Macana se juntan y cuchichean.
JOAKO: Está bien, quedate, pero quedate sentadito en un rincón y en silencio.
Joaquín se sienta contra una pared al lado de donde termina el sillón.
JOAQUÍN: ¿Acá está bien?
JOAKO: ¡En silencio!
Apagón.

9.

Tarde. Living.

EN EL EQUIPO DE MÚSICA SUENA EL DISCO "DOOLITTLE" DE PIXIES. LA BATERÍA ESTÁ ARMADA. MACANA AJUSTA EL PLATILLO. A SU LADO ESTÁ EL AMPLIFICADOR DEL BAJO. JOAKO ESTÁ DE RODILLAS, CON EL ENCHUFE DEL AMPLIFICADOR EN LA MANO, BUSCANDO POR EL ZÓCALO. JOAQUÍN ESTÁ SENTADO EN EL SUELO, APOYADO CONTRA UNA PARED. MIRA FIJAMENTE A JOAKO Y MACANA, MUEVE LA CABEZA. MÚSICA MÁS BAJA.

JOAKO: Che, no encuentro un toma...
MACANA: Fijate bien.
JOAKO: ¿Y qué estoy haciendo de rodillas, boludo? Fijándome bien.
JOAQUÍN: ¿Por qué no desenchufan el equipo de música?
Joako y Macana miran a Joaquín.
JOAKO: No, pibe, no es así. La música no se toca.

Joako, Macana y Joaquín se miran entre sí. Pausa.

JOAQUÍN: ¿Cómo que la música no se toca? Es ilógico eso. Si no se toca, no existe.

JOAKO: Vos no existís. Callate.

Macana se sienta detrás de la batería, agarra los palillos, escucha atento la música y toca encima con los ojos cerrados.

JOAKO: Macana, ayudame a buscar, dale. Puta madre, odio cuando se pone a tocar con los ojos cerrados...

JOAQUÍN: Con los ojos cerrados se captan mejor los sonidos... Anulás un sentido y potenciás los otros.

JOAKO: ¡Callate, Maharishi! Y vos, Macana, ¡pará!

Pausa. Joako le arranca los palillos de las manos. Macana sigue con el bombo, y le pega a la batería con las manos. Joako lo golpea con un palillo en la cabeza. Macana abre los ojos y se levanta abruptamente.

MACANA: ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

JOAQUÍN: ¿A qué hora van a tocar? Porque si vuelvo muy tarde a mi casa me cagan a pedos... Ahora creen que estoy en el colegio, pero después...

JOAKO: Paciencia, nene. "El tiempo es un sueño barato, barato / un rato no hago nada si total no existe un rato". Vas a aprender más con nosotros.

Pausa.

JOAQUÍN: ¡Eso es de "Desangrado Por Poner El Reloj En Hora"!

MACANA: ¡Bien, flaco! ¡Quince puntos!

JOAKO: Te sabrás la letra pero no la entendiste ni un poco.

JOAQUÍN: ¡Sí la entiendo! Están diciendo que el tiempo es una ilusión, y entonces estar al pedo y no hacer nada no está mal.

Pausa.

JOAKO: Entenderás la letra pero no sé si la ponés en práctica.

JOAQUÍN: ¿Y qué tendría que hacer?

JOAKO: Por empezar, cerrar el orto.

Macana se ríe.

MACANA: ¿Vos sabés que ese tema lo tocamos solamente 27 veces en vivo?

JOAKO: ¿Y cómo carajo te acordás?

MACANA: Te voy a mostrar algo.

Macana se para, desata la camisa leñadora, busca en los bolsillos y saca de uno un cuadernito anillado amarillento.

JOAKO: ¿Qué es eso?

MACANA: Nunca te mostré esto. Te vas a caer de culo.

JOAKO: ¿Y qué es?

Macana le da el cuaderno a Joako.

MACANA: Mirá.

Joako hojea el cuaderno. Lee.

JOAKO: "14-8-95: El Ojo de Bernal. Cortito como la pija de Joako. Pollos." No entiendo.

MACANA: Boludo, es un registro de todos nuestros *shows*. La fecha, el lugar, los temas que tocamos y un breve comentario. Ese día tocamos un solo tema y nos cagaron escupiendo.

JOAKO: Uh... Qué loco. ¿Y cómo nunca me mostraste esto?

MACANA: No sé. No sé. Me olvidé.

Pausa. Joako hojea.

MACANA: Leé otro.

JOAKO: 5-5-94: Patio del Normal 10. Anormal. Gisella". ¿Quién es Gisella?

MACANA: Una que me comí esa noche después de tocar.

Joako le pone una mano en el hombro a Macana, lo mira. Sonríe.

JOAKO: Amílcar, qué hijo de puta que sos... Cómo tenías esto guardado...

MACANA: *(Entre dientes)* ¿Sos pelotudo? No me digas Amílcar.

JOAKO: Uh. Perdón. No escuchó nadie.

MACANA: ¿Cómo que no? Escuchó aquél.

JOAKO: ¿Escuchaste, Joaquín?

JOAQUÍN: ¿Qué cosa?

JOAKO: Que este se llama Amílcar.

MACANA: ¡Joako y la puta que te parió!

Joako sonríe.

JOAQUÍN: ¿Te llamás Amílcar?
Macana lo mira.

MACANA: Sí, y si se lo contás a alguien te desmembro.
 JOAQUÍN: Te "desmiembro", se dice.
Macana se acerca a Joaquín. Joaquín se para.

MACANA: Mirá, pendejo...
Joako se interpone entre ellos.

JOAKO: Bueno, bueno... Macana, no te olvidés que es un fan.
 JOAQUÍN: Soy un fan.
Joako señala la parte inferior de la pared detrás de Joaquín.

JOAKO: Ahí hay un toma. Lo estaba tapando este pelotudo.
Macana agarra los palillos y se sienta detrás de la batería. Joako enchufa el cable en la pared. Va al amplificador, deja el anotador de Macana sobre él, prende el amplificador. Se cuelga el bajo. Sube el volumen. Toca una cuerda. Ajusta las perillas. Macana practica en la batería. Joaquín se acerca al amplificador y agarra la libreta. Saca una birome. Macana deja de tocar, se para.

MACANA: Pará, flaco... ¿Qué vas a hacer?
 JOAQUÍN: Iba a anotar el *show* de hoy.
Macana se acerca a Joaquín y le arranca la libreta de la mano.

MACANA: Nunca se anota el *show* antes de que se haga. Nunca. Es mala suerte.
Macana apoya la libreta sobre el amplificador. Joaquín agarra la guitarra y la desenfunda.

JOAQUÍN: ¿Puedo tocarles una canción?
 JOAKO: ¿Qué tenés, tarántulas en el orto? ¿No te podés quedar quieto y en silencio?
 MACANA: ¿Una nuestra?
 JOAQUÍN: No, en realidad, una mía.
 JOAKO: Ah, ¿tenés canciones?
 JOAQUÍN: Sí, algunas.
 JOAKO: ¿Y cuántas canciones tenés?
 JOAQUÍN: ¿Cuántas? No sé. Entre 45 y 52 tendré.

JOAKO: Ah, bastantes. Qué, ¿y con letra y música?
 JOAQUÍN: Y sí, son canciones, con letra y música, sí. Alguna letra no está terminada, o no me gusta mucho, pero sí.
 JOAKO: ¿Y cuánto duran las canciones? Promedio, más o menos.
 JOAQUÍN: Y, no sé, entre dos y tres minutos.
 JOAKO: Ah. Tenés como para tres discos de duración estándar.
Joaquín asiente.

JOAKO: Mirá vos, el pibe, tres discos... ¿Y están buenos los temas?
 MACANA: Él no te lo va a decir...
 JOAQUÍN: Muy buenos. Les toco uno ahora si quieren.
Joaquín se calza la guitarra.

JOAKO: Pará, pará.
 JOAQUÍN: ¿Qué pasa?
 MACANA: Tocá, dale.
 JOAKO: Pará, pará, Maca. Todo bien, pero, no sé, nosotros vamos a tocar.
 MACANA: ¡Pero nosotros tocamos en un rato! Que toque una canción ahora.
 JOAKO: No sé... Escuchar a alguien tocar antes que yo me saca. Me da vergüenza ajena, envidia, nervios, no sé. Nunca me lo banqué.
 MACANA: Ah, por eso cuando teníamos que armar para tocar después de alguna banda no te encontrábamos por ningún lado. Era por eso. Pobre Joako.
 JOAQUÍN: Toco una cortita.
 JOAKO: Bueno, okey. Tocá, dale.
Joaquín se apresta a tocar. Los mira

JOAQUÍN: Me da un poco de nervios. ¡Le voy a tocar una canción mía a dos tercios de "Desagrados"!
 MACANA: ¿Viste?
 JOAQUÍN: Muy bueno, muy bueno.
 MACANA: Si nos gusta, después la tocamos en el *show* todos.
 JOAKO: No, pará, pará, no prometas cualquier cosa. Una cosa es que la toque ahora y nosotros escuchemos, pero el *show* ya está armado, no vamos a empezar a hacer cualquier cosa. Además ni sabemos cómo es la canción.

JOAQUÍN: No es del estilo de "Desangrados". ¿La canto?
 JOAKO: ¿Ah, no? ¿Y qué estilo es?
 JOAQUÍN: No sé, no sé, no me cabe definir estilos. Escúchenla y me dicen ustedes. ¿La canto?
 JOAKO: ¿Y cómo se llama la canción?
 JOAQUÍN: "El Dragón y San Jorgito Alfajor" ¿La canto?
 JOAKO: Qué nombre.
 JOAQUÍN: Es como una adaptación propia de la historia de San Jorge y el Dragón. ¿La canto?
 JOAKO: ¿Y por qué esa historia?
 JOAQUÍN: Porque la estudié en Catequesis hace muchos años y me quedó grabada. ¿La canto?
 JOAKO: ¿Y por qué te quedó grabada?
 JOAQUÍN: Como ya la entendí, San Jorge es un jodido. ¿La canto?
 JOAKO: ¿Por qué un jodido?
 JOAQUÍN: Lo cuento en la letra. ¿La canto?
Joako asiente. Joaquín toca la guitarra y canta.
 JOAQUÍN: No voy a condenar a un dragón por que coma gente / está en su naturaleza de bicho diferente / sí condeno a los que antes de hacerte un favor / te piden algo a cambio, y con San Jorge es peor / Porque él va y hiere al dragón / y lo lleva al pueblo de rastrón / y promete matar al bicho diabólico / sólo si se hacen todos católicos / si no lo suelta y se va / y el dragón a todos comerá / si es un santo así no puede actuar / y si es un caballero mucho menos... / San Jorge desde el cielo escúchame por favor / qué bueno si el dragón te morfababa como un alfajor / tu armadura era el envoltorio de papel metalizado / te lo sacaba de un zarpazo y te devoraba de parado...
Entra Zulma con dos bolsas en las manos.
 ZULMA: ¿Qué es esa canción horrible sobre San Jorge y el Dragón?
Joaquín deja de tocar.
Apagón.

10.

Tarde. Living.

TODO IGUAL AL FINAL DE LA ESCENA ANTERIOR.

ZULMA: ¿Qué es esa canción horrible sobre San Jorge y el Dragón, pregunté?
 JOAKO: ¿Qué hace acá, señora?
 ZULMA: ¡Yo soy la vecina y yo hago las preguntas! (*A Joaquín*) ¿Me podés decir dónde está Leticia, nene?
 JOAQUÍN: No sé quién es Leticia y no soy un nene.
 JOAKO: ¡Vamos, nene! ¡Así se responde!
 ZULMA: ¿Qué maleducados que son! ¿Alejo es amigo de ustedes?
 JOAKO: Somos hermanos de sangre.
 ZULMA: ¡No sabía que Alejo tenía hermanos!
 JOAKO: No, no tiene.
 ZULMA: Pero... ¿Son hijos de la misma madre?
 JOAKO: No.
 ZULMA: Querido, no me vuelvas loca. ¿Son hermanos o no son?
 JOAKO: Sí, señora, pero hermanos de sangre porque hicimos un pacto cortándonos y mezclando nuestras sangres, y porque ¡nos parió el rock and roll!
 ZULMA: ¿El rock qué? ¿Se cortaron?
Pausa.
 ZULMA: ¿Ustedes están drogados? ¿Dónde está Leticia?
 JOAKO: Leticia tuvo que salir, señora.
 ZULMA: ¿Y los dejó quedarse en el departamento?
 JOAKO: Obvio.
 ZULMA: ¿Esos son instrumentos? ¿Ustedes van a tocar música?
 JOAKO: Y de la ruidosa.
 ZULMA: ¿Ruidosa? No, pero... Yo hablé con Leticia y le pedí por favor que no hicieran ruido. ¡Me prometió que iba a ser una cena íntima!
 JOAKO: Hubo un pequeño cambio de planes.
 ZULMA: Pero, pero... ¡No pueden hacer ruido! ¡Yo me voy a dormir temprano!

JOAKO: ¿Temprano? ¿A qué hora?
ZULMA: A las siete.
JOAKO: ¿A las siete? No, señora. A la siete ni arrancamos el *show*. Tenemos que chequear sonido, ensayar un poco, entonarnos...
MACANA: ¡Eeeeesa! Podríamos buscar a ver si hay algo para chupar por acá, eh.
JOAKO: Arrancaremos no antes de la diez.
ZULMA: ¿Diez? Pero no... No entiendo... ¿Y Leticia quiere que toquen?
JOAKO: Claro, señora. Leticia y Alejo. Alejo de hecho va a tocar con nosotros.
ZULMA: ¿Alejo toca con ustedes?
JOAKO: Señora, ¿está sorda? No me haga repetir todo lo que digo.

Pausa. Zulma los mira. Retrocede hacia la puerta.

ZULMA: Ah, ustedes sí están drogados. Voy, voy a llamar a la policía...

De un salto Joako se interpone entre ella y la puerta.

JOAKO: No, señora. ¿Para qué va a llamar a la policía? Si está todo bien.
ZULMA: ¡Correte, dejame salir!
JOAKO: La dejo salir si me promete que no va a llamar a la policía. No hay necesidad.
ZULMA: ¡Yo no te prometo nada!
JOAKO: Entonces no la dejo salir.
ZULMA: ¡Dejame salir porque grito!
JOAKO: Yo grito también. Y más fuerte.

Zulma grita. Joako grita más fuerte. Zulma deja de gritar. Mira a Joako. Pausa. Zulma grita. Joako grita más fuerte. Zulma deja de gritar. Respira agitada.

JOAKO: ¿Quiere seguir, señora? Yo puedo.

Zulma avanza. Joako le corta el paso. Zulma se mueve hacia la derecha. Joako se mueve hacia la derecha. Zulma se mueve hacia la izquierda. Joako se mueve hacia la izquierda. Macana hace un ritmo de vals en la batería. Joaquín agarra la guitarra criolla, toca una secuencia de acordes y balancea su cuerpo rítmicamente. Joako agarra a Zulma y la fuerza a bailar unos pasos.

ZULMA: ¡Soltame, degenerado!

JOAKO: Vamos, señora, yo sé que le gusta.
Zulma golpea el pecho de Joako con los puños. Joako la abraza.
ZULMA: ¡Soltame, soltame!
Pausa.
ZULMA: ¡Besame!
Zulma le da un beso a Joako. Joako se aparta de ella bruscamente. Macana y Joaquín dejan de tocar. Pausa. Zulma y Joako se miran unos segundos. Macana ríe.
MACANA: ¡Te transó la vieja!
JOAKO: Callate, mogólico.
ZULMA: Perdón, perdón... No sé qué hice. Me perdí. Me perdí. Me... Me voy. Haceme, haceme el favor... Cuando vuelva Leticia, le decís que vine... Que vine por el tema de la estatuilla de San Jorge, para que ver si me la podía pegar...
Saca una lata de pegamento "Toexipol" de la bolsa.
ZULMA: Le, le había traído este pegamento...
Macana mira el pegamento con ojos desorbitados, de un salto sale de detrás de la batería y va hasta donde está la señora.
MACANA: Disculpe, señora... ¿Eso que tiene ahí es "Toxipol"?
ZULMA: ¡"Toxipol" no! ¡"Toexipol"
MACANA: ¿Usted sabía, señora, que ese pegamento se dejó de fabricar en el año 1992?
ZULMA: ¡Claro que lo sé! ¡Cómo no lo voy a saber! ¿Y vos sabés quién lo fabricaba?
¡Mi marido lo fabricaba!
MACANA: ¿En serio? ¿Y qué pasó que de pronto no hubo más?
ZULMA: ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Que lo mataron, eso pasó! ¡La competencia lo mató!
JOAQUÍN: ¿Lo asesinó la mafia del pegamento?
JOAKO: Nene, llamate al silencio.
ZULMA: Mi marido tenía una fábrica chiquita, él mismo había inventado la fórmula del pegamento, y te puedo asegurar que era el mejor pegamento que había... Papel, madera, plástico, hierro, tela, qué se yo, lo que se te ocurra pegaba... Entonces, las otras marcas,

como estaban llenas de envidia y odio por no tener un pegamento tan bueno, ¿sabés lo qué hicieron? Le ofrecieron comprarle la fórmula. No sé cuánta plata le ofrecieron. Un montón de plata. Pero mi marido no aceptó. Porque le querían comprar la fórmula no para hacerla. La querían para desaparecerla.

JOAKO: ¿Cómo?

ZULMA: ¿No entendés? Sos medio lento. Era tan buena que la querían desaparecer, querido. Pensá. A esos mercaderes les conviene que el pegamento no sea tan bueno, así las cosas que uno pega se terminan despegando, y entonces les tenés que comprar más.

MACANA: Uh. Nunca lo había pensado.

ZULMA: Pero es así. Y el pegamento de mi marido era, es, para siempre. Lo que pegás con "Toexipol" no se despegan nunca. Nunca, nunca. Y claro, mi marido nunca iba a aceptar que desaparecieran la fórmula. Y eso que le ofrecieron muchísima plata, ¿eh? Pero él tenía su orgullo. Enorme orgullo tenía. ¿Sabés que hicieron esos delincuentes, entonces? ¿Sabés que hicieron esos hijos de mala madre?

Joako, Macana y Joaquín sacuden la cabeza, levantan los hombros.

ZULMA: Lo difamaron. Mancillaron su nombre. Le hicieron una campaña terrible en su contra. Empezaron a decir que su pegamento era una droga. Que la gente se drogaba con el pegamento. Que era un peligro para la sociedad. Que había que sacarlo de circulación. Que alentaba a la delincuencia. Empezaron a mandar gente a los medios, a pagar periodistas para que lo escribieran en los diarios, llamaban a las radios, contaron miles de mentiras esos hijos de mala madre. ¿Cómo va a ser una droga "Toexipol"? ¿Cómo? Otros pegamentos puede ser, no sé, pero "Toexipol" no, imposible. ¿A vos te parece que es una droga esto?

Macana y Joako se miran.

MACANA: No, señora, de ninguna manera. Permítame.

Macana agarra el tarro de pegamento. Lo mira. Lo abre. Lo huele. Sonríe.

MACANA: Me trae recuerdos... Ahora vuelvo.

Macana se mete en el baño con la lata.

ZULMA: ¿A dónde se llevó el "Toexipol"?

JOAKO: ¿Y no le parece que si querían que la gente no pensara que era una droga el nombre no ayudaba?

ZULMA: No entiendo, querido. ¿A qué te referís?

JOAKO: ¡Al nombre! ¡"Toxipol"! ¡Toxi! ¡Tóxicos!

ZULMA: ¡"ToExipol"! ¡Con "E"! Pero claro, jóvenes entregados a los estupefacientes como vos empezaron a llamarlo "Toxipol"!

JOAKO: ¿Y qué carajo quiere decir "Toexipol"?

ZULMA: Toexi es "éxito" al vesre. Mi marido era muy cabulero. Él estaba convencido de que ese nombre iba a transformar al producto en un verdadero éxito. Y por un tiempo resultó. Pero se terminó dando vuelta la cosa.

JOAQUÍN: Y de un éxito pasó a un toexi. Como el nombre de la marca. Es irónico.

ZULMA: ¿Qué es lo irónico, nene? No entiendo.

JOAKO: ¿Qué es lo que tiene que pegar, señora?

Zulma saca de la bolsa los pedazos de la estatua de San Jorge y el dragón.

ZULMA: Es esta estatuilla de San Jorge y el dragón. Yo le tengo mucho cariño, hace más de treinta años que la tengo. Me protege de las malas ondas.

JOAQUÍN: ¿Malas ondas?

JOAKO: ¿Me la permite?

ZULMA: Sí... Tené cuidado...

Zulma le da la bolsa con los pedazos a Joako. Joako se sienta, saca los pedazos de la bolsa y los examina. Los apoya en la mesa.

JOAQUÍN: ¿Usted conoce la historia de San Jorge y el dragón, señora?

ZULMA: Claro que la conozco, mocoso. Te la cuento en menos de un minuto: San Jorge se cruza con la hija de un rey que estaba yendo a entregarse al dragón para que no destruyera al reino, le pregunta qué le pasa, la princesa le cuenta el trance en el que está, y entonces San Jorge va con ella al encuentro del dragón, lo hiere,

lo ata y lo lleva a la rastra hasta el reino, y ahí les dice a todos que si se bautizan, él termina de una vez por todas con el dragón, pero que si no se bautizan, lo suelta en el pueblo y que se arreglen. Y entonces todos se hacen cristianos y él mata al dragón.

JOAQUÍN: ¿Y a usted que le parece la historia?

ZULMA: Me parece preciosa. ¿Qué me va a parecer? Todos muestran su amor a Dios y Dios los recompensa usando la mano de San Jorge para vencer a ese monstruo horrible.

JOAQUÍN: Pero señora, ¿no le parece que no está bien lo que hizo San Jorge? ¡Los obligó a convertirse amenazándolos con soltar al dragón!

ZULMA: No te entiendo, querido. ¿Y cuál es el problema?

JOAQUÍN: ¡Eso no es amor a Dios! ¡Eso es que te obliguen a hacer algo contra tu voluntad para salvarte! ¡Es horrible!

ZULMA: ¡Y, sí! ¿Y qué es el catolicismo? ¡Es hacer lo correcto antes de hacer lo que uno en realidad tiene ganas de hacer! Ay, nene. Sos muy chiquito todavía.

Pausa.

ZULMA: ¿Me van a arreglar la estatuilla o no? Lo haría yo pero estoy muy mal del pulso. ¿A dónde se fue el gordito con el pegamento?

Entra Macana y le da la lata de pegamento a Zulma.

ZULMA: Qué cara tenés, querido. ¿A dónde te llevaste el pegamento?

Macana mira a Zulma fijamente. Levanta los brazos, los agita y lanza un graznido. Zulma retrocede temblando.

MACANA: ¡Contémpenme! ¡Soy el Señor de los Pájaros del Infinito Punto Multicolor! ¡Regocíjense! ¡Soy el Señor de los Pájaros del Infinito Punto Multicolor!

Macana se acerca a Zulma, y le da un beso en la frente.

MACANA: Su marido era un genio.

ZULMA: Lo sé. Gracias.

Macana se sienta detrás de la batería. Agarra los palillos. Golpea el tambor y el platillo alternativamente.

MACANA: ¡Soy el Señor de los Pájaros del Infinito Punto Multicolor! ¡Soy el Gran Señor de los Pájaros del Infinito Punto Multicolor!

ZULMA: ¿Qué le pasa?

JOAKO: Abra la lata y huela, señora.

Zulma abre la lata. Huele el contenido. Tiltan luces de muchos colores. Se escuchan sonidos psicodélicos: zumbidos, cintas pasadas al revés, largas notas del sítar. Zulma apoya la lata en la mesa.

ZULMA: ¿Qué...? ¿Qué pasa? ¡Qué hermosos colores!

Joako se levanta, agarra el bajo. Mira a Joaquín. Asiente. Joaquín sonríe, agarra la guitarra criolla y toca. Los tres hacen una versión más lenta, distorsionada, psicodélica, de "San Jorgito alfajor".

JOAQUÍN: San Jorge desde el cielo escúchame por favor / qué bueno si el dragón te morfabo como un alfajor / tu armadura era el envoltorio de papel metalizado / te lo sacaba de un zarpazo y te devoraba de parado...

Zulma baila, se contorsiona, hace pasos ralentados de danza árabe.

ZULMA: ¡Blasfemias! ¡Paren con las blasfemias! ¡Que no los escuche San Jorge!

Zulma se acerca bailando a la mesa ratona. Agarra los pedazos de estatuilla. Los aprieta contra su pecho. Agita su cuerpo siguiendo los golpes en la batería. Se le caen los pedazos al suelo. Joako, Macana y Joaquín paran de tocar.

ZULMA: ¡No! ¡La estatuilla! ¡Se rompió más todavía! ¡Es su culpa! ¡Ustedes me drogaron! (*Pausa*). ¿Habrá algo para comer en esta casa?

Apagón.

11.

Tarde. Living.

JOAKO, MACANA, JOAQUÍN Y ZULMA COMEN CHOCOTORTA SENTADOS ALREDEDOR DE LA MESA. LA FUENTE ESTÁ VACÍA.

MACANA: Estaba buenísima.

Macana agarra la fuente, le pasa los dedos, se los chupa.

ZULMA: Está bien, digamos, nada del otro mundo. Yo hago una mucho más rica, porque humedezco las galletitas en un líquido que

combina Tía María con licor de café y un chorrito de esencia de vainilla. Además, no están ajustadas las proporciones de dulce de leche y queso crema, y no sé si no usó queso Saavedra en vez de Mendicrim, pero sí es así, esa chica va por mal camino.

JOAKO: Qué sed que da esta torta. ¿Habrás algo para tomar en esta casa? Macana, andá a fijarte.

MACANA: ¡Marcha una espirituosaaaaaaa!

Macana se levanta y va a la cocina. Se escucha que abre la heladera y busca adentro. Ruido de vidrio que cae y estalla contra el suelo. Todos se sobresaltan

VOZ DE MACANA:

¡La concha de mi madre!

ZULMA: ¿Qué pasó, querido?

VOZ DE MACANA:

Nada, nada, se rompió una botella... ¡Ay!

JOAKO: ¿Qué pasó, Macana?

VOZ DE MACANA:

Me corté, me corté, la puta que lo parió...

Entra Macana al living con una mano envuelta en un repasador húmedo teñido de rojo.

JOAKO: Sos boludo, eh... ¿Y ahora cómo vas a tocar?

MACANA: Puedo tocar igual, puedo tocar igual... Hoy "Desangrados" toca como sea...

Entra Leticia con un paquete enorme. Ve a todos, se paraliza. El paquete se cae al suelo. Ruido a roto. Leticia mira el paquete. Se agarra la cabeza.

Apagón.

12.

Tarde. Living.

LETICIA ESTÁ AGACHADA EN EL SUELO, DESENVOLVIENDO EL PAQUETE CON VIOLENCIA. TODOS LA MIRAN. ES UNA CAJA QUE CONTIENE EL CASTILLO DE GRAYSKULL DE LA SERIE "HE-MAN". LETICIA ABRE LA CAJA Y MIRA EL INTERIOR, LO PALPA.

LETICIA: No... Se rompió... No lo puedo creer...

Macana se levanta y se acerca.

MACANA: ¿Ese es un castillo de *He-Man*? ¿El castillo de *Grayskull*?

LETICIA: Sí, sí... El castillo de *Grayskull*. No lo puedo creer... Me quiero matar...

Pausa.

Era el regalo para Alejo. Me costó un montón conseguirlo. Hace cuánto que lo vengo buscando... Meses... Era el regalo perfecto de cumpleaños...

Leticia saca las dos partes del castillo. Están separadas. Las mira.

MACANA: Se rompió la bisagra, me parece.

Pausa.

LETICIA: Desde que lo conozco que lo escucho hablar del castillo de *He-Man*... Que de chico era lo que más quería que le regalen, que nunca se lo compraban porque era carísimo, que se lo compraron para cuando cumplió doce... Y a él le parecía que ya no estaba para jugar con el castillo, que ya era grande, aunque por dentro sí quería, se moría por jugar, pero se lo prohibió a sí mismo, y entonces ni lo sacó de la caja, y al otro día se lo cambió a un compañerito de la primaria por un cartón de cigarrillos, porque el padre del compañerito tenía un kiosco, y él estaba decidido a empezar a fumar, y el compañerito que estuvo en el cumpleaños se había vuelto loco con el castillo y le ofrecía de todo para cambiárselo... Pero Alejo después se arrepintió y el compañerito ya no se lo quiso devolver, y los cigarrillos se los fue fumando todos, y pasaron los años y se olvidó del castillo, hasta que se cruzó al compañero este el año pasado, y se acordó del castillo, y se dio cuenta de que siempre le dolió haberlo perdido, desde esa vez me habló un montón de veces del castillo...

JOAKO: (*A Macana*) "El rubio musculoso del castillo se olvidó / y se fugó en calzoncillos y desapareció"... Mirá vos...

MACANA: ¡"Desangrado por los juguetes que ya no están"! Boludo, Joako,

de ahí viene, es verdad...

LETICIA: Me quedó eso, y me puse a buscarlo, y encontré uno en un negocio de cosas viejas, pero hecho pelota, le faltaban partes, la escalera, las armas, la torreta, estaba rota la bisagra... Y yo quería que estuviera impecable, en perfecto estado, porque a él cuando se lo regalaron se lo regalaron en perfecto estado...Y seguí buscando, y hace una semana encontré que vendían uno en un lugar de remates en Internet, que decía que estaba como nuevo, y recién hoy pude ir a buscarlo, el flaco que lo tenía vive en Floresta, y me costó un montón de plata, pero no me importaba porque era el regalo perfecto, no se lo esperaba ni en sueños, y ahora... Ahora...

MACANA: Pará, pará, lo podemos pegar y dejarlo bárbaro... ¡Tenemos "Toxipol"!

Leticia se levanta y mira a Joako y a Macana.

LETICIA: ¿Cómo entraron de vuelta ustedes?
Mira a Joaquín.

LETICIA: ¿Vos quién sos?
Joaquín abre la boca. Joako le hace una seña de que se calle. Leticia mira a Zulma.

LETICIA: ¿Qué hace usted acá, Zulma? ¿Usted los dejó entrar? ¿Cómo no llamó a la policía? ¿No tuvo miedo de que le robaran? ¿No tuvo miedo de que la lastimaran?
Zulma se toca la cabeza.

ZULMA: Pará nena con las preguntas que la pecera ya me rebalsa y vos seguís tirándome dorados adentro.
Macana se ríe.

JOAKO: Ahora para decir eso decimos, "me estás quemando la cabeza".

ZULMA: ¡Eso! Nena, ¡me estás quemando la cabeza!

JOAKO: Vamos, Zulma, ¡así se responde!

ZULMA: Sí, y esa historia de la *high school*... ¡Qué tontería! ¿Por qué no le compraste algo que le sirva al muchacho? No sé, un conjunto de

jogging, una perforadora, una paleta de *paddle*, algo útil... ¿No está grande para jugar con una *high school* de juguete?

MACANA: A la *high school* va este... (*Señala a Joaquín*). ¡Es *Grayskull*!

ZULMA: Ah... ¿Cómo es, querido? Ando medio dura del oído porque en este departamento ponen la música muy fuerte a la madrugada y yo termino ensordecida...

MACANA: ¡*Grayskull*!

ZULMA: ¿*Grayskull*?
Pausa.

ZULMA: ¡*High school*!
A Zulma le agarra un ataque de risa. Joako, Macana y Joaquín se contagian. Leticia los mira.

LETICIA: ¡Paren de reírse! ¿Me pueden explicar de una vez qué hacen acá adentro?

JOAKO: Ya te dijimos antes. Vinimos a cumplir una promesa.

LETICIA: ¿Y vale la pena ir a la cárcel por esa promesa? Porque yo voy a llamar a la policía y los voy a denunciar...

JOAKO: ¿Y de qué nos vas a acusar? ¿De meter instrumentos musicales en la casa de nuestro amigo?

LETICIA: ¡Sí! ¡Y de romperme el castillo de *Grayskull*!

JOAKO: Ah, no... Nosotros no te rompimos nada. A vos se te cayó.

ZULMA: Querida, no te preocupes por eso, yo te lo pego... ¿Dónde está el "Toexipol"? (*Grita*) ¡Denme el "Toexipol", carajo!

LETICIA: Zulma, cálmese, ¿se siente bien? Me parece que está teniendo un ataque de nervios... Llamo a la policía y de paso pido una ambulancia, si quiere...

ZULMA: Quiero el "Toexipol", "Toxipol", nena, ¡y de paso te pego el *high school*!

MACANA: *High school*... Que hija de...
Macana y Joaquín se ríen. Leticia agarra el teléfono y marca. Joako se arroja sobre el teléfono y lo desenchufa.

JOAKO: Pará con eso de llamar a la policía... ¡No hay necesidad!
Zulma agarra las partes del castillo de Grayskull y las mira.

ZULMA: Qué raro es esto... No parece una escuela.

A Zulma se le caen las partes al suelo.

LETICIA: ¡Zulma, cuidado!

ZULMA: Ups... Qué torpe. Perdón, estoy como un poco mareada, y la torta no me cayó muy bien... ¿Dónde era que quedaba el baño, nena?

Leticia se pone de cuclillas y agarra las partes del castillo. Las mira. Se le humedecen los ojos.

ZULMA: ¿Estás bien, querida? Te pregunté a dónde quedaba el baño...

Leticia levanta la cabeza, ve la bandeja de chocotorta en la mesa.

LETICIA: Se... ¿Se comieron la torta? ¿Se comieron la chocotorta que preparé para el cumpleaños?

Silencio.

JOAKO: Macana la agarró... Yo le dije.

MACANA: ¡Qué buchón hijo de puta!

Macana mira a Joako y lo insulta por lo bajo. Leticia lanza un grito, tira las partes del castillo al suelo y salta sobre ellas. Todos la miran. Joako aplaude.

JOAKO: ¡Está muy bien! ¡A la mierda con los objetos materiales! ¡Te encadenan!

Leticia se desploma en el sillón y hunde la cara entre las manos. Zulma les hace un gesto de que se vayan a Joako, Joaquín y Macana. Joaquín se mete en el dormitorio.

ZULMA: Chicos, salgan un minuto... Quiero hablar con Leticia...

JOAKO: ¿Por qué? ¡Nosotros no hicimos nada!

MACANA: Dale, Joako, salgamos un toque...

JOAKO: Te entregás, siempre te entregás fácil vos, ¿eh?. A mí se me desafinó el bajo y quiero afi...

ZULMA: ¿Pueden salir? ¡Está angustiada la chica!

Macana empuja a Joako.

JOAKO: ¿Y qué vamos a hacer? ¿Ver la tele? La tele es una mierda. Nunca hay nada. ¿No te acordás? "El verdadero control remoto / es la tele que controla tu cerebro roto". De "Desangrado por la programación de aire"...

desangrados por una promesa que no cumpliste

Se meten en el dormitorio. Zulma se sienta al lado de Leticia. Leticia llora. Zulma le acaricia la cabeza.

ZULMA: Querida, querida... ¿Llorás? ¿Por qué llorás? No vale la pena...

LETICIA: Zulma, qué quiere... Se me arruinaron las dos cosas que había preparado para el cumpleaños...

ZULMA: ¡Pero vinieron estos amigos de Alejo para tocar música con él!

LETICIA: Sí, pero Alejo no quería ninguna sorpresa... Y menos esta. Hace años que no los ve y no sé por qué razón, pero alguna razón habrá.

ZULMA: ¿Qué? ¿Y vos no los conocías?

LETICIA: ¡No! ¡Ni sabía que Alejo había tenido una banda de rock!

ZULMA: ¿Y por qué los dejaste pasar, entonces?

Leticia mira a Zulma.

LETICIA: Usted les abrió la puerta de abajo, Zulma, ¿no se acuerda? Y al departamento no sé cómo entraron... Deben haber forzado la cerradura. ¿No vio la pinta que tienen de delinquentes?

Pausa. Leticia mira alrededor.

LETICIA: ¡Puedo aprovechar ahora que salieron y llamar a la policía!

ZULMA: ¿Te parece? ¿La policía? Admito que son muchachos medio raros, pero no creo que hagan nada malo...

LETICIA: ¡Ya hicieron cosas malas! Forzaron la puerta, desordenaron todo, se comieron la torta...

ZULMA: Yo también comí, querida. La verdad que no estaba muy buena. No te preocupes, yo en un periquete te hago otra. Me das la plata para los ingredientes y te hago otra.

LETICIA: ¡Pero también rompieron el castillo!

ZULMA: No, tampoco hay que ser injustos, el castillo se te cayó a vos...

LETICIA: ¡Por el *shock* de entrar y ver a estos forajidos!

ZULMA: Ay, nena. Ya estás hablando como una vieja.

Pausa.

ZULMA: ¿En serio no los conocías? Qué raro, ¿no? Digo, porque deben haber sido muy amigos de tu novio como para venir y traer todos esos armatostes que trajeron por su cumpleaños... Es un esfuerzo...

Silencio.

ZULMA: Me recuerda algo... ¿Sabés qué le regalé yo a mi marido en su último cumpleaños?

LETICIA: No, ¿qué?

ZULMA: Ninguna cosa, ningún objeto, digo. Pero lo invité a cenar al hermano, con el que estaba peleado y hacía años que no lo veía.

LETICIA: ¿En serio? ¿Y cómo se lo tomó?

ZULMA: ¿Cómo? Muy mal, para el traste se lo tomó. Cuando entró el hermano al living, que se llamaba Antonio y falleció hace seis meses, cuando mi marido lo vio, se quedó pálido. Estaba sirviéndose soda en un vaso, y el shock hizo que no pudiera dejar de apretar la palanquita. Vacío el sifón en la mesa. Un desastre hizo. Antonio se le acercó y le quiso dar la mano, pero mi marido lo miró de pies a cabeza, se levantó de la mesa, y sin decir ni "mu", se metió en el dormitorio, cerró la puerta de un portazo y prendió la tele a todo volumen, creo que puso un canal de deportes, seguramente una carrera de autos... Porque a mi marido le encantaba ver carreras de autos, le encantaba la velocidad, pero verla, no vivirla, eh. Le parecía increíble ver que autos que van tan rápido pudieran seguir un camino tan complicado como tienen esas pistas sin irse todos al diablo... Tanta velocidad contenida en un dibujito tan enrevesado, ¿no?

Zulma mira a Leticia. Leticia mueve la cabeza. Pausa.

ZULMA: Pobre Antonio, todavía me acuerdo la cara que puso cuando mi marido se levantó y se metió en el dormitorio: era una mueca de dolor, como si dos segundos antes se hubiera golpeado el dedo chiquito del pie contra la pata de la mesa, pero estuviera disimulándolo. Yo le ofrecí si quería quedarse y comer algo, había preparado ravioles, y Antonio sin decir nada se sentó a la mesa, le serví el plato y se los comió muy lentamente, masticando cada raviol como si tuvieran rellenos de bife ancho. Yo, mientras, quise entrar al dormitorio, pero el tarado de mi marido había cerrado con llave la puerta, y me puse a golpear, y nada, no quería abrir. Cuando le estaba gritando que abriera, que no se comportara

como un nene, se me acercó Antonio, me agradeció por los ravioles, me dio un beso en la frente, me dio un paquetito para que le diera a mi marido como regalo, y se fue. Era un paquetito muy desprolijo, envuelto en papel madera, atado con ese hilo que usan en las confiterías para envolver las tortas y las facturas...

LETICIA: ¿Y qué había en el paquetito?

ZULMA: ¿Sabés que no sé? Mi marido no lo quiso ni ver, me ordenó que lo tirara a la basura, pero yo lo guardé en una caja con otras cositas de él, y tiempo después mi marido falleció, y yo me olvidé que lo tenía... Hasta ahora. ¿Qué habría en el paquetito?

Pausa. Segundos de silencio.

ZULMA: Lo voy a buscar.

Zulma se levanta.

LETICIA: ¿Ahora lo va a buscar?

ZULMA: Sí... Sí. Ahora.

Zulma mira los restos de estatuilla de San Jorge en el suelo.

LETICIA: ¿Esa no es...?

ZULMA: Sí... Se me cayó a mí, ¿podés creer? Es que entré con la estatuilla en las manos y estos muchachos estaban tocando tan fuerte... Fue un sobresalto tremendo. Yo más tarde vengo y te lo barro. O mañana. Barrer de noche trae muy mala suerte.

Zulma sale. Leticia mira los restos del castillo. Se para. Camina hacia la batería. La mira. Golpea con un dedo el platillo. Camina hasta el amplificador. Acaricia con la mano su superficie. Encuentra la libreta. La agarra. La abre. Lee. Hojea. Lee. Hojea. Cae de la libreta un papel amarillento doblado. Lo levanta. Lo abre. Lo mira. Bajan las luces. Se escucha ruido blanco de radio. Sintoniza.

LOCUTOR: *(Off)* Nos llegó a la radio el volante de un nuevo *show* de "Desangrados"... ¿Se acuerdan de esta banda de Villa Urquiza? El otro día pusimos un tema del demo de los muchachos, "Desangrado Por Una Promesa Que No Cumpliste". Ruidoso, ruidoso, pero había como una melodía, ¿no? En el volante hay... Es la fotocopia en blanco y negro de una foto de los tres muchachines que son estos "Desangrados", se ve que cada uno está colgado de una soga por el cuello, con la lengua afuera...

Simpático, ¿no? Están los nombres debajo...Macana, Joako y Jalo-E. Van a estar tocando el sábado que viene, septiembre 22, en el Salón Pueyrredón. Yo no los vi, pero me dicen que hacen un *show*... ¡Inolvidable! ¿Los podemos escuchar ahora? Pausa. ¿Sí? ¿Podemos? Ahí va entonces... Por la 106.8, esto es "Desangrados" haciendo "Desangrado por una promesa que no cumpliste" ¡Dale maaaaassssaaaa!...

Ruido blanco de radio. Cesa el ruido. Suben las luces. Leticia dobla el papel, lo coloca en la libreta, pone la libreta sobre el amplificador. Mira los pedazos del castillo de Grayskull. Los levanta. Agarra la caja y los pedazos de papel para regalo. Sale. Entra con una escoba y una palita. Barre los pedazos de estatuilla y los levanta. Sale. Entra y se tira en el sillón. Larga el aire. Recuerda.

ZULMA: (Off) El mejor regalo es aquel que el festejado no espera ni en mil años, pero que en el fondo es lo que más quiere.

LETICIA (VOZ MÁS FUERTE):

¡Joako! ¡Macana! ¡El otro! ¡Vengan!

Apagón.

13.

Noche. Living.

LETICIA Y JOAQUÍN SOSTIENEN, CADA UNO DE UNA PUNTA, UNA TIRA DE PAPEL DE EMPAPELAR QUE TIENE PINTADA EN NEGRO LA FRASE "DESANGRADO X UNA PROMESA Q NO CUMPLISTE" DEL LADO DE ADELANTE, QUE TIENE MOTIVOS FLORALES. JOAKO Y MACANA LO MIRAN.

LETICIA: ¿Y? ¿Les gusta el cartel? Ahora hay que colgarlo.

JOAKO: Sé... No me gusta mucho el tema flores, pero bue...

LETICIA: Es que tenía este papel de empapelar guardado que nunca iba a usar...

¿A vos te gusta, Macana?

Macana suspira, se da vuelta y fija la mirada en un punto del espacio.

MACANA: Y eso es porque ya nadie empapela... Ahora se pinta, todos pintan, ya nadie empapela, pero ¿y por qué? ¿Por qué ya nadie empapela? Yo sé por qué. Porque nadie quiere hacer esfuerzos,

todos quieren la fácil, y la fácil es pintar. Para empapelar hay que tener paciencia, hay que ser prolijo, detallista, capaz de soportar por horas y horas el penetrante olor del pegamento... Pintar es de primitivos, ¿o qué hicieron primero los cavernícolas? ¿Pintar o empapelar? Las cuevas donde vivían, ¿las pintaban o empapelaban? Pintaban. Empapelar es lo civilizado, empapelar es envolver una casa para regalo pero de adentro hacia afuera. ¿Cómo fue que nos dejamos arrastrar por la pereza de la brocha gorda? ¿Cómo? Cuando tenga mi casa propia la voy a empapelar toda, de arriba abajo, hasta el inodoro voy a empapelar. Y lo voy a hacer yo mismo, nada de contratar a algún boludo que me deje globitos en la pared, no no no. Yo mismo lo voy a hacer. Y lo voy a hacer con "Toxipol". Van a ver. Va a ser increíble. Hermosa. Ya van a ver.

Joaquín y Leticia miran a Joako. Joako alza los hombros. Leticia le da la punta del cartel que ella sostiene a Macana.

LETICIA: Tenemos que ensayar bien lo que le vamos a decir a Alejo. Yo pensé en la siguiente historia, a ver qué les parece: hace unos días, viendo qué le iba a regalar para su cumpleaños de treinta, me metí en una disquería, no sé, en alguna sucursal de MundoMúsica, puede ser la de Florida y Corrientes... Entonces me puse a mirar discos en la parte de Rock Nacional, y de pronto casi me desmayo de la sorpresa: en la letra "D" veo un disco en cuya tapa hay una foto de Alejo y de ustedes dos: el disco de "Desangrados"... Entonces lo com...

JOAKO: No, no, no, pará, pará. Ya hay dos fallas en tu historia. Primero, nunca podrías encontrar nuestro disco en MundoMúsica, nunca jamás. Nunca se vendió en disquerías comerciales. Nunca se vendió en casi ninguna disquería... Lo vendíamos nosotros en los *shows* y a lo sumo lo encontrabas en algún localcito de discos usados, o por ahí en Parque Rivadavia como lo encontró Joaquín.

JOAQUÍN: Tirado en un cantero dentro de otra cajita.

JOAKO: Exacto. Segundo, está claro que nunca viste la tapa del disco, porque no hay ninguna foto de nosotros tres. La tapa es el dibujo de una trincheta clavada en un osito de peluche.

LETICIA: ¿Cómo es? ¿Un osito de peluche que tiene clavada una trincheta?
Se abre la puerta de calle. Entra Alejo. Leticia suelta el cartel y corre hacia Alejo. Lo abraza.

LETICIA: ¡¡¡Sorrrpresa, amor!!!
Alejo mira alrededor con la boca abierta. Mira a Joako y a Macana, ambos petrificados. Mira a Joaquín, a Leticia. Lee el cartel. Leticia agarra la guitarra, se acerca a Alejo, le da un beso en la boca y le da la guitarra.

LETICIA: ¡Agarrala, amor! ¡Agarrá la guitarra! ¡Este es tu regalo! ¡La vuelta de "Desangrados"! ¿Te gusta? ¡Yo los llamé! ¿Cómo nunca me habías contado de "Desangrados"? Bueno, ya no importa... Me tuve que enterar solita, al final, y de casualidad absoluta, porque el otro día entré en un negocito de discos en una galería y vi el disco con el osito y la trincheta y me acordé de que vos lo tenías y después lo tiraste, y entonces de curiosidad lo agarré y lo abrí... ¡Y vi tu nombre! ¡Tu nombre! ¡Imaginate el shock, imaginate! Fue muy fuerte enterarme así saber que tuviste una banda que se llamaba "Desangrados" de la que yo no sabía nada... Bueno, nada, entonces pensé que el mejor regalo era rastrearlos a ellos y llamarlos y decirles que vinieran hoy y que trajeran todos los instrumentos y vinieran a tocar... Me costó convencerlos, me costó un montón, no te creas, no querían saber nada... ¡Pero vinieron! Y ahora pueden volver a tocar juntos, después de tantos años... Porque ¿Por qué nunca me hablaste de "Desangrados"? ¿Cómo nunca me contaste que te agarró la Mafia de la Sangre? ¿Que te pegó un instructor de aerobio en Villa Gesell? ¿Que te hiciste una "D" en el brazo con una trincheta? ¿Que insultaste a la gente de Santos Lugares? ¿No somos una pareja, vos y yo? ¿No somos compañeros? ¿No nos tenemos que contar todo de nuestras vidas, de lo que fueron nuestras vidas antes de conocernos? Después vamos a hablar de vos y yo de esto... Pero bueno, ahora no, ahora te toca disfrutar de esta vuelta... ¡Me muero por escucharte, amor, por escucharlos y escucharte!
¡"Desangrados" vive!
Silencio.

JOAQUÍN: Loco, no sabés lo que te admiro.

JOAKO: Mírenlo... Se quedó petrificado. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó, Jalo? ¿Viste dos muertos vivos que se sacaron de encima los tres metros de tierra que les tiraste? Dale, Macana. Vamos a ver si esto lo revive.
Macana suelta el cartel y va detrás de la batería. Joako prende el amplificador. Tocan la base de "Desangrado Por Una Promesa Que No Cumpliste". Joako se acerca a Alejo.

JOAKO: ¿Te acordás de esta base, Jalo? ¿Te acordás? ¡"Desangrado por una promesa que no cumpliste"! ¡Agarrá la viola!
Pausa.

JOAKO: ¡Agarrá la viola, carajo! ¡Cumplí la promesa!
Joako le arranca la guitarra a Leticia y la apoya bruscamente contra el cuerpo de Alejo.

JOAKO: ¡Cumplila!
Alejo corre hasta la puerta del baño, la abre, se mete adentro y cierra de un portazo. Leticia va a la puerta, agarra el picaporte, lo gira. La puerta se mantiene cerrada.

LETICIA: ¡Alejo! ¡Alejo! ¿Qué pasa? ¿Amor! ¿Estás bien? *(a Macana y Joako)*
¿Pueden dejar de tocar?
Macana y Joako dejan de tocar.

LETICIA: ¡Amor! ¿Qué pasa? ¿Estás descompuesto? ¿Amor!
Pausa.

JOAQUÍN: ¿Qué le pasa? *(A Macana)*. ¿Vos sabés qué le pasa?

LETICIA: ¡Callate, nene! ¿Amor? ¿Podés salir? ¡Por favor! ¿Podés salir?
Pausa.

MACANA: No sé... Por ahí se estaba cagando de verdad...

LETICIA: ¡Silencio! ¿Amor? ¡Decí algo! ¡No querés salir?
Pausa.

JOAKO: Se caga porque es un cagón...

LETICIA: ¡No digas eso! Amor, amor... ¿Qué pasa?

JOAKO: ¡Es un cagón que no se anima a enfrentarnos y a decirnos que se cagó en la promesa!

LETICIA: ¡Parala, flaco!

JOAKO: ¡Se cagó olímpicamente en lo pactado y en "Desangrados"! ¡Se está cagando ahora mismo y por eso se metió en el baño!

MACANA: ¿En serio lo decís, Joako? ¿En serio?
Macana se larga a llorar.

LETICIA: *(Levantando la voz)* ¡Basta!

JOAKO: ¡Dejá de llorar, maricón! No puede ser: uno que llora, el otro que se esconde en el baño... ¿Cómo mierda hice rock con gente así?
Joako golpea la puerta varias veces con el puño. Leticia lo frena.

JOAKO: ¡Salí! ¡Encará a tu banda! ¡Salí, carajo!

LETICIA: ¡Pará, pibe! ¿No ves que le pasa algo?
Leticia golpea la puerta con la palma abierta.

LETICIA: ¡Amor! ¡Amor! ¡Amor! ¡Amor!
Entra Zulma con un bulto en una mano y un papel arrugado en la otra.

ZULMA: ¡Lo encontré! ¡Encontré el paquetito! Miren lo que era...
Zulma abre la mano. Tiene un autito azul. Joako, Macana y Joaquín se acercan y lo miran.

MACANA: ¿Qué es el autito, señora?

ZULMA: *(A Leticia)* ¿No les contaste, nena? Es el último regalo de cumpleaños que recibió mi marido. Y se lo dio su hermano. Mi marido lo rechazó porque estaban peleadísimos, pero yo lo guardé sin abrir. Y con todo esto del cumpleaños de este muchacho se me ocurrió buscarlo y ver qué era. ¡Y era este autito! Venía con una carta. Se las leo... "Hermano: ¿te acordás de este autito?"...

LETICIA: Espere, Zulma. Estamos con una situación complicada... Llegó Alejo, se metió en el baño y no quiere salir.

ZULMA: ¿Qué le pasa? ¿Está descompuesto?

LETICIA: No, creo que no. Me parece que tuvo un shock al verlos a ellos después de tanto tiempo.

ZULMA: ¿Shock? ¡Por favor! ¡Shock es esta carta! Escuchá...
Alejo abre apenas la puerta del baño.

ZULMA: "Hermano: ¿Te acordás de este autito? Era tu autito favorito de

cuando éramos chicos. Jugabas todo el tiempo con él. Te encantaba hacerlo correr por el *boudoir* de mamá, porque tenía una superficie bien lisita y el autito andaba bárbaro ahí, y un día mamá te corrió como quinientos metros con el repasador mojado en la punta porque le habías hecho un rayón a su mueble preferido. ¿Te acordás? Yo te lo pedía prestado y vos nunca me lo prestabas. Yo insistía y vos nada, te seguías negando, y yo lloraba y vos seguías sin prestármelo. Y un día te desapareció. Y ese día lloraste vos. Y lloraste varios días más. Y después te olvidaste del autito. Pero yo no. Y ahora, muchos años después, vengo a revelarte que el autito no se te había perdido en la mudanza, vengo a confesarte que yo te lo robé porque lo quería para mí. Pero fui un boludo, porque como te lo robé no podía jugar con el autito delante tuyo, y entonces me olvidé de él yo también. Y ahora vengo a devolvértelo, porque es tuyo, y ya me pesa haberlo tenido durante tanto tiempo sin que vos lo sepas. Acá está, casi intacto. Digo "casi" porque se le saltó un poco la pintura, cosa natural si tomamos que el tiempo siempre le hace saltar la pintura a todas las cosas. Ojalá te guste volver a verlo. Dicen que cuando uno se pone viejo en muchos aspectos vuelve a ser como un niño. ¿Qué mejor, entonces, que tengas de nuevo en tu poder el autito? Tomalo de esta manera: te lo cuidé durante casi toda la vida para que puedas disfrutarlo ahora. Solo te falta encontrar un *boudoir* sobre el cual hacerlo correr. Pero cuidado con los rayones... ¿Te imaginás lo que puede doler un chijetazo de punta mojada de repasador que viene desde arriba? Te quiere, Antonio. PD: Siempre estuve enamorado de Zulma, pero nunca me animé a contártelo. Es una mujer de leyenda. ¿Sos consciente de lo afortunado que sos, pedazo de mierda sin sentimientos?"

Pausa.

MACANA: ¿Puedo agarrar el autito?

ZULMA: Sí. Tené cuidado.

Zulma le da el autito a Macana, que lo observa detenidamente. Leticia se acerca a Zulma y le pasa un brazo por los hombros.

LETICIA: ¿Usted está bien, Zulma?

ZULMA: Más o menos querida. ¿Por qué preguntás?
LETICIA: ¿Por qué? Bueno, lo que dice la postdata...
ZULMA: Pero yo ya lo sabía, querida. Sabía que estaba enamorado de mí. Las mujeres sabemos esas cosas. Eso no me importa. No es eso lo que me angustió.
LETICIA: ¿Y qué la angustió?
ZULMA: Que mi marido se murió sin hacerle ni una rayita a mi *boudoir*.
Pausa. Joako se acerca a la puerta del baño y la golpea.
JOAKO: ¡Salí, maricón! ¡Salí a tocar!
Macana suelta el autito y le agarra el brazo a Joako.
MACANA: ¡Basta! ¡Basta! ¿No entendés que no quiere tocar? ¿No entendés? ¡Mierda, qué vas a entender! ¿Por qué carajo siempre hay que hacer lo que a Joako se le ocurre? ¡Yo no quería venir acá hoy! ¡Yo no quería estar seis años como un boludo sin hacer nada esperando que se juntara "Desangrados" de vuelta! ¿Cómo mierda me convenciste? ¿Cómo? ¿Y ahora no entendés que Alejo no quiere tocar? ¿No entendés que para él "Desangrados" es de otra vida? ¡No quiere saber nada! ¡Aceptalo, carajo, de una vez! ¡Para él no existimos más!
Se abre la puerta del baño. Sale Alejo con la lata de "Toexipol" en la mano. Todos lo miran. Alejo mira la lata.
ALEJO: Mierda, "Toxipol". Hace cuánto que no veía una lata de "Toxipol". Pega todo, el "Toxipol". Me encantaría escribirle el aviso para radio. "Toxipol: pega hasta un corazón roto".
ZULMA: Es lindo eso, querido, pero se llama "ToExipol", no "Toxipol".
Alejo mira la lata abstraído.
ALEJO: "Toxipol". Todo lo que está roto, el "Toxipol" lo pega de vuelta. Todo.
Alejo apoya la lata en la mesa ratona. Mira a Joako. Mira a Macana. Se acerca a Joako hasta quedar a centímetros de él.
ALEJO: ¿Seguís siendo un bajista horrible? Agarrá el bajo.
Joako retrocede, sonríe. Agarra el bajo. Alejo agarra la guitarra y se la cuelga. Enciende el amplificador de la guitarra. Rasguea la guitarra. Sale un sonido disonante. La mira.

ALEJO: Está desafinadísima, hijos de puta, y las cuerdas están todas oxidadas. ¿Así me la cuidaron?
Alejo afina la guitarra.
JOAQUÍN: ¡Vuelve "Desangrados"! ¡Vamos carajo!
LETICIA: ¿Vas a tocar, amor? ¿Vas a tocar con "Desangrados"?
ALEJO: Shh, shh, pará que estoy afinando...
LETICIA: ¿Vas a tocar? ¿Te gustó el regalo? ¿Te gustó el regalo! Y sí, ¿cuándo te hicieron un regalo así?
Alejo se acerca al micrófono.
ALEJO: Hola, hola, 1, 2, 3, probando, probando...
Leticia y Joaquín se sientan en el suelo frente a la banda. Zulma se sienta en el sillón.
LETICIA: ¿Vio, Zulma? No fue como con su marido. Acá salió bien.
ZULMA: Sí, nena, puede ser... ¿Van a tocar ahora, chicos? Yo me quedo a verlos si ustedes tocan bajito... Me prometen que van a t...
Macana y Joako tapan a Zulma con la base de "Desangrado Por Una Promesa Que No Cumpliste" tocada a todo volumen. Alejo entra con la guitarra y canta. Joaquín se para y baila espasmódico. Hace mímica de la letra de la canción con la boca y de la guitarra con las manos.
ALEJO: *(Canta)* Bien de nenitos, en la pileta / Bajo el agua, metíamos la cabeza / Jugábamos a aguantar el aire / Aguantarlo más, lo más que se pudiera / y nos mareábamos, nos mareábamos rico / y nos mareábamos, nos mareábamos rico / bien de nenitos nos prometimos que nada iba a cambiar, que así seguimos / mareándonos igual, pero crecimos no nos mareamos más, ahora nos aburrimos / nuestros mareos ahora son feos nuestros mareos ahora son feos / dicen que no se puede ir mareado a buscar trabajo, o al supermercado / levantar un hogar, tener una pareja y acá se viene la moraleja / si ya no te mareás como una nena es porque no corre más sangre por tus venas / si ya no me mareo como un nenito es que me sacaste la sangre de a poquito / (y yo acabé) / desangrado por una promesa que no cumpliste / desangrado por una promesa que no cumpliste / y ahora me estás diciendo que la culpa no te pesa / que ninguno de los dos mantuvo la promesa pero yo voy a seguir culpándote a vos /

porque es bien de nenito no asumir nada, nada ¡nada! / (y yo acabé) / desangrado por una promesa que no cumpliste / desangrado por una promesa que no cumpliste / (y yo acabé) / desangrado por una promesa que no...

Macana deja de tocar y suelta los palillos. Se agarra la mano que se cortó. Joako y Alejo dejan de tocar.

MACANA: Puta, ¡me duele donde me corté!

Leticia y Joaquín aplauden. Leticia se levanta y besa a Alejo en la boca.

LETICIA: ¡Muy buena, amor! ¡Muy buena! ¡Es muy pegadiza!

JOAQUÍN: Suenan igual que en el demo...

Joako mira a Macana. Sonríe.

JOAKO: Sonamos igual.

MACANA: Igual, igual. ¡Mierda! ¡Sonamos igual que antes! ¡Jalo!

ALEJO: Sí, ¿no? Sí... Sonamos igual.

ZULMA: A mí no me gustó nada. Pero los respeto.

MACANA: ¿Nos juntamos, no? ¿Nos empezamos a juntar a tocar de vuelta?

Macana sale de detrás de la batería y lo abraza a Alejo con un brazo.

JOAKO: ¿Escucharon cómo sonó? ¿Escuchaste cómo sonó, Jalo? Nos tenemos que juntar. No hay dudas... ¡Volvió "Desangrados"!

Macana agarra la libretita.

MACANA: Ya mismo anoto este *show* en la libretita. "20-10. Casa Jalo-E. Igual que siempre".

LETICIA: ¿Vuelve la banda? ¿Vuelve gracias a mi regalo? ¿En serio?

Alejo mira a Leticia.

ALEJO: Amor, yo sé que este no es tu regalo.

Pausa.

ALEJO: Amor, en el pasillo vi la bolsa de basura con la caja del castillo de *Grayskull*. ¿Ese era tu regalo, no? Ese era tu regalo. Estos vinieron por las tuyas. Los conozco. ¿Y dónde está el castillo? Quiero ver el castillo. ¡Quiero el castillo de *Grayskull*!

Leticia mira a Alejo. Pausa. Leticia agacha la cabeza. Zulma la abraza. Leticia entra al dormitorio junto con Zulma. Alejo va detrás.

ALEJO: Amor, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

Leticia le cierra la puerta en la cara. Alejo gira el picaporte. La puerta está cerrada.

ALEJO: Amor, amor, ¿estás bien? Amor, abrí la puerta. ¡Zulma! ¿Puede abrir la puerta, por favor?

Zulma abre apenas la puerta y se asoma.

ZULMA: Está afligida tu novia, nene. Esperá un poco. Ya va a salir.

Zulma cierra la puerta. Alejo se da vuelta. Mira a Joako y Macana.

ALEJO: ¿Ustedes saben por qué reaccionó así?

Joako y Macana se miran.

JOAKO: Jalo, ¿vos viste a tu alrededor? ¿Nos viste a nosotros? ¿Viste el cartel? ¿Viste los instrumentos? ¿Escuchaste cómo sonamos? ¿Viste la cara de Leticia mientras te miraba tocar? ¿Viste sus ojos? ¿Los viste?

ALEJO: Sí, ¿y?

JOAKO: ¿Y? ¿Cómo "y"?

ALEJO: ¿Y cómo entraron ustedes al departamento? ¿Leticia los dejó pasar así nomás?

JOAKO: No. Sabés que no. Si no nos conocía. Si nunca había escuchado de "Desangrados". No tenía idea de que existíamos. Vos nunca le contaste nada. No sé por qué mierda, pero nunca le contaste nada. No nos quería dejar pasar al principio. Pero después...

ALEJO: ¿Y entonces cómo entraron? ¿Se metieron de prepo? (*Mira a Macana*) ¿Seguís haciendo eso, vos? ¿Me forzaste la cerradura con un alambre?

Macana agacha la cabeza.

ALEJO: ¡Qué hijos de puta! ¡Me forzaron la cerradura! Ustedes dos están locos. ¡No me pueden violar el castillo de esa manera!

JOAKO: ¿El castillo?

ALEJO: ¡Mi casa! ¡No se pueden meter en mi casa a la fuerza! No se puede hacer eso. ¿En qué órbita viven? ¿Cómo se van a meter así? ¿Leticia aceptó esto así nomás?

JOAKO: Vinimos a cumplir una promesa, Jalo.

ALEJO: ¡Dejá de llamarme Jalo! ¡No soy más Jalo! ¡Soy Alejo!

JOAKO: Y la promesa la hizo otro, entonces. Fue otro el que se hizo un tajo en el brazo con nosotros, entonces. Fue Jalo. Vos no. Jalo. Perdoná. Somos unos pelotudos que se equivocaron de departamento.

ALEJO: Joaquín, escuchame...

JOAKO: Yo sigo siendo Joako.

ALEJO: Bueno, Joako, no, era yo el que se cortó, sí, era yo el que prometió que nos íbamos a juntar cuando cumpliera treinta. ¡Y nos juntamos! ¿O no? ¡Ya está! ¡Nos juntamos y tocamos un tema! ¡Listo! ¿Qué más quieren?

JOAKO: La promesa era que nos juntábamos para volver a tocar, pero no una sola vez... La promesa era que volvía "Desangrados".

ALEJO: Pero, ¿no entendés? Yo no quiero volver. ¿Vos te acordás el último *show* que hicimos? ¿Te acordás?

JOAKO: Sí... ¿Y?

ALEJO: ¿Seguro te acordás? ¿Vos te acordás, Macana? Yo me lo acuerdo perfectamente. Lo tengo grabado en la memoria. El sótano en el que tocamos. El tubo de luz negra que nunca se terminaba de prender y metía un zumbido insoportable. El olor de ese sótano. Esa mezcla de birra del suelo, baño, chivo, puchos y faso parrillero. El escenario, que medía dos metros por uno. Me acuerdo de la gente que nos fue a ver. Me acuerdo de cada cara, de cada par de ojos rojos, de cada peinado, de cada remera. ¿Y sabés por qué me acuerdo de cada cara? Porque había quince personas. Quince personas, Joako. Quince. ¿Qué mierda estábamos haciendo? ¿A dónde íbamos? No daba para más, Joako, Macana. No daba para más. Quería hacer otra cosa con mi vida. Otra cosa. Algo que tuviera algo que ver con la realidad. Vivíamos en una nube de pedo alucinógeno. En una nube de pedo alucinógeno.

JOAKO: ¿Y para qué carajo hiciste esa promesa, entonces? ¿Para qué?

ALEJO: ¿Sabés para qué? Para que no me rompieran más las pelotas con seguir tocando. Para que no me llamaran más. Para que no me dejaran más mensajes. Para que no me quemaran más la cabeza.

Tenía que desintoxicarme. Tenía que cortar.

JOAKO: ¿Y no tenías los huevos para decirnos que no querías saber nada con "Desangrados" nunca más?

Alejo los mira.

JOAKO: ¿A vos, cuando te lavás los dientes, te siguen sangrando las encías?

ALEJO: ¿Eh? No.

JOAKO: Ah. Ahora lo veo. Recién ahora lo veo. ¿Vos lo ves, Macana?

MACANA: Sí, lo veo.

Macana tacha su última anotación en la libretita.

ALEJO: ¿Y qué ven ustedes?

JOAKO: Que de verdad te volviste un pelotudo.

Pausa. Joako se da vuelta. Se escuchan ruidos de llanto contenido. Macana mira a Joako.

MACANA: ¿Joako? ¿Llorás?

JOAKO: Salí, pelotudo.

Pausa.

ALEJO: Yo me voy a meter en la cocina, y cuando salga no los quiero ver ni a ustedes ni a los equipos.

Alejo se mete en la cocina. Joako se da vuelta. Se pasa una mano por la cara.

JOAKO: Macana, ¿querés empezár a desarmar?

MACANA: Sí, Joako. Sí, Joako.

Macana va detrás de la batería y la desarma.

MACANA: Todo al pedo, todo al pedo. Hicimos todo esto al pedo... Hace seis años que me venís martillando la cabeza todos los días con que vuelve "Desangrados"... No me dejaste ponerme de novio, no me dejaste nunca agarrar un laburo fijo. ¿Y para qué? ¿Para qué?

JOAKO: No me vengas... Laburar nunca te gustó un carajo, y no es mi culpa si a ninguna mina le cabe un enano dogor que usa pollera...

Macana salta de detrás la batería y se arroja sobre Joako. Caen al suelo. Ruedan. Se golpean, se tiran de los pelos.

JOAQUÍN: ¡Paren! ¡Paren! ¡No se peleen más! ¡"Desangrados" puede volver

igual! ¡Puedo tocar yo con ustedes! ¡Me sé todos las letras! ¡Me sé todas las partes de guitarra! ¡No trabajo! ¡No tengo novia! ¡Tengo un montón de tiempo al pedo!

Joaquín se tira sobre ellos para separarlos. Ruedan los tres por el suelo. Joako y Macana se separan, se paran. Se miran. Respiran agitados. Joaquín se para. Se lleva una mano a la nariz. Sangra. Joako y Macana miran a Joaquín.

JOAKO: Estás sangrando, pibe.

MACANA: ¡Sangramos los tres hoy! ¿Será una señal?

Pausa.

JOAKO: Vamos a ver pibe si "Desangrados" sigue. Vamos a ver. Andá y lavate la cara, y después ayudanos a sacar los amplificadores, que hay que bajarlos por la escalera y yo estoy jodido de la espalda.

Joaquín asiente. Se mete en el baño.

MACANA: Sangré yo, sangraste vos, sangró él. ¿Será una señal, Joako?

JOAKO: ¿Una señal de qué?

Apagón.

14.

Noche. Living.

TODO ESTÁ EN SU LUGAR ORIGINAL SALVO EL SILLÓN, QUE JOAKO Y MACANA SOSTIENEN EN EL AIRE. LOS EQUIPOS E INSTRUMENTOS YA NO ESTÁN, EXCEPTO LA GUITARRA, QUE DESCANSA SOBRE EL PUFF.

MACANA: ¿Estaba acá el sillón, no?

JOAKO: Me chupa un huevo.

Joako y Macana apoyan el sillón y miran alrededor. Macana mira el autito de Zulma en el suelo. Lo levanta. Lo mira.

MACANA: Algo me tengo que llevar de acá. Algo.

Macana se lo guarda en el bolsillo.

JOAKO: Bueno, ya está todo, me parece. Ah, la guitarra.

Joako agarra la guitarra por el mango.

JOAKO: ¿La llevamos o se la dejamos?

Macana lo mira. Joako mete la guitarra en la funda, sale del departamento. Pasan unos segundos. Entra Joako. Toca la puerta del dormitorio.

VOZ DE ZULMA: ¿Quién es?

JOAKO: Joako. Nos estamos yendo. ¿Leticia? ¿Te puedo decir algo antes de irnos?

Se abre la puerta. Sale Leticia.

JOAKO: Perdón por cagar el cumpleaños. Y gracias por coparte.

LETICIA: De nada.

Pausa. Joako se acerca a la puerta.

LETICIA: ¿Joako?

JOAKO: ¿Qué?

LETICIA: Me gustó la banda. Y el tema. De veras.

JOAKO: ¿En serio? Buenísimo.

Joako sonríe. Sale del departamento. Apagón.

15.

Noche. Living.

LETICIA CIERRA UN BOLSO QUE ESTÁ SOBRE EL SILLÓN. ALEJO LA MIRA SENTADO EN LA SILLA. LETICIA SE COLOCA UN ABRIGO.

ALEJO: ¿Y de dónde sacó Zulma un departamento en Necochea?

LETICIA: Era del cuñado, del hermano de su marido. Se lo dejó cuando murió.

ALEJO: ¿En serio?

Leticia se acerca a Alejo y le da un beso en la frente.

LETICIA: Ni bien llegue a Necochea te llamo.

ALEJO: ¿Cuánto te vas? ¿Segura de que no querés que vaya con vos?

LETICIA: Serán tres o cuatro días, nada más. Y no, no quiero que vengas. Me voy con Zulma.

ALEJO: Creí que nos íbamos juntos al mar.

LETICIA: Yo creía otras cosas.
Suena el timbre. Leticia camina a la puerta. La abre. Entra Zulma con un bolso.

ZULMA: ¿Vamos, nena? Hay que estar en la terminal por lo menos una hora y cuarto antes de que salga el micro.

LETICIA: Vamos.

ZULMA: Nene, ¿no viste por acá el autito que traje el otro día?

ALEJO: No lo vi. Por ahí se lo llevó alguno de los muchachos.

ZULMA: Ah. *(Piensa)* Bueno, seguro está en buenas manos. Vamos, querida...

ALEJO: Ah, Zulma, espere un segundo...
Alejo va corriendo al dormitorio y vuelve con la estatuilla de San Jorge pegada.

ALEJO: Se la pegué. Quedó bárbara. Tome.
Zulma agarra la estatuilla y la mira. Sonríe.

ZULMA: Gracias, querido. Igual, ya no me gusta tanto. *(A Leticia)* La dejo en casa y te espero abajo, nena.
Zulma sale del departamento.

ALEJO: Amor...

LETICIA: ¿Qué?

ALEJO: ¿Podés creer que hoy soñé de vuelta que me electrocutaban? Pero esta vez no iba nadie a ver mi ejecución. Y esta vez, en vez de un árbitro de fútbol, la palanca la tenía que bajar un nadador olímpico que estaba totalmente mojado, y yo pensaba si no se iba a electrocutar él también, y entonces el tipo se baja esos anteojitos de plástico que se ponen cuando nadan... ¿Cómo se llaman esos anteojitos?
Pausa.

LETICIA: ¿Te queda claro por qué me voy, no? Necesito que hagas una listita mental de todo lo que no me contaste hasta ahora. Si fuiste actor porno, quiero que vos me lo cuentes, y no enterarme viéndote en bolas en la cajita de una película...

ALEJO: Y tampoco enterarte cuando vengan mis compañeras de elenco a filmar una última escena que quedó colgada, ¿no?

Pausa.

ALEJO: Todavía quiero la cena por mi cumpleaños. Prometeme que la hacemos cuando vuelvas.

LETICIA: No sé, Alejo... Vamos a ver. No te quiero prometer nada. Quiero que te esfuerces. No quiero escuchar más que me cuentes cada mínimo detalle de cada sueño que tenés. Quiero saber más de tu vida despierto.
Pausa.

LETICIA: Si vos querés contarme, claro.
Pausa. Leticia se cuelga el bolso y se dirige a la puerta del departamento. Alejo se para.

ALEJO: Amor, ¿sabés por qué nunca te conté de "Desangrados"? Porque pensé que no te iba a gustar un carajo lo que hacíamos.

LETICIA: Hay un montón de cosas tuyas que no me gustan. Si no me gustaba "Desangrados", ¿cuál era el problema?
Pausa. Leticia mira unos segundos a Alejo. Sale. Alejo se sienta en el sillón. Mira los discos. Agarra uno. Lo abre. Saca el disco y lo apoya en el sillón. Saca el plástico portadisco. Mira. Deja las partes de la cajita sobre el sillón. Saca otro disco. Repite la operación. Lo hace varias veces, cada vez más frenéticamente: se forma una pila de discos, partes de cajitas de discos y libritos. Saca el último del estante. Lo abre, saca el disco, el plástico portadiscos, mira, sonríe. Saca un disco que estaba colocado entre el portadiscos y el reverso de la cajita, escondido. Lo coloca en la compactera. Pone "play". Se escucha el demo de "Desangrados". Alejo pasa unos temas. Suena "Desangrado Por Una Promesa Que No Cumpliste". Alejo agarra el teléfono y marca. Espera.

ALEJO: *(Con voz fuerte)* Hola, ¿Berta? Alejo... *(Pausa)*. Jalo-E, sí. Tanto tiempo, ¿no? ¿Está su hijo por ahí? *(Pausa)*. Ah, está ensayando... *(Pausa)*. No, no le diga nada. Cualquier cosa lo llamo después. Chau, Berta.
Alejo corta. Pausa. Marca en el teléfono. Espera.

ALEJO: Hola, ¿Berta?, Jalo-E de vuelta... Perdona que no le pregunté antes, ¿usted cómo anda?

Apagón.

> índice

> **Spaghetti** *Gabriel Pasquini y Mariano Cossa* pág. 7

> **Amalfi** *Enrique Papatino*..... pág. 63

> **El servidor** *Lauro Campos*..... pág. 107

> **Los de atrás** *Sebastián Pons*..... pág. 137

> **Noruegas** (del deseo en Alta Mar) *Erika Halvorsen* pág. 163

> **Una conducta inaceptable** *Gustavo Monteros* pág. 187

> **Desangrados por una promesa que no cumpliste** *Andrés Rapoport* .. pág. 235

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampredo
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampredo
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak, José Montero, Ariel Barchilón, Matías Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón, M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa, Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

- nueva dramaturgia latinoamericana
Prólogo: Carlos Pacheco
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1
Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial
Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente
Cuatro obras de Aristides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular
En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura
Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco
Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolés (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- lavalija de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave de Aramando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos. Hacia una didáctica del teatro con adultos I de Luis Sampredo

